

**ANTOLOGÍA  
DE  
NOVELAS  
DE  
ANTICIPACIÓN  
XIII**

Lectulandia

Decimotercero volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Primer imperio, Las burbujas, El cinturón del robot, La batalla de Ofiuchus, La extravagante muerte de Kristina Eriksen, El piloto ciego, El sueño mineral, El retiro ideal, Lorelei, La ciudad en el cielo, Los de Argos, Las muletas, El guijarro, La máquina, Delta, ¿Cómo van los negocios?, Los efímeros, Uilovyú, Rehacer la Tierra y Incandescencia.*

**Lectulandia**

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación  
XIII**

**Antología de novelas de anticipación - 13**

ePub r1.0

Watcher 10-05-2018

AA. VV., 1971

Traducción: Domingo Santos & Santiago Martín Subirats & Pedro Domingo Mutiño

Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Introducción

*En 1967, el escritor francés Gérard Klein se lamentaba, en un artículo aparecido en la revista Fiction (número 166: «¿Por qué hay una crisis en la ciencia ficción francesa?») de la precaria situación por la que atraviesa este género en el país galo. Escaso interés de los editores, reducido número de autores, poco apasionamiento del público... El artículo levantó una cierta polémica en los medios franceses: algunos lo defendieron, otros lo criticaron, pero nadie pudo rebatirlo en ninguno de sus puntos fundamentales. Porque la ciencia ficción francesa está ciertamente atravesando una crisis... la atraviesa desde el mismo momento en que nació.*

*Si por mi parte me pidieran una «mise á point» de la ciencia ficción francesa en la actualidad, una clasificación dentro del contexto de la ciencia ficción mundial, diría sencillamente que es europea, con todas las virtudes y defectos que encierra esta palabra. Porque la ciencia ficción europea se presenta toda ella, con unas variaciones nacionales de escasa importancia, con las mismas características con relación a la anglosajona. Todos los lectores europeos que se han iniciado en el género bebiendo en las fuentes de la literatura norteamericana de los años cincuenta (que somos la mayoría) sentimos, al oír hablar de ciencia ficción europea, la sensación de que se nos habla de algo aparte, completamente alejada de los moldes anglosajones. Aquellos que están acostumbrados a leer a los autores estadounidenses les chocará sin duda al principio el leer los relatos europeos: los hallarán distintos, fundamentalmente apartados de los cánones hasta entonces conocidos. Pero creo que es precisamente esta diferencia lo que le confiera su especial personalidad: el hecho de que se trata de algo que quiere ser distinto y no una mera copia de unos estándares forjados al otro lado del Atlántico.*

*La ciencia ficción francesa, como por otro lado toda la ciencia ficción europea (excepto la rusa, que constituye algo completamente aparte) es una ciencia ficción aún naciente... una ciencia ficción que lleva más de quince años naciendo. Apareció en realidad a principios de la década de los años 50, cuando en los Estados Unidos se producía el gran boom del género, las revistas surgían allá como setas, y se creaba la fama de una serie de autores que luego se harían «clásicos»: Asimov, Bradbury, Clarke (aunque éste sea inglés, puede encuadrarse muy bien con el grupo, como todos los autores ingleses de ciencia ficción de su época), Heinlein, etc. Las primeras revistas llegaron a Europa, y no tardaron en surgir las primeras traducciones. En Francia fueron dos revistas: Galaxie (traducción de su hermana americana Galaxy), y Satellite, que quiso tener personalidad propia y no se anexionó a ninguna «hermana mayor» yanqui, y en donde hicieron sus primeras armas los primeros autores franceses que, pasmados aún ante el recién descubierto género, tomaban ejemplo y patrón (a veces demasiado) de sus maestros americanos.*

*Los libros se vieron representados igualmente por dos colecciones: Présence du*

futur, aparecida casi al mismo tiempo que la española *Nebulae*, y cuyo equivalente en lo que a calidad y autores se refiere se halla en un término medio entre *Nebulae* y *Minotauro*, con una primera época en la que se hallaba más cerca de *Minotauro* y una segunda en la que se halló (y se halla aún) al nivel estricto de *Nebulae* y a veces aún más abajo. *Le rayon fantastique*, por su lado, con menos pretensiones literarias y una presentación más pobre, buscó sin embargo una cierta internacionalidad (que contrastaba con el primitivo exclusivismo de la primera hacia los «padres» americanos), al tiempo que era la primera en abrir, en el campo de la novela, una puerta a los autores franceses (camino que después seguiría otra colección, la *Serie 2.000 de Editions Metal*, de efímera vida, dedicada exclusivamente a autores franceses), convirtiéndose en el banco de ensayo de la naciente «escuela francesa» de ciencia ficción y dando una oportunidad a una serie de autores que luego se harían famosos: Francis Carsac, Charles y Nathalie Henneberg, Gérard Klein, etc. Otra colección abriría también por otro lado las puertas a los autores franceses de ciencia ficción: *Anticipation*, de *Fleuve Noir*... pero éste es un caso aparte que puede marginarse perfectamente de esta breve enumeración.

La aparición de la revista *Fiction*, en 1953, marcó por su parte toda una etapa en la ciencia ficción francesa. Surgida originalmente como edición francesa del célebre *Magazine of Fantasy and Science Fiction* americano, entonces en sus mejores momentos, contenía sin embargo en cada uno de sus números de un 10 a un 20% de material nacional, cuya calidad, por supuesto, era muy variable, pero donde la media era francamente aceptable, y en cuyas páginas han aparecido casi todos los autores franceses del género que poseen actualmente un cierto nombre. Esta revista es la única en su género que ha mantenido una vida ininterrumpida hasta hoy, y aunque haya sufrido algunas fluctuaciones importantes en su política editorial, dando mayor importancia en algunos momentos a determinados aspectos, temáticas o variantes del género, según sus diversas épocas, su conjunto posee una unidad que muy pocas otras revistas tienen.

Actualmente, excepto *Fiction*, solamente se edita otra revista, *Galaxie*, nueva versión de la antigua «*Galaxie* primera época», cuya edición se mantuvo en suspenso durante bastante tiempo. El hecho de que esta segunda sea editada por la misma casa editora y siguiendo unas directrices paralelas a *Fiction* dentro de otro nivel de lectores la convierten, en realidad, en su hermana menor en lo que a ambiciones literarias se refiere.

En colecciones de libros, solamente se mantiene hoy *Présence du futur*, en una etapa decididamente internacionalista pero totalmente falta de directrices, lo que se traduce en la aparición de numerosas obras medias e incluso mediocres entre las cuales se asoman muy pocos autores franceses. *Le rayon fantastique*, por su parte, que pese a su poco cuidada presentación externa era la colección más honesta y válida de entre todas las existentes, (según palabras de sus propios editores) hace ya tiempo, tras multitud de avalares, y es difícil que vuelva a despertarse.

*Y, por supuesto, hay que señalar otras colecciones menores o efímeras, que constituyen en realidad «anécdotas» dentro del contexto global, así como algunos ensayos muy recientes, como el estimable del editor Robert Laffont con su colección Ailleurs et Demain (dirigida a un público de elevado nivel cultural), y que pese a su anunciado proyecto de incluir ciencia ficción de todas las nacionalidades de momento solamente ha programado algunos premios Hugo y Nébulas americanos, o la Science-Fiction de Albín Michel, también alimentada por autores yankis, y de muy inseguros primeros pasos.*

*Con este panorama editorial rodeándola, la queja de Gérard Klein es en cierto modo justificada: el autor francés de ciencia ficción tiene hoy muy pocas posibilidades de publicar una novela de ciencia ficción, y un solo editor al que dirigirse (el del tándem Fiction-Galaxie) si quiere publicar relatos. Pero esta situación no es únicamente aplicable a Francia. En realidad, toda Europa se halla más o menos en las mismas circunstancias a este respecto, y la situación no es fruto de una falta de calidad, sino más bien de oportunidad. Quisiera señalar esto, ahora y aquí, porque creo que es importante para intentar comprender toda la ciencia ficción europea y sus diferencias principales para con la anglosajona.*

*Porque, generalmente, el escritor anglosajón vive de su pluma: escribe, y lo que cobra por lo que escribe le permite vivir, y muchas veces vivir bien. Esto ocurre muy raramente en los países europeos, y mucho menos en el más restringido campo de la ciencia ficción: y hablo aquí tanto por observación personal como por experiencia propia. No quiero dar a nadie la culpa de todo ello, ni tampoco romper una lanza en favor de los derechos oprimidos, y mucho menos acusar a los editores de pagar poco: todo ello es, simplemente, una cuestión de mercados. Tan sólo quiero constatar este hecho por lo que condiciona y prefigura toda una producción literaria.*

*No pudiendo vivir de su pluma, el escritor europeo de ciencia ficción debe trabajar en otro oficio que le permita vivir, y escribir en sus ratos libres. No es, pues, un autor profesional, sino un aficionado. Klein, con certeras palabras, lo califica como «escritor de domingo». Este hecho, naturalmente, condiciona toda una producción, y condiciona también una actitud clásica de los editores. Si un autor no se considera suficientemente remunerado, sólo puede hacer dos cosas: o cuidar poco lo que escribe, supliendo la calidad con la cantidad para alcanzar un cierto nivel de beneficios, con lo que el descenso de la calidad es apreciable, o preferir esta última a costa de la cantidad, escribiendo poco y cuidándolo mucho, es decir, escribiendo por hobby. Hay dos clases de escritores, y naturalmente, abundan más los primeros, no porque sean intrínsecamente más sino porque su producción es mucho más abundante. Y esto explica claramente el porqué críticos, lectores e incluso editores se quejen de que la producción nacional sea siempre en su conjunto inferior a la americana (prescindiendo con ello del hecho de que en los Estados Unidos también abunda esta otra ciencia ficción de segunda calidad, aunque no sea traducida y por ello no nos llegue).*

*Hay, sin embargo, otros factores que también intervienen en el asunto. Por un lado, la ciencia ficción europea lleva en general un considerable retraso con relación a la americana, lo que hace que los autores europeos, a menos que lean inglés (mejor dicho, que lean ciencia ficción en inglés), descubren los temas «clásicos» anglosajones mucho tiempo después de que hayan sido exhaustivamente explotados allá, lo que se traduce en una evidente falta de originalidad en la elección de temas y tratamientos, con insistencia tras insistencia en temas ya trillados, casi tópicos (la guerra atómica, por ejemplo); existe también el hecho, éste universal, de que muy pocas veces un buen escritor tiene los necesarios conocimientos científicos y viceversa, aunque esto sea un tema en muchos aspectos ya superado...*

*De hecho, todos los autores europeos de ciencia ficción pueden ser encuadrados en una de las dos clases primeramente citadas. Los autores de Fleuve Noir, por ejemplo, son todos ellos de la primera categoría: escriben mucho, y en general mediocrementemente. Pero la colección Anticipation de Fleuve Noir tiene unas características orientadas hacia un público concreto que quiere acción, aventura, originalidad en el tema (muchas veces por encima de la plausibilidad), antes que todo posible asomo de calidad literaria.*

*Los otros autores, los que escriben en cierto modo por hobby, pertenecen a la segunda, más selecta y menos numerosa categoría. No preocupándose la cantidad, prefieren buscar antes la calidad. Ciertamente, tal vez sus originales no tengan tampoco la categoría de los anglosajones en cuanto a originalidad y tratamiento de los temas, pero en una gran parte de las ocasiones les ganan en calidad literaria.*

*Porque, a mi modo de ver, la gran diferencia entre la ciencia ficción anglosajona y la francesa en este caso, ya que estamos hablando de Francia, estriba precisamente en los porcentajes, por un lado de literatura y por otro de ciencia ficción, que en esas obras intervienen. La ciencia ficción americana, en general, da una mayor importancia al elemento ciencia ficción que a la literatura, mientras que en la francesa se produce precisamente lo contrario: el elemento ciencia ficción suele estar por debajo del elemento literario. Y así, mientras la mayor parte de las historias americanas del género son simples gadgets más o menos elaborados, historias en las que todo el impacto se halla en su final, generalmente sorprendente y apto para producir el adecuado shock en el lector, la ciencia ficción francesa posee una progresión más suave, hallándose su contenido no concentrado en el último y a veces brutal golpe de la frase final, sino diluido a lo largo de todo el argumento, lo cual ocasiona que algunos lectores se quejen a veces, y evidentemente no sin cierto fundamento, de que «allí no pase nada». ¿Cuál de los dos es mejor tratamiento para una historia? Sinceramente, por mi parte prefiero mucho más la última, que si bien no es tan espectacular ni muchas veces tan escapista, posee en cambio una mayor hondura temática y una calidad literaria superior. Aunque cada cual pueda juzgar, por supuesto, según sus gustos personales.*

La ciencia ficción francesa, como la mayor parte de la ciencia ficción europea, apenas ha traspasado las fronteras de su país, limitándose tan sólo a breves excursiones por otros países europeos: Italia, Portugal, Alemania... Los editores europeos, en general, son reacios a los nombres europeos: «¿Para qué —piensan— publicar nombres de autores europeos apenas conocidos, si por un precio similar podemos conseguir autores anglosajones cuyos nombres pesan ya en el mercado, aunque sus obras no estén muchas veces al nivel de sus nombres?». Por ello no es de extrañar tampoco que la ciencia ficción francesa apenas haya llegado tampoco a los Estados Unidos (donde existe entre los editores el curioso prurito de que todo lo que no llegue escrito en inglés no es digno de ser leído, aunque la excusa pública sea generalmente de que «no hay lectores para lenguas extranjeras»), excepto algunos pocos cuentos publicados por F & SF (tomados en plan de intercambio de su hermana francesa Fiction), algunas escasísimas novelas traducidas, gracias a los buenos oficios de Damon Knight, que se ha erigido en introductor, seleccionador y traductor de toda la ciencia ficción francesa que llega a los Estados Unidos, y que es también compilador de la única antología que yo conozca de relatos de ciencia ficción franceses publicada en USA: *Thirteen french science fiction stories* (Trece historias francesas de ciencia ficción), publicada por Bantam Books.

Y sin embargo, existen en Francia autores realmente importantes de ciencia ficción. Autores como Jacques Sternberg, a quien su éxito como guionista del film *Je t'aime, je t'aime* (Te amo, te amo) le ha dado renombre universal, junto con su labor como secretario de redacción de la discutida revista *Plexus*, nacida dentro del clan *Planète*; Charles Henneberg y más tarde su esposa Nathalie, cuyo épico y barroco estilo los sitúan dentro del heroic fantasy americano, lo que explica tal vez su éxito en el país del dólar; el propio Gérard Klein, que ha sido considerado como el *Bradbury* francés, etc., hasta formar una relación que sería demasiado larga y en cierto modo innecesaria, ya que la mayor parte de ellos se encuentran recogidos en esta recopilación.

Recopilación que no pretende ser una antología, sino tan sólo un primer acercamiento a esta ciencia ficción francesa que, como explica Damon Knight en el prólogo de su antología, tiene un evidente «toque original», algo que yo me atrevería a calificar como «sprit franjaís». Y una recopilación que tampoco es no ya exhaustiva, sino tampoco completa, aunque sí sea bastante representativa, ya que faltan en ella algunos autores que no dudo en calificar como importantes, como son el propio Gérard Klein, o como el «pánico». Roland Topor, entre algunos otros, cuya ausencia sólo puede imputarse a la imposibilidad de conseguir los derechos de traducción y reproducción dentro del marco y condiciones de una recopilación como la presente.

Recopilación que ha intentado evitar también, dentro de lo posible, ese acendrado sentimiento de nacionalismo que poseen todos los franceses, y que hace

*que no solamente se autotitulen como los «inventores» de la ciencia ficción, citando rápidamente a su Verne (con el que empiezan inevitablemente todos los artículos dedicados al tema), sino que, por citar otro ejemplo, Hubert Juin, en su selección «Les 20 meilleurs récits de science-fiction». (Los veinte mejores relatos de ciencia ficción), cometa el típico e inclasificable chauvinismo de incluir en un buen número a los correspondientes autores franceses dentro del marco de una selección que pretende recoger los mejores relatos de todo el mundo... siendo todos los demás relatos exclusivamente americanos.*

*Ésta ha sido en su base la intención que ha motivado la confección de este volumen: no intentar supervalorar la ciencia ficción francesa, pero tampoco infravalorarla. Creo que la ciencia ficción francesa tiene su lugar en Europa y en el mundo, y que este lugar tiene su debida importancia. Me gustaría que esta recopilación sirviera en cierto modo para hallar cuál es este lugar. Espero haberlo conseguido.*

Domingo Santos

# Primer imperio

Francis Carsac

Los barracones de plastex se extendían en un arco irregular en el claro: a la derecha el generador de fuerza, después el hangar de los robots, los almacenes, los habitáculos, el laboratorio, el garaje del helicóptero. Más lejos, sobre el manto vegetal, se levantaba el roído amontonamiento de las ruinas de la ciudad sin nombre. Se acumulaban en pirámides irregulares, cubiertas por árboles de nudosas raíces que abrazaban los muros como si fueran pulpos. Tantos siglos habían pasado desde que la Ciudad había muerto, tantas lluvias habían batido las derruidas paredes, los techos hundidos, las ventanas abiertas, tantas hojas muertas se habían acumulado, descomponiéndose lentamente en humus, que apenas, aquí y allá, emergía una silueta de ángulos rectos, recordando el orden geométrico del Hombre.

La luz era artificial. En el lado opuesto a la Ciudad, los árboles centenarios, seccionados en enormes rodajas, yacían en confuso montón, tal y como los habían dejado las mandíbulas gigantes de las máquinas. Apenas amarilleadas aún, sus hojas susurraban suavemente bajo la brisa.

En el gran recuadro que desventraban los escombros, otras máquinas trabajaban. Ya no eran los potentes ingenios que habían servido para desbrozar, sino otros, infinitamente más delicados. Sus largos tentáculos flexibles se insinuaban bajo los restos, los levantaban con precaución, los cargaban en pequeñas vagonetas. Muy pronto aquellos maravillosos robots se convertirían ellos mismos en demasiado rústicos, y los arqueólogos humanos los reemplazarían. Ya que era una cantera de excavación.

Tres hombres estaban sentados en el laboratorio, alrededor de una mesa cubierta de papeles y de fragmentos de hierro oxidado: Jan Dupon, arqueólogo y jefe de la misión; Will Lewis, el lingüista, y Stan Kowalski, el ingeniero que dirigía, con menudos gestos de su mano sobre el panel de mandos, los autómatas que cavaban el recuadro. Sin dejar de vigilar la pantalla, preguntó:

—¿Entonces?

—Entonces, nada aún en la cantera VII. Acabo de telecomunicar con Asturias. Nada de lo que nos interesa. Crónicas personales, como siempre: la historia de un tal Dominique, en francés. Ningún interés. Data seguramente de antes de la edad galáctica, puesto que ni siquiera se hace alusión a los simples viajes interplanetarios. Fragmentos de la historia, bastante sórdida, de una mujer llamada Bovary, igualmente en francés. Me preguntó qué interés podían encontrar nuestros antepasados en esas crónicas. Esto nos da, de acuerdo, alguna idea sobre su vida, pero para ellos no era

más que historia contemporánea. ¡No soy tan fatuo como para pensar que escribían para los arqueólogos futuros! Piense que una crónica relativa a una mujer de carácter imposible, llamada Scarlett, ha sido encontrada, en estado fragmentario, en 71 canteras de excavación diferentes, al menos en siete lenguas distintas..., ¡y esto fue preciso para descifrar algunas de ellas!..., lo que hace que, salvo algunas lagunas, no ignoremos nada de la vida de esta criatura antegaláctica. Afortunadamente, el cronista insertó, por aquí y por allá, algunas referencias a la civilización de aquel período, y sobre una guerra de la que de otro modo no hubiéramos tenido la menor idea.

Se encogió de hombros y continuó:

—Pero sobre lo que nos interesa realmente, nada. Nada desde el hallazgo Horis. Como tú sabes, Stan, los primeros indicios relativos a la existencia, antes de la Guerra Infernal, de un imperio humano galáctico han sido exhumados, hace poco más de un siglo, de las ruinas de Ch'kago: un fragmento de crónica sobre la colonización de los planetas de Betelgeuse, tres páginas en total. Después, aquí y allá, al azar de las excavaciones, algunas referencias complementarias: importantes fragmentos de un historiador llamado Asimov, probablemente de origen francés, puesto que firmaba a veces Paul el Francés, relatando la destrucción de un planeta Florina por un cataclismo cósmico. La misma relación de la catástrofe falta, por otro lado. Interviene en el hecho un Imperio de Trantor, que se vuelve a hallar en otros fragmentos del mismo historiador. Otro, cuyo nombre se ha perdido, y que parece más antiguo, nos ha conservado una parte del folklore de los primeros astronautas, en particular un poema muy hermoso sobre las verdes colinas de la Tierra. Después, hace treinta años, ocurrió el hallazgo Horis, en la ciudad de Frisco: 126 fragmentos —ningún texto completo, desgraciadamente— que establecieron de un modo irrefutable que el hombre había alcanzado un gran número de estrellas, había encontrado en ellas planetas habitables, y los había colonizado. Entre esos fragmentos, uno se refería a los inicios de la Guerra Infernal, y por él sabemos que la guerra implicó a todos los mundos humanizados. Si las destrucciones fueron en todas partes tan complejas como aquí, no es sorprendente que jamás hayamos recibido visitas. Ni siquiera sabemos cuántos siglos han transcurrido desde la guerra. Siglos..., ¡o quizá milenios! Las estimaciones de la radiactividad han dado resultados incoherentes: ¡de dos mil a siete mil años, según las muestras! Algunas veces, durante la noche, cuando miro las estrellas y pienso en nuestros hermanos perdidos, aislados en esos mundos lejanos — ¡ha tenido que haber indudablemente supervivientes, allí también!—, cuando pienso que nosotros no hemos hallado nada que pueda ponernos en el camino del vuelo cósmico, nada excepto alusiones oscuras que a nuestros grandes físicos les parecen carentes de sentido, siento subir en mi interior una rabia y un lamento indecibles, ante la idea de nuestro patrimonio perdido, malgastado por el furor asesino de nuestros Antepasados. ¡Oh, ya sé! ¡Es casi una blasfemia! Pero nosotros, los arqueólogos, los que conocemos sus crónicas, los juzgamos más duramente. ¡Piensa en ello! ¡Todo lo que representaba de progreso para el bien, de victorias sobre la naturaleza! ¡Perdido,

malgastado! ¡Piensa, Stan! ¡Conducir una astronave interestelar! ¡Nosotros, que aún no hemos llegado a Marte! En los dieciocho siglos desde que la Historia ha vuelto a comenzar, hemos ascendido penosamente a nuestra vez los peldaños ya hollados por los antiguos, ¡y nos hallamos aún lejos, muy lejos, de las cimas que ellos habían alcanzado!

—De acuerdo —dijo Will—. Técnicamente, carecemos aún de fuerza. Socialmente, creo que ya los hemos superado: un único mundo unido, en lugar de las antiguas naciones, una lengua común, y ni rastro de esas desviaciones mentales de las que tantos ejemplos hallamos en las crónicas, y que nos son tan difíciles de comprender... ¡Eh, Stan!

Con un gesto rápido, el ingeniero cortó un contacto. Los robots se inmovilizaron. En el borde del recuadro, tras una plancha de metal medio levantada, se abría un negro agujero.

—Es nuestro turno, Will. Quisiera que Wang estuviera de vuelta. Stan, tú quédate aquí, y si eso se hunde, no tardes demasiado en sacarnos.

Con los cascos en la cabeza y los útiles en la mano, partieron. Bajo el haz del faro, el orificio se reveló como parte constitutiva de una galería medio hundida, atravesada por innumerables raíces. Dupon habló a través de su micrófono.

—El topo, Stan.

Un complicado aparato avanzó. Seis cortas patas metálicas, el primer par excavador, sostenían a un abombado caparazón. Se agazapó en la galería y, de su espalda, por múltiples agujeros, surgieron haces de un líquido pegajoso que, aplastándose contra las paredes y secándose inmediatamente, formaron una delgada y dura costra resistente. Inmediatamente después pasaron los hombres. La galería se prolongó durante un centenar de metros, dio un giro, y terminó ante una puerta de metal.

—Nos hallamos bajo el antiguo nivel del suelo —dijo Will.

—Ciertamente, y no a demasiada profundidad. Es preciso abrir esa puerta.

Fue un largo y penoso trabajo. La puerta había sido condenada hacía mucho tiempo, en los tiempos cumplidos de la ciudad muerta, soldada a su cuadro metálico. La forzaron con soplete. Una bocanada de aire denso se escapó, casi sofocándolos. Se colocaron sus máscaras respiratorias y avanzaron.

La sala era rectangular, toda ella blindada de metal inoxidable, y sostenida por enormes pilares de fábrica. Estaba amueblada con una gran mesa central, algunas sillas, armarios, y, en un rincón, un gran diván en el que reposaban dos esqueletos humanos. Instintivamente, inclinaron la cabeza.

Jan, que tenía nociones de antropología, examinó los cráneos.

—Raza blanca. Jóvenes, menos de veinte años probablemente. Esta sala debió ser un refugio, a principios de la Guerra. Se encontraron sin duda bloqueados por el hundimiento de las casas, y perecieron de hambre o por falta de aire. La galería por donde hemos llegado debía ser una salida de emergencia, pero fue condenada... ¿Por

qué? Nunca lo sabremos. Hay otra puerta en este lado, creo.

Daba a una segunda pieza más pequeña. Will paseó el rayo de su lámpara, haciendo surgir del olvido diversos objetos. Lanzó de pronto un grito: ¡allí, por estantes enteros, se alineaban libros! Se precipitó hacia ellos.

—¡No los toques, desgraciado! ¡Van a convertirse en polvo! ¡Esto es asunto de Wang!

—¡Ya sé, ya sé! ¡Pero mira! ¡Hay más de mil! ¿Qué vamos a encontrar ahí adentro? ¿El secreto del camino a las estrellas?

Suavemente, atentos a no crear remolinos de aire, se acercaron. Will leyó los títulos de algunos lomos conservados:

—Traité de Paléontologie. Esto es francés. Handbook of... El resto falta. Inglés, que parece haber sido la lengua más extendida. No puedo sacar nada de este tercer título, está demasiado borrado, pero la acumulación de consonantes parece indicar una lengua del grupo eslavo. Eh, mira...

Había rozado con su manga una delgada revista colocada plana sobre un estante, y acababa de caer convirtiéndose en polvo.

—Salgamos, Will. Esto aún no es para nosotros. No nos arriesguemos a destruir el mejor descubrimiento arqueológico de todos los tiempos. Cuando Wang haya consolidado todos estos libros, tendrás con qué divertirte traduciéndolos, ¡y durante varios años!

—Tienes razón. Pero, por lo que he podido comprender, parece que ésta fue la biblioteca de un geólogo o de un paleontólogo. ¡La primera biblioteca científica exhumada! Si tenemos alguna oportunidad de encontrar huellas del Gran Secreto, es aquí. Pienso que los sabios de esta época, como los nuestros, no se aislaban demasiado en sus especialidades.

Cuando salieron de la galería caía la noche. Las máquinas habían terminado todos los trabajos, y estaban alineadas en los hangares. Stan los recibió con efusión.

—Comenzaba a estar inquieto. Han permanecido dos horas sin dar señales de vida. Les llamé tres veces por radio y, aunque las máquinas no habían señalado nada anormal, iba ya a buscarles.

—Estábamos en una sala metálica, un antiguo refugio, lo cual explica el silencio de la radio. Llama inmediatamente a Wang.

—Pero su congreso no termina hasta dentro de dos días, y tú le diste permiso.

—¡Llama inmediatamente a Wang! ¿No comprendes? ¡Hemos encontrado una biblioteca!

—¿Debo transmitir la noticia al Centro?

—No, aún no. Aún no estamos seguros de poder salvar los libros. Si no hay suerte, prefiero que no se conozca hasta el mes próximo, cuando hayamos recibido nuestros créditos.

Wang llegó a primera hora de la mañana, un minúsculo hombrecillo amarillento

que pilotaba su helicóptero con delicados gestos de escultor. Apenas desembarcado, se puso al trabajo. Una tarea infinitamente lenta y minuciosa, y en la que él exageraba, tal vez por escrúpulo, la lentitud y la minuciosidad. Vaciló durante largo tiempo, preguntándose si iba o no a aplicar el último procedimiento descubierto, que había sido objeto del Congreso al cual acababa de asistir. Finalmente, ante la importancia del hallazgo, se atuvo a los viejos procedimientos, menos elegantes, pero ya experimentados. Uno por uno, los libros, sutilmente impregnados de materia plástica, cesaron de ser frágiles amasijos de moléculas a merced del menor choque para transformarse en bloques sólidos. Aún no se podía hojearlos, pero al menos se podían leer los títulos cuando la cubierta estaba bien conservada. Había numerosos libros de geología y de paleontología, algunos libros de historia —el más reciente fechado en el año 1998 de la Era antigua, es decir, mucho antes de la Guerra Infernal, juzgó Jan—, uno o dos libros de matemáticas elementales, y finalmente un buen número de crónicas. Estas últimas, sin encuadernar, casi nunca habían conservado su cubierta.

A medida que los libros consolidados se amontonaban sobre la mesa del Laboratorio, esperando el segundo tratamiento que permitiría abrirlos, Jan se sentía más y más desazonado. Parecía haber allí material suficiente como para alimentar durante varios años las controversias de la Academia de Historia, pero nada que pudiera acercarlos al momento en el que el hombre, lanzándose sobre las huellas de los Antepasados, encontrara, más allá de los espacios interestelares, los restos de su Primer Imperio.

El último libro ocupó su lugar en la mesa, y Wang anunció que pasaría, a la mañana siguiente, a la segunda fase de la restauración.

El entusiasmo que había sacudido a Jan desde el descubrimiento se había hundido completamente. En aquella civilización de razón fría, un atavismo caprichoso lo había hecho nacer soñador, insatisfecho. Más allá de los horizontes demasiado conocidos de la Tierra, mediocre planeta que un simple avión circundaba en diez horas, aspiraba a los espacios infinitos, a la embriaguez de los descubrimientos. ¡Ah, excavar ruinas no humanas! Ver levantarse el sol —*otro sol*— sobre un mundo desconocido. Estudiar la influencia del medio en una civilización humana... A menudo, cuando el cielo estaba claro, había mirado aquellas lejanas estrellas, hoy fuera de alcance. El Hombre había sin embargo franqueado aquellos abismos, antiguamente. ¡Tenía que existir, entre los restos esparcidos del Imperio, un planeta menos estricto, menos sumergido en la lucha por la vida que la Tierra! ¡Los Antepasados! ¡Habían sido tan grandes, tan fútiles y tan débiles! La Tierra, saqueada por la última guerra, apenas podía alimentar a los escasos cien millones de hombres que vivían en ella. Aún ayer por la tarde la radio había anunciado una nueva restricción de nacimientos. Había, en aquella búsqueda desesperada de las huellas del Primer Imperio, más que simple curiosidad científica. Había toda la diferencia entre un mundo forzosamente maltusiano, y un Universo de infinitas posibilidades. ¿Qué

les faltaba pues a los hombres modernos para hallar el Gran Secreto? ¿Qué cualidad, que los Antepasados habían poseído, y que ya no existía? Tal vez la sinrazón, la frenética confianza en los destinos de la Raza, que la última guerra había roto.

Jan se encogió de hombros. Si quería conservar la dirección de canteras de excavación y escapar a la acusación de irrealismo —¡la peor de todas!— era mejor no expresar tales pensamientos.

El tratamiento terminó. Los libros fueron abiertos. Había allí, tesoro inestimable, un gran diccionario inglés. Pero nada que pudiera poner a la humanidad en el camino de las estrellas.

Las excavaciones continuaron. Los informes fueron escritos y enviados al Centro. La rutina cotidiana absorbió de nuevo las vidas. La radio no anunciaba más que malas noticias. Una variedad de hierba venenosa, mutada en territorios radiactivos, y rebelde a las hormonas vegetales, acababa de invadir una vasta superficie cultivada en América del Norte. Fue preciso restringir aún más el contingente de nacimientos permitidos. Hacía veinte años, en un período de entusiasmo que siguió a la demostración, por el gran matemático Tavernir, de la existencia del hiperespacio, confirmando así las crónicas galácticas, el Consejo había dejado a la humanidad multiplicarse demasiado abundantemente. Pero después no se había efectuado ningún progreso, recordaba el comunicado gubernamental.

Aquel día, los arqueólogos tenían un huésped, amigo de la infancia de Wang, y un joven físico del equipo de Tavernir, llamado Nilsson.

—No comprendo —dijo Jan— como ustedes, los físicos, no consiguen darnos la llave del espacio. Si hay que creer en las crónicas (y no hay ninguna razón para no creer en ellas, ya que, ¿para qué escribir una cosa que sea falsa?) los Antepasados disponían de varios medios de viaje interestelar: Warp-drive, Over-drive, High-C drive, etc. Podrían ser distintos nombres para designar la misma cosa, pero no lo creo, ya que los pocos datos que tenemos de ello parecen indicar lo contrario. Evidentemente, todos debían estar fundados en la utilización del hiperespacio...

—Sí, y sabemos que este hiperespacio existe, como ha demostrado mi maestro el Profesor Tavernir. Pero no tenemos la menor idea del modo en que podríamos atacar el problema. Y yo podría redargüir que no comprendo por qué ustedes, los arqueólogos, no consiguen encontrar una sola crónica en la que se hallen indicados los detalles técnicos.

—Cuando usted toma su helicóptero, ¿piensa usted, cada vez, en el principio de Wilson-Suhigara sobre el cual funcionan nuestros motores?

—Comprendo. Pero volviendo al hiperespacio, le decía que nosotros ni siquiera sabemos cómo atacar el problema. Esto no es completamente cierto, últimamente, Álvarez y yo hemos tenido una idea, demasiado técnica para exponerla aquí...

—¡Gracias!

—De todos modos, tampoco tendría tiempo. Hemos imaginado incluso una experiencia crucial. Hace tres días que la llevamos a la práctica.

—¿Y?

—Nada. No funcionó. El bloque de metal que tendría que haber desaparecido no desapareció. De todos modos no es un fracaso total, ya que hemos detectado un efecto totalmente nuevo, sin relación por otro lado con lo que esperábamos. En fin, nunca se sabe...

El físico se marchó. Jan se dirigió hacia la cantera de excavación. Exploraba, sin gran esperanza, una casa derrumbada. La tierra la había invadido, y todo lo que había sido madera estaba podrido, todo lo que había sido hierro no era más que óxido. Sin embargo, un poco antes de finalizar la jornada, tropezó con una puerta metálica encastrada en un muro. Cuando fue abierta al soplete, penetró en un segundo refugio, idéntico al primero. Esta vez había pocos libros. Pero, puesto bien en evidencia sobre una mesa de metal, un volumen abierto mostraba una ilustración donde se veía a un hombre provisto de escafandra, con una extraña pistola en la mano, defendiéndose contra una nube de monstruos. Otros volúmenes del mismo formato se apilaban en el suelo. Sobre el de encima, Jan pudo descifrar: *As... Science... on*. No había ninguna duda, aquél era el formato, la tipografía, de una de las series mejor conocidas de las crónicas del Primer Imperio, aquellas que dirigía el historiador Campbell. Quizá, con un poco de suerte, hubiera alguna de ellas completa, y tal vez también, por una vez, el cronista hubiera entrado en detalles técnicos.

Con entusiasmo, Wang se puso al trabajo, sin ni siquiera esperar al día siguiente. Apenas restaurado, el primer libro pasó a la sección de Will, que se encerró para traducirlo.

¡No permaneció aislado ni siquiera diez minutos!

Salió, con el rostro pálido, llevando en la mano el volumen intacto. En la cubierta, encima de una ilustración que representaba una astronave fusiforme, estaba el título completo: *Astounding Science Fiction*. Arrojó el libro sobre la mesa.

—¡Eh, cuidado! ¡Vas a estropearlo!

—¡Estropearlo! ¡Realmente! ¿Sabes lo que quiere decir *fiction*!

—Sí, creo. Es una palabra común en dos o tres lenguas muertas, tales como el inglés y el francés, un sinónimo de «crónica». En uno de los libros del otro día había la expresión: «*la exploración del cosmos descrita en las ficciones...*».

—Sabes que en aquel primer lote había un diccionario. ¡Pues bien! He aquí el sentido real de la palabra *fiction*: ¡creación de la imaginación, invención fabulosa!

Hubo un largo silencio.

—Entonces...

—Entonces sí, Jan, los Antepasados, no contentos con arrasar la Tierra, ¡fueron también unos *mentirosos*. Unos mentirosos, ¿comprendes? ¡No hubo Primer Imperio, jamás, jamás, y el hombre no abandonó jamás su planeta!

—Pero, ¿y las huellas en la Luna?

—La Luna, tal vez. Marte también, por lo que se sabe, ¿Pero qué hacer de esos mundos muertos?

Y, lentamente, añadió:

—¡Cochinos!

Jan erraba en el bosque. No podía aún creerlo. ¡Toda una civilización fundada en la mentira! Sin embargo, no existía duda. Todas aquellas crónicas, tanto personales como galácticas, no eran más que un tejido de invenciones, de mentiras. ¿Cómo confiar ahora en cualquier cosa proveniente de los Antepasados? ¿Su Historia? ¿Su Ciencia? ¡Puah! Una civilización capaz de mentir hasta este punto no merecía ninguna confianza. Estaba podrida hasta la médula. ¡No era sorprendente que hubiera terminado en una orgía de sangre! El Primer Precepto, aquel que aprendían los niños desde el momento en que podían comprenderlo, pasó por su memoria: «Una cosa peor que el robo, peor que el asesinato, es la mentira. Todo lo que no es conforme con la realidad es mentira, y la mentira es la fuente de todo mal». Soñar, sí, estaba permitido, ¡pero no intentar hacer pasar esos sueños por realidades! Mentiras circunstanciadas, repletas de detalles destinadas a hacerlas factibles, sin ningún «punto irreal» destinado a recordar al lector distraído que se trataba de una ficción (la palabra surgió de una forma natural en su mente). ¡Qué depravación! Y ahora, su sueño personal, así como la esperanza de la humanidad, había sido destrozado. Tanto trabajo, tanta búsqueda, tantas penas y esperanzas, para llegar a esa verdad: los Antepasados, esos Antepasados tan admirados pese a haber destrozado el planeta, ¡no eran más que unos mentirosos! Probablemente un gobierno —o varios gobiernos, puesto que existían en varias lenguas— implacables y tiránicos, hacían publicar aquellas falsas crónicas para desviar los pensamientos de sus sujetos-esclavos de sus miserias. Debían haber existido falsas partidas de astronaves, en medio del entusiasmo de las multitudes engañadas. Un estremecimiento le sacudió cuando pensó en el efecto que iba a tener aquella revelación sobre los demás hombres. No, no era necesario que aquello se supiera, sería necesario ahogar la verdad, sería necesario mentir. ¿Mentir? ¡Pero todo el mal provenía de la mentira! No había ninguna salida...

La noche caía, rápida. Algunas estrellas parpadeaban ya, en el horizonte del este. Las miró con desesperación. Adiós, hermanos humanos perdidos, hermanos que jamás han existido. Mañana será preciso decir la triste verdad al Gran Consejo de los Pueblos.

La comida de la noche fue siniestra. La radio, conectada por hábito, ronroneaba en un rincón. Nadie la escuchaba. Afuera, la noche era glacial. La Luna, irrisoriamente próxima, rodaba inútil, y lanzaba su amarillenta luz al claro. La radio emitió bruscamente el ritmo de trompetas que preludiaba a las noticias importantes. Maquinalmente, Wang amplificó el sonido.

—¡Hombres, hoy es un gran día! Dos noticias del más extraordinario interés nos han llegado en esta fecha. Primeramente, la expedición de excavaciones del profesor Jan Dupon ha encontrado un lote completo y en buen estado de crónicas galácticas...

Hubo un silencio. Jan, irritado, recorrió la mesa con la mirada. Stan bajó la

cabeza y dijo, con una voz estrangulada:

—Creí que sería bueno anunciar...

Jan hizo un gesto vago. La radio continuó:

—Una segunda noticia, más importante aún, procedente del laboratorio del profesor Tavernir, en Ghandia.

Se envararon, atentos.

—Esta mañana, a las diez horas treinta minutos, dos alumnos del profesor Tavernir, los doctores Álvarez y Nilsson, han conseguido hacer pasar al hiperespacio un cubo de metal, y hacerlo regresar. ¡Hermanos humanos, el primer paso en el camino de los Antepasados ha sido efectuado!

Era muy tarde. Un gran fuego brillaba en el claro. Envueltos en sus mantas, los cuatro compañeros miraban el cielo. En la noche cristalina las estrellas parpadeaban, muy próximas; parecía que bastara tender la mano para tocarlas. Jan se sintió lleno de indulgencia hacia los Antepasados. ¿Tal vez su hipótesis de un gobierno tiránico engañando a las masas era falsa? Tal vez las crónicas eran publicadas como lo que eran en realidad, como sueños. El sueño de la Humanidad siempre en marcha... Miró un momento fijamente al fuego, aquel fuego que había brillado en los claros, en el linde de los bosques, en la entrada de las cavernas, en los tiempos fabulosos en los que la Tierra había representado el Universo por conquistar. Soñadoramente, murmuró:

—Después de todo, es mejor así. ¡Nosotros seremos el Primer Imperio!

# Las burbujas

Julia Verlanger

8 de agosto.

Hoy he visto aún a la «Otra». Agitaba sus largos brazos ante la ventana y hablaba, hablaba. Su boca se movía sin cesar, pero yo no oía nada. Por supuesto, no se puede oír nada tras la ventana. Después ha apoyado todos sus brazos en el cristal y ha apretado. He sentido miedo, he pulsado el botón, y los postigos han chasqueado. Sin embargo, sé bien que no puede entrar, nadie puede entrar.

Padre contaba que antes, en un tiempo muy lejano, los cristales de las ventanas podían romperse. No puedo creerlo, pero padre sabía. Decía que hemos tenido mucha suerte de que las burbujas hayan venido en nuestra época, ya que en los viejos tiempos todo el mundo estaría ya muerto. Las casas no eran como ahora, y no había servidores. Nadie hubiera estado al abrigo de las burbujas.

Es padre quien me dijo que debía escribir, cuando fuera grande. Decía: «Es preciso escribir para el futuro». Porque, un día, se encontrará un medio de luchar contra las burbujas, y todo volverá a ser como antes. Decía: «Será necesario que se sepa lo que ha ocurrido durante los años de las burbujas, por eso deberás escribir, Mónica, cuando seas mayor, cuando yo ya no esté aquí». Pero sin duda padre no pensaba en que él ya no estaría aquí tan pronto. ¡Oh, si solamente no hubiera salido, si solamente *no hubiera salido*.

Decía: cuando yo sea mayor. Hoy tengo dieciséis años, así que pienso que ya soy grande, y he comenzado a escribir esta mañana. Padre escribía mucho. Ha escrito toda la historia de las burbujas, y cómo era el mundo antes. Yo no lo he conocido, sólo sé lo que padre me ha contado. Nací justamente después de que llegaran las burbujas. Según padre, hubo una gran cantidad de gente que murió al principio, muchos y muchos, antes de comprender que no se podía luchar contra las burbujas, que no había más que un medio para no morir o convertirse en un «Otro», y éste era el de no salir. Padre comprendió en seguida, y por eso es por lo que nos salvamos. Decía que antes no hubiera sido posible no salir, que la gente hubiera muerto de hambre. Porque no había cubas de carne, ni legumbres, ni tampoco servidores para ocuparse de todo. Me contó que en los viejos tiempos la gente debía hacerlo todo por sí misma, plantar las legumbres en la tierra, criar el ganado para obtener carne. Era divertido, yo no sabía lo que era el ganado. Entonces padre me lo explicó, me mostró las imágenes en los viejos libros. Pero no podía acabar de comprenderlo bien, porque

nunca lo había visto.

*9 de agosto.*

Esta mañana he ido a la vivoteca para mirar los viejos libros, pero ahora que padre ya no está aquí para explicármelos hay muchas cosas que no comprendo. Precisamente, el otro día, vi una imagen que se parecía enormemente a la «Otra» que vino ayer a la ventana, con todos sus brazos que se retorcían. La diosa Kali, decía debajo. ¿Es que existían ya «Otros» en los viejos tiempos? Pero padre decía que no, que era a causa de las burbujas que la gente se había transformado en los «Otros». Antes no existían.

No puedo ver a los «Otros». Me hacen temblar, sobre todo cuando se acercan a la ventana, como aquel de ayer. Éste viene a menudo. Se diría que quiere hablarme, su boca se mueve todo el tiempo. Padre decía: «Es curioso, experimentamos mucho mayor miedo ante los “Otros”, que no son muy peligrosos, que ante las burbujas. Supongo que es porque los “Otros” nos conmocionan y nos causan horror, mientras que las burbujas son una especie de belleza perfecta». Es cierto, las burbujas son más bien hermosas. A menudo las miro flotar allá afuera: se diría que son las mismas burbujas de jabón que yo hacía cuando era pequeña para divertirme. Pero son mucho mayores, y duras, tan duras que nada puede destruirlas. Pero se quiebran contra los humanos, y entonces ellos mueren.

Lo vi una vez, cuando padre estaba aún aquí. Un hombre. Corría con todas sus fuerzas, con su enorme boca abierta, como si gritara, aunque no se oía nada. Y había una burbuja que se deslizaba tras él. Lo atrapó, y se rompió contra él. Quedó completamente recubierto de aquella baba irisada, cayó al suelo retorciéndose. Yo me puse a gritar, y padre vino muy aprisa y escondió mi cabeza en su pecho. Me dijo: «No mires, Mónica, no tengas miedo, querida». Después me dejó y, cuando volví a levantar la cabeza, ya no había nada allá afuera, tan sólo un gran charco brillante, del color de las burbujas. Padre dijo: «El desgraciado ha muerto: ha quedado disuelto en seguida. Y es mejor para él esto que convertirse en un “Otro”». Seguramente padre tenía razón, pero a veces me pregunto si realmente es mejor morir que convertirse en un «Otro», porque creo que no me gustaría en absoluto morir. ¡Pero los «Otros» son realmente tan horribles!

*15 de agosto.*

La nodriza ha dado vueltas en torno mío toda la mañana. Todo el tiempo preguntando si no necesitaba nada. Me irrita, ¡oh, cómo me irrita a veces! La he enviado a la legumbreira a buscarme manzanas, y cuando ha vuelto la he hecho salir de la habitación. Si tan sólo padre estuviera aún aquí. Hace ya tres años que estoy

completamente sola. Lo sé porque cuento siempre los días como padre lo hacía. A veces decía que ni él sabía demasiado bien por qué continuaba haciéndolo. Pensaba que era solamente porque uno se siente tan unido al pasado. Pero yo no conozco el pasado, lo hago porque padre lo hacía, y porque me parece que esto me une un poco a él.

Siempre he conocido el mundo como ahora, con las burbujas y las calles vacías donde no circulan nunca más que «Otros». Padre me ha contado de tal manera el mundo de antes que creo que me gustaría enormemente que volviera. Poder salir, y ver gentes que no sean los «Otros». Padre decía que después de la ciudad está el campo, donde todo es verde, con la hierba y los árboles y los animales en las reservas. He visto las imágenes en los viejos libros, pero padre decía que no era lo mismo. Contaba lo maravilloso que era sentir el sol en su piel, o la lluvia. Veo a menudo la lluvia deslizarse por los cristales, pero me pregunto cómo debe sentirse sobre la piel. Y parece que hay el mar, grandes extensiones de agua salada. Y las gentes nadaban en él, como yo en la piscina de los sótanos. Creo que me gustaría nadar en el mar.

Padre pensaba que yo vería el mundo de antes; tal vez no él, pero yo sí lo vería. Parece que hay cantidad de gente que buscan un medio de aniquilar a las burbujas. Padre creía que era necesario que tuvieran éxito, algún día. Pero hace mucho tiempo que aguardo y nunca hay nada más que el mundo de ahora, con únicamente las burbujas y los «Otros» afuera, y yo adentro.

Esto me aburre, padre me falta todo el tiempo. Quisiera que él estuviera aún aquí. Hay los servidores y la nodriza, pero a veces me enervan de tal manera. De acuerdo, ellos no son humanos. Padre los llamaba a menudo máquinas, un extraño nombre. Contaba que antiguamente no había servidores. Lo que entonces se llamaban servidores eran seres humanos que trabajaban para otros seres humanos. Esto parece extraño, pero padre lo sabía siempre todo. Había leído todos los viejos libros y podía contar cómo eran los viejos tiempos durante horas. Yo también intento leerlos algunas veces, pero hay tantas cosas que no comprendo. ¿Qué es lo que quiere decir por ejemplo «estar enamorado», o «tomar el metro»? ¡Oh, padre debería estar aún aquí para explicármelo!

*23 de agosto.*

He ido a la habitación de madre. He abierto los armarios: olía vagamente a perfume. Al principio, no me atrevía a tocar. Me parecía que madre iba a llegar detrás de mí y a mirarme con sus ojos vacíos. Tenía miedo. Después me he armado de valor, he tomado uno de sus vestidos. Era suave al tacto y todo verde, como las grandes piedras que se hallan en el gran cofre de las joyas. Me lo he puesto. Debo haberme hecho muy grande, ya que me iba bien. Me he mirado en el espejo. Era hermoso. El verde de la ropa hacía brillar mis ojos exactamente como las piedras de madre. Creo

que debo ser hermosa, porque me parezco mucho a madre, y padre decía que madre era muy hermosa. Decía también que teníamos el cabello como un campo de trigo bajo el sol del verano. No sé lo que es un campo de trigo bajo el sol del verano, pero padre tenía el aire de soñar cuando lo decía, por lo que supongo que debía ser hermoso. Mis cabellos son muy largos, podría hacerme un abrigo con ellos. Parece que, en los viejos tiempos, las mujeres se los cortaban por debajo de las orejas, exactamente igual que padre. ¡Qué idea absurda querer parecerse a padre! Porque madre era absolutamente mucho más hermosa. Pero yo amaba más a padre, oh, cómo lo amaba.

Madre me daba un poco de miedo, tenía una manera de mirarte sin verte, con sus ojos vueltos hacia adentro. Nunca se ocupó de mí, ni siquiera me hablaba. A veces se ponía a llorar durante horas, después se precipitaba hacia la puerta y gritaba: «¡Quiero salir, quiero salir!». Entonces padre la apretaba contra él y le hablaba cariñosamente: «Tranquilízate, querida, ten paciencia, dulzura». Padre la amaba mucho, y es por ella por lo que salió. Sé que no debería decirlo, padre no se hubiera sentido contento, pero no hubiera debido hacerlo, no hubiera debido.

Una vez fui mala; padre se hallaba consolándola, y entonces le dije: «Déjala, ya ves que no escucha nada». Entonces padre me miró con un aire triste y, más tarde, me habló largamente: «No debes detestar a tu madre, pequeña, no es culpa suya si es así... Sí, ya sé, ella no se ocupa de ti y no mira a nadie. Pero, antes de las burbujas, no era así. Su cabeza no ha podido resistir lo que nos ha ocurrido. Vive en el mundo de antes, rehúsa ver la realidad. Pero no puede hacer nada, y no debes detestarla por ello. Mónica, es preciso tener piedad de ella... Si me ocurriera cualquier cosa, sería preciso que cuidaras de ella, como si fuera ella la pequeña y no tú. Sabes bien que a veces quiere salir, es preciso impedirselo, no sabe lo que hace... Prométeme que serás buena con tu madre, que velarás por ella si yo no estoy más aquí. Prométemelo, Mónica». Yo me arrojé en sus brazos y se lo prometí. Tenía un aire tan triste y tan desgraciado. Pero no he podido mantener mi promesa. Ella murió cuando él salió afuera.

*26 de agosto.*

Hoy llueve. Esta mañana he ido a la ventana, y había una enormidad de gotas que caían en la calle. He pensado en qué sensación debe producir esto sobre la piel, y he sentido deseos de salir. Pero no se puede. Padre me explicó que había bloqueado todas las cerraduras. Para abrir sería preciso ir al fondo de los sótanos, detrás de las salas de las cubas y las legumbres, y poner en marcha el desenclavador. Me había mostrado cómo debía hacerse, decía que era para cuando llegara la liberación, si él ya no estaba conmigo. Lo había bloqueado todo para evitar que nadie se sintiera tentado de abrir, como yo esta mañana, y por madre, que siempre quería ir afuera. Pero puso el desenclavador en marcha cuando salió, y algunos días después yo fui a cerrarlo de

nuevo. Porque me parecía que lo que él había dicho era exacto, y que, si el desenclavador hubiera estado siempre como ahora, él no hubiera podido salir. Después no he vuelto a abrirlo más. Y es mejor así, porque cuando siento deseos, como esta mañana, de abrir la ventana, no puedo, y durante el tiempo que necesito para ir a conectar el desenclavador puedo pensar que, si abro, voy a morir o a convertirme en un «Otro», y no siento deseos de morir.

He ido a nadar a la piscina de los sótanos, porque me aburría en la ventana. Esto me ha hecho recordar que padre me había dicho que si las burbujas hubieran llegado en los viejos tiempos no habría ni agua ni luz, porque parece que no había servidores para hacer funcionar todo esto. Eran los humanos quienes lo hacían. Entonces ellos hubieran muerto a causa de las burbujas, y ya nada hubiera funcionado. Mientras que, por supuesto, las burbujas no pueden hacerles nada a los servidores, y parece que están contruidos para durar millares de años. Padre decía que incluso si toda la raza humana desapareciera, los servidores continuarían haciéndolo funcionar todo durante siglos y siglos. Me ha explicado que, por ejemplo, si yo me hacía muy vieja y moría, la nodriza se quedaría allá, esperando, casi durante la eternidad. Porque la nodriza está condicionada con respecto a mí. Vela por mí todo el tiempo y hace todo lo que le pido. Debe protegerme de todo mal. Si las burbujas entraran, intentaría apartarlas de mí y salvarme. Pero no podría conseguirlo durante mucho tiempo, la pobre, porque hay demasiadas, y siempre logran sus fines, que son los de matarnos a todos.

### *1 de septiembre.*

Es curioso, nadie sabe de dónde vienen las burbujas, nadie sabe tampoco por qué hay algunas personas que mueren y por qué algunas otras no mueren y se convierten en los «Otros». Escuché una vez a un viejo, en el visiocine. Fue mucho después de que padre hubiera salido. Padre ponía en marcha de tanto en tanto el visiocine, pero la pantalla estaba siempre negra. Y me dijo que continuara haciéndolo funcionar a veces, si él ya no estaba aquí, porque estaba seguro de que había supervivientes y que se debía de estar buscando el medio de acabar con las burbujas. Me dijo que si la liberación estaba próxima, el visiocine lo diría.

Padre explicaba que, hasta el momento, nada podía destruir a las burbujas. Ni siquiera el lanzallamas y, sin embargo, según padre, ésta era un arma muy potente. Parecía que se había intentado todo. Las burbujas lo resistían todo. Se rompen solamente contra los humanos, y entonces éstos mueren. Y cuando no mueren es peor, se convierten en los «Otros». Los «Otros» se transforman. En lugar de ser disueltos por la baba de las burbujas, vuelven a levantarse al cabo de poco tiempo y, aparentemente, no tienen nada. Pero, después de algunos días, ¡les crecen cosas! Varios brazos, como la mujer que se parece a la diosa del viejo libro, o bien un montón de piernas, o bien ojos por todas partes, o dos cabezas, o toda una serie de bocas en el cuello y en el pecho. ¡Es horrible!

Los viejos que oí en el visiocine hablaban precisamente de las burbujas y de los «Otros». El visiocine había permanecido completamente negro durante cantidad de días, y he aquí que de pronto la pantalla se había encendido. Había un viejo en una gran sala totalmente blanca, apoyado en una mesa. Tenía el aire muy fatigado. La sala estaba llena de servidores, pero mucho más complicados que aquellos de casa, con montones de botones y de luces de todos los colores en ellos. Lo escuché con agrado, tenía una voz que daba confianza. Padre habría podido hablar así. Me sentía menos sola. Decía: «Oh, vosotros, hermanos de la raza humana, no perdáis el valor. Os suplico que no cedáis a la tentación de arrojaros hacia afuera, hacia la muerte. Esperad. Yo lucho, todos nosotros luchamos. Y tendremos éxito... Si yo muero, si aquellos que me ayudan en mi tarea mueren, vendrán otros a continuar la batalla en el mismo instante en que nosotros la habremos dejado. Tened paciencia, hermanos, la raza humana no debe desaparecer. Permaneced en vuestras casas, al abrigo, y, os lo juro, veréis a las burbujas aniquiladas, volveréis a ver los viejos días. Valor, hermanos: venceremos».

Después habló largamente. Lo escuché hasta el final, pero no comprendí todo lo que quería decir. Tenía un aspecto decidido aquel viejo, pero tan cansado. Y sin embargo, cuando hablaba de esperanza, su voz era muy cálida y joven. Dijo que sería largo, porque nadie sabía de dónde venían las burbujas ni de qué estaban hechas. No se podía comprender el fenómeno que transformaba a los humanos en «Otros» o los mataba. Se había intentado todo contra las burbujas, todo lo conocido, pero nada podía alcanzarlas. Muchos habían dado su vida por la raza humana en aquélla lucha, y muchos otros la darían aún. Parecía que incluso algunos «Otros» habían venido a ofrecer su ayuda, porque preferían la muerte a seguir siendo aquello en que se habían convertido. Se servían de ellos, que podían salir con toda impunidad, para experimentar nuevas armas. Era preciso darles las gracias, a ellos que eran, pese a todo, nuestros hermanos, y que luchaban codo con codo al lado nuestro.

El viejo dijo aún que algunos creían que las burbujas se habían ido formando durante mucho tiempo, tal vez siglos, para aparecer en nuestra época. Que estábamos quizá papando las faltas de nuestros antepasados, que habían realizado tantas experiencias atómicas, que habían jugado a diestro y siniestro con aquella fuerza que tan mal conocían. Que tal vez éramos las víctimas de su estupidez, porque ellos habían querido utilizar únicamente para matar aquel átomo que había de dar a las edades futuras la dulzura de vivir. Habían arrojado demasiada radiactividad sobre el mundo en aquella época, y algunos creían que las burbujas habían nacido lentamente de ello. Él no lo sabía, pero podía ser cierto. En todo caso la lucha no cesaba, y como se habían utilizado sin resultado todos los conocimientos actuales, se iba ahora a volver a tomar las viejas ciencias para intentar hallar un medio.

Después dijo: «No os hablaré a menudo, hermanos, no tengo tiempo. Intentaré solamente teneros al corriente de lo que hacemos. Pero, os lo repito, no perdáis el valor. Adiós». Y la pantalla se volvió de nuevo negra.

Pienso a menudo en este viejo, no he vuelto a oírlo más en el visiocine, ni a nadie más tampoco. Me pregunto si tenía razón y si el mundo de antes volverá alguna vez. Me gustaría.

*5 de septiembre.*

La «Otra» de la ventana ha vuelto. Es curioso, con el tiempo me produce menos horror. Por otro lado no es totalmente fea, pese a todos sus brazos. No es como aquellos que tienen varios ojos, o montones de bocas, o narices por todos lados. Hoy me ha causado más bien piedad, tenía tanto aspecto de querer decirme algo. Llevaba un pequeño bebé en su brazo doblado y me lo mostraba todo el tiempo. Se agitaba mucho, sus largos cabellos negros volaban en todos sentidos. Finalmente, ha tendido el bebé hacia mí. Habría dicho que quería que se lo tomara. Era extraño, no me parecía en absoluto transformado. Era muy lindo, exactamente como mis bebés de juguete. De golpe, lo ha desnudado y me lo ha mostrado de nuevo. He podido ver bien que no tenía ninguna transformación, era completamente normal. Rollizo, con pliegues en las carnes, y agitando sus pequeñas piernecitas. Tenía la boca abierta y el rostro todo fruncido. Debía gritar. Con seguridad no debía estar en absoluto contento, habiéndolo desnudado así. No he querido cerrar los postigos, le he hecho signos de que se fuera, pero ella ha permanecido allá. Lloraba, veía sus lágrimas deslizarse por su rostro, y durante todo el tiempo me tendía el bebé. Habría dicho que quería *realmente* que se lo tomara. ¡Estaba loca! Como si yo fuera a abrir, para que entraran las burbujas. Y sin embargo, no había en absoluto burbujas en la calle en aquel momento. Le he hecho nuevamente signos de que se fuera, y como no se movía me he apartado de la ventana.

Después, no he dejado de pensar en ello. Esta «Otra» me daba pena, tenía el aire tan alocado. No podía realmente tomar ese bebé y criar un pequeño «Otro». Por otro lado, no sabría criar un bebé. Solamente he conocido mis bebés de juguete. Y padre me había dicho que los bebés no comen como nosotros. ¿Tal vez la nodriza lo sabrá? Pero estoy loca, padre se pondría furioso si pudiera saberlo. ¡Abrir! ¡A una «Otra»! ¡Y para tomar un pequeño «Otro»! No debo pensar más en ello.

Sin embargo, es curioso que este bebé no tenga ninguna transformación. ¿Tal vez porque es demasiado pequeño? Pero, habitualmente, la transformación no ocupa demasiado tiempo cuando uno está afuera y no muere. Apenas algunos días. ¿Quizá no tiene más que algunos días? Pero se parecía tanto a mis bebés de juguete, y padre me dijo que eran como un pequeño humano a la edad de dos años. Me pregunto por qué esta «Otra» quiere tanto que se lo tome. ¿Quizá lo ha protegido de las burbujas y quiere salvarlo antes de que se convierta en un «Otro»? Pero uno no puede protegerse de las burbujas. Nadie puede.

*7 de septiembre.*

He tenido miedo, he tenido mucho, mucho miedo. Me dolía el vientre y he creído que iba a morir como padre. He gritado y la nodriza ha acudido a toda velocidad. Me ha palpado el vientre, luego me ha zurrado y me ha dicho que no tengo absolutamente nada, que como demasiadas manzanas. Es verdad, pero adoro las manzanas. Me ha dado una pastilla y mi mal ha pasado casi en seguida. La nodriza puede curarme de casi todo.

Padre también sabía siempre lo que debía tomarse cuando uno no se encontraba bien. Pero no para lo que tenía madre. No podía hacer nada por lo que tenía madre, y la nodriza tampoco. Es por eso por lo que salió, para buscar un médico. Decía que no serviría de nada el visiofonar, puesto que nadie querría salir. Pero tomó su lanzallamas y dijo que traería un médico costase lo que costase. Era una locura a causa de las burbujas, pero salió a pesar de todo. No podía soportar más el oír a madre gritar sujetándose el vientre. La quería tanto. Creo que esto lo volvió loco, porque sabía bien que no serviría de nada el salir. Le dio una inyección a madre, y otra también a mí para que me durmiera, y salió. Sé bien que no debería pensar en esto, pero hubiera sido mejor que la hubiera dejado morir, porque nunca regresó, y ella murió igualmente. Fue la nodriza quien me lo dijo cuando me desperté. Los servidores habían retirado ya su cuerpo, y padre ya no estaba aquí.

Sentí tanta pena que no podía parar de llorar, y la nodriza debía obligarme a comer. Hubiera debido dejarla morir, sí. No hubiera debido salir. Veamos, ¿dónde hubiera encontrado un médico? E incluso, si lo hubiera encontrado, estoy segura de que el médico hubiera preferido ser carbonizado antes que afrontar las burbujas.

A veces me pregunto si padre fue disuelto o... Me pregunto si puede estar allí afuera, con montones de brazos o de piernas, o si todos sus cabellos habrán caído y sobre su cráneo habrán nacido cantidades de ojos, o si... Pero no quiero pensar en esto, no quiero. Prefiero creer que padre está muerto. Y sin embargo, ¿y si él regresara un día, a la ventana, como la diosa Kali? ¿Qué es lo que haría? ¡Oh, padre!, ¿qué es lo que haría?

*10 de septiembre.*

El visiofono ha sonado todo el día, pero no he respondido. Cuando padre estaba aún aquí respondía siempre al visiofono, o bien llamaba él mismo. Decía que no era bueno vivir sin contactos humanos, y entonces buscaba supervivientes. Sólo que había tanta gente que había muerto en los comienzos del tiempo de las burbujas que apenas se podían encontrar algunos. Había montones de casas donde los «Otros» se habían introducido y, por otro lado, familias enteras habían sido transformadas, lo que

hacía que fueran siempre «Otros» los que se agitaban en la pantalla del visiofono. Y eran malvados, padre debía cortar siempre el contacto. Recuerdo que el viejo del visiocine había dicho que algunos «Otros» lo ayudaban contra las burbujas. Esto me sorprende, porque padre decía que los «Otros» odiaban a los humanos. Padre creía que era porque estaban tan separados de nosotros, y que nos detestaban porque nosotros éramos normales.

Durante los primeros tiempos después de la partida de padre, respondía aún al visiofono, pero eran siempre «Otros» los que aparecían en la pantalla, con sus brazos o sus ojos múltiples. Y me insultaban, o me invitaban a salir y a reunirme con ellos. Me daban miedo.

Y después, una vez, hubo un humano en la pantalla, una mujer. En aquella época ya no respondía casi al visiofono, pero la insistencia había sido tanta que había querido saber.

Era vieja, y tenía unos ojos completamente locos. Tenía unos cabellos de un deslustrado y sucio color gris, que le colgaban sobre el rostro. Sus manos se retorcían en todos sentidos. Desde el momento en que me vio, se puso a hablar con una voz precipitada:

—Te lo suplico, pequeña; ¿sabes dónde hay un médico? Te lo suplico, es preciso absolutamente que encuentre a un médico. Llamo a todas partes, sin descanso. Ayúdame, pequeña, es preciso que alguien me ayude. Mi marido está muy enfermo, va a morir. Va a morir y voy a quedarme sola.

Lloraba. Después, se apartó de la pantalla y, en el fondo de la habitación, vi una cama con un hombre acostado en ella. Tenía el rostro muy hinchado y azul, y en el silencio de la habitación se oía su jadeo ronco, penoso, como si no pudiera respirar.

La mujer volvió a la pantalla:

—¿Lo has visto? Se está muriendo, se está muriendo, se está muriendo.

Su voz se elevaba. No podía soportarla más, cerré el contacto. Y me eché a llorar. No podía ayudarla, no podía hacer nada. Pensaba sin descanso en padre, que, también él, quería desesperadamente un médico. No respondí más al visiofono.

*18 de septiembre.*

¡Ha ocurrido algo! ¡Ha ocurrido algo! Me siento tan excitada que corro sin descanso del visiocine a la ventana y de la ventana al visiocine. No puedo estar quieta. La nodriza gruñe que debería quedarme tranquila y que no es bueno agitarse tanto, pero creo que me gruñe solamente por mantener las formas. Me parece que está contenta. Quizás ella también comprenda.

Desde hace algunos días veía muchas menos burbujas allá afuera, y casi ningún «Otro» tampoco. La diosa Kali y su bebé no habían vuelto. ¡Pero nunca hubiera imaginado que fuera eso! Me pongo a bailar de lo contenta que estoy. ¡Va a volver el mundo de antes! ¡Va a volver el mundo de antes! ¡Padre tenía razón, el viejo tenía

razón, hemos ganado!

Había puesto el visiocine en marcha e iba precisamente a apagarlo porque la pantalla estaba completamente negra, como de costumbre, y he aquí que de pronto se iluminó. Reconocí la gran sala donde había visto al viejo, pero esta vez era un hombre joven quien estaba en su lugar, y la sala estaba llena de gente. El hombre joven no tenía el aire fatigado como el viejo, sino que parecía más bien triunfante. Tenía los cabellos negros, pero solamente detrás, porque delante había una inmensa frente completamente lisa. Unos ojos muy negros, grandes y muy hundidos en la cabeza. Una amplia boca, con dientes brillantes, y un mentón muy cuadrado que avanzaba. Su voz sonó como el estallido de una trompeta:

—¡Hemos ganado! Cada día repito lo mismo, porque muchos de entre vosotros no habéis oído la llamada, y cada día lo digo con la misma profunda alegría. Querría gritar, porque me parece que así lo oiríais mejor, todos vosotros, los que estáis aún encerrados en vuestras casas. ¡Hemos ganado, las burbujas han sido vencidas!

Allí se detuvo un instante. Tenía los ojos muy brillantes, y me pareció que las gentes en la sala lloraban. Y he aquí que me di cuenta de que yo lloraba también. ¿Es que las lágrimas brotan también cuando se está tan contento que se siente la impresión de que el corazón va a estallar? Sin duda, porque tenía el rostro totalmente inundado. No llegaba a creer que aquello fuera cierto. ¡Oh, papá!, ¿por qué no estás tú aquí conmigo para oír esto?

Entonces el hombre continuó:

—Es preciso que conozcáis todos a aquel que nos ha salvado, a aquel que ha encontrado el arma que aniquila a las burbujas. Acérquese, profesor... (y aquí un nombre extraño que no comprendí bien, algo así como Chulienne).

Y vi un hombre curioso, extraño, muy pequeño, con la piel no blanca como la mía sino toda amarilla. Tenía una figura arrugada, apergaminada, como las manzanas que dejo olvidadas demasiado tiempo, y unos ojillos negros estrechos que remontaban en ángulo. Habló con una voz frágil, con un tono curioso:

—La amenaza ha terminado. Todo va a volver a ser como antes. Podremos volver a comenzar. Va a ser duro, porque no somos demasiado numerosos, pero lo conseguiremos. Y lo que no tengamos tiempo de hacer lo harán nuestros hijos. Porque vamos a tener miles y miles de años ante nosotros. No pueden saber ustedes lo feliz que me siento de haberlo hallado al fin. No por mí, sino por todos.

Después, fue el joven quien habló de nuevo. Dijo cantidad de cosas: cómo el arma mataba a las burbujas, y que había también trajes protectores para salir. Explicó que, a la hora actual, equipos de voluntarios limpiaban la ciudad. Y que, sobre todo, nadie debía salir por el momento. Había aún grandes cantidades de burbujas afuera y era preciso esperar, era preciso un poco de paciencia, después de haber esperado tanto tiempo uno podía refrenarse aún un poco más, ¿no? Vendrían a buscarnos, equipos que nos traerían trajes protectores y armas. Sería muy pronto.

Después dijo que iba a mostrarnos un equipo en pleno trabajo. Todo el mundo en

la sala se apartó, y se encendió una enorme pantalla de visiocine que ocupaba toda la pared. Entonces vi: una calle como la mía, con una docena de hombres que andaban. Iban vestidos con una especie de saco negro y rígido, que les recubría incluso la cabeza, con una placa vítrea para los ojos. Llevaban gruesos guantes espesos del mismo color negro, y sujetaban todos un tubo que se parecía mucho al lanzallamas de padre, pero más grueso y más largo. En este momento llegaban tres o cuatro burbujas, que flotaban muy rápidas en su dirección. Apuntaron sus tubos. De ellos salió algo azul y muy brillante que causaba daño a los ojos, y las burbujas se rompieron contra el suelo, no contra ellos. Era maravilloso ver morir a aquellas horribles burbujas. Hubiera querido gritarles dándoles ánimos.

La nodriza vino a buscarme para que comiera. La eché fuera de la habitación. ¿Es que uno puede tener hambre cuando ve acontecimientos tan enormes, y cuando va a conocer muy pronto el mundo de antes?

*21 de septiembre.*

¡Ya ha ocurrido! He visto a seres humanos, y he hablado con ellos. No podía refrenar más mi impaciencia. Permanecía todo el día en la ventana, y era siempre la misma calle vacía, salvo que apenas había burbujas y en absoluto ningún «Otro». Había oído varias veces al hombre del otro día en el visiocine, pero repetía siempre lo mismo: «Paciencia, vendremos a buscaros». Esto terminaba por irritarme. Estaba harta de esperar. Hacía correr a la nodriza todo el día. Y ella gruñía.

Pero ha sido ella quien me ha llamado, mientras yo estaba mirando nuevamente el visiocine:

—Ven a ver, Mónica.

He corrido a la ventana. Había unos hombres con sus feos sacos negros en mi calle. He gritado, olvidando que ellos no podían oírme. Pero gesticulaba de tal modo en la ventana que han terminado por verme. Han venido hacia la casa haciéndome signos de alegría. Desde hace tres días había puesto el desenclavador en marcha, tanto era lo que esperaba esto. Me he precipitado hacia la puerta, la he abierto de par en par, ¡y ellos han entrado! Han cerrado rápidamente tras ellos y se han quitado sus feos sacos negros. Son dos. Uno alto y el otro pequeño. El alto es bien parecido, con cabellos negros y ojos marrones chispeantes de alegría. Cuando sonrío su figura se ilumina de golpe. El pequeño es más bien gordezuelo, con los cabellos muy, muy rizados, y unos minúsculos ojos azules. El alto ha dicho:

—Vaya, vaya: la Lorelei de largos cabellos, la Ondina de los ojos verdes y el vestido dorado.

Y el pequeño ha dicho:

—Cállate, vas a darle miedo a esta pequeña con tus boberías que nadie comprende.

Es cierto que yo no comprendía, pero no sentía miedo. Me han dicho sus

nombres. El alto es Frank y el pequeño Eric. Yo les he dicho: Mónica. Entonces nos hemos estrechado las manos y han querido saber si pensaba poder besarles. El alto ha dicho:

—Después de todo, hoy es un día más bien excepcional.

Entonces yo lo he hecho y he sentido una impresión curiosa, ya que jamás había besado a nadie excepto a padre.

Frank ha preguntado:

—¿Dónde están tus padres, Mónica? ¿Estás completamente sola?

He respondido muy aprisa:

—Madre está muerta, y padre... salió.

Se han mirado con aire triste, y Frank ha puesto su mano sobre mi hombro.

—¿Hace mucho tiempo, Mónica?

—Tres años.

Frank ha suspirado y después ha dicho:

—Es preciso no pensar más en ello, la vida va a comenzar de nuevo para ti. ¿Qué edad tienes, Mónica?

—Dieciséis años.

Se han mirado aún otra vez, y ha habido un silencio. En seguida, Frank ha continuado:

—¿Solamente dieciséis años? Sí, hubiera debido pensarlo, tienes un aire tan joven...

—Dieciséis años, ¿desde cuándo? —ha dicho el otro, Eric.

He respondido:

—Desde el mes pasado.

Súbitamente no han hablado más, ni el uno ni el otro. Tenían un aire embarazado. He pensado que era de ver que yo solamente tenía dieciséis años, cuando ellos debían de haberme tomado por una persona mayor. Debían decirse que yo era solamente una chiquilla. Era como si lo lamentaran.

Me he acercado a ellos. Hubiera querido besarlos aún, estaba tan contenta. Pero ellos no me lo han pedido y yo no me he atrevido. Simplemente, Frank me ha acariciado la mejilla y Eric ha vuelto los ojos como para no vernos.

*22 de septiembre.*

Espero a Frank, va a venir a buscarme. Parece que voy a ir a vivir a su casa.

¡Pensar en que voy a salir por primera vez! Le pregunté a Frank:

—¿Y me mostrarás el mundo de antes?

Me miró con un aire desconcertado, después respondió:

—Por supuesto, pequeña, por supuesto que te mostraré el mundo de antes.

Pero tenía un aire triste mientras decía esto. ¿Por qué?

¿Es que el mundo de antes no es hermoso? ¿O bien es que no volverá a ser jamás

como antes?

Pero esto no tiene importancia, voy a salir, Frank va a llevarme.

Y yo sería completamente dichosa si no hubiera algo... Porque he comprendido ahora por qué la «Otra» quería tanto que yo tomara su bebé. ¡Oh!, hubiera debido tomárselo, porque oí lo que decían Frank y Eric ayer, y esta mañana, en el visiocine, he visto.

Había dejado a Frank y a Eric un momento, ayer. No sabía exactamente por qué, pero quería ponerme bonita, y había ido a buscar uno de los vestidos de madre. Se habían instalado en la vivoteca y la nodriza les había servido aquella bebida que daba siempre a padre y que no ha querido hacer jamás para mí. Volví suavemente, para sorprenderles, y es entonces cuando lo oí.

Frank decía:

—No deberíamos hacer esto, es inhumano. Después de todo, tienen tanto derecho a vivir como nosotros, no es culpa suya. Me parece que se hubiera podido hacer otra cosa, no sé, instalarlos en reservas por ejemplo.

Y Eric respondió:

—Sabes bien que no puede hacerse otra cosa. No hay modo de curarles. Tal vez sean contagiosos. Es necesario.

Entonces Frank habló con un tono encolerizado:

—Esto puede gustarte tal vez a ti, pero no a mí. No puedo disparar contra ellos, no puedo absolutamente. Es monstruoso lo que estamos haciendo, siento vergüenza.

Entonces Eric se puso a hablar con una voz aguda. Era extraño, hubiera dicho que se defendía. Exactamente como yo cuando la nodriza me riñe, y sé que tiene razón, pero no quiero admitirlo. Decía:

—Es la ley, no podemos hacer otra cosa. No podemos dejarnos contaminar.

—Ni siquiera sabemos si son peligrosos o no —respondió Frank—. Y esos niños, todos esos niños...

—No podemos correr riesgos. Teniendo en cuenta que los niños de los «Otros» no presentan transformaciones, ¿cómo saber cuales son normales? No podemos hacer discriminaciones.

—Puede que estén inmunizados. Se hubiera podido intentar saberlo... Y en este aspecto, lo sabes bien, la cuestión no se ha planteado.

—Es el Consejo quien decide. Las burbujas están aquí desde hace dieciséis años y dos meses. Las cifras son las cifras.

Después, Eric añadió:

—Y ahora cállate, por si viene ella.

Entonces entré, y pude observar que me encontraban bonita, pero esto no me hizo sentir el placer que debiera, porque me parecía que empezaba a comprender. Y esta mañana he estado completamente segura.

Miraba el visiocine. Mostraba la misma escena que el otro día, cuando los equipos limpiaban la ciudad. Solamente que, esta vez, se ha visto otra cosa. Había un

«Otro» que corría. Tenía varias piernas y no podía desenvolverse bien, tropezaba continuamente. Era horrible ver los esfuerzos que hacía por salvarse. Entonces uno de los hombres apuntó un lanzallamas, y el «Otro» cayó al suelo y se encogió en una pequeña masa negra.

Han cambiado la escena inmediatamente, se hubiera dicho que no hubieran querido mostrarnos esto. Pero después de haber oído a Frank y Eric, he comprendido. Matan a todos los «Otros». ¡Oh!, Frank tiene razón, me parece que no está bien. De acuerdo, los «Otros» me dan miedo, pero de todos modos... Por eso la diosa Kali quería tanto que yo tomara su bebé, quizá sabía. Me pregunto si ellos han carbonizado a Kali y a su pequeño bebé. Yo no hubiera podido matar a la diosa, absolutamente. ¡Y su bebé! Parecía *completamente normal*. Me parece que es malvado lo que hacen. A padre no le hubiera gustado.

Pero no debo pensar más en ello. No debo estar triste. Frank va a venir. Estoy en la ventana. Vigilo. Va a venir. Voy a poder salir.

¡Aquí está Frank! Le veo que viene. Va solo... No, es Eric. Tal vez Frank no habrá podido venir. Es Eric, anda muy lentamente, y parece que no ve los signos que le hago desde la ventana.

Lleva un lanzallamas en la mano. Seguramente es para defenderme. ¿Pero por qué se toma tanto tiempo en llegar?

Se acerca. Aquí está.

Por fin voy a ver el mundo de antes...

# El cinturón del robot

Yves Dermèze

*19 de mayo de 2312*

Uno se pregunta cómo nuestros pobres antepasados del siglo XX podían vivir «en familia». Acabo de visionar mi sexto curso de historia moderna y contemporánea... Es impresionante.

Que hayan vivido en habitaciones de piedra u hormigón, ignorando los materiales plásticos deformables que utilizamos ahora... puede pasar. Que se trasladaran en «autos», por «carreteras» recubiertas con esa pasta negra que actualmente se reserva a las tinajas de las fábricas especializadas en la germinación artificial, lo acepto. Pero... que hayan pasado sus mediocres existencias *en familia*...

A primera vista, no se comprende bien esa expresión. El profesor Slater nos la explicó detalladamente en la audiovisión. Se toma una casa de tres, cuatro, cinco cuartos... (las viviendas, hace cuatro siglos, estaban divididas en cuartos inamovibles. ¡Qué incómodo debía ser! Es asombroso que nuestros antepasados no hayan inventado nuestro plástico móvil, que se endurece o se ablanda instantáneamente).

En esas tres, cuatro o cinco piezas, se amontonan un hombre, una mujer y sus hijos... dos, cuatro, doce, a veces. Digo bien: doce. Hay documentos que escaparon a la Gran Catástrofe de 1993 y muestran malas «fotografías» de algunos reproductores premiados. ¡Así estaban las cosas!

Pero me estoy yendo por las ramas. Un hombre, una mujer, sus hijos. Está casi comprobado que los niños nacidos fuera de su vida en común no eran admitidos en el «hogar». Eso nos deja totalmente perplejos. Que la madre amamante a las crías es un rasgo común a todas las razas animales poco evolucionadas, aunque generalmente los abandonan en cuanto pueden cuidarse de sí mismos. En cambio, la mujer del siglo XX parece haberse negado siempre a abandonar a sus hijos cuando crecían. Uno se pregunta por qué.

Sea por las razones que sea, esa costumbre familiar explica muchas cosas, según el profesor Slater: el hombre y la mujer pasaban, con bastante rapidez, del amor a la resignación, la nerviosidad y el odio. El equilibrio moral se rompía, los cerebros se volvían irascibles, las querellas nacidas en el interior del «hogar» se extendían a las familias vecinas y luego crecían, hasta abarcar naciones enteras. Slater supone que la mayor parte de las guerras de otros tiempos (desgraciadamente no conoceremos

nunca su extensión ni sus causas, ya que todos los documentos se perdieron) se debían en gran parte, a esa «vida familiar» casi animal.

Había llegado a ese punto de mis reflexiones cuando Greta asomó la cabeza a través del tabique. Verdaderamente, la necesitaba. Me resultaba doloroso pensar en esos antepasados que, como el zorro en su cubil, no disfrutaban de un solo momento de verdadera tranquilidad y perdían en sus disputas tontas las pocas horas de que podían disponer después de su espantosa lucha por la vida.

Cuando Greta atravesó la pared obedeciendo a mi invitación, le sonreí. Ella sonrió inmediatamente con sus ojos azules y sus labios rojos y yo sabía, gracias a Dios, que ningún rencor, ninguna segunda intención podían ocultarse tras esa sonrisa.

Nunca lo había pensado antes, pero nuestras mujeres son, quizá, la mejor conquista de nuestra supercivilización.

*21 de mayo*

¡Absolutamente inimaginable! Estoy trastornado. El profesor Slater ha logrado reconstruir unos fragmentos de esos «periódicos» impresos que leían nuestros antepasados. Allí supimos que legalmente, una mujer —o un hombre— no tenían derecho a entregarse más que a su legítimo dueño, ¡ni aunque este último estuviera de acuerdo!

Mejor aún: en esos casos, la ley aseguraba severos castigos al hombre y a la mujer. Parecería, asimismo, que algunos precursores que poseían un ganado femenino y alquilaban sus servicios a sus semejantes (en suma, algo muy parecido a nuestra organización actual) ¡padecieron los rigores de una sociedad primitiva!

Pero ¿dónde terminaríamos si actuásemos de esa forma? Un ejemplo: Greta está aquí, cerca de mí, mientras confío mis pensamientos al magnetófono. Espera que le dé alguna orden, que le indique una tarea. Sin embargo, no la necesito para nada, ya que estoy registrando estas reflexiones. Por lo tanto, si le dijera que fuese a casa de Svan, mi vecino, y se ofreciese a él, yo sería culpable ante la ley de ellos. ¡Pero es una locura! ¿Por qué? ¿Por qué razón esos atrasados del siglo XX hubieran condenado a Greta a permanecer *inactiva cuando yo no la necesito*? Y si Nel, el hombre de esa Helena que trabaja conmigo en el laboratorio, tomara en sus brazos a una mujer que no fuera Helena. ¿le condenarían? Es insensato. El profesor Slater sugiere también que, en ese caso, se condenaría a Helena, por su complicidad, pero no se molestaría a la otra mujer. Tengo ganas de gritar. Prefiero pensar que Slater se ha equivocado.

El intentó explicar que el egoísmo de los seres primitivos justifica ese comportamiento. Es evidente. Si miro a Greta, de pie a mi lado, no puedo comprenderlo..., pero yo no soy primitivo. Si acaricio el muslo de Greta que, por supuesto está desnuda, la caricia es muy agradable. Pero ¿por qué tendría que sentir

despecho si otro hiciese lo mismo?

—Siéntate —digo a Greta.

—Sí, Kurt.

¿Por qué no le pregunto qué está pasando? La idea no es mala. Podría hacer una investigación entre los hombres y las mujeres que conozco y llevar mis notas al profesor Slater. Seguramente le interesarían.

Estudio a Greta, sentada y encantadora. Sus cabellos cobrizos cubren su espalda y su sonrisa es exactamente la sonrisa afectuosa que debe mostrar.

—No —le digo dulcemente—. En este momento estoy trabajando.

El matiz afectuoso desaparece, pero la sonrisa subsiste. Greta es una mujer perfecta. En el fondo creo... sí, lo creo, que «tuve suerte». Que se me perdone la expresión. Pero si comparo a Greta con Rosy, la mujer de Svan, o con Nel, el hombre de Helena, debo reconocer que es superior a ellos. Tiene un no sé qué que me emociona profundamente. Sin duda, es el recuerdo de las horas en común. El profesor Slater tocó ese tema en una clase, el año pasado. Me he habituado a mi mujer. Por un lado, eso me molesta; el hábito es una forma de senilidad precoz. Quizá conviniera que Greta se tiñera los cabellos. ¿De rojo? ¿De negro? No; de negro no. No me gustaría una Greta morena.

—¿Greta?

—¿Kurt?

Estoy muy pensativo. Hay algo que no termina de ponerse en marcha dentro de mí, un mecanismo de reflexión que conozco. Viene del inconsciente y, más o menos rápidamente, sube, hasta flotar entre las ideas conscientes. Hasta este momento no sé en qué estoy pensando, pero lo sabré dentro de un instante.

Me levanto y rodeo con el brazo los hombros de Greta.

—Querida, hace mucho tiempo había una ley humana, concebida de manera tal que las mujeres... No, me estoy explicando mal. En otros tiempos, los hombres, que eran muy primitivos, no podían tolerar que sus mujeres se entregaran a otro. Su orgullo se rebelaba ante esa idea. ¿Entiendes eso?

—Lo entiendo —respondió Greta sin dejar de sonreír.

—Y ¿sabes por qué se comportaban así?

Ella hizo un mohín.

Por supuesto. ¿Cómo podría saberlo? Soy un estúpido. Mi pregunta estuvo mal hecha. No puedo obtener una respuesta más que hablando de las cosas que Greta sabe.

—Bueno, Greta; escúchame. Si te dijera que te levantarás, fueras a casa de nuestro vecino Svan y te entregaras a él, ¿qué harías?

Ella se pone de pie y va hacia el tabique. Apenas tengo tiempo de detenerla.

—¡Deténte, Greta! He dicho simplemente «Si te dijera».

—Te había oído mal.

Eso me deja perplejo. Es la primera vez que reacciona de esa forma.

—Veamos: ¿habrías ido?

—Claro que sí, Kurt.

—¿Hubieses sufrido? —pregunto, lentamente.

Hay un abismo de incompreensión en su mirada.

—¿Sufrir? ¿Por qué?

Sí, claro. La respuesta no podría haber sido diferente. Y sin embargo... sí; sin embargo *esa respuesta me oprime el corazón*.

—Siéntate —le digo.

Nervioso, con el ceño fruncido, vuelvo a mi asiento automático. Siento que me vuelvo loco. «Sufrir... ¿por qué?», dijo Greta. No podía responder otra cosa. ¡Pero soy yo, Kurt, quien sufre! ¡Esa visión de Greta en brazos de Svan...! Svan, a quien tres trasplantes sucesivos no han permitido igualar la altura de sus hombros! ¡Svan, que desde su nacimiento, y a pesar de todo lo que le han hecho, tendrá siempre el hombro izquierdo atrofiado! ¡Greta, en los brazos de un inválido! Oh, sé muy bien que en otros tiempos, la humanidad estaba llena de jorobados, cojos y deformes, y que la invalidez de Svan es teórica. No importa: la clavícula de su hombro izquierdo mide dos centímetros menos que la del derecho. Greta, ¿en el lecho de ese monstruo?

Me apercibo de que mi respiración es agitada.

Es una locura. Debo tener fiebre. Me esfuerzo por razonar con sensatez. En primer lugar, Svan no parece deforme. Lo es, y yo lo sé porque asistí a su operación, pero, para ser franco, soy uno de los pocos que lo saben. Físicamente no tiene nada de repugnante.

La certeza se me impone: mi reacción no proviene de la personalidad de Svan. Además, basta con que trate de imaginar a Greta en los brazos de otro hombre... sea quien sea, sí; ¡sea quien sea! Mis dientes rechinan.

Es una locura. He aquí, diría el profesor Slater, dónde nos puede llevar una costumbre. Estoy celoso de Greta. Yo, Kurt, estoy celoso. Yo, que no soy un hombre primitivo. Y, ¿qué es Greta, me pregunto? Un robot, nada más. Un robot, como la mujer de Svan, como el hombre de Helena. Yo, Kurt, a los veintidós años, por la fuerza de la costumbre, ¡me he enamorado de un robot!

*28 de mayo*

¡Todo se explica! Ayer por la tarde había retirado el tabique plástico del escritorio para tener más sitio para la audiovisión. Cuando el profesor Slater tomó la palabra, ya había decidido hacerle la pregunta que me preocupa. Debe de haber notado mi turbación, porque se volvió hacia mí. En su pantalla ocupó un lugar en el ángulo derecho de las coordenadas ficticias.

El profesor Slater es un genio muy comprensivo.

—¿Quieres hacerme alguna pregunta, Kurt?

Carraspeé. Me sentía horriblemente incómodo. Me parecía que todos mis discípulos me miraban entre risitas; una cosa estúpida, ya que si bien el Maestro nos ve a todos, nosotros sólo lo vemos a él. Sin embargo, reuní todo mi valor y me puse de pie.

—Señor, ¿me autoriza a presentarle a Greta, mi mujer?

Se sorprendió, pero sabe que soy incapaz de bromas fuera de lugar. Se acarició la barbilla, con aire pensativo.

—Con mucho gusto —respondió.

Llamé a Greta. Slater, con aire irritado, interpelaba a mis discípulos, a quienes yo no veía.

—No —decía—. Es inútil que insistan, señores. Cuando Kurt haya hecho su pregunta, juzgaremos si es necesario conectar el circuito de visión general.

Greta, a mi lado, se colocó ante el ojo-robot.

—Enhorabuena, Kurt —dijo el profesor, con una sinceridad que agradecí.

Rápidamente, tomé la palabra.

—Señor, he reflexionado mucho sobre su última clase. Los primitivos del siglo XX tenían la nefasta costumbre de vivir «en familia». El hombre y la mujer, como usted nos hizo notar, lejos de habituarse el uno a la otra, llegaban a detestarse, sin poder prescindir el uno de la otra. ¿Es así, o he deformado su pensamiento?

Slater continuaba acariciándose la barbilla. Durante un instante tuve la sensación de que no me escuchaba, sino que estudiaba a Greta, con un brillo en los ojos que no me gustó nada.

—Sí, Kurt, eso es —contestó finalmente—. La mentalidad de esa época es muy difícil de asimilar para nuestros espíritus más cultivados. Por lo general, el hombre y la mujer se agriaban. Pero ¿por qué esa pregunta?

Respiré hondo y me zambullí.

—Señor, temo que mi espíritu esté deformado por una costumbre de la que me gustaría liberarme. Creo... sí, creo sinceramente que me he enamorado de Greta, mi mujer-robot aquí presente.

Hubo un silencio, y luego la voz de Slater me interpeló.

—¿Y qué? —decía el Maestro.

Levanté el rostro y miré a la pantalla. Las cejas de Slater parecían dos acentos circunflejos. Sin duda, no había entendido.

—Señor —repetí, pacientemente—, ayer tuve la revelación de que me sería muy doloroso prescindir de Greta. Ante la idea de entregarla a otro, mis dientes rechinan. Temo que el hábito de tenerla aquí haya desarrollado en mi un peligroso complejo de celos. En una palabra, temo haber vuelto a los desagradables sentimientos de los primitivos y de haber rebajado mi potencial personal.

Nunca había visto reír al profesor Slater. O sea que me quedé con la boca abierta cuando lo vi retorcerse en su sillón. Es extraño, pero gracias a su hilaridad descubrí

detalles que antes se me habían escapado. Debía comer copiosamente, porque su cara había enrojecido. Tenía una manera muy vulgar de colocar las manos sobre los muslos. En su cuello había un rollo muy desagradable. Ciertamente, no seguía el tratamiento obligatorio de sanidad física.

Por otra parte fui el único en verlo, ya que, desde la llegada de Greta había colocado los demás receptores en posición de «espera».

—Kurt —dijo finalmente—, hay un enorme malentendido entre nosotros. Yo soy el responsable y lo más posible es que todos los alumnos de la clase se sientan incómodos cuando comento los pocos documentos que escaparon a la Catástrofe de 1993. En nuestra nueva era, tenemos la costumbre de designar a nuestros robots sexuales con los términos de «mi mujer» o «mi hombre». El malentendido viene de ahí.

Yo jadeaba, estupefacto.

—Señor, quiere decir que... que las mujeres...

—Pero claro, Kurt. En el siglo XX eran totalmente incapaces de fabricar robots con apariencia humana. Los hombres y las mujeres que vivían en común en el siglo XX no eran robots. Eran de carne y hueso, como tú y yo. Además, pienso aclararlo durante el resto de las clases, para evitar malas interpretaciones.

Sentí que me deslizaba a un abismo. ¿Cómo? ¿Semejante bestialidad había sido posible? Hombres y mujeres de carne y hueso? Era una locura. Esa gente, ¿no tenía ninguna noción de lo que es la belleza? El más hermoso de los seres humanos conserva siempre, a pesar de nuestros institutos de sanidad física actuales, algunos defectos de conformación. Nuestros robots son rigurosamente perfectos.

Pero ¡eso no es nada! Imaginemos que yo me acostara con una mujer auténtica — con Helena, por ejemplo—; mañana podría encontrarla en la avenida aérea, o en el laboratorio. ¿Qué cara tendríamos, por los dioses? Yo no osaría mirarla. Tendría presente en todo momento el espectáculo de nuestros amores, y ella... ¡Dios! Ella no lo resistiría y huiría lejos de mí.

Lo inimaginable es que los hombres y las mujeres de antaño hayan podido vivir en común durante años. ¡Años! Yo sé que Greta no es más que un robot. Y evidentemente no se siente ningún embarazo ante un mecanismo, sirva para lo que sirva. ¡Pero ellos! ¡Ellos!

¡Pobre gente!

*1 de junio*

¡Ya está! Tenía que suceder! Ahuyentaba ese pensamiento de mi espíritu, pero hubiese sido mejor creer las advertencias de mi subconsciente. Yo había notado esa mirada... ¡Es espantoso!

El profesor Slater me pidió, paternalmente, que le prestara a Greta. Oh, dijo que

no la utilizaría. Me explicó largamente que había llegado el momento de que yo reaccionara. La costumbre terminaría por transformarme en un esclavo de mi mujer... como sucedía a los primitivos. Separarme de ella durante una quincena me curará definitivamente. Slater lo afirma.

Mi desgracia es que sigo viendo constantemente la crisis de hilaridad en la que el profesor me pareció tan vulgar. Pero ¿puedo negarme? Ciertamente no; sería el hazmerreír de todos.

## *2 de junio*

Greta se marchó esta mañana. Cuando le dije, por primera vez en muchos meses, «vístete», creí ver una especie de asombro en su mirada. Por supuesto, es imposible; esos matices no han sido previstos por los fabricantes.

Me obedeció dócilmente. Recordé que la última vez que le había dado esa orden había sido cinco meses antes, para una función de gala de la SGB. Había querido llevarla a esa función. Por supuesto, se había comportado como todos los robots, de forma impecable. Yo, en cambio, me había emborrachado, y cuando volvimos, tuvo que desvestirme y acostarme.

¿Por qué? Estoy seguro de que no le di la orden de hacerlo. Estaba incapacitado para decirle «acuéstame». Completamente inconsciente. Alguien debió sugerírselo. Lo extraño es que, como Greta está sintonizada en mi frecuencia, no tendría que obedecer a nadie más que a mí... Sí, ahora que lo pienso, fue extraño. Tendré que aclarar ese punto.

Por lo tanto, dije a Greta: «vístete». Me obedeció en seguida. Se puso su corta camisa color paja y su falda naranja. Los robots se conforman con ese «dos piezas», que no sería suficiente para ninguna mujer de carne y hueso.

Dios sabe que nunca la he castigado; sería una estupidez por mi parte. No soy como esos pilotos que cogen un martillo y golpean las turbinas cuando el motor no funciona bien. Sin embargo, mientras se vestía, Greta me miraba con una sonrisa dolorida. Esa sonrisa fue un bálsamo para mi corazón.

Aunque los especialistas en cibernética son capaces de poner a punto un cerebro emotivo, capaz de traducir físicamente los sentimientos humanos, se han guardado muy bien de meter un cerebro así dentro de nuestros robots sexuales. ¿Qué sucedería si Greta y los demás reaccionaran ante nuestras órdenes enfurruñándose, diciendo palabras amargas, discutiendo?

Sin embargo, los «sexuales perfeccionados» —quiero decir los modelos más nuevos, como Greta— tienen un sistema de reacciones atenuadas, cuyo funcionamiento no comprendo muy bien, pero que puedo explicar así: cuando un hombre se enfada, un robot pone mala cara.

En suma, para adivinar hasta qué punto Greta se siente afectada por este cambio de propietario, debo multiplicar por diez su testimonio físico. ¡Y sonrío tristemente!

Si tuviera corazón, diría que su corazón ha sido destrozado.

Se estaba poniendo su camisa cuando le pregunté:

—¿Estás descontenta?

—Oh, sí —respondió simplemente.

—No nos separaremos por más de una quincena. Y tampoco es para lo que tú crees: el profesor Slater no te tocará.

No respondió. Por otra parte no tenía por qué responder; yo había hecho una afirmación. Como un tonto, añadí:

—¿Te resultaría desagradable vivir con Slater?

—No —contestó ella.

Su mirada había vuelto a ser mecánica; es la que conserva mientras no le hablo. Pero yo acababa de hablarle. Entonces, había algo que falseaba el funcionamiento de ese maravilloso mecanismo. Y ese «algo» no podía ser más que el sistema de reacciones atenuadas. Greta se sentía descontenta y, sin embargo, aceptaba, sin que le resultara desagradable, el hecho de vivir con Slater, a quien no conocía más que por haberle visto unos minutos en la pantalla. No pude sacar más que una conclusión: el sistema de reacciones atenuadas se había aficionado a mí, tal como yo me había aficionado a Greta. Sufría porque me dejaba, no porque iba a vivir con Slater.

Me sentí profundamente feliz. La tomé en mis brazos, olvidando el rechazador automático. Los robots, cuando están vestidos, se liberan automáticamente de un abrazo, a fin de proteger sus ropas. Me rechazó un poco rudamente y su gesto me lanzó contra la pared, sorprendido, primero; comprensivo, después.

—Querida Greta —dije—. Tengo una idea excelente. Estos quince días pasarán muy rápido, ya lo verás. Pero para estar seguro de que el profesor no se distraerá, voy a...

Callé; era tonto explicarle mis intenciones. No las comprendería.

—Espérame ahí —dije.

Ella se inmovilizó. Pasé por el tabique y llamé a Thomas, por el audiovisual. Es uno de mis mejores amigos, un joven ingeniero de talento, siempre listo para ayudar a los amigos. Su cara y su boca enorme me sonrieron desde la pantalla.

—¿Cómo estás, mi querido Kurt?

—Thomas, viejo amigo, necesito que me hagas un favor.

—Te escucho, hermano. ¿De qué se trata?

A disgusto, le narré mi historia. No había dudas de que estaba enamorado de mi robot, Greta, y de que ésta se había enamorado de mí. Científicamente, ¿era posible?

El no se sorprendió, como yo esperaba.

—¿Y por qué no? —preguntó tranquilamente—. A priori, no veo ninguna razón para que un cerebro electrónico no adopte «hábitos de pensamiento», buenos o malos. Sobre todo porque, con estos endiablados sistemas de reacción atenuados, el funcionamiento de un robot se parece curiosamente al comportamiento humano.

—Bueno. Pero ¿por qué Greta y yo, y no otras personas?

Thomas rió a carcajadas.

—Vas demasiado lejos, hermano. ¿Acaso crees que eres el primero que ha descubierto eso? Yo mismo, mi querido Kurt, me sentiría muy descontento si me privaran de los servicios de mi Carol. Pienso que los humanos del año 2312 estamos todos en las mismas. Más o menos, claro. ¿Y qué tiene de malo, mientras conservemos una autoridad soberana sobre nuestros robots?

Hubo un silencio. La afirmación de Thomas me tranquilizó un poco, aunque su «más o menos» me hizo suponer que yo estaba en el límite extremo de la categoría «más».

—¿Y qué tengo que ver yo con todo eso? —me preguntó luego.

No tenía más remedio que decirle la verdad, y lo hice. Silbó suavemente.

—Slater... el profesor Slater, ¿eh? —dijo a media voz.

—Oh —dije yo, esforzándome por mantener la calma—, es un hombre digno de confianza. Si dice que...

—Entonces, ¿he comprendido mal lo que querías pedirme?

Una gota de sudor brilló sobre mi frente y se estrelló contra el suelo de vidrio. Me sentía atrozmente avergonzado.

—¿Qué creías... haber adivinado? —dije, en voz baja.

—Espera un momento —gruñó él.

Desapareció. Vi pasar sobre la pantalla unas rayas blancas horizontales y luego reapareció. Acababa de asegurarse de que nadie escuchaba nuestra conversación.

—Discúlpame, amigo. Sabes que me estoy jugando mi empleo. Y me pareciste tan raro... Hablemos claro: ¿quieres un cinturón?

¿Cómo lo había adivinado? Ante mi estupor, frunció el ceño y golpeó el suelo con el pie.

—No seas tonto, Kurt. De un momento a otro, alguien puede conectarse con nuestra conversación. Sí o no, ¿quieres un cinturón para Greta?

—Sí —contesté yo—. Claro que sí. Pero... ¿cómo...?

Su respuesta desdeñosa me abrumó.

—¿Acaso crees que eres el único celoso del planeta? Esta semana hice tres cinturones. A los otros, les cobré cincuenta *barans*. Para ti, serán diez; el precio de coste. Pero necesito a tu robot frente a la pantalla, para tomar algunas medidas.

—En seguida —balbuceé.

Estaba tan aturdido que me golpeé contra el tabique, que había olvidado ablandar. Después de rectificarlo, lo atravesé, frotándome la frente. Thomas había dicho: «Hice tres esta semana». ¡De modo que había más hombres celosos de sus robots! Otras personas habían tomado esta precaución, que yo consideraba de otros tiempos...

Greta estaba allí, inmóvil.

—Ven —le dije.

Me siguió hasta la pantalla y se quitó la ropa cuando se lo indiqué. Thomas ni siquiera la miró; había traído un aparato con largos brazos, provisto de múltiples objetivos, que dominaba una masa informe de material plástico.

—Dile que no se mueva —ordenó.

Repetí la orden. Greta quedó inmóvil. En la pantalla los largos brazos se agitaron y los objetivos giraron. Unos segundos después el material plástico tomó una forma que yo conocía bien: las caderas y los muslos de Greta.

—Ya está —dijo Thomas.

Rápidamente, añadió:

—Es un repetidor ultramoderno, que ha sido inventado para otras cosas. Por eso, prefiero que no se enteren; no tengo derecho a utilizarlo. Esta noche tendrás el cinturón. ¿Sabes cómo funcionan esos chismes?

Yo no tenía la menor idea. Traté, rápidamente, de imaginar el aparato.

—Supongo —dije, agitando las manos como para asir una forma delicada— que el sistema de apertura estará sintonizado con mi longitud de onda personal y que...

—Ni lo pienses —gruñó Thomas—. No tengo el equipo necesario para hacer cosas tan complicadas, Kurt. Lo único que puedo garantizar es que el cinturón, de material plástico flexible, es totalmente inviolable. ¡Ja, ja, ja!

Reía como un imbécil, con la cabeza echada hacia atrás.

—Sí, sí —dije— Pero ¿cómo se abre?

—Con una llave. Como en los tiempos antiguos. Una cerradura minúscula en la espalda y una llave plana de combinaciones múltiples. ¿De acuerdo? Por otra parte, si eso no te sirve, lo siento. No puedo hacer otra cosa.

Sonreí como un idiota. La visión de esa «llave» de otras épocas que se adaptaba a una «cerradura», como las que utilizaban nuestros antepasados anteriores al año 2000, era ridícula. Pero, como decía Thomas, no se podía hacer otra cosa. Fueran las que fuesen las intenciones del profesor Slater, el cinturón protegería a Greta. Era lo único que me interesaba. No sé cómo reaccionaban los primitivos del siglo XX, pero, por mi parte, podía permitirle todo a Slater... todo, menos lo esencial.

—Es perfecto —dije a Thomas—. Pero, una sola llave, ¿eh?

Se encogió de hombros y se volvió de espaldas.

—Si crees que tu robot me interesa... —gruñó, despreciativo antes de cortar el contacto.

### *5 de junio*

Cuando estuve ante el profesor Slater me sentí incómodo. No sabía cómo presentarle el asunto. Acababa de entrar en su despacho hexagonal, en compañía de Greta, vestida con su dos piezas. Slater se levantó sonriente y vino hacia nosotros.

—Hola Kurt, veo que te has decidido. Créeme; es la mejor solución. Una costumbre no es nefasta en si misma si uno tiene la certeza de poder dominarla.

Debes considerarlo desde ese punto de vista. Si después de estos quince días has reemplazado a Greta, no habrá inconvenientes para que vuelvas a llevártela. En cambio, si... ¿Qué diablos es esto?

Maquinalmente, palpaba las formas de Greta. Y yo no podía decir nada; es la costumbre, En el siglo XXI y entre los primitivos, era de buen tono acariciar a los animales domésticos, perros y gatos, de los que subsisten aún unos pocos ejemplares. Y ¿qué es un robot personal, más que una especie de animal doméstico?

Slater acariciaba a Greta, y aunque sentía un violento deseo de golpear su cara enrojecida, no podía hacer nada.

La desgracia era que, al palpar a Greta, acababa de sentir bajo sus dedos el ligero espesor del cinturón. Tuvo el reflejo que cualquiera hubiese tenido con un robot: le levantó la falda.

Cuando vio el corsé defensivo que moldeaba la parte inferior de su espléndido cuerpo emitió un «oh» de estupor, seguido por un largo silbido.

—Pero... —dijo.

Nuevamente me zambullí, desesperado.

—Señor —dije rápidamente—. No crea que una tonta desconfianza me lleva a... Pero lo que pasa es que... Greta está acostumbrada a... y yo creo...

Yo tartamudeaba. El me miraba, inquieto.

—¿No querrás decir que un robot puede preocuparse por su virtud, Kurt? —preguntó, estupefacto.

Tragué saliva.

—Creo que sí, señor. Todavía no nos hemos habituado al sistema de reacciones atenuadas que se ha puesto a punto últimamente, pero he podido comprobar con frecuencia que Greta, mi robot, puede sentir vergüenza. Por eso hice fabricar este cinturón.

Dudé. Estaba llegando a la parte delicada. Gracias a mi idea maquiavélica, iba a salvar, al mismo tiempo, a Greta y mi tranquilidad durante quince días.

—Señor —continué, extendiéndole una llavecita plana— quiero decirle que esa precaución no fue tomada pensando en usted; la prueba es que le confío de buen grado la única llave de la cerradura.

Le tenía cogido. Si aceptaba la llave, reconocía que deseaba a Greta. Meneó la cabeza varias veces, dejando errar su mirada de mi cara a la llave. Luego empujó mi mano y dijo con calma:

—¿Qué diablos quieres que haga con eso, Kurt? Guárdala.

No parecía estar enfadado. No dejaba de mirarme, exactamente como si yo tuviera un ojo en medio de la frente, como los venusinos.

Finalmente, me señaló un diván.

—Siéntate, hijo.

Había un tono tan paternal en sus palabras, que obedecí. Seguía mirándome y meneando la cabeza. Se rascaba la barbilla, según su tic habitual.

—Entonces, ¿es cierto, Kurt? —preguntó en voz baja—. ¿Verdaderamente estás enamorado de tu robot?

—¡Ja! —dije sonriendo—. ¿Creía que era una broma?

—No; es evidente que eres sincero. Pero debo confesarte que, hasta ahora, creía que te iba a hacer un favor diferente. Pensaba que querías... desembarazarte de tu robot... o sea...

Yo no comprendía y a él le repugnaba explicarse con más claridad.

—Pero ¿por qué, grandes dioses? —pregunté. Se había sentado cerca de mí y me daba palmaditas cariñosas.

—Eres un niño, Kurt, un verdadero niño. Creí que eras más evolucionado. Quería quitarte tu robot de delante porque suponía que ibas a recibir en tu casa... este... a alguien que... hubiese podido sentir celos.

Todo era cada vez más confuso. No paraba de frotarse la barbilla. Súbitamente se decidió y se inclinó hacia mí.

—Kurt, amigo mío, eres un tipo notable. Sería una pena que un muchacho con tus cualidades se limitara a enamorarse de un robot. Escúchame y sobre todo, créeme... Kurt, el pueblo necesita una religión...

### *5 de junio. De noche*

Entonces, ¡era eso! ¿Estaré bien despierto? El profesor Slater afirma esa cosa insensata, increíble, ilógica: ¡los robots no son más que un *sucedáneo*!

Poco antes del año 1993, los teóricos habían estudiado la organización del mundo y habían llegado a la conclusión de que la arcaica «vida familiar» era responsable, en parte, del egoísmo humano, de las disputas y de la imposibilidad de elevar el nivel intelectual de las masas.

La Catástrofe de 1993, trastornando la antigua sociedad, permitió reformar radicalmente sus bases. La nefasta «célula familiar» fue suprimida. Oh, muy fácilmente. Se proporcionó un robot hembra a cada hombre y un robot macho a cada mujer. Por supuesto los niños eran y son fabricados por encargo en el Instituto especializado.

Las protestas no duraron más que una veintena de años. Sólo gruñían algunos sobrevivientes del antiguo mundo. Cien años después, nadie recordaba la antigua organización más que con desprecio.

Pero ¿qué me ha dicho el profesor Slater? Que era necesaria una «religión para el pueblo». Que las masas necesitaban robots, pero que la Elite podía prescindir de ellos y que, por razones que me explicó largamente, *debía* prescindir de ellos. Las palabras que usó han desaparecido de mi memoria, pero recuerdo su sentido con mucha exactitud. ¡A Slater no le interesan los robots! ¡Slater cambiaría todos los robots del mundo por una mujer *de carne y hueso*!

Y sé que no me mintió. Tengo pruebas. Y también sé que Slater tiene uno de los

mejores cerebros del planeta. Y sin embargo, sin embargo... Suponiendo que una mujer verdadera *consintiera*... ¡Es una locura! Ninguna mujer consentiría. ¡No me atrevería a pedírselo!

*8 de junio*

¿Qué diablos habré hecho con la llave de Greta? He rebuscado por todas partes, pero no la encuentro. Ayer fui a casa de Slater para seguir discutiendo sobre estos problemas, que comienzan a apasionarme.

Unos días artes, hubiese supuesto que Slater me había birlado la llave para utilizar a Greta. Pero ahora ya no puedo sospecharlo. Slater es verdaderamente *anormal*. Es la palabra exacta:

no se comporta según las normas. Se burla de los robots. Le vi dar vueltas alrededor de una joven doctora, en el laboratorio, comenzando un asedio en toda regla.

Además, cuando volví a casa, tenía la llave en el bolsillo; jugaba con ella. ¿Dónde diablos la habré metido?

Soy un idiota. Quizá la dejé en la cerradura cuando volví a llevar a Greta a casa de Slater. Porque Greta me acompañó a casa, ayer por la noche, con la paternal autorización del profesor.

*8 de junio. De noche*

Greta no tiene la llave. Slater la llevó ante la audiovisión y se lo pregunté. Sólo una cosa puede haber sucedido: la llave quedó en la cerradura y se cayó cuando llevaba a Greta de vuelta a casa de Slater. Y, bueno, tanto mejor. Greta está fuera del alcance de todo y de todos. Estoy completamente tranquilo. Cuando la necesite, pediré a Thomas que rompa el cinturón; en la fábrica debe tener las herramientas necesarias. ¡Lo de Greta ya está claro! no hablemos más de eso.

*12 de junio*

A veces me pregunto si hasta ahora no había tenido una venda en los ojos, o una enfermedad del espíritu. A la luz de lo que me confió el profesor, veo a la gente con nueva perspectiva. Oh, no a todos, por supuesto... Por ejemplo, Svan, mi vecino, que me interrogó cuatro o cinco veces, para obtener noticias de Greta. ¿Cómo sabe que mi robot no está en casa? Eso parece interesarle prodigiosamente, pero como no me gusta, a causa de su hombro torcido, he respondido simplemente que Greta estaba de revisión. Pareció apenado. ¡Qué tipo raro!

En cambio, ¡qué revelación en el laboratorio! He sorprendido apartes, sonrisas,

guiños... Oh, poca cosa; Slater lo dijo el pueblo necesita una religión. El pueblo, para nosotros, son los ayudantes de laboratorio. Son plenamente felices con sus robots.

Gina, la preparadora de los exámenes de biología, besó a Gilbert, mi jefe de sección, detrás de los bocales donde se conservan los restos de las víctimas de la última explosión. Lo vi. Un bocal reflejaba su imagen. Fue una extraña visión la de ese beso en superposición sobre un pie humano sumergido en formol.

Entonces, es cierto. Slater no mintió. Y tengo veintidós años y yo mismo me asimilaba al «pueblo». Me sonrojo. Yo, Kurt, ¿he podido amar a un robot!

Hasta el punto de colocarle un cinturón. Y, por cierto, ¿dónde puede estar esa llave? Esa desaparición me fastidia, un poco por mí y mucho por Greta. Es simpática, Greta, y no me gustaría privarla de... ¡Qué locura! ¿Acaso un robot puede sufrir por guardar continencia? ¡Ja, ja! Aunque con los nuevos sistemas de reacciones atenuadas, ¿quién sabe? Quizá Greta me extraña... Tendré que preguntárselo a Slater... ¡si es que con lo de la doctora tiene tiempo de ocuparse de un robot!

*16 de junio*

Tuve la oportunidad de hablar con mi colega, Helena. Obnubilado como estaba hasta ahora por el hechizo de que era objeto (el hechizo de mi robot Greta), no había dado mucha importancia a esta joven tímida y alegre a la vez. Nuestras relaciones se ¡imitaban a un «hola, adiós», correcto, pero frío.

Esta mañana la vi distraída y muy preocupada. Trabajamos uno frente al otro, a los dos lados de la mesa blanca y lisa que es común a todos los laboratorios del mundo. Un metro, apenas, nos separa. Hasta ahora, ese metro me parecía infranqueable. Digámoslo mejor: no tenía la idea ni el deseo de franquearlo.

Pero, desde hace unos días, observo a Helena; exactamente, desde hace once días. Esta mañana su turbación me inquietó, y, sin pensar que mi actitud podía resultar insólita, apoyé las manos en la mesa y me incliné hacia adelante.

—¿Qué pasa, Helena?

Ella no pareció sorprendida. Me sonrió... una triste sonrisa angustiada.

—Estoy muy preocupada, Kurt. Desde hace un tiempo, Nel, mi robot, no funciona bien y no sé qué hacer.

—Envíalo a la fábrica, para que lo revisen.

Eso no le gustó. Levantó la nariz.

—Sí —dijo finalmente—. Tendré que hacerlo. Pero no me gusta.

¡Querida Helena! Sentía por su robot un afecto comparable al que yo había sentido por Greta! Una corriente de simpatía se estableció entre nosotros. Nos pusimos a discutir. Cinco minutos después, reíamos a carcajadas, sentados sobre la mesa de preparación, cuando entró Godeau.

Godeau es un viejo químico de la sección. Tiene sesenta y seis años y usa unas

enormes lentillas de contacto. Su carácter es más bien agrio.

Avergonzada, Helena bajó de la mesa y, sonrojándose, volvió a su trabajo. Yo no me moví y sonreí apenas, mirando a Godeau. Había llegado el momento de comprobar si el profesor Slater se había burlado de mí. «El pueblo necesita una religión». Y Godeau, un químico genial, no era un «cualquiera».

Se me acercó, fingiendo no ver a Helena. Mi preparación estaba delante de mí. Se inclinó a mirarla y me dijo, con un matiz de afecto burlón:

—Enhorabuena, Kurt; ¡enhorabuena!

*19 de junio*

Helena es realmente arrebatadora. La pobrecita se siente desamparada. Nel, su hombre, está en la fábrica para una verificación rápida, y ella rehusó un robot de reemplazo. La comprendo; yo mismo preferí no reemplazar a Greta. Dejé caer una alusión a la «religión del pueblo» y no pareció asombrarse. Sospecho que Slater puede haber tratado de adoctrinarla... sin éxito, por supuesto. El robot Nel es la prueba.

¿Podríamos, quizá, unir nuestras dos soledades? El inconveniente, para mí, es que no sé si ella aceptaría... y Greta volverá pronto. Ya han pasado los quince días. A menos que pida a Slater que la retenga unos días más. Pero no me atrevo. Además, Greta sólo es un robot y no sufriría a causa de la presencia de Helena. Y, en cuanto a Helena, el cinturón cuya llave perdí le demostrará que Greta ya no significa nada para mí.

Por cierto: ¿no tendría que preocuparme por la pérdida de esa llave?

*20 de junio. De noche*

Svan, mi vecino, pasó la cabeza por el tabique medianero. Es asombroso, ya que, legalmente, es necesario que las frecuencias de los dos ocupantes estén ajustadas. Mostraba una sonrisa tímida y me pareció mejor no protestar.

Me limité a saludarlo, disimulando mi asombro. Eso lo tranquilizó. Se disculpó brevemente y volvió a preguntarme por Greta.

—Sigue de revisión —le dije.

Por cortesía, pregunté por su robot personal. ¡Otra sorpresa! Svan se había deshecho de ella hacía tiempo. Hacía varios meses que se la había vendido a un jovencito. Un hombre normal que vive sin robot es algo poco frecuente, y estudié largamente su rostro mientras él intentaba explicarme que Rosy, su mujer, había sido un fallo del servicio especializado. Prefirió deshacerse de ella, cediéndosela a un debutante.

Yo lo escuchaba en silencio, vigilando su cara sonriente. Quizá suponía que lo

invitaría a entrar en su totalidad, pero no lo hice. Creía comprender y sentía vergüenza. Yo, Kurt, era un retardado de la civilización. Sentía cariño por mi robot, ¡mientras que Svan, un empleadillo de sexta categoría, me estaba dando una lección! Como Slater, prefería las mujeres de carne y hueso. ¡Qué ridículo debía parecerle mi amor por Greta!

Le respondí con frialdad y terminó por marcharse del tabique.

Después de eso, quedé pensativo. El rasgo dominante de mi carácter (lo afirman los tests) es el amor propio. Si era así, no había duda de que el Kurt que yo había sido (el Kurt que amaba a un robot) se había cubierto de bochorno ante sus iguales. Ahora me explicaba las bromas de Thomas y algunas miradas de mis colegas en el laboratorio. ¡Yo, Kurt, creyendo actuar bien, había vivido al margen de las élites! ¡Qué vergüenza!

Pero nunca es tarde para reaccionar. Llamé a Helena por el audiovisor.

Cuando su rostro encantador apareció en la pantalla, pareció sorprenderse.

—¿Qué pasa, Kurt? ¿Olvidé guardar mi preparación en el laboratorio?

Mi sonrisa la tranquilizó y, ciertamente, adivinó lo que iba a pedirle, porque se sonrojó.

—Helena...

Tuve que hacer un esfuerzo para hablar. Tenía la atroz sensación de estar en un mundo que no era el mío. Era la primera vez que hablaba con una mujer por razones que no fueran de trabajo.

—Me siento muy solo —continué finalmente, con una ternura que no podía refrenar—. Sabes que mi robot está fuera... No te propongo ir a hacerte compañía porque Nel ya ha vuelto de la fábrica, pero...

—¡Oh, Kurt! —protestó ella.

Su cara estaba roja. Dudó y después dijo, apresuradamente:

—Sería muy chocante, Kurt. No; lo siento.

Y cortó la comunicación.

Yo estaba furioso. La soledad de los últimos quince días me parecía cada vez más insoportable. Para cambiar el curso de mis pensamientos, traté de interesarme en el asunto del tabique medianero.

El plástico maleable está creado para ajustarse automáticamente, mediante un simple esfuerzo mental, a la frecuencia de quien lo utiliza. Pero en las separaciones de los apartamentos, se utiliza un plástico especial para el que son necesarias dos frecuencias simultáneas.

Sin embargo, yo no había autorizado a Svan, mi vecino, a atravesarlo con la cabeza. Era rarísimo.

Fui hasta el tabique medianero, hice el ligero esfuerzo de voluntad habitual y me apoyé.

Lo atravesé sin mucha dificultad, aunque sentí una desagradable sensación de «encolado». Aparecí en el dormitorio de Svan, que estaba perdido en sus ensueños, junto a la ventana. Llevaba un pijama corto y zapatillas de fieltro.

Se volvió hacia mí, sin sorprenderse, y esbozó una sonrisa.

—Ah —dijo simplemente—. ¿Lo ha comprendido?

—No; actué sin comprender. ¿Qué significa esto? ¿Ha hecho modificar el tabique sin pedir mi autorización?

Su sonrisa se borró. Finalmente me veía como era: físicamente mucho más fuerte que él y muy descontento. Pertenece a esa raza de tímidos que se aterrorizan cuando alguien levanta la voz; pero alguna preocupación secreta disipó su miedo, porque terminó por encogerse de hombros.

—No modifiqué nada —afirmó, indiferente—. Sucede que nuestras frecuencias personales están demasiado próximas... un doceavo de decimal... Es una extraordinaria casualidad. Lo noté hace unos seis meses: un esfuerzo de voluntad y uno duplica su campo. Luego se sincronizan las dos frecuencias y se abre el tabique.

—¡Y se entra! —añadí, en tono amenazador.

Nuevamente se encogió de hombros.

—Sí: se entra.

Si se hubiese puesto de pie, creo que me hubiera lanzado sobre él. Pero mi amor propio me obligó a contenerme.

—¿Ha entrado muchas veces? —le pregunté, en tono de broma.

—Casi todos los días.

Estaba como pegado a su silla, aplastado por algo que no era el miedo. Pese a mi decisión de conservar la sangre fría, me enfadé.

—Pero ¿qué venía a buscar a mi casa? —grité.

Levantó la vista y vi dos grandes ojos tristes, llenos de lágrimas.

—Pero ¿no lo comprende? —murmuró—. Su robot... Greta... Nos amamos.

De acuerdo; en los últimos días, gracias al admirado profesor Slater, yo había evolucionado mucho. Me integraba en las élites.

Pero mi pasión por Greta estaba demasiado cercana aún para que pudiese quedar indiferente. Dando unos pasos me precipité sobre Svan y, rudamente, lo tomé del mentón, gritando furioso:

—¡Cerdo! ¡Así que era eso! ¡Me ponía cuernos con Greta!

Rectifiqué maquinalmente:

—O, más bien, Greta me ponía cuernos con usted.

En sus ojos húmedos había un abismo de estupor.

—Pero... —balbuceó.

Vaciló y luego dijo, rápidamente:

—Vamos, Kurt, ¡por el amor de Dios! ¡Greta no es más que un robot! ¡Oh, sé muy bien que debí pedir su autorización...! Pero usted no me la hubiera negado,

¿verdad? Y la tentación... El descubrimiento de que podía abrir el tabique...

¡El muy animal se rebelaba! Levantaba su hombro enfermo para llevarlo al nivel del otro y gritaba, casi tan fuerte como yo:

—¿Usted cree que esto es vida? ¡Hace seis meses que vendí mi robot!... Y Greta, por qué tiene que ser sólo suya, ¿eh?

Respondí con un par de bofetadas. Pegué muy fuerte. Su cólera desapareció y se derrumbó en un asiento, cogiéndose la mejilla derecha, mientras yo atravesaba nuevamente el tabique para volver a casa, aliviado por mi estallido.

Al llegar a mi despacho comprendí que había olvidado algo y que mi cólera no terminaría de desaparecer hasta que Svan me lo aclarara. Pasé la mitad de la cabeza por el tabique, dejando emerger la boca y la nariz.

—Y Greta le obedecía, ¿eh, cerdo? —dije, groseramente—. ¿Porque nuestras frecuencias son muy parecidas?

Asintió con la cabeza, sujetándose todavía la mejilla.

—¿Acaso...? —continué Era difícil de preguntar—. ¿Acaso se defendía?

Me miró con odio. Y gritó:

—¿Todavía no entiende? Los robots son construidos en serie, en la fábrica. Las frecuencias están más o menos bien estabilizadas. Pero no olvide que nuestras frecuencias están muy próximas. ¡Y sucede que Greta sintoniza mejor *conmigo* que con usted!

Retiré la cabeza y volví a casa, destrozado. Moralmente, Svan me había devuelto las bofetadas.

Svan y Greta viviendo un amor perfecto bajo mis ojos, ¡en mi propia casa! Greta, obedeciendo mejor a Svan que a mí... Greta, a quien había creído amar...

Pero, desde hacía unos días, nada me importaba de Greta, ni de los demás robots. Formaba parte de la Elite y había comprendido, finalmente, que la felicidad se hallaba en las mujeres verdaderas, como Helena. Oh, hubiese dado diez, cien Gretas por Helena, por Helena, que se negaba.

En aquel momento la audiovisión me llamó. Volví la cabeza y vi... ¡a Helena! Helena, que me sonreía y, sonrojándose, decía:

—¿No tienes nada que hacer esta noche, Kurt?

—Helena —exclamé, poniéndome de pie.

Su rostro era una mancha escarlata.

—¿Puedo ir? —preguntó tímidamente.

—¡Qué pregunta! ¡Rápido, Helena! ¡Ya deberías estar en camino!

Sentí escrúpulos.

—¿Y Nel, tu hombre?

Hizo un gesto de indiferencia.

—Creo que voy a venderlo. No ¿entiendes, Kurt?

¡Claro que la entendía!

Me satisface.

*El mismo día, 11 de la noche*

Alguien llega... Helena... Ablando el tabique, mi visitante entra.

Es Greta, Greta con su dos piezas y su sonrisa rígida, Greta y su cinturón sin llave, Greta, que me engaña con Svan desde hace seis meses.

—Acércate.

Obedece sin dejar de sonreír. Es insensato; ¡no puedo hacer una escena de celos a un robot! Respiro hondo, para tranquilizarme.

—Greta —digo, sin dureza—, ¿a quién prefieres, a Svan o a mí?

Ella no responde. Y, súbitamente, su silencio me revela la verdad. Me hallo más cerca de ella que Svan y nuestras frecuencias están muy próximas. Greta, un robot, debería sentir sobre todo la influencia de quien está más cerca de ella. Pese a eso, no me responde. Si me amara tanto como a Svan, me hubiera preferido, dada la proximidad. Por lo tanto...

—¡Vete! —digo, furioso.

Sin perder su sonrisa, me pregunta:

—¿Adónde?

En ese momento, alguien se detiene frente a mi apartamento. Esta vez, tiene que ser Helena. Helena, a quien dije que Greta no estaba y que, sin embargo, la encontrará aquí. Helena, que no se entregará a mí en presencia de mi robot habitual..., pudor femenino.

Mi cerebro trabaja a toda velocidad. Greta... Helena... Quitarme a Greta de encima... Svan... Pero de ninguna manera enviaré a Greta a casa de Svan, que me jugó una mala pasada y la ama.

¡Un relámpago! ¡El cinturón! El cinturón cuya llave perdí, el cinturón indestructible, el cinturón inviolable. Oh, qué hermosa venganza: ¡entregar a Svan una Greta provista de su cinturón sin llave!

Dicho y hecho: con una palabra doy a Greta la orden de desnudarse. Mientras me obedece, me concentro en el tabique medianero. Compruebo con una mirada que el cinturón sigue en su sitio.

Cojo a Greta con un brazo.

—No te muevas.

El tabique se abre. Svan sigue allí, derrumbado en su silla.

—Svan, canalla; aquí está la que ama. Se la regalo.

Tiro a Greta en su dormitorio y estallo en carcajadas demoníacas al volver a casa. Después, sin perder un segundo, franqueo la entrada a Helena, que se impacienta.

*Diez minutos más tarde*

Tengo en mis brazos a Helena, que se me ha entregado. Me parece descubrir otro mundo. Slater tenía razón; no tiene comparación con los robots. Pienso en Svan, que debe de gemir y maldecirme. Siento deseos de ver qué cara pone ante Greta, enfundada en su cinturón.

Retiro de mis hombros el dulce lazo de los brazos de Helena.

—Un momento, querida.

Un pequeño esfuerzo de voluntad y paso la cabeza por el tabique, preparando la carcajada.

Pero no me río. Y he de hacer un esfuerzo para no seguir a mi cabeza y entrar en el cuarto de Svan. El cinturón de Greta yace abandonado en el suelo. Y a su lado hay una llavecita plana.

Pero Svan no tenía la llave; me lo hubiera dicho, para probar que Greta lo amaba. Por tanto... era Greta quien la había confiscado, *¡para usarla ella misma!* Evidentemente su sistema de reacciones atenuadas está mal ajustado.

¿Qué puedo hacer? ¿Enfadarme? Pero acabo de regalársela a Svan. Y la cólera no es digna de la Elite, cuyos hábitos he adoptado definitivamente.

Retiro la cabeza. Helena me mira, sorprendida.

—¿Qué miras, Kurt querido?

—La religión del pueblo, amor mío —respondo, apoyando mis labios sobre los suyos.

# La batalla de Ofiuchus

Michel Demuth

«Es una de esas historias verídicas de la Primera Avanzada que han tomado, con el transcurso del tiempo, figura de leyenda. La batalla de Ofiuchus fue, en realidad, una serie ininterrumpida de largos combates por la posesión de grupos estelares próximos a la nebulosa de S., combates que opusieron los ejércitos humanos de asedio contra diversas unidades extranjeras (de las cuales, incluso actualmente, ignoramos el origen exacto).

«Esta batalla de Ofiuchus está fechada aproximadamente en dos siglos atrás. Una época en que la colonización de los mundos, relativamente prósperos, se proseguía, y la tierra atravesaba sus primeras crisis políticas que debían conducirla a su total extinción. En el umbral del reino de Flingus Jerese, después de los...».

*Extraído de la «Primera Avanzada» de Cyrce, estudio exhaustivo del establecimiento de los humanos en las regiones del Centro Galáctico.*

## 1

La *Rey-Hiroun* apareció en el umbral del Sistema de Tiego, a más de cuarenta años-luz del teatro del combate. Cuando los hombres de la dotación pudieron verificar esta distancia en las pantallas de los grandes aparatos del puente de control, exhalaban un suspiro de alivio. Para ellos, la huida lejos de las naves enemigas significaba una evasión del infierno. Algunos meses atrás, la *Rey-Hiroun* había perdido el contacto con las otras sesenta naves de su grupo, tal vez porque habían sido destruidas o porque habían regresado a sus bases ante la afluencia del enemigo.

La *Rey-Hiroun* buscó refugio en los mundos perdidos más allá, incluso, de la nebulosa de S. Pero habían tenido que huir cada vez que eran descubiertos por patrulleros enemigos. El casco de la nave se había posado ya en ardientes arenas, flotó en marjales y navegó entre estratos de pesado gas, soportando el fuego de tres soles a la vez...

—Hemos sido derrotados... por treinta y dos veces —dijo el comandante Hargreb.

—Treinta y cuatro —rectificó Sway, su segundo—, contando nuestros encuentros con esos pájaros en Sitolca-Rhiat. Ellos dejaron sus plumas, pero nosotros también. Allí perdimos al comandante Marborn y al pequeño Gison.

Hargreb solo movió la cabeza. Para él era inútil intentar recordar alguna cosa, incluso un hecho tan dramático como la batalla contra los pájaros de Sitolca-Rhiat. Se encerraba en su papel de comandante de la nave, y evitaba en lo posible los

comentarios. Sway pensó con amargura que pronto sería él mismo el que sustituiría a Hargreb como comandante de la nave. Y la perspectiva no le agradaba demasiado. Evitaba en lo posible el pensamiento de cuál hubiera sido su reacción, en estas mismas circunstancias, al partir de la base. ¿Cuánto tiempo hacía de eso? Entonces no era más que sirviente de puente y su comandante se llamaba Sebast Ulrich. Después tuvo a Marborn, luego a Hargreb...

Tres comandantes en una campaña era demasiado para una nave de combate. Incluso en la batalla de Ofiuchus. Tres comandantes, y muy pronto cuatro, si tomaba en cuenta aquellos extraños balanceos de la cabeza de Hargreb y su aire ausente cada vez que miraba el diorama estelar.

—Tiego II —dijo Sway—. Pronto nos encontraremos allí, comandante. Comida, reposo, primavera, mujeres...

En los labios de Hargreb se dibujó una melancólica sonrisa.

—Mujeres, primavera... Sway, habla usted como los publicistas de la tierra.

—No. Como un hombre. Como un hombre cansado, comandante. Jamás estuve en la Tierra...

Hargreb guardó un momento de silencio, luego suspiró:

—Yo, en cambio, sí he estado en ella... Vamos, Sway, pregunte a nuestros especialistas dónde se desarrolla actualmente la primavera en este planeta.

Sway asintió, y abandonó la pasarela para ganar el puente de control. Cuatro minutos más tarde, y a través del comunicador, daba la respuesta a Hargreb.

—La primavera se halla en el hemisferio Sur, comandante. Según Gresh, parece que es particularmente floreciente en la gran isla emplazada en el centro del océano.

Hargreb no contestó. Tenía el espectáculo ante sus ojos.

—¿Sway?

—Sí, comandante.

—Iremos de pesca.

Para Hargreb fue un verdadero alivio no escuchar el: «a sus órdenes», por el que había adquirido aprensión en una forma inconsciente. Sway solo rió, y Hargreb le quedó agradecido para sus adentros.

Se estaba realizando la maniobra de aproximación, y parecía que la misma isla se acercaba a toda velocidad a la nave.

Hargreb descubrió, en visión telescópica, dos cadenas montañosas, geológicamente jóvenes, encuadrando estanques fluviales. Aquello había despertado su deseo de pescar. Había bosques tan repletos de árboles que parecían una gran mancha negra, también verdeaban las praderas que llegaban hasta el borde de un océano centelleante por el sol.

—¿Comandante?

Sway llamaba por el comunicador.

—¿Sí?

—Estoy a sus órdenes para la maniobra de aterrizaje.

Hargreb inclinó la cabeza.

—Comandante... ¿ha visto ese pequeño poblado al norte de la isla?

El jefe de la nave sonrió y esperó un instante para concentrar su visión.

—No lo había visto, Sway, pero ahora es cuando creo de veras que este es un buen planeta.

Luego pidió las coordenadas de aterrizaje al complejo de guía.

Esperó escondida detrás de unos matorrales hasta el crepúsculo. Luego salió y se acercó a la nave.

En plena tarde, hubo un soplo de viento tibio y las olas, por un momento, llegaron hasta la blanca playa mucho más enardecidas. Luego las cabezas de las muchachas y de las ancianas se habían levantado y habían vislumbrado el vasto cascarón brillando al fuego del sol.

La condensación del aire detrás de la nave formaba como una nube blanca en forma de cinta.

Después de dos vueltas por encima del poblado, la nave se había posado al borde del agua, de tal manera que los orificios posteriores se mojaron cuando las olas subieron más altas.

El sol escarlata desaparecía en el horizonte marino, coloreando el océano y la playa de una forma casi pavorosa, dibujando sombras cerca de los grandes árboles de largas ramas y ante las primeras casas desiertas.

Súbitamente, sobre la sombría masa de la nave, aparecieron cuadrados de blanca luminaria. En la puntiaguda proa, el mástil, parecido a la antena de un gran insecto, proyectaba un haz de luz sobre la arena.

La nave reposaba ahora en su propia isla luminosa.

Cuando la muchacha estuvo a algunos pasos de la mole se detuvo. Sin duda los hombres que habían descendido no la habían visto todavía. Discutían mirando el océano, y a ella le gustaba el murmullo de sus voces, iguales a las de los hombres del poblado, tan poco numerosos ahora.

Levantó la mirada y vio, por encima de ella, una gran sombra parecida a un ala o a un diente. Primero se estremeció, luego esbozó una sonrisa: era un ala, un ala de metal de la nave. Era lo que ayudaba a transportar aquellos pesos de materia bruta y a los hombres a través del cielo.

Apretó el paso. Tenía conciencia en aquel momento, no de su coraje, sino del miedo de sus compañeras y de algunos hombres del poblado. (Estos últimos habían huido todos).

Pero les disculpaba el hecho de acordarse demasiado bien de otras naves, unas naves gigantescas que, en lugar de hombres, transportaban horrores lejanos...

—¡Oh! Buenos días...

La muchacha se sobresaltó y buscó al hombre que había hablado entre la sombra, que se había vuelto más espesa. Le oyó respirar cerca de ella y después escuchó sus pasos sobre la arena...

—Buenos... ¡buenos días! —balbuceó temblorosa.

Se sentía muy conmocionada. Pero quería demostrar ante todo, no solamente a aquel hombre, sino también a todos los que le acompañaban, que era de su misma

raza y que hablaba la misma lengua.

Hubiera deseado de pronto poder contarle todo muy deprisa. Que sus antepasados habían llegado a este mundo hacía ya mucho tiempo, en una nave parecida a aquélla, quizás incluso mayor.

—Habláis... ¡habláis como nosotros!

Su felicidad no tenía límites cuando se dio cuenta de que él comenzaba a comprender. La muchacha cogió al hombre de una mano y retrocedió unos pasos, hasta la claridad. El hombre era muy alto y delgado, en nada parecido a los hombres del poblado. Sus cabellos eran muy largos y casi blancos de tan rubios. Le danzaban en bucles sobre la frente. Sin embargo, a ella no le gustaba el traje que llevaba, un vestido negro y ajustado que partía a ras del mentón y no terminaba hasta los talones, encima de unas sandalias metálicas.

Había un nombre escrito en blanco en la parte alta de su pecho.

—¿Te... te llamas Rey-Hiroun? —preguntó.

Él rompió a reír a carcajadas. Ella comprendió en seguida que se había equivocado. Se ruborizó. Un poco por vergüenza y otro poco por enfado.

—No... no. Es el nombre de la máquina, jovencita.

—De la astronave.

Él rió de nuevo.

—¡Oh!, perdón... Yo, yo... me llamo Sway.

—¿Qué es lo que te produce tanta hilaridad, Sway?

—Bueno, creo que todos los humanos se reconocen entre ellos precisamente por una particularidad: tienen siempre un miedo atroz a que se les tome por indígenas.

—Sí, es verdad.

Él rió entonces más fuerte. Pero su risa complació un poco más a la joven.

—Nosotros —dijo el hombre—, amigos venidos del cielo en la gran máquina. Nosotros traer la paz.

La risa de ella se unió a la de él.

—Vaya —dijo una nueva voz grave y fuerte—, observo que se está creando rápidamente un clima acogedor.

Sway se volvió.

—Comandante, ella es... se llama... En fin, ¿cuál es tu nombre?

—Criilje —dijo ella.

—Ella es Criilje. Descendiente de pioneros y ciudadana de Tiego II.

El comandante hizo una profunda reverencia que a ella se le antojó ridícula. Sin embargo, procuró aparentar seriedad por temor a resultar descortés.

—Criilje —dijo el comandante, sin apoyarse demasiado sobre las «íes»—, me complacería que fueras a poner al corriente a los demás respecto a nuestras intenciones. Luego, si los notables están presentes, les pides en nuestro nombre hospitalidad. Sólo por algún tiempo. Estamos de paso y partiremos muy pronto... Demasiado pronto... —añadió, mirando fijamente a Sway.

—Comandante —dijo este último—, ¿puedo proponerme a mí mismo para acompañar a Criilje en delegación?

La noche estaba avanzada, pero Criilje pudo contemplar cómo el comandante dirigía una amplia sonrisa al alto hombre rubio.

—¿Delegación? —dijo—. Estamos aquí de vacaciones, ¿no es verdad?

Sway y Criilje se alejaron de la nave una al lado del otro. Caminaron playa adentro, en dirección al poblado.

Al día siguiente llovió desde primeras horas de la mañana. Pero era una lluvia dulce, como sólo podía llover en ciertas regiones muy raras de mundos extraños. Una lluvia casi verde, como los cuadros de hierba que crecían frente a cada casa. Una lluvia que hacía aparecer millares de perlas en las largas ramas de los árboles. El mar, de repente, parecía haber perdido su voz. No se oía cerca de las olas más que el ligero cuchicheo de las gotas.

Los hombres del *Rey-Hiroun* observaban el paisaje desde el umbral de la mansión.

La casa era la más vasta, la más alta del poblado, y también la más confortable. Estaba dividida en una treintena de piezas individuales. Sólo la planta baja formaba una sala común. Unos pilones de aceite representando esculturas atormentadas de inspiración naturista, iluminaban hasta el menor rincón.

Hargreb cerró los ojos unos instantes. Crimsol y Spaletti, dos hombres del control, tocaban a dúo en sus flautas una vieja canción que habían aprendido en un lejano y casi olvidado planeta. Gaudrey, que había perdido a tres de sus mejores camaradas en el último combate, estaba abatido, y apoyaba su cabeza en una columna de madera rojiza.

«Es un buen lugar para reposar —pensó Hargreb—, para permanecer siempre como ahora: contemplando la lluvia. Con la certeza de que nada caerá del cielo y lo quemará todo alrededor de uno mismo, haciéndote reemprender el combate sin descansar...».

Entrecerró los ojos. Recordó la pasada noche y pensó que incluso podía uno fatigarse agradablemente en aquel mundo. Se podía beber, bailar e incluso contarle a alguien todas las miserias. Siempre había una oyente, una oyente de grandes ojos dulces, de sonrisa en los labios...

—¿Duerme usted, comandante?

Sway estaba ante él. Indudablemente venía del bosque, puesto que algunas ramitas pendían de sus cabellos y la lluvia goteaba por todo su cuerpo.

—No, soñaba, Sway —murmuró Hargreb—. Pero usted, por lo visto, está de lleno en la realidad, ¿no es así?

Viendo que su segundo contenía la risa, continuó:

—Y por lo visto no está usted solo. De todos nosotros, parece ser usted el que ha tomado mejor partido.

Curiosamente, la expresión de Sway se endureció.

—En efecto —dijo—, estaba en el bosque con Criilje. Yo... yo debo decirle algunas cosas, comandante.

Abandonaron el umbral de la mansión, y marcharon hacia la playa por un pequeño sendero. En aquel mismo lugar, y el día anterior, Hargreb había creído hallar

piedras de incalculable valor, pero se trataban sólo de guijarros simples.

La lluvia cesó. Las últimas gotas resultaron frescas sobre la piel. Hargreb levantó la cabeza y abrió la boca.

—¿Por qué hace eso, comandante?

Hargreb rió.

—¡Oh! Una vieja manía de infancia, Sway. Pasé una buena parte de mi juventud en Eudice, y usted sabe lo seco que es todo aquello. Cuando llovía, yo... En fin, ¿qué es lo que quería decirme?

Sway suspiró.

—Hemos encontrado a los hombres en el bosque —dijo—. Parece que regresaban en aquel momento.

—Por fin, Sway. Pensaba ya que las mujeres nos mentían o bien que se reproducían por partenogénesis, o que esos hombres son los más grandes apáticos que...

—No son apáticos...

Hargreb lanzó una mirada sorprendida a su subordinado.

—Bueno, yo... no afirmaré nada, Sway.

—Perdone, comandante... Me... me han producido un extraordinario efecto. Son, digamos, casi tan altos como yo, delgados. Es una raza fuerte, muy sana. Cuando les he visto me he preguntado el porqué de esa población tan reducida. Se lo he dicho y...

Se interrumpió, como si buscara las palabras adecuadas. Había un problema en todo aquello que pronto sería el de todos.

—Y bien, Sway...

—Por lo visto tienen mejor memoria que las mujeres, eso es todo.

Hargreb frunció el entrecejo. Los dos hombres se encontraban en la playa. Lejos de allí, la nave lanzaba destellos azulados.

—Recuerdan lo que les ocurrió en las incursiones de naves extranjeras —aclaró Sway—. Parece que nuestros enemigos se dejan caer algunas veces por esta región. Se llevan a muchos de esos hombres. La última... expedición de este género se remonta tan sólo a seis meses. Por lo visto, los reflejos de los hombres de este poblado son completamente normales.

Hargreb extendió la mano.

—Entonces, todo este mundo es el centro de los ataques de naves extranjeras, Sway; suponiendo que lo que hayan contado esos hombres sea verdad.

—Creo que son incapaces de mentir, comandante.

—Ése no es el problema. Piense por un momento en que esos extranjeros que viajan hasta aquí sean los mismos con los que estamos luchando en Ofiuchus.

Sway movió la cabeza.

—Puede ser, comandante. Puede ser...

—¡Demasiadas suposiciones! Estamos a más de cuarenta años-luz del teatro de

combate.

—Pero hemos sido bien recibidos... Comandante, usted ha oído hablar, como yo, de esas naves que los extranjeros hacen pilotar por prisioneros y que se infiltran en las grandes formaciones antes de estallar.

—Sí, Sway, conozco mucho más sobre eso de lo que usted mismo piensa. Pero no quiero secundarle en su propósito, ¿comprende? Estamos en simple escala de reposo sobre este mundo... ¡No vamos a erigirnos en defensores para obtener del primer pirata extranjero una victoria idiota! Desgraciadamente no hay nada que hacer, Sway. Y es muy probable que jamás volvamos a ver Tiego II. ¿Comprende, muchacho? ¿Comprende usted?

—No muy bien, comandante.

Hargreb hizo un gesto de fatiga. Se sentó en la arena, y su mano jugueteó entre los guijarros rojizos.

—Hay muchos mundos como éste, amigo mío. Mundos avanzados en los que los pioneros se instalan sin ninguna autorización oficial, envueltos en sistemas extraños y desde luego prohibitivos. No deben sorprenderse por las catástrofes que se abatan sobre ellos. Sus abuelos iniciaron algo. Los descendientes no hacen más que seguir aquellos pasos.

Sway callaba.

Estaba de pie y miraba hacia la nave.

—Escuche, Sway, voy a proponerle una cosa. Nos quedan aún dos o tres días antes de marcharnos. Los hombres pueden aprovecharlo para construirles uno o dos proyectores a estas gentes. Instalados en la playa, con una guardia perpetua, asegurarían una protección bastante eficaz. ¿Eh? ¿Qué opina usted?

—Mi opinión es que los habitantes de Tiego II no tienen bastante con eso.

—Terminará por encolerizarme, Sway. Jamás estuve a favor de esos descendientes de colonos llenos de inconsciencia. ¡Si al menos fueran capaces de conducirse como hombres!

—Tienen miedo, comandante. Como nosotros. Tenemos miedo cuando estamos en Ofiuchus.

—Pero nosotros luchamos, Sway. Ésa es la diferencia.

Hargreb comenzó a caminar en dirección al poblado, dejando al joven en la orilla de aquel océano. Pero no había recorrido aún algunos pasos cuando se detuvo.

—¿Sway?

—Comandante.

—Si, a pesar de todo, no quiere usted volver con nosotros... Si quiere quedarse con esa joven... Tiene usted mi autorización. Inventaré una excusa para los demás.

—No es ésa mi intención, comandante.

—Bien, entonces no hay más que hablar.

Al día siguiente, el segundo de su estancia oficial en Tiego II, los hombres del *Rey-Hiroun* encontraron a los del poblado. Hablaron largamente con ellos, incluso más de lo que habían hablado con las mujeres.

Hargreb supo que había cerca de una decena de poblados más sobre la isla, y no más de cinco sobre el continente del otro lado del océano.

—Aquéllos —precisó uno de los hombres— no durarán mucho. Conocen ya todas las plagas: el frío, los extranjeros y las bestias salvajes.

—¿A cuántos años se remonta —preguntó Hargreb— la llegada de la primera nave extranjera a este planeta?

—Puede que sea a unos ciento cincuenta años, quizá más.

—Desde luego, seríais entonces mucho más numerosos.

—Como unas dos veces.

Otra pregunta acudió a la mente de Hargreb, concerniente a las esperanzas de supervivencia que podían alimentar los de Tiego II, pero se abstuvo de exponerla.

Buscó a Sway con la mirada, y lo halló conversando con algunos hombres del poblado. Criilje estaba a su lado. La contemplación de esta imagen le produjo una curiosa amargura. Y de pronto sintió unos enormes deseos de marcharse, de volver al infierno de la batalla. Era una cuestión de hábito. Aquel mundo era demasiado suave, demasiado próximo a los recuerdos de la Tierra o a otros mundos análogos de pálido cielo y olas tranquilas en las playas.

—Escuchad —dijo, levantando la voz para que todos le oyeran bien—, estaremos aún dos días entre vosotros. Quizá tres, pero no más. Si deseáis algo que nosotros tengamos o que podamos construir, todos pondremos nuestro mayor empeño en que lo obtengáis.

Se alejó, y a sus espaldas se inició una discusión en la que participaban cuatro técnicos del control. Mientras caminaba sentía sus miradas. Las miradas de todos: los hombres de su nave y los de Tiego II.

Durante toda la tarde hizo un claro y caluroso sol. Al atardecer, los pájaros marinos de largas patas vinieron a danzar sobre las playas.

Hargreb se hallaba tendido en la arena, entre dos árboles de negras ramas. En el cielo aparecían dos minúsculas tajadas: las lunas locales.

Desde la nave llegaban penetrantes ruidos de soplos de fuego: los técnicos y las máquinas forjaban los útiles. Les enfermeros escogían medicamentos, los armeros armas.

En el poblado bailaban todas las mujeres con algunos hombres del *Rey-Hiroun*. La dotación de la nave se conducía en una forma muy civilizada, de lo cual Hargreb estaba satisfecho.

De pronto volvió la cabeza al percibir un leve ruido a sus espaldas.

—¡Comandante!

Era Spoletti, y se acercaba agitando los brazos. Hargreb recordó que Spoletti formaba parte de la vigilancia nocturna.

—Comandante —jadeaba Spoletti—. Hemos visto un «almohadón». Se dirige a este sistema a toda velocidad.

Le bastó un segundo a Hargreb para recordar que sus hombres llamaban «almohadón» a toda nave extranjera. Tenía algo que ver con una extraña historia acaecida al principio de la batalla.

Pero Hargreb corría ya hacia el puesto de Spoletti.

Al llegar a la nave encontró gran parte del utillaje embarcado.

—¡Sway!

Feckins avanzó.

—Está ausente, comandante. He creído conveniente cargar todos los enseres.

—Ha hecho bien, Feckins. Que cada cual ocupe su puesto.

Los hombres comenzaron a moverse en el interior de la nave. Hargreb se quedó en la parte posterior. Había creído por un momento que toda aquella iniciativa era obra de Sway. Pero Sway, pensó, debía estar en alguna parte del bosque, o en alguna playa lejana con su muchacha de Tiego...

—¡Feckins!

—¿Comandante?

—Venga conmigo al puesto de mando. Reemplazará usted a Sway.

Al caer la noche, el «almohadón» se hizo visible como una gran estrella. Orbitaba en torno a Tiego descendiendo con prudente lentitud. Sobre la pantalla detectora de tiro ocupaba seis diámetros.

—Es un gigante —dijo Feckins.

El hombre comenzó a efectuar los reglajes sin que fueran necesarias las órdenes de su comandante. Hargreb le agradeció interiormente esta nueva iniciativa. Sentía que algo en su interior se resistía a flotar, a despertarse. «Realmente —pensaba—, eres incapaz de mandar esta nave. Han acabado contigo todas esas batallas, esas huidas...».

Sin embargo, en aquel momento era necesario que aplicara todos sus sentidos en la tarea. Comenzó, pues, a desgranar las cifras de coordenadas, y a indicar a los hombres de tiro la línea probable de descenso enemigo.

Pasaron algunos minutos. En el contador de tiempo local pasaba una cinta brillante.

—Feckins, creo que sería conveniente enviar a alguien al poblado para avisar a los hombres de que se pongan a salvo.

—Ya hay alguien...

Feckins se interrumpió con la mano sobre su boca.

Hargreb simuló mirar con mucha atención la pantalla.

—¿Sway está allí voluntariamente, Feckins?

El otro enrojeció.

—Sí... sí, comandante.

Un sinfín de conjeturas comenzaron a dar vueltas en la mente de Hargreb. Se preguntaba el porqué de su afecto inevitable por aquel desgarbado segundo que se hallaba ahora con los colonos.

—Feckins... Vamos a poner manos a la obra. Hay menos riesgo en un combate por los aires. Maniobra 1 en A.

—A sus órdenes.

El *Rey-Hiroun* rugió durante un minuto, luego se elevó súbitamente. Bajo él, las olas llenaron rápidamente de agua la fosa ovoide que marcaba su lecho. Subió casi en vertical, luego se orientó hacia su enemigo que, después de unas vueltas por encima del océano, venía derecho hacia la isla.

—Tenía usted razón, Feckins. Es muy grande.

Sobre las pantallas se reflejaba la imagen del «almohadón»: una burbuja tres veces mayor que el *Rey-Hiroun*. Hermética y plateada. Un signo negro grabado en el casco resplandecía a los destellos de luz.

—Jamás vi otro igual —dijo Feckins.

Hargreb gruñó. En lo más íntimo de su ser sentía una perentoria necesidad de esconderse de sí mismo. Jamás ante la proximidad del combate había experimentado aquella sensación de hastío.

«Esto no es miedo —pensaba—, ni vejez... No es nada. Sólo sirvo para ser desembarcado».

Las dos naves se avistaron en este mismo instante. Los hombres ya no eran responsables del fin de la cuestión. No más que los seres de fría inteligencia de la otra nave. Sólo las máquinas determinarían las escabullidas, las réplicas, las huidas, los retornos...

En los contadores transcurrieron dos minutos, durante los cuales Hargreb no percibió más que un girar profundo que parecía no tener fin. Luego, durante cinco minutos más, la atmósfera del planeta pareció comprimirse como un inmenso pulmón, antes de desembocar en tormenta, en amenazante maelstrom que parecía querer terminar con la nave.

Preparadas para el último choque, las dos naves se aproximaron la una a la otra.

A Hargreb le parecía estar en el agua. En un agua profunda, agitada y fresca. Como la de un torrente, justo donde las nieves descuajan. Flotaba allí en un remolino tenue, y reposaba después sobre una orilla de guijarros azules. Sentía la risa de tres de sus acompañantes. El que le había empujado, el cuarto de los presentes, tenía una curiosa cabeza en forma de pera y dos pequeñas alas en la espalda. No era humano, pero se divertía como los demás. Esto ocurría en Dorga de Van Maanen, el primer planeta extranjero en que había vivido.

Se levantaba e intentaba correr. Los cuatro golfillos corrían también tras él. El Dorgan agitaba sus alas como un ángel ridículo y umbrío. Aquellos sus grandes ojos pálidos se movían en las órbitas. Hargreb rió y, al hacerlo, su carcajada se convirtió en gorgoteo.

—¡Comandante!

Hargreb buscó con la mirada al Dorgan para insultarle. No le gustaba aquel ser, lo odiaba. Pero sus ojos estaban llenos de agua y le ardían. Sacudió la cabeza con violencia, tratando de expulsarse el agua.

—¡Comandante!

Se despertó. La pasarela estaba repleta de hombres de su dotación. Todas las cabezas se inclinaban hacia él. Gruñó débilmente y luego tosió.

—Tenga, comandante, bébase esto.

Se dejó incorporar por Feckins y bebió el vaso en el que había alguna bebida alcohólica. Era imposible que sus hombres hubieran podido esconder a bordo aquella bebida clandestina... Para otra vez convendría registrar hasta el interior de los cañones.

—¿Qué ha pasado, Feckins...?

—Hemos encajado bien, comandante. El «almohadón» aceleró en el último momento y sólo soltó una pequeña descarga.

Hargreb se recuperaba lentamente. Los objetos los veía más claros por momentos.

—Haga salir a los hombres.

Obedecieron con prontitud. Algunos le sonrieron y, secretamente, Hargreb se lo agradeció.

—¿Dónde estamos ahora, Feckins?

—En tierra, comandante.

—¿Y... el «almohadón»?

—Hemos asistido a su fin, comandante. Ha caído en pleno océano. Flota todavía en la superficie del agua. ¿Quiere verlo?

Hargreb agitó una mano.

—No... Envíe a Spoletti con cuatro hombres para examinar los restos. Puede encontrarse algo interesante.

Hubo un segundo de duda, luego Feckins dijo:

—Ya está hecho, comandante.

Hargreb bajó la cabeza. No había ninguna respuesta para eso.

—Voy a ir al poblado, Feckins.

—A propósito, comandante, quisiera decirle... Bueno, eso? extranjeros estuvieron a punto de engañarnos.

—¿Por qué?

—Nosotros salíamos al encuentro de una sola nave. En realidad, había una segunda que volaba a ras del suelo. Aterrizó... Pero, por suerte, Sway, que estaba en el poblado, pudo prevenirse. Ayudado por los tieganos y con algunos proyectores pudieron acabar con esos testarudos. Los otros se marcharon sin pedir la cuenta...

Hargreb pasó una mano por sus cabellos.

—Bien... —dijo—, muy bien. Sway se ha portado de una forma excelente.

—Yo también lo creo así.

Los ojos de Feckins no le abandonaban. Le exploraban sin cesar. Hargreb había apreciado a ese joven luchador, pero ahora le detestaba. Le vino un acceso de tos.

Encontró a Sway en la gran casa donde tenían costumbre de reunirse todos los hombres. El segundo se hallaba sentado en la cama, a la luz de dos grandes lámparas de aceite. Al aproximarse, Hargreb descubrió el rostro de Griilje.

—Sway... ¿por qué está ella aquí?

—Tiene quemaduras en un brazo... Me ha seguido cuando nos internamos en el bosque para dar su merecido a esos bastardos. En la oscuridad de la noche no se ha dado cuenta de que se colocaba ante un proyector. Cuando han tirado, ella estaba en la fuente primaria. Por suerte, usted sabe que la temperatura a esa distancia no es mortal... Se irá pronto, comandante...

En la sala había cinco hombres de la nave y dos mujeres. Hargreb examinó su rostros, que la luz de las lámparas hacía amarillentos. Ellos comprendieron sin que nadie les dijera nada y abandonaron la estancia en silencio.

Un vago olor a quemado flotaba en el aire.

—Sway... yo... tengo que felicitarle por la manera como se ha comportado contra esos extranjeros, usted solo...

—No estaba solo. Los tieganos me han ayudado en un ciento por ciento, comandante.

El joven no le miraba al hablar. Con aire absorto, pasaba el líquido sobre el brazo de Criilje.

Hargreb buscaba desesperadamente algo que decir.

—Vamos a marcharnos —dijo Sway.

No era una pregunta, sino una afirmación. Su tono era firme y decidido. Hargreb se desconcertó.

—No sé —vaciló—, puede que todavía no sea el momento. No sé gran cosa de

todo lo que ha pasado... Feckins me ha dicho que el «almohadón» me había tocado al hacer fuego, pero...

Se interrumpió. Sway le miraba ahora con fijeza.

—No puede usted mandar el *Rey-Hiroun* —dijo.

—¿Cómo?... Sway, yo creo que...

—Feckins le ha mentado.

Hargreb entrecerró los ojos.

—¿Entonces?

—El *Rey-Hiroun* no ha sido tocado. El enemigo no ha tenido ni siquiera tiempo de abrir fuego. No hemos tenido más que un pequeño conato de avería en nuestras máquinas. Eso es todo.

Hargreb esperaba. Pero había comprendido ya. Sway se le acercó y le dijo en un tono muy bajo:

—Se ha desmayado usted *antes* del encuentro, comandante.

Hubo una pausa.

—Ahora —continuó el segundo—, ¿Me deja que termine?

Hargreb salió.

No le dijo nada a Feckins al volver a la nave. Fue a encerrarse en su cabina a esperar la mañana del día siguiente entre el sueño y la realidad. Miles de imágenes pasaron por su mente.

Por la mañana, el sol hacía brillar el océano como un cascarón inmenso y reluciente. Hargreb volvió al poblado.

Sway ayudaba a Criilje a caminar. Hombres y mujeres iban y venían a su alrededor, habiéndoles entre risas. En un rincón, cerca de una de las casas, había restos ennegrecidos de la nave extranjera. La mirada de Hargreb resbaló por esos objetos.

—Sway... ¿podría decirle dos palabras?

—Si usted quiere, comandante...

Caminaron hacia el bosque por un estrecho sendero que era atravesado por un riachuelo algunos metros más adelante.

Sway señaló con el dedo.

—Hay un poco de sal del océano aquí —murmuró—, he observado algunos peces variados... Hubiéramos debido...

—Sway, he decidido escucharle. No mandaré el *Rey-Hiroun*.

—Nadie ha decidido eso oficialmente.

—Ellos se reunirán más tarde si lo desean. Es a usted o a Feckins a quien deben elegir. Personalmente, prefiero que sea Feckins el escogido... Y no por sus cualidades, que son ligeramente inferiores a las suyas, sino porque... es preferible que nosotros nos quedemos aquí.

—¿Nosotros?

—Yo me quedaré. Y pensaba que si usted quiere realmente a Criilje también lo hará.

—Quiero a Criilje, comandante. Ignoro si ha tenido usted alguna mujer en su vida, pero... tiene que comprenderme.

—Le comprendo.

Hubiera querido decir: «Te comprendo, te comprendo de verdad, Sway, como comprendería a mi nieto». Pero las palabras no querían salir, no lo hubieran querido nunca.

—Volveré con los demás —continuó Sway—, y deseo mandar el *Rey-Hiroun*... Más tarde, si las cosas van mejor, quizá vuelva y me quede.

—¿Y el efecto de contracción, Sway? Criilje morirá antes de que usted vuelva. No puede uno fiarse del tiempo cuando se está en el espacio.

—Desde luego, desde luego...

Sway había reemprendido la marcha. Hargreb le siguió. A través del bosque de altas hierbas y árboles de troncos espinosos, caminaban hacia una zona más oscura:

allí donde había tenido lugar el combate la noche pasada. Se detuvieron junto al áureo resplandor todavía indeciso del fuego de las armas.

—Esto no ha durado mucho —dijo Sway—; una verdadera partida de caza... No esperaba encontrar resistencia en este flanco y la cosa ha resultado fácil.

—Buen trabajo.

—No fue hecho ex profeso, comandante.

Hargreb se volvió.

—Ayer tarde sentía unos enormes deseos de afincarme en el poblado. La nave, los otros, usted mismo, me repugnaban. Luego sobrevino el combate, y experimenté un extraño sentimiento. Una especie de... de mal del país, créame. Un deseo irreprímible de volver a la nave.

—Es el mal del país, desde luego... Nuestra nave es una patria para todos. Hace tanto tiempo que vamos a bordo de ella, Sway, que me pregunto si algún día tendremos valor para abandonarla definitivamente.

—Usted va a hacerlo, comandante. Y créame que no le envidio.

—No me considero afortunado, Sway. Me quedo, y no hay sin embargo una sola persona que me retenga aquí. Entre nosotros, incluso detesto un tanto a los colonos. Acuérdesse de lo que dije la otra noche a propósito de esos mundos en los que la gente se instala sin apenas medios para defenderse de lo desconocido. Bien, creo realmente que, por mucho tiempo que lleve aquí, jamás seré como uno de ellos... Pero éste no es su caso, ¿verdad?

—Tal vez no, comandante. Sin embargo, estoy seguro que sólo una mujer bastaría para hacer de usted un hombre como los demás.

Hargreb sonrió.

—Procuraré, entonces, encontrar varias. Ahora, Sway entrará usted en la nave y les dirá a todos que voten. Yo deseo quedarme unos momentos en este bosque. Es necesario que comience a habituarme a él.

—De acuerdo, comandante.

Sway volvió a la mansión al anochecer. Unas nubes violáceas sombreaban el horizonte, prometedoras de próximas lluvias. Hargreb le esperaba, junto a Criilje, en el umbral donde jugueteaban dos pequeños animalitos domésticos de roja piel.

—¿Y bien?

—He sido elegido. Tomé a Feckins como a mi segundo...

—Me parece bien.

Se hizo un silencio.

—Los hombres preguntan por qué desea usted quedarse solo. Hay candidatos para hacerle compañía.

—¿Cuántos?

—Seis u ocho.

—Es suya la palabra, comandante —sonrió Hargreb—. Pienso, por mi parte, que

una nave de combate debe llevar siempre el máximo de dotación.

—Yo también lo creo así. Les comunicaré su negativa.

—¿Mi negativa?

—Así es. Yo no soy el comandante de a bordo hasta que usted haya aparecido por la nave en persona. Me gustaría que viniera a ella conmigo.

Detrás *de* Hargreb, Criilje permanecía silenciosa. Sway contemplaba el suelo con aparente interés.

—Creo... —dijo Hargreb— que puedo ir allá solo. ¿Cuándo despegará?

—Esta noche.

Criilje rompió a llorar en silencio. Hargreb se alejó murmurando algo por lo bajo. Sway quedó desamparado.

Más tarde, entrada ya la noche, Hargreb abandonó la nave y regresó al poblado. Llevaba consigo un viejo cofre de exótico cuero en el que había guardado los objetos que él consideraba indispensables.

El cielo estaba sorprendentemente negro, y en él estallaban innumerables luces de estrellas. Verdaderas nubes de polvo luminoso marcaban la región de Ofiuchus.

En la gran sala de la casa de los hombres, donde las lámparas de aceite ardían continuamente, Sway y Criilje se habían dormido. Hargreb se inclinó y sacudió al nuevo comandante.

—Es la hora, hijo.

La palabra había acudido de una forma natural a sus labios, y la repitió con un placer nuevo y extraño.

—En pie, hijo. Tú no te quedas aquí.

Sway se levantó silencioso. Sus ojos no perdían de vista a la joven que dormía aún a sus pies. Dormía profundamente, con los brazos cruzados sobre su cuerpo y una expresión iluminada en el rostro. Pero se advertían todavía dos húmedos surcos sobre sus mejillas. Sway sonrió.

—Un sueño natural —suspiró—. Yo jamás pude dormir así.

Descendió un escalón, se volvió hacia Hargreb y le dio una palmada en la espalda.

—Vamos, nuevo colono. Volveré con todos antes de que usted tenga una barba blanca y una veintena de chiquillos a su alrededor.

—Así lo deseo, Sway. De todo corazón.

El joven sonrió. Luego, cuando se había alejado unos pasos, gritó:

—¡Hasta la vista... papá!

Y no podía ni siquiera sospechar el inmenso placer que produjo aquella palabra en Hargreb.

Aquel hombre de edad avanzada contempló la noche un instante, luego se sentó cerca de Criilje y observó el tranquilo ritmo de la respiración de la muchacha.

Al cabo de un tiempo llegó hasta él un vientecillo cálido, una palmada tibia del aire. La sombra de la nave enmascaró furtivamente las estrellas. Luego se oyó un silbido. Se alejaba.

La muchacha se revolvió en su sueño.

Al día siguiente llovieron gruesas gotas. Luego el sol reinó por dos semanas consecutivas. La lluvia volvió al final del verano, con los vuelos de los pájaros marinos que alegraban el agua con sus gritos sonoros.

El año siguiente fue muy cálido, y hubo una primavera deliciosa...

Los que siguieron fueron iguales.



La escollera se adentraba bastante en el océano. Llegaba hasta tocar casi las costas de una pequeña isla rocosa que se convertía en el domicilio de todos los pájaros del planeta.

El viejo pescaba con una muchachita al lado. Miríadas de reflejos de fuego cabalgaban sobre el agua y, en algunos instantes, hacían desaparecer el plateado color que flotaba de ola en ola.

Era el principio de un verano que prometía ser muy tórrido.

De pronto, la muchacha se levantó. Se aburría de mirar constantemente el horizonte del mar, los grises dientes de la isla en la que anidaban los pájaros. Caminó lentamente por las maderas, notando la tibieza en sus pies desnudos. Pero se detuvo de pronto, sorprendida, ante un gran echarpe blanco desplegado súbitamente en el cielo.

—¡Kres! ¡Kres! —volvió corriendo hacia el pescador.

Pero cuando éste consintió en volver la cabeza no vio más que un filamento blanquecino que iba disipándose en el cielo.

—Te juro —dijo ella al borde de las lágrimas—, te juro que era como una gran nube de humo...

El viejo volvió a lanzar el sedal y sonrió.

—Seguramente... tal vez sea una astronave. Hace mucho tiempo que nadie nos visita.

Y se quedó mirando a la chiquilla con una fijeza desacostumbrada.

Se hizo el silencio durante unos momentos. Por fin, Kres se levantó, atrajo el sedal, y comenzó a plegar cuidadosamente todo el material de pesca. El sol descendía hacia su lecho. Los pájaros parecían haberse multiplicado, y semejaban una nube blanca y rosada sobre la isla.

En aquel momento, un extranjero llegó a la escollera. La muchacha se volvió y se agarró con fuerza al brazo del pescador.

—¡Kres! ¡Mira!

El hombre que había llegado hasta allí llevaba un vestido negro y unas blancas letras ornamentaban su pecho.

—Tenías razón —murmuró Kres—. Este viajero viene de muy lejos.

Cuando no estuvo más que a unos pasos del hombre y la muchacha, el extranjero se detuvo. Era aún joven, a pesar de algunas canas que surcaban su cabello rubio.

Dejando en el suelo un minúsculo maletín, sonrió con aire furtivo:

—Perdónenme —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Kres.

—Yo... creí que usted y esa muchacha eran... alguien a quien yo conocía.

—No hay ninguna clase de ofensa en eso, muchacho.

Kres se dispuso a marcharse. Tomó la mano de la chiquilla y sintió que temblaba en la suya.

—Si quiere puede seguirnos hasta la ciudad —dijo—. El Consejo querrá, sin duda, ser informado de su visita.

—No. No pienso quedarme aquí. Quisiera simplemente que usted me informara... ¿Ha conocido a un hombre llamado Hargreb?

Kres lo esperaba. Buscó la mirada de su interlocutor, pero no llegaba a encontrarla. Los ojos le huían, no por falsedad, pensó, sino bajo el peso de un temor, de una queja, de una intensa fatiga...

—¿Y Criilje? ¿No le dice nada este nombre?

Kres tomó su tiempo antes de responder. Dejó en el suelo su ligero paquete, luego dijo:

—Usted es... Sway, ¿no es así?

—Sí.

—Hargreb está muerto.

—¿Muerto? ¿Cómo murió?

—De vejez, simplemente. Yo era aún joven cuando usted se marchó de aquí en aquella nave. Hargreb le esperó constantemente. Hablaba a menudo de esa famosa batalla de Ofiuchus que los humanos tenían que ganar forzosamente... Dígame, ¿cómo han ido las cosas?

Una expresión de sorpresa atravesó el rostro de Sway. Luego esa expresión se convirtió en tristeza.

—No han evolucionado demasiado —murmuró—. Para usted habrá sido largo, pero para nosotros... apenas algunos mundos conquistados.

Kres bajó la cabeza y no buscó más la mirada del hombre.

—¿Y Criilje? ¿Qué ha pasado con Criilje?

—Ella... ella murió también.

—¿Es eso cierto? ¿No miente?

—No. ¿Por qué tendría que hacerlo? Criilje fue asesinada en una de esas incursiones extranjeras.

Sway bajó la cabeza. Miraba al océano, hacia la rojiza claridad del crepúsculo.

Sus ojos se posaron en la chiquilla y sonrió.

Esperaba alguna cosa. Un deseo vago anidaba en él. Pero el viejo no dijo nada. Se había inclinado para recoger su material de pesca.

—Hargreb —dijo Sway—, debía venir aquí a menudo, ¿no?

—¿Por qué quiere saberlo? ¿Por qué pregunta usted eso después de tantos años?

Era como una súbita cólera lo que relucía en los ojos del viejo pescador. Sway retrocedió un paso.

—¿Cree usted tener algún derecho sobre este mundo? ¿Cree que podrá venir cada vez que la batalla se lo permita? El tiempo no es el mismo para las gentes que viven aquí y los que luchan en Ofiuchus. Todo lo que obtendrá viniendo no será más que

recuerdos desagradables. Créame, vuelva a su batalla.

Sway sacudió la cabeza afirmativamente; tendió la mano, que el viejo estrechó, y, volviéndose, caminó lentamente hacia la entrada de la escollera.

Kres se quedó inmóvil un momento, fijos los ojos en la alta silueta que se alejaba.

Pensaba en la jovencita que se acurrucaba a su lado, en lo que podría haberle dicho al visitante. Pero hubiera sido un poco más de pesar, unos cuanto remordimientos más que el tiempo hubiera borrado.

—Vamos —dijo—, llegaremos tarde.

Pero ella no se movía. La miró, y se dio cuenta que miraba el firmamento con gran atención.

Hubo una rojiza claridad, luego una gran nube de humo ascendió al cielo y se disolvió en algunos segundos. El viento soplaba fuerte allá en lo alto.

—Se ha marchado —dijo Kres.

Una especie de congoja le atenazaba el corazón. Se confesó a sí mismo que ignoraba si su comportamiento había sido bueno o malo.

—¿Por qué ha hablado de mi madre?

Kres posó una mano sobre el hombro de la muchacha, sin responder. Tenía alguna duda. ¿Ella también? ¿Había experimentado algún sentimiento particular ante el astronauta? Frunció las cejas. Era imposible.

—Anda, vamos.

Comenzó a caminar hacia la ciudad. Ella aún dudó unos instantes, después echó a correr y lo *alcanzó*.

# La extravagante muerte de Kristina Eriksen

Viard et Zacharias

«Los hombres, las mujeres y los niños son un modo, para el agua, de abandonar las orillas y de pasearse en el aire».

loren Eiseley, *The immense journey*.

El juez Fontane giró la última página de la larga nota manuscrita que acababan de llevarle veinte minutos antes.

El asunto que los periódicos habían bautizado como «El extraño crimen del tren 704» había sido considerado hasta entonces como un asunto misterioso.

Ahora se convertía en una historia absurda.

La confesión demencial que acababa de recibir de aquel a quien todo designaba como el asesino no era de tal naturaleza que pudiera hacer brotar la verdad.

¿Podía declararse aquel documento como una confesión?

¡Más bien como un manifiesto surrealista!

A menos que, neciamente, el acusado intentara hacerse pasar por un loco irresponsable a los ojos de la justicia.

Mezquina defensa, cuando se conocía su alta inteligencia y su impecable pasado.

El juez Fontane se sintió afianzado en su impresión: la de que aquel crimen no era un crimen como los demás. Tal vez incluso era diferente de todos aquellos que habían sido cometidos hasta entonces sobre aquella Tierra, desde los tiempos de un precursor genial llamado Caín.

Se levantó y se dirigió hacia la pizarra negra que había cimentado su celebridad entre los periodistas judiciales.

Aquella pizarra le servía para reconstruir, con las barras y los círculos de Pascal, la mecánica de los asuntos criminales que recibía el encargo de instruir.

Lo cual hacía con una lógica rigurosa y un éxito aún jamás desmentido.

A grandes golpes de tiza, el juez Fontane amontonó sus hipótesis durante una buena hora y media.

Después volvió a su mesa de despacho, se sentó y escribió.

Ésta era su manera de sacar conclusiones.

Esto le tomaba tiempo, mucho tiempo, pero le permitía embeberse en su caso. Y era muy raro que no terminara por extraer de todo ello un resultado positivo.

AL PRINCIPIO, UN CRIMEN TRIVIAL

Primero, los hechos. En un apartadero de la estación reguladora de Villeneuve Saint-Georges, se halla estacionado desde el lunes 7 de febrero, a las doce treinta horas, el vagón-cama número nueve. Este vagón fue separado a las nueve veinticinco horas, en la estación de Lyon, del expreso 704, llegado un cuarto de hora antes a París proveniente de Montpellier, vía Macón y Lyon.

Motivo: la sección de mantenimiento de material observó, durante la parada en Laroche-Migonne, un bloqueo del sistema de frenado en el tren de ruedas delantero, que había alterado el reglaje del paralelismo de éstas. El vagón averiado fue tomado pues a cargo de una locomotora de reparaciones. Ésta lo condujo a una de las vías anexas de Villeneuve Saint-Georges, en las proximidades del taller de reparaciones 4-B. La reparación debía ser efectuada antes de las diecisiete horas, ya que el vagón nueve debía ser unido nuevamente al expreso 704, que abandonaría París a las dieciocho veintidós horas en dirección a Montpellier.

El martes 8 de febrero, a las seis treinta horas, un equipo de cuatro ferroviarios llega al lugar de su trabajo. El jefe de este equipo sube al vagón y descubre un desusado montón de mantas en la litera 3 del departamento 7. Lo considera en cierto modo normal, puesto que el vagón ha sido separado del convoy en los minutos que han seguido a la entrada de éste en la estación. Pero la curiosidad lo empuja. Levanta las mantas y retrocede. Después llama a sus tres compañeros. Los cuatro hombres tienen ante sus ojos el cuerpo, enteramente desnudo, de una mujer. Es joven, hermosa... y está muerta. Los ferroviarios alertan inmediatamente a sus jefes. Se llama a la policía, que se presenta en el lugar de los hechos. Menos de una hora más tarde, los restos son transportados a la morgue de París para su autopsia. Un maletín, único equipaje de la víctima, es hallado por un inspector, cuidadosamente oculto bajo la banqueta inferior del compartimiento vecino.

La encuesta, abierta inmediatamente, es confiada al comisario Beugnot, de la Policía Judicial.

Tres horas más tarde llegan al despacho de éste, en el Quai des Orfèvres, las conclusiones del médico forense. La muerte, que se remonta a una treintena de horas, ha ocurrido durante la noche del domingo al lunes, entre las cinco y las ocho de la madrugada. No existe ninguna duda sobre el hecho de que la víctima no ha sido asesinada en el tren. La fuerza con la cual han sido apretadas y rotas las vértebras cervicales hace pensar en que se trata del crimen de un sádico.

## UNA VÍCTIMA IRREPROCHABLE...

Ésta es también la opinión del comisario Beugnot que, mientras tanto, ha hecho inventario del contenido del maletín. Éste ha proporcionado la prueba de que el motivo del crimen no ha sido el robo.

Encuentra inmediatamente una billetera que contenía mil doscientos francos en billetes de a cien francos, algunos billetes de a diez y moneda pequeña; un pasaporte

a nombre de Kristina Eriksen, de nacionalidad noruega, nacida en Bergen, de veintisiete años de edad, licenciada en el Instituto de Ciencias de Gotteberg (Suecia); un certificado de trabajo del C.N.R.S. estableciendo que Kristina Eriksen, alojada en el Hotel Cassette, París, efectúa una estancia de tres meses en el Instituto Henri Poincaré; un billete de segunda clase, expedido en Macón, el domingo 6 de febrero, es decir la antevíspera. Finalmente, descubre una ficha de cartulina cuadrículada, formato cuarto de página, en la cual se halla escrito con tinta verde, en una escritura muy regular, lo siguiente:

*Origen: Gilbert Cabanel, Hotel de los Dos Hemisferios, París. Lunes 7 de febrero, a las diecisiete cincuenta horas. A la atención de Miss Eriksen. Copia de mi nota sobre la teoría de la coextensividad generalizada. Tomada del folio 301 de la Edición Aramea de Mantua, extracto del manuscrito de 1281 del Rabino Eleazar, comentario del Pentateuco. El texto íntegro se halla en la Biblioteca Nacional de París, fondos hebraicos, estudios renanianos, dossier 28 B, portafolio 14, registro de clasificación 07.156. No puede ser consultado más que con autorización especial del conservador.*

*«Le fue dicho: sabréis que se trata del Anciano Misterioso. Este ha grabado un punto y sólo uno. Ha encerrado el Todo de la creación en una torre. En esta torre se hallan ocultas las verdades, UNA MAS GRANDE QUE LAS OTRAS. La torre está provista de un número ilimitado de puertas. Una de estas puertas no está hacia ningún lado, y se ignora si da sobre lo alto o sobre lo bajo. Es por esto por lo que se llama la Puerta del Anciano Misterioso. Una sola llave abre esta puerta. Ella sola es de tanto valor como toda la torre, puesto que ella es la que cierra y abre lo que ésta contiene. Tal es la rareza que se halla implicada en las palabras BRESHITH BARA ELOHIM. Breshith es la llave que lo contiene todo. Contiene y cierra las seis direcciones del Espacio, cuya suma forma la ausencia de dirección del Tiempo».*

Un primer interrogante se impone inmediatamente al comisario Beugnot. ¿Cómo una persona muerta en la noche del domingo al lunes puede hallarse en posesión de una tarjeta fechada con todas sus letras en la tarde del lunes?

Pero Beugnot deja provisionalmente esta observación a un lado.

¡... Y UN ASESINO QUE NO LO ES MENOS!

El comisario Beugnot toma nota del nombre y la dirección indicadas en la tarjeta manuscrita. Encarga a dos inspectores que se dirijan al hotel de los Dos Hemisferios y que se informen acerca del tal Gilbert Cabanel. Después se dirige a la morgue, ya

que desea mantener una entrevista con el médico forense.

En el transcurso de ésta, poco después de las diecisiete horas, una llamada telefónica de los inspectores: han encontrado a Cabanel, vive a todas luces en el hotel.

Beugnot da sus instrucciones:

—Vigilen el hotel. Si vuelve Cabanel, no hagan nada. Si vuelve a salir, síganlo. Si intenta escapar, deténganlo. Si no sale de su habitación, espérenme. Estaré allí hacia las dieciocho horas.

Los dos inspectores montan guardia en el vestíbulo del hotel, después de darse a conocer ante el conserje.

A las seis menos cuarto, una señal de éste les indica que el hombre que acaba de entrar es aquel a quien buscan.

Los inspectores no hacen el menor movimiento.

Tomando su llave, el hombre, que parece muy tranquilo, dice al conserje:

—Espero una visita a las seis. Una señorita. Dígale, por favor, que suba a mi habitación.

—Bien, señor —responde el empleado. Sabe que el reglamento del hotel prohíbe las visitas femeninas, pero no hace ninguna observación, ya que no quiere llamar la atención del hombre que se halla bajo vigilancia de la policía.

Éste entra en su habitación.

Menos de diez minutos más tarde, el comisario Beugnot entra a su vez en le vestíbulo. Un corto conciliábulo.

—Vamos allá —concluye el comisario.

Las seis menos cinco. Beugnot golpea la puerta de la habitación número 12.

—¿Es usted, Kristina? —pregunta del otro lado una voz jovial.

—¡No, la policía! ¡Abra!

—¡Entren! —dice simplemente la voz. Beugnot abre la puerta.

Ve una silueta de espaldas, sentada ante una pequeña mesa frente a la ventana. El hombre se halla escribiendo.

—¿El señor Gilbert Cabanel? —pregunta el policía.

La silueta se gira. El rostro es afable.

—Sí, soy yo. Perdónenme por haberles tomado por otra persona.

—Señor Cabanel —empieza Beugnot—, ¿conoce usted a una persona llamada Kristina Eriksen?

La respuesta es franca:

—¡Por supuesto! Acabo de conocerla esta tarde, en la Biblioteca Nacional. Acabo de dejarla hace poco menos de una hora. Es con ella con quien tengo cita dentro de algunos minutos. Debemos cenar juntos. —Sonriente, añade—: Tranquilícese, señor comisario. Tenemos que hablar simplemente de nuestros trabajos.

Beugnot queda helado:

—¿Dice usted que acaba de dejarla?

—¡Sí! Hemos permanecido una buena media hora charlando en un corredor lleno de corrientes de aire. Ella ha sentido frío. Yo le he propuesto que fuéramos a tomar una taza de té en un café de los alrededores. Ella ha aceptado. Allí he sabido que se dedicaba también a la investigación sobre el segundo estado de... —el hombre vacila—... digamos a la investigación sobre matemáticas teóricas. —Añade—: Una extraordinaria casualidad, por cierto.

—¿La conocía usted desde hace tiempo?

—Acabo de decírselo. Desde las cinco menos veinte. Acabo de llegar esta mañana a París, en el expreso de Montpellier, para una estancia de tres semanas en París. Hace dos horas, debía ir a buscar a la Nacional la carta que me autorice a penetrar en las salas reservadas al «fondo especial», pero he llegado con retraso: diez minutos después del cierre de los despachos. La he encontrado en los corredores. Me ha dado algunas informaciones que necesitaba. Hemos simpatizado.

Beugnot se siente presa del vértigo. La tranquilidad de su interlocutor —para él un asesino— lo deja estupefacto. ¿Se trata de un loco, de un actor genial, de un inconsciente?

—¿Dice usted que ha llegado...?

—Hoy lunes por la mañana, sí. Tomé el tren el domingo por la noche en Montpellier.

—Pero estamos a martes. Martes 8 de febrero, señor Cabanel.

Una increíble sorpresa se lee en el rostro de Cabanel.

—¿Quiere burlarse, señor comisario?

Beugnot no tiene en absoluto ningún deseo de reír. Su rostro, endurecido de pronto, lo prueba. Hace un gesto con la mano a los dos inspectores. Éstos comprenden al momento. Uno se coloca ante la puerta. El otro se aproxima a la ventana.

—Sus papeles, por favor —pide Beugnot.

Cabanel le tiende su pasaporte. Beugnot lee las primeras páginas: la foto y las indicaciones de identidad confrontan. Los sellos, el visado, todo está en regla. Nada por aquel lado.

Beugnot hojea el documento.

Sufre un sobresalto. Cogido con un clip a una de las páginas del pasaporte, hay un pequeño papel amarillo impreso en negro. Con el corazón latiéndole fuertemente, el comisario lee:

*S.N.C.F. Montpellier. Alquiler. Ida simple a París. Sr. Cabanel. Tren 704. Vagón 9. Compartimento 7. Litera número 3. Domingo, 6 de febrero. 20 h. 32.*

—¿Tomó usted el tren de anteayer por la noche?

—¡No! El de ayer por la noche.

—Anteayer domingo, este billete lo prueba.

—No, ayer domingo.

—Le repito que estamos a martes, señor Cabanel.

—Usted no me lo hará creer nunca. Estamos a lunes, señor comisario. O entonces estoy completamente loco, lo cual no me parece en absoluto verosímil.

Beugnot abandona aquel extremo. Apunta hacia otra dirección.

—¿Había gente en su compartimento?

—No, estaba solo. Creo incluso que no había nadie más en el vagón. —Añade—: En esta época del año no es demasiado sorprendente, sobre todo en domingo por la noche.

Beugnot está desorientado. No halla nada que decir. Permanece allá, como un idiota, con el pasaporte entre las manos.

Para ganar un poco de tiempo, lanza:

—Cuando hemos entrado, mis colegas y yo, ¿qué es lo que estaba haciendo?

Cabanel empieza a perder la paciencia, pero se domina y responde con calma:

—Estaba recopiando la nota que Kristina Eriksen me ha pedido que le comunique.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto. Aquí está.

Y Cabanel le tiende una ficha de cartulina cuadriculada, formato cuarto de página, escrita con tinta verde.

Beugnot tiene una primera impresión. La escritura es rigurosamente idéntica a la de la ficha que ha encontrado en el maletín de la joven asesinada.

Después experimenta una segunda, mucho más violenta. Acaba de leer:

*Origen: Gilbert Cabanel, Hotel de los Dos Hemisferios, París. Lunes 7 de febrero, a las diecisiete cincuenta horas. A la atención de Miss Eriksen. Copia de mi nota sobre la teoría de la coextensividad generalizada...*

Beugnot hace un esfuerzo para leer la ficha hasta el fin. Termina a duras penas la última línea:

*... las seis direcciones del Espacio, cuya suma forma la ausencia de dirección del Tiempo.*

El texto con el que acaba de trabar conocimiento —sin comprender gran cosa de él, por cierto— es palabra a palabra el encontrado cerca del cadáver.

Dice simplemente:

—Voy a pedirle que nos acompañe, señor Cabanel.

El otro levanta la cabeza:

—¿Dónde, comisario?

—A mi despacho. Para un interrogatorio completo.

Un poco de rojo asciende hasta la frente de Cabanel.

—Pero bueno, señor comisario, yo soy un hombre respetable. Además, estoy esperando a la señorita Eriksen de un momento a otro.

Beugnot le corta bruscamente:

—La señorita Eriksen ya no vendrá nunca. Fue asesinada durante la noche de anteayer a ayer, en el compartimento 7 del vagón 9 del tren 704. Dicho de otro modo, en el compartimento en el cual viajó usted. Y hay muchas posibilidades de que usted sea el asesino.

Cabanel se echa a reír.

—Pero esto es imposible, señor comisario —exclama sin violencia—. El lunes por la mañana yo no conocía a Kristina.

—Todo esto nos lo explicará allá abajo. Síganos —ordena el comisario Beugnot, sacando su revólver.

Los cuatro hombres descienden la escalera. Cuando pasa ante el conserje, Cabanel le dice:

—Cuando llegue la señorita Eriksen, ruégela que espere.

No se puede tratar más que de un malentendido. Estaré de vuelta dentro de una hora como máximo.

—No le falta aplomo —gruñe tras él uno de los dos inspectores de Beugnot.

## UN HOMBRE CON FUTURO

El juez Fontane abrió el cajón superior derecha de su mesa de despacho.

Sacó un expediente, lo abrió ante él, y copió palabra por palabra la nota informativa que le había hecho llegar, a petición suya, el Secretario General de los servicios de policía de la Prefectura del Hérault.

He aquí lo que escribió, mientras sus ojos vivaces iban y venían de uno a otro texto:

*Gilbert Cabanel, 36 años, domiciliado en el número 54 del boulevard du Jeu-de-Paume, en Montpellier. Agregado de la Universidad, doctor en ciencias, tesis de doctorado hace cuatro años sobre «Coextensividad y probabilidad en Altas Matemáticas». Desde hace dos años encargado de curso. Dirige el «Seminario de investigación operacional».*

*Antecedentes: familia originaria del Alto Languedoc, medio modesto. Hijo de Anselmo Cabanel, empleado de correos, y de Noemí Cabanel, nacida Riques, lavandera. Principios difíciles. Un niño dotado. Al salir de la escuela primaria le es concedida una beca para permitirle abordar el ciclo secundario. Obtiene los dos bachilleratos con mención de honor. Licenciado a los 22 años. Doctorado a los 28. Calificación excepcional.*

*Vida privada ejemplar, totalmente consagrada a su actividad docente y a la investigación. No bebe, fuma poco, no practica deportes, no se interesa en política. No se le conoce ningún lazo afectivo. Desde la muerte de su padre vive solo con su madre hasta el fallecimiento de esta última.*

*El 5 de enero último pidió al Rector unas vacaciones de tres semanas, a partir del 5 de febrero, para trasladarse a París. Motivo invocado: entrar en conocimiento con los manuscritos alquimistas de origen español (siglo XII) que se hallan conservados en la Nacional. Ha reservado una habitación en un hotel de la orilla izquierda. Tomó en Montpellier el tren del domingo 6 de febrero por la noche.*

## VEINTICUATRO HORAS EN MÁS O EN MENOS

El juez Fontane cerró el expediente que acababa de consultar y cogió las tres hojas azules que el comisario Beugnot le había enviado a finales de la semana anterior.

Era el informe del último interrogatorio de Cabanel.

El juez inclinó la cabeza con aburrimiento y reemprendió su trabajo de escriba.

Pregunta: *¿Cuál fue el empleo de su tiempo entre el lunes a las nueve de la mañana y el martes a las dieciocho de la tarde?*

Respuesta: *Protesto. Usted me arrestó el lunes por la tarde.*

Pregunta: *Repito mi Pregunta: ¿cuál fue el empleo de su tiempo desde su descenso del tren hasta mi llegada a su habitación?*

Respuesta: *Salí de la estación. Esperé cerca de una media hora un taxi. Me hice conducir a mi hotel. Ordené mis asuntos y saqué mis documentos de trabajo. Después tomé un baño y me afeité. Poco antes del mediodía, me dirigí a un restaurante de la calle Soufflot. Salí de allí a las dos. Me dirigí entonces hacia el número 29 del boulevard de l'Observatoire, donde tenía cita con mi colega Meyroiuitz, para confrontar mis últimas hipótesis con las suyas. Trabajamos hasta las cuatro.*

Pregunta: *¿Cree usted necesario insistir en este primer punto? Sabemos que su coartada es válida hasta las dieciséis. Pero ¿y después?*

Respuesta: *Después, me dirigí a la Nacional para retirar la tarjeta especial que me daría derecho a consultar los manuscritos reservados. Pero llegué cuarenta minutos más tarde ante unas oficinas cerradas. Esto me contrarió. Erré por los pasillos en busca de algún funcionario.*

Pregunta: *¿Y lo encontró?*

Respuesta: *¡No!*

Pregunta: *¿Alguien pudo verle?*

Respuesta: *No lo creo. Era ya casi de noche y la luz de los corredores no había sido encendida.*

Pregunta: *¿Fue en aquel momento cuando encontró usted a Kristina?*

Respuesta: *Sí. Pensé que sería una lectora. Le pregunté: «¿Sabe usted si hay algún servicio abierto?». Me respondió en un buen francés, aunque con un bien marcado acento que al principio creí que sería alemán: «Tengo cita a las cinco con el jefe del despacho C». La seguí. Nos presentamos. Cuando supimos que ambos éramos matemáticos, simpatizamos.*

Pregunta: *¿Cómo era la señorita Eriksen?*

Respuesta: *Muy joven. Muy hermosa. Con un rostro radiante de inteligencia y de dulzura.*

Pregunta: *¿Cómo pudo usted darse cuenta de ello, puesto que usted mismo nos ha dicho que la oscuridad era casi total?*

Respuesta: *Señor comisario, ésas son cosas que se observan desde dentro. La iluminación del lugar no tiene nada que ver con la luz.*

Pregunta: *¿Cómo iba vestida?*

Respuesta: *Un impermeable beige y un bolso de cuero leonado que llevaba colgado al hombro.*

Pregunta: *¿Qué clase de zapatos?*

Respuesta: *Si mis recuerdos son exactos, creo que zapatos planos.*

Pregunta: *¿Sabe usted que, cuando descubrimos el cuerpo de Kristina Eriksen, el martes por la mañana, en el vagón número 9, la joven estaba completamente desnuda?*

Respuesta: *Sí. Usted me lo ha dicho.*

Pregunta: *¿Sabe usted también que, en el compartimento vecino, hallamos un impermeable beige, un bolso de cuero y unos zapatos planos?*

Respuesta: *... y usted, ¿sabe que la torre Eiffel tiene tres pisos?*

Pregunta: *Volvamos a su pretendido encuentro del lunes con ella. ¿Qué hicieron ustedes después de haberse sentado en el banco?*

Respuesta: *Hacia las cinco y diez, ella me hizo observar que al funcionario tal vez se le hubiera olvidado la cita que le había señalado. Añadió que sentía frío. Yo le propuse que fuéramos a tomar un té en una cervecería de la calle Richelieu.*

Pregunta: *¿Ella aceptó?*

Respuesta: *Sí.*

Pregunta: *¿Adonde fueron?*

Respuesta: *Debo hacer observar que no lo recuerdo exactamente. Era, creo, al extremo de una calle.*

Pregunta: *Es una lástima que nadie recuerde ni el rostro de usted ni el de ella.*

Respuesta: *Permanecimos allí muy poco tiempo.*

Pregunta: *¿Le gustaba Kristina?*

Respuesta: *Era muy hermosa. Había en ella algo misterioso que me atraía. Algo que no había observado nunca antes en nadie, principalmente en una mujer, una especie de certitud, de indiferencia por todo lo que no sea esencial. Usted sabe, soy*

*un hombre de ciencia, no un Don Juan. Tal vez lo que me gustaba más de ella era que perseguía unos trabajos muy cercanos a los míos sobre las relaciones entre el Tiempo y el Espacio.*

*Pregunta: ¿A qué se refiere esto?*

*Respuesta: Es difícil de explicar en pocas palabras. Digamos que se refiere a las investigaciones sobre el «segundo estado del universo».*

*Pregunta: ¿Y qué es esto?*

*Respuesta: Acaba de descubrirse el «cuarto estado de la materia». Algunos, como yo, piensan que, más allá, hay un «segundo estado del universo». Kristina lo piensa también.*

*Pregunta: Querrá decir «lo pensaba».*

*Respuesta: Si usted lo quiere así. Lo que quiero decirle es que parece verosímil creer que, en este estado, el universo no conoce ni pasado, ni presente, ni futuro, sino un Tiempo Puro.*

*Pregunta: ¿Habló usted también de «esio» con Kristina?*

*Respuesta: Sí, casi en seguida, después de las pequeñas trivialidades al uso. Es precisamente para esto para lo que decidimos volver a vernos por la noche.*

*Pregunta: ¿Qué trivialidades al uso?*

*Respuesta: Ya no recuerdo. ¡Sí! Por ejemplo, cuando nos sentamos en el banco, ella me dijo que se sentía muy impaciente porque llegara el viernes por la noche, porque al dirigirse a la Nacional, había sido filmada en la calle Montpellier por un periodista de la «Revista Femenina» de la televisión. Éste le había Preguntado a quema ropa sobre sus impresiones de extranjera en París, principalmente sobre las condiciones de su trabajo de auxiliar en el C.N.R.S. Pero, inmediatamente después, pasamos a temas serios.*

*Pregunta: ¿Cómo se explica usted que hayamos encontrado en su bolso una nota fechada el lunes a las diecisiete cincuenta, idéntica en todos sus puntos a la que usted estaba redactando cuando entré en su habitación?*

*Respuesta: No me lo explico en absoluto.*

*Pregunta: ¿Cuándo dejó usted a Kristina?*

*Respuesta: Después de haberla invitado a cenar. Hacia las cinco y media. Debía pasar a buscarme a mi hotel hacia las seis. Precisamente para que yo le diera la copia de la nota de la que me habla usted.*

*Pregunta: ¿Y después?*

*Respuesta: Después ha empezado la pesadilla.*

*Pregunta: ¿Cuál pesadilla?*

*Respuesta: Es usted quien ha entrado en mi habitación, en lugar de Kristina.*

*Pregunta: Señor Cabanel, sea razonable. No discuto su coartada hasta el lunes a las seis de la tarde. Lo que quiero saber es lo que ha hecho usted desde el lunes por la tarde hasta el martes a las diez de la mañana.*

*Respuesta: Pero ya le he dicho que no ha habido noche del lunes al martes. Si*

*usted lo prefiere así, la noche del ¡¡junes al martes la he pasado en sus locales, sufriendo sus interrogatorios.*

*Pregunta: No, señor Cabanel, los interrogatorios han sido en la noche del martes al miércoles. ¿Conoce usted el testimonio del portero de su hotel?*

*Respuesta: No.*

*Pregunta: ¿Permite usted que se lo lea?*

»Yo, firmado Bondouffle, León, empleado de hotel, certifico haber visto al cliente de la habitación número 12, señor Gilbert Cabanel, entrar en el hotel el lunes 7 de febrero hacia las seis menos veinte de la tarde. Al tomar su llave, el señor Cabanel me dijo: “Espero una visita a las seis. Una señorita. Dígale, por favor, que suba a mi habitación”.

»Algunos minutos más tarde, sonó el teléfono de la centralita. Era una llamada del exterior. Una voz de mujer, con acento extranjero. Preguntaba por el señor Cabanel. Pasé la comunicación a éste. Pero como, desde la centralita, se pueden oír todas las comunicaciones, y el comportamiento de este cliente me parecía ya extraño, seguí la conversación. La interlocutora dijo: “Voy a buscarle dentro de diez minutos. Tomaré mi coche. Pero como no se puede aparcar en las cercanías de su hotel, le agradecería que estuviera a las seis en punto ante la puerta”. “De acuerdo, allí estaré”, respondió Cabanel. Y colgó.

»A las seis en punto, el cliente salió del hotel. Lo vi subir a un coche negro. Un Peugeot, creo. Pero no podría asegurarlo. Iba conducido por una mujer que llevaba un impermeable. No regresó al hotel hasta la mañana siguiente, la del martes, hacia las diez. No iba afeitado, tenía las facciones distendidas, parecía muy cansado, y observé que sus zapatos estaban manchados de barro.

»Me sentí muy sorprendido por su comportamiento. No sé nada más. Esto es todo lo que tengo que decir. Una vez leído, persisto y firmo: Bondouffle, León».

*Pregunta: ¿Qué es lo que usted piensa de esto, señor profesor Cabanel?*

*Respuesta: Es una locura. No puedo responder a semejantes vaciedades.*

*Pregunta: ¿No tiene usted otras justificaciones?*

*Respuesta: No.*

*Pregunta: Lamento en estas condiciones, señor Cabanel, verme obligado a arrestarle ahora mismo. Sin duda será usted inculpado por la muerte de Kristina Eriksen.*

UNAS CONTRADICCIONES QUE NO PARECEN IMPUTABLES ÚNICAMENTE A LOS SERES HUMANOS

El juez Fontane miró su reloj, cerró su estilográfica, se levantó y se fue a comer. Durante la comida, que consumió a solas, en un restaurante cercano al Palacio, no

dejó de pensar en su asunto.

Regresó a su despacho cuando aún no había transcurrido una hora desde que salió, y volvió a emprender la redacción de su balance. Pero una idea demasiado extraña comenzaba a precisarse en un rincón de su cerebro. Decidió dirigir sus investigaciones en la dirección hacia la cual se orientaba.

Escribió:

*Todo ocurre en esta historia como si una franja de indeterminación rodeara los hechos. Algo como la extensión, a escala humana, del famoso principio de incertidumbre que gobierna las partículas elementales. Se sabe que, al nivel de éstas, no se puede llegar a determinar la posición de un electrón más que si se renuncia a conocer su masa, e inversamente. Es exactamente lo que nos ocurre a propósito de Cabanel y de Kristina. No hallamos la solución a este problema. No porque nos falte un eslabón, sino porque tenemos demasiados. Más exactamente, porque algunos de ellos son incompatibles con los demás. Desmontamos un coche. Y nos encontramos después con una serie de piezas suplementarias que nos permiten montar además—debería más bien escribir primero— una máquina de escribir. Esto no es normal.*

*Sabemos que Kristina ha sido asesinada en el tren 704, en la noche del domingo al lunes.*

*Hechos que no pueden ser contradichos nos lo prueban.*

*En primer lugar, sabemos, que el sábado 5 de febrero, después de haber alquilado un coche sin chofer, Kristina anunció a su hotel de la calle Cassette que iba a descansar durante una semana en la región de Macón, en casa de una de sus compañeras de trabajo. Incluso precisó que volvería de todos modos a pasar el día del lunes a París, entre dos trenes, ya que debía ir a la Nacional para recoger un informe que debía haberle sido remitido el viernes precedente, pero que no estaba aún listo. Prefería hacer esta ida y venida antes que perder el beneficio de un fin de semana relajador.*

*Después, tenemos una prueba del momento exacto de su muerte. Esta prueba ha sido proporcionada por la autopsia. El examen de los tejidos ha permitido al médico forense fijar el deceso más de veinticuatro horas antes del descubrimiento del cadáver.*

*No es posible en estas condiciones que Cabanel haya ejecutado su acto en la noche del lunes al martes, al menos después de las seis de la tarde del lunes, que es el momento en que este cesa de tener una coartada. Los expertos médico forenses son formales en este punto. En el estado actual de los métodos de análisis fitológicos, es imposible equivocarse en la evaluación del tiempo en más de un 20%. Y, si se retiene la tesis de la muerte en la noche del lunes al martes, el error alcanzaría de un 300 a un 400%.*

*Por otro lado, esta tesis es inverosímil. ¿Cómo podría haber sabido Cabanel dónde estaba detenido el vagón número 9 del expreso 704? ¿Por qué milagro*

hubiera podido encontrarlo en la inmensa red de la estación reguladora? ¿De qué modo hubiera podido transportar el cadáver a más de 20 kilómetros de París sin despertar sospechas, puesto que no disponía de ningún medio de transporte personal?

Finalmente, ¿cómo hubiera tenido la idea absurda de ir a ocultar el cadáver de su víctima en el mismo compartimento en el cual había viajado la víspera, puesto que esto podía llevar automáticamente las sospechas hacia él, y solamente hacia él?

Así pues, una serie de imposibilidades materiales patentes, objetivas, científicas incluso en el caso de la autopsia, nos llevan a una conclusión formal: Kristina Eriksen fue asesinada entre Macón y París entre las cuatro y las nueve de la madrugada del lunes día 7.

Este es el primer aspecto del problema. Todo ello es muy lógico.

Desgraciadamente, hay también un segundo aspecto del mismo problema. Y este no es apenas menos lógico, puesto que un cierto número de conjeturas lo convierten en tal, y puesto que una prueba al menos, material patente, objetiva y científica también, en el sentido fundamental del término, viene a confirmarnos estas conjeturas.

Primeramente, hay el testimonio del jefe de la oficina C de la Nacional, con el cual tenía efectivamente cita Kristina a las cinco de la tarde del lunes. Este funcionario, que había ido al Arsenal, se vio metido en los embotellamientos de la capital y no llegó hasta las cinco y veinticinco minutos, es decir después de la partida teórica de Kristina y de Cabanel. Pero al salir, hacia las seis y media, fue, como cada día, a tomar un aperitivo a la cervecería Richelieu. Preguntó al camarero, al que conocía, si había visto a una muchacha rubia que venía a veces a tomar una taza de té. El muchacho comenzó diciendo que no. Luego dudó. Creía en serio recordar haberla visto, poco antes de las cinco, conversando con un desconocido. Pero declaró no poder afirmarlo. Así pues, un testimonio extremadamente dudoso, pero que tiene pese a todo un cierto valor si se le encastra en los otros tres.

En segundo lugar, hay al menos la llamada telefónica escuchada de un modo un poco indiscreto por el conserje del hotel de los Dos Hemisferios. Esta llamada telefónica fue realizada por una mujer con acento extranjero. Confirmó una cita para las seis. Anunció que vendría en coche, y vino en un Peugeot, e iba vestida con un impermeable.

Todas estas precisiones se hallan al menos muy cercanas a las afirmaciones de Cabanel en el transcurso de sus diferentes interrogatorios.

¿Y Cabanel conocía a alguien en París, aparte Meyrowitz, al que encontró a primera hora de la tarde? No. ¿Tenía amistades femeninas? ¡No! ¿Estaba ya relacionado con una extranjera que hablaba bien el francés, aunque con un fuerte acento que hacía pensar en el acento alemán? Aparte Kristina —lo cual él mismo reconocía—, ¡no! Entonces, ¿qué solución hilvanar? ¿Una cómplice, venida en

secreto a París? ¡Estaba fuera de toda lógica! ¿Una sucesión de casualidades? Razonablemente imposible. ¡Queda Kristina! Pero ella no puede no estar muerta. ¿Y por qué habría alquilado un segundo Peugeot, puesto que el primero había quedado en el aparcamiento de la estación de Macón, esperando su regreso previsto para el lunes por la noche?

Finalmente, hay el testimonio mucho más serio de los reporteros de la «Revista Femenina». Y, sobre todo, hay la fotografía. En la medida en que se puede fotografiar a una muerta, andando y sonriendo en la calle Montpensier, casi doce horas después de su deceso en un tren.

Interrogados por el comisario Beugnot en los primeros días de la encuesta, el reportero y el cameraman de la Revista Femeninas reconocieron haber entrevistado con ayuda de un micro portátil y de una cámara disimulada a una joven estudiante extranjera, muy bonita, que declaró llamarse Kristina Eriksen y ser auxiliar en el C.N.R.S.

Beugnot pidió que se le proyectara el reportaje. Desgraciadamente, por razones de horario, la parte en la cual Kristina había sido filmada no había sido montada.

El comisario pidió entonces ver los trozos sobrantes. Para colmo de desgracia, estos habían sido destruidos por los técnicos inmediatamente después del montaje.

Pese a que ambos hubieran reconocido formalmente a Kristina en una foto que Beugnot les presentó, el testimonio de los dos periodistas quedó durante cuarenta y ocho horas sujeto a un punto de interrogación. Tal vez habían comprendido mal el nombre y se habían visto influenciados por el de la víctima, que habían podido leer a la mañana siguiente en grandes titulares en la prensa. Además, en una media tarde gris de invierno, una hermosa rubia vestida con un impermeable y los cabellos sujetos con un pañuelo se parece a muchas otras hermosas rubias.

Fue entonces cuando se presentó al Quai des Orfèvres un joven fotógrafo que trabajaba para la revista Elle. Había sido encargado de seguir el reportaje de la «Revista Femenina» para tomar de él una serie de fotos destinadas a ser publicadas. Y, en una de las fotos, figuraba una rubia con impermeable que respondía a las preguntas del policía. Podía reconocérsela perfectamente. Y la comparación de las fotos de Kristina en posesión del comisario con la que le había sido aportada por el fotógrafo de Elle no dejaba ninguna duda. Si no se trataba de Kristina, no podía ser más que su hermana gemela... o su sosia.

Pero Kristina no tenía ninguna hermana.

¡Y es muy raro que el sosia de uno lleve su mismo nombre!

¿Entonces? ¿La foto? ¿O la autopsia?

¿O la «cuarta dimensión»?

EL OCHENTAIUNAVO DÍA DE PHINEAS FOGG

El juez Fontane se recostó en su sillón.

Se sentía decepcionado.

Había vuelto a recorrer el asunto punto por punto. No había prescindido de ningún detalle. Y, como las veces precedentes, llegaba hasta el fondo de un callejón sin salida.

Si derribaba el muro, otro se reconstruía automáticamente en el otro extremo del laberinto.

Pensó mucho más simplemente que se encontraba de nuevo ante el problema, viejo como el mundo, del durmiente y de la manta demasiado pequeña. Si se cubre la cabeza, tiene frío en los pies. Si se envuelve los pies, tiene frío en la cabeza.

Se dijo que en aquella historia —en alguna parte, pero ¿dónde?— había un hecho extraño a toda lógica, un elemento exterior al mundo objetivo.

Para que las cosas se atuviesen a una concordancia con la razón, era preciso conciliar lo inconciliable.

Sus asociaciones de ideas le condujeron entonces hacia *La vuelta al mundo en ochenta días*. Pensó en Phineas Fogg, cuando pone el pie en suelo británico al término de su viaje y cree haber perdido su apuesta porque estima no haber conseguido cerrar el anillo más que en ochenta y un días, olvidando que ha ganado veinticuatro horas girando alrededor del globo, a través de veinticuatro husos horarios, en sentido contrario al de la rotación de la Tierra.

¡Una brillante idea!

Solo que la línea ideal que une el polo norte y el polo sur a través del Pacífico no pasa entre París y Villeneuve Saint-Georges, de tal modo que, cuando es lunes en la Plaza de la Concordia, no es martes ante la estación de esta pequeña ciudad de las afueras.

Si no fuera por esto, todo se haría evidente.

Cabanel encontraría a Kristina en la media tarde del lunes, después de que esta hubiera sido fotografiada por un reportero. La invitaría a cenar. Partirían en la noche en automóvil hasta Macón. Subiría con ella en el tren nocturno. La mataría a primeras horas de la madrugada del lunes. Se hallaría el cadáver de la víctima el martes por la mañana. El comisario Beugnot haría proceder a la autopsia. Esta revelaría que la muerte se remonta a veinticuatro horas. Y todo el mundo, excepto Cabanel y Kristina, quedaría contento.

—Desgraciadamente —dijo en voz alta el juez Fontane—, hay un *Me*. Y este *hic* es de envergadura. Cabanel no puede subir en Macón *al tren en el cual se halla ya desde su partida de Montpellier*. Ya que él puede estar loco, pero el universo no lo está.

Y, rompiendo nerviosamente un lápiz, el juez Fontane añade:

—La prueba es que la mesa ante la cual estoy sentado es una mesa, no un espejismo de mesa, y yo soy un juez de instrucción, no un fantasma de juez de instrucción.

## UNA CONFESIÓN SURREALISTA

Para persuadirse de ello, decidió releer atentamente la nota que el acusado le había hecho llegar en las primeras horas de la madrugada y que, ya una primera vez, había provocado su estupefacción.

Estaba escrita a mano, con tinta verde, en la escritura fina, regular, de Cabanel. El juez Fontane se las daba de grafólogo. ¿Aquélla, la escritura de un loco? Jamás.

*Prisión de Fresnes, 3 de marzo, a las 17 horas.*

*Señor juez de instrucción:*

*En el curso de los interrogatorios a los cuales he respondido, le he ocultado al Comisario Beugnot, y a usted mismo, algunos hechos esenciales, porque no me parecía que su naturaleza pudiera ayudar al descubrimiento de la verdad. Después de largos días de reflexión, he decidido hoy traerlos a su conocimiento. De todos modos, sigo mostrándome escéptico en cuanto a su utilidad. Pienso en efecto que no pueden contribuir más que a ensombrecer aún más un problema que en sí mismo ya no es demasiado simple.*

*Le ruego lea atentamente esta carta, y con una mente no crítica, sino ampliamente positiva, diría incluso crédula.*

*Le ruego que ponga toda su confianza en mi probidad intelectual y en mi equilibrio mental... aunque libre sin embargo, para volver más tarde a su opinión.*

*De todos modos, usted debe saber que yo estoy más interesado que nadie en la luz que pueda ser arrojada sobre este lamentable asunto. Pero temo que esta luz no pertenezca jamás a nuestro mundo.*

*Antes de revelarle los hechos que intencionalmente le he ocultado hasta hoy, debo intentar explicarle la «teoría matemática de la coextensividad generalizada», que la trágica muerte de Kristina Eriksen parece confirmar de un modo taxativo.*

*Voy a esforzarme en exponerle esta teoría en palabras y no en ecuaciones que serían incomprensibles a cualquier persona excepto a mí. Si usted estima que mis explicaciones comportan la menor parcela de verosimilitud, estoy dispuesto a exponer mi sistema ante un jurado de expertos cualificados. Mi pasado científico, la audiencia que he encontrado para mis trabajos cerca de mis colegas franceses y extranjeros, me autorizan, creo, a utilizar con usted este lenguaje.*

## EL SEGUNDO ESTADO DEL UNIVERSO

*He adquirido la certeza de que existe, no un universo paralelo al nuestro, sino un «segundo estado del Universo». Este segundo estado del Universo está regido por una ley que, en lenguaje corriente, podría ser expresada así: el universo, tal como nosotros lo conocemos, no es más que el reflejo coagulado, el residuo empobrecido, el cadáver descarnado de un universo total en combinaciones abstractas, potenciales, infinitas, constantes, simultáneas y eternas. Es decir, donde el espacio ejerce permanentemente la totalidad de la energía que contiene, y donde el tiempo ya no existe.*

*Es esta verdad la que está contenida en el folio 301 de la Edición Aramea de Mantua que cita el texto del Rabino Eleazar.*

*Es altamente verosímil pensar que, por accidente, y varias veces por siglo, se formen en nuestro mundo breves reflejos (cuya duración varía, según intensidad, de una millonésima de segundos a un millar de minutos) que provocan, pese al principio de causalidad que conocemos, una generación espontánea de consecuencias sin causa. Como inexplicables nudos de azar, cortocircuitos de destino, destellos de absurdo que vienen a romper el encadenamiento determinista. Puede que la vida haya nacido de uno de estos «reflejos», de uno de esos «relámpagos», si usted prefiere. Tal vez sea esto también el caso de lo que se llama amor.*

### TODA LA ASTROLOGÍA NO ES MÁS QUE LA COMPROBACIÓN SUMARIA DE ESTE FENÓMENO UNIVERSAL

*Ahora que esto ha quedado establecido, he aquí la verdad de lo ocurrido con Kristina Eriksen, en la noche del lunes 7 al martes 8 de febrero último. Y no en la del domingo 6 al lunes 7.*

*Creo que de hecho, durante una duración de 1440 minutos, es decir exactamente 24 horas, ella y yo salimos del tiempo. No del tiempo terrestre, por supuesto, ni siquiera galáctico, sino del tiempo que conoce el Universo en su estado primario.*

*Pienso realmente que durante 1440 de nuestros minutos, Kristina y yo fuimos aspirados al «no-tiempo». He aquí porqué, hasta que mis ecuaciones me han conducido hasta la evidencia, no he guardado ningún recuerdo de lo que me ocurrió entre el lunes a las 18 horas y el martes a las 18 horas. He aquí también porqué ella fue vista y fotografiada —es usted mismo quien me lo señaló— después de la hora teórica de su muerte.*

*Volvamos al lunes a las dieciocho horas.*

*Mientras copiaba la nota de Eleazar para ella, Miss Eriksen me telefoneó para decirme que pasaría a buscarme en coche.*

*Llegó en el momento exacto, y subí en el 404.*

*Le pregunté:*

*—¿Dónde quiere que vayamos a cenar, Kristina? No conozco París, y menos sus restaurantes. Por otro lado, tenemos tantas cosas que decirnos que un rincón tranquilo tal vez fuera mejor que todo...*

*Ella me cortó la palabra.*

*—Doctor Cabanel —me dijo—, ¿le interesa ver una muestra del Universo en su «estado dos»?*

*Al principio creí que estaba bromeando.*

*—No irá a hacerme creer que ha conseguido aislar un «pedazo» del Universo dos en su laboratorio. En las condiciones actuales, ningún campo magnético sería lo suficientemente potente como para permitir el éxito de esta experiencia.*

*Ella me miró.*

*—¿Por qué aislar un pedazo? Es mucho más fácil observar un reflejo de él.*

*—No veo cómo.*

*—¿Está dispuesto a todo, doctor Cabanel, para saber lo que ocurre cuando se suprime la materia?*

*Respondí, con una enorme emoción:*

*—¡Por supuesto: sí!*

*—Entonces venga conmigo.*

*—¿Dónde?*

*—¡Al otro lado!*

*—¿Cuándo volveremos?*

*—Al final de la noche.*

*—¡Vamos pues!*

*¿Dónde íbamos? ¿Al infierno?*

*¡No!*

*El infierno es el lugar al cual he vuelto, y desde donde le escribo.*

*No estoy hablando de la prisión de los hombres. Le hablo de la prisión del mundo.*

## *VIAJE AL «YO-TODO».*

*Rodamos por carreteras que no conocía durante cerca de tres horas. Después nos hundimos en caminos a través del campo. La noche era profunda y había empezado a llover.*

*Cuando Erika detuvo el coche, miré el reloj luminoso del tablero: señalaba un poco más de las nueve y media. En aquel momento observé, al lado de la guantera, una placa de metal en la cual había grabada la inscripción: «SOALCO. Sociedad de alquiler de coches. Vehículo 117». Recuerdo esto perfectamente.*

*Pregunté a Kristina:*

—¿Dónde estamos?

*Enigmáticamente, me respondió:*

—*Importa poco. Dentro de algunos instantes ya no estaremos en ninguna parte.*

*Estaremos en el Todo.*

*Sacó una linterna de su bolsillo, abrió la puerta y descendió del vehículo.*

*Hice lo mismo por el otro lado.*

—*Sígame* —*me dijo ella.*

*La obedecí.*

*Andamos un buen kilómetro sobre las hojas muertas de un bosquecillo. A veces chapoteábamos en el barro, hasta tal punto que varias veces el agua helada entró en mis zapatos.*

*Este fue, creo, el último «contacto» físico que experimenté aquella noche.*

*Después, todos mis sentimientos se hicieron impersonales, todas mis ideas extrañas. Comencé a sentirme solo. Solo con Kristina. Y sin embargo, pese a esta unicidad que sentía crecer como una evidencia, como un paisaje, tuve de pronto la impresión de que éramos cuatro: ¡dos veces ella, y dos veces yo! Con una lucidez, una limpidez que me golpeó como una maza, me vino la idea de que esta sensación era muy diferente de aquella que provoca un desdoblamiento de personalidad. Lo que experimentaba era más bien un redoblamiento de la personalidad, completada por un desdoblamiento de las personalidades. Yo era yo y otro, ciertamente, pero también era ella y otra ella. Después, al igual que el velo que nos separaba se había rasgado, también se desgarraron los velos que nos enmascaraban, a ambos, no la posesión del mundo sino la pertenencia del mundo. Fuimos árbol, piedra, voluta y permanencia. Acontecimientos también. Batallas y paz, proclamaciones y plegarias. Estrellas y átomos, adosados a los huecos de una permanencia imperecedera. No puedo explicar el fenómeno psíquico que se desencadenó en mí si no es con esta frase: Ya no aguardaba. Ya nada podía terminarse nunca más. Ya nada podía comenzar nunca más. Todo estaba en mí a la vez, conocido, olvidado y sin embargo, consciente. Ya no sentía deseos de viajar en el espacio: el espacio viajaba en mí durante el tiempo mismo en el que lo recorría sin fin y sin descanso. ¿Qué me importaba el futuro? Me atravesaba con su flecha, al igual que lo hacía aquella del pasado, y sin embargo, no conseguía apenas salir de mí tanto como un pez rojo no puede salir de su pecera. Hoy, que todo esto ha desaparecido y que vuelvo a encontrarme (por milagro o por maldición) en un universo-prisión (mientras que, en el otro, yo era los muros) las únicas palabras que vienen a mi pobre mente odiosamente resurgida son estas: todo pasó como si yo me hubiera convertido en un fabuloso juego de espejos vivientes, reproduciendo su propia imagen hasta el infinito. Una imagen ilimitada y múltiple que ninguna presencia, ningún objeto, ningún grano de polvo, ningún átomo, venía a manchar. No estaba deslumbrado por los rayos, estaba en el interior de una nada luminosa. Era un sol que se veía desde el interior de sí mismo.*

*En un sobresalto de consciencia individual, a despecho de mi propio pulular exterior, me pareció entonces que la presencia abstracta de Erika se hacía sentir más y más fuertemente.*

*—Y ahora, ¿qué es lo que hacemos? —pregunté.*

*Un relámpago me atravesó inmediatamente la cabeza.*

*—La voz —¿era la voz, o bien una onda mucho más total que la voz?— de Kristina entró en mí y salió de mí al mismo tiempo, como si fuera algo como un «ella-yo» quien hablaba.*

*—Ya no hay ahora. Ya no hay nada que hacer. Sabe usted muy bien que nos hemos desencarnado y que las partículas que constituyen nuestros dos cuerpos han vuelto al coche, donde nos esperarán si decidimos volver.*

*Y en efecto, en el fondo de mi cerebro, con mis propios ojos mirando hacia el interior, adivinaba dos minúsculas siluetas, transparentes y descarnadas como dos fragmentos de papel: eran Kristina y yo, muy lejos, muy allá abajo, en el 404, en la Tierra... nuestros pobres pequeños «yo» congelados, anclados en el frío del universo muerto, separados del Estado Total por las murallas y las pantallas, los vacíos y los abismos del mundo inerte de la falsa Tierra.*

*Repetí:*

*—Y ahora, ¿qué es lo que hacemos?*

*Algo me respondió:*

*—Ya no hay nada más que nosotros. Piense en el Anciano Misterioso y en todo lo extraño que hay implicado en el Breshith Bara Elohim, ya que esa es la llave que contiene y cierra las seis direcciones del Espacio cuya suma forma la ausencia de dirección del Tiempo.*

**YO GUARDO EL SECRETO DE TODO, ESTE ES EL SECRETO DEL ANCIANO MISTERIOSO**

*Lo que ocurrió después, señor juez de instrucción, no será jamás explicable con palabras, y no lo es aún con ecuaciones.*

*Guardo pues el secreto de todo, ya que este es el secreto del Anciano Misterioso.*

*De todos modos, si hace usted registrar mi habitación, en el hotel de los Dos Hemisferios, encontrará, en el armario, un delgado cuaderno cuyas páginas, cubiertas de fórmulas, contienen una tentativa de explicación matemática del asegundo estado del universo».*

*Elaboré sus términos en menos de diez horas, después de mi regreso a París, entre el momento en el que regresé a mi habitación y las seis de la tarde, cuando usted vino a arrestarme. No dispongo actualmente de ninguna certeza. Tal vez mi hipótesis de trabajo sea falsa. Tal vez no contenga más que retazos de verdad. ¡Tal vez esté real y completamente loco!*

*Pero no sería inútil, sin duda, que usted sometiera este documento a algunos*

grupos de estudiosos matemáticos que dispusieran de potentes ordenadores electrónicos, como existen en Princeton, en Cambridge, en Goettinghen, en Moscú o en Pekín, ya que es posible que otras investigaciones infieran en él una «aproximación» positiva de los lazos misteriosos que, accidentalmente, unen el primero y el segundo estado del universo.

Debo decirle aún que me desperté hacia las tres de la madrugada, en el 404. Estaba sentado ante el volante, transido de frío. Kristina ocupaba el asiento de la derecha. Estaba desvanecida y respiraba dificultosamente. En los primeros momentos no recordé nada, excepto nuestro largo recorrido nocturno. Sentí miedo. Puse el coche en marcha y regresé a la carretera. Rodé durante varios kilómetros sin saber en qué dirección iba. Después, en un cruce, llegué a una carretera de primer orden. Un indicador rezaba: Macón, 17 kilómetros.

Durante el trayecto, Kristina salió de su semicoma.

No me hizo ninguna pregunta.

Oí que, simplemente, murmuraba:

—¿Por qué he vuelto? ¿Por qué lo llevé conmigo? ¡Esto no está permitido por Eleazar más que una sola vez!

Debo confesar que, en el estado de astenia en el que me hallaba entonces, no comprendí el sentido de aquellas alucinantes palabras.

Al llegar a Macón, me dirigí maquinalmente hacia la estación.

Estacioné el coche en el aparcamiento, al lado de otro 404.

Ayudé a Kristina a bajar.

Al entrar en el vestíbulo de la estación, vi que estaba anunciado un tren proveniente de Lyon y que se dirigía a París. Tomé dos billetes. Nos instalamos en un compartimento, al azar. Estaba agotado. El compartimento estaba provisto de calefacción. Me adormecí. Cuando desperté, ya era de día y el convoy atravesaba a poca velocidad la estación de Villeneuve-Saint-Georges. Kristina ya no estaba en su litera. La busqué en todo el tren. No la encontré. En aquel momento entramos en la estación de Lyon. Descendí. Mis ojos tropezaron con los letreros indicadores de los vagones. Entonces me di cuenta con estupefacción que acababa de viajar en el expreso Montpellier-París. Un número de tres cifras coronaba las indicaciones de ruta: 704. Esto me impresionó vivamente porque, veinticuatro horas antes, yo había viajado en el convoy 704. Después leí la hora en el gran reloj del andén. Marcaba las nueve treinta. Esto me sorprendió, porque el Montpellier-Paris llega a las nueve con doce. Pasaba un revisor. Le pregunté por qué llevábamos retraso. Me respondió: «Alguien tiró de la señal de alarma un poco antes de Villeneuve-Saint-Georges». Pregunté: «¿Sabe usted quien?». Me respondió: «No. Pero el mecánico cree haber observado una silueta de mujer que huía a través de las vías». Añadió sentenciosamente: «Esto no tiene nada de raro. Vivimos en una época loca, fatalmente, ha de estar llena de locos». Me dirigí en seguida directamente a mi hotel, donde llegué alrededor de las diez.

*No tengo otra cosa que declarar, sino que juro no haber matado a Kristina Eriksen.*

*Reciba, señor juez de instrucción, mis más respetuosos saludos.*

Firmado: Gilbert Cabanel.

El juez Fontane pasó lentamente la mano por sus cabellos rojizos.

Después, súbitamente, tomó una decisión.

Descolgó su teléfono y pidió comunicación con el comisario de policía de la zona de la estación, en Macón.

Cuando lo tuvo en la línea, le hizo un cierto número de preguntas.

Las respuestas le fueron proporcionadas menos de un cuarto de hora después.

Sí, un 404 de alquiler, perteneciente a la Soalco, estaba estacionado en el aparcamiento, exactamente al lado del emplazamiento donde se había encontrado el 404 alquilado por Kristina Eriksen a la sociedad Mattei. No, no podía decirle si se encontraba allí desde la noche del domingo al lunes o solamente desde la del lunes al martes. Sí, una viajera rubia subió el domingo por la noche al tren de París, No, ningún hecho anormal había sido observado aquella noche por los empleados de servicio. Sí, dos viajeros, un hombre y una mujer, habían tomado el mismo tren la noche siguiente. No, no había ningún medio de establecer su identidad.

## UNAS OPINIONES INCIERTAS, UN JUICIO TAL VEZ RAZONABLE

La encuesta fue cerrada una quincena de días más tarde. Terminó con la inculpación del profesor Cabanel, que fue acusado de asesinato.

El acusado rehusó confesar.

Su abogado abogó por la inocencia.

Ni una sola vez, a todo lo largo del proceso, Cabanel invocó la confesión que había dirigido bajo el sello de «secreto» al juez Fontane.

En varias ocasiones, el presidente del tribunal, al cual le había sido comunicado este documento a título confidencial, intentó plantear algunas preguntas particulares al acusado.

Cada vez, el presunto asesino las eludió.

Una comisión de expertos psiquiatras fue nombrada para examinar a Cabanel. Sus opiniones fueron divididas. Dos médicos estimaron que Cabanel estaba perfectamente sano mentalmente. Los otros dos juzgaron que no era mentalmente responsable.

Cabanel fue condenado a veinte años de reclusión.

Menos de dos meses después, una crisis nerviosa lo abatió.

Fue internado en un asilo psiquiátrico.

«TODA LA ASTROLOGÍA REPOSA SOBRE ESTE FENÓMENO UNIVERSAL...».

Un viernes de noviembre, el juez Fontane fue invitado a cazar en Solonge, en casa de uno de sus colegas.

La habitación que se puso a su disposición era una antigua biblioteca, instalada a finales del siglo pasado por el abuelo del dueño de la casa.

La cena fue animada.

Poco después de las once, los invitados se separaron para ir a acostarse, ya que la salida para la caza del día siguiente había sido fijada para las siete.

El juez Fontane se desvistió y se durmió inmediatamente.

Pero se despertó alrededor de las dos de la madrugada.

Ante la imposibilidad de volver a reanudar el sueño, decidió leer durante una media hora.

Se puso un batín, se dirigió hacia la biblioteca y buscó una obra fácil.

Había la colección de la revista *El Mundo Ilustrado*, año 1886, segundo trimestre.

Volvió a acostarse y abrió el volumen al azar.

Leyó primero un artículo, ilustrado con fotograbados, sobre la expedición de Savorgnan de Brazza al Congo.

Después, una corta entrevista que había mantenido el crítico teatral, un tal Sébastien Chatou, con la ilustre Sarah Bernhardt.

Después, deseoso de respirar, en aquellas hojas amarillentas y ridículas, un poco de la dulzura de vivir, volvió la página.

Su corazón se paralizó.

Ya no pegó ojo en toda la noche.

A la mañana siguiente, aún sobresaltado, anunció a su anfitrión que no se encontraba bien y que no podría ir a la caza.

Pasó el día en su habitación, releyendo la información del cronista judicial del *Mundo Ilustrado*, fechada el 16 de noviembre de 1886.

El título era: «*El extraño crimen del convoy 704*».

Este era el texto, palabra por palabra:

*Se vio ayer, ante la Corte de Apelación del Sena, el epílogo de una lamentable historia, la del convoy 704, que asegura las comunicaciones por ferrocarril entre la ciudad de Montpellier y la ciudad luz en la línea París-Lyon-Mediterráneo. Cada uno de nuestros lectores recordará este crimen atroz e inexplicado hacia el cual, en la primavera última, toda la Prensa, principalmente nuestro colega Le Gaulois, atrajo la atención del público. En efecto, el jueves 14 de abril por la mañana, unos obreros de la compañía P.L.M. descubrían en un vagón del Montpellier París, en una de las vías de estacionamiento de la estación de Lyon, el cadáver de una rica*

escandinava. La encuesta reveló rápidamente que la víctima había sido estrangulada. Se trataba de la señorita Ingrid de Romsgardt, hija del conocido armador, de 25 años de edad, que volvía de Cannes después de haber pasado allí tres meses de vacaciones.

Las sospechas recayeron rápidamente sobre el ocupante del compartimento vecino, el vizconde Roger d'Espinat, hijo del conde Gabriel d'Espinat, oficial de la Legión de Honor, terrateniente. Interrogado por el director de la Sûreté en persona, el señor Roger d'Espinat, que no parecía poseer todas sus facultades mentales, pretendió no haber trabado conocimiento con la víctima más que en la jornada del viernes 15 de abril, en el curso de una recepción dada en el Colegio de Francia por el ministro de Instrucción Pública en honor del ilustre sabio Marcellin-Berthelot. El señor Roger d'Espinat, que fue trepanado hace tres años como consecuencia de un desgraciado accidente ecuestre, es en efecto licenciado en Ciencias. Intentó alcanzar el doctorado, pero la tesis que presentó, bajo el título de «Mañana la energía atómica» (Montpellier, 1881), fue rehusada unánimemente por el jurado. Aquellas páginas contenían, al parecer, bajo una apariencia científica, las ideas más barrocas, casi las más disparatadas. El desgraciado vizconde no pretendía, como subrayó el Procurador General en el curso de su requisitoria, más que señalar que, si se conseguía un día fracturar el átomo, se liberaría una energía incomparablemente más potente que la contenida en la actualidad en todas las máquinas de vapor utilizadas en la superficie del globo.

El señor Roger d'Espinat experimentó una violenta amargura, y cayó en una melancolía entrecortada con horribles cóleras en el curso de las cuales llegaba a romper todo lo que caía bajo sus manos.

Presionado a preguntas por los colaboradores del director de la Sûreté, el vizconde demente terminó por confesar que había estrangulado a la señorita de Romsgardt, a la que no conocía, en una crisis de locura alcohólica, porque ella se le había rehusado.

Fue juzgado irresponsable de sus actos por el jurado.

Inmediatamente después de pronunciada la sentencia, fue internado en un hospital de locos.

Esta es, repitámoslo, una deplorable historia que muestra los turbulentos tiempos en los que vivimos. Deseemos que no ocurra jamás nada semejante. Si no, ¿dónde iría la Sociedad? Ya tiene bastante trabajo con defenderse contra los criminales que matan y roban por interés.

Lo cual es intolerable, pero tal vez menos incomprensible.

Algunos días después, el juez Fontane supo la muerte de Gilbert Cabanel, fallecido a resultas de una repentina hemorragia cerebral.

Releyó entonces la confesión que este le había enviado durante la instrucción. Se fijó principalmente en el pasaje: ... breves reflejos que provocan una generación espontánea de consecuencia sin causa, inexplicables nudos de azar, cortocircuitos de

*destino, destellos de absurdo que vienen a romper el encadenamiento determinista. Toda la astrología no es más que la comprobación sumaria de este fenómeno universal».*

Se le ocurrió una idea.

Por mediación de uno de sus colegas, apasionado de las ciencias ocultas, entró en relación con un reputado astrólogo.

Cuando se entrevistó con él, le planteó una sola pregunta:

—El siete de febrero de este año, la carta astrológica del cielo presentaba una determinada configuración. ¿Podría usted decirme si en otras épocas la posición de los astros ha sido los unos en relación con los otros rigurosamente idéntica y, en caso afirmativo, cuando?

Esperó quince días la respuesta.

Llegó, mucho más estrepitosa cuanto que la persona preguntada no había podido establecer la terrible relación que obsesionaba ahora el cerebro del juez Fontane.

«Sí —respondió el astrólogo, en una carta detallada—. *Una vez, y solo una vez: el jueves 14 de abril o el viernes 15 de abril de 1886».*

Una nota precisaba:

«*Vacilo entre una y otra fecha, ya que Júpiter y Saturno se hallan en doble oposición. Y este es un fenómeno excepcional, que aún no ha sido observado nunca en astrología».*

# El piloto ciego

Charles Henneberg

*Expediente sobre las relaciones interraciales galácticas. Documento reconstituido a partir de testimonios.*

La tienda era baja y oscura, como conviene a quien ya no conoce ni el día ni la noche. Reinaba en ella un aroma de cera y de incienso, de madera exótica y de rosas secadas a la sombra. Se encontraba en el subsuelo de uno de los más viejos bloques del antiguo barrio radiactivo, y era necesario descender algunos peldaños antes de alcanzar una reja de sándalo de Venus. Un cono de cristal marciano iluminaba el rótulo: EL PILOTO CIEGO.

El hombre que entró aquella mañana, seguido de un robot-porteador cargado con una caja, era un viejo trotamundos medio loco, como lo son la mayor parte de ellos por haber contemplado el resplandor desnudo de los astros. Volvía de Ascelli, o tal vez de la Cruz Austral; su rostro era de cera, devastado, carcomido por haber permanecido demasiado tiempo en una carlinga, expuesto a los rayos ultravioleta, y en la jungla negra de los planetas. El cofre estaba tallado en el corazón de una madera dura como el bronce, aquí y allá porosa. Lo hizo depositar en el suelo y las paredes vibraron imperceptiblemente, como si en su interior se debatiera una enorme abeja cautiva.

—No vendería esto —dijo, dando una palmada en la tapa— por mil millones de créditos, pero necesito desencallarme antes de recibir mi prima. Me han dicho que tú eres un *Yahoud* honesto. Te dejo esto en garantía, y vendré a buscarlo nuevamente dentro de seis días. ¿Qué me das a cambio?

Al fondo del almacén, un hombre joven levantó la cabeza. Estaba sentado en un antiguo sillón tapizado en brocado rameado; se parecía a aquellos delicados caballeros de Velázquez cuya mano era de acero y que no sentían vergüenza de ser hermosos. Pero una venda negra cubría la parte alta de su rostro.

—No soy un *Yahoud* —respondió fríamente—, y no tomo por garantía ninguna clase de bestias vivas.

—¡Ciego! —balbuceó el recién llegado—. ¡Es usted ciego!

—Ya lo ha visto en el rótulo de la tienda.

—¿Un accidente?

—A lo largo de las Pléyades.

—¡Perdón, hermano! —dijo el viajero. E inmediatamente preguntó—: ¿Pero

cómo sabes que se trata de una bestia?

—Soy ciego, pero no sordo.

Toda la estancia era recorrida por una vibración cristalina que cesó de pronto. El viajero limpió de su frente unas gruesas gotas de sudor...

—Hermano —dijo—, no es exactamente un animal. No sé como decírtelo. No quiero venderlo a cualquiera. Y si no tengo dinero esta noche, estoy perdido, ¿comprendes? No más expediciones al espacio, no más ventajas, no más nada. Soy un HZ, a suspender.

—Comprendo —respondió moderadamente la voz—. ¿Cuánto?

El otro pareció ahogarse:

—¿Me darías realmente...?

—Nada, nunca doy nada por nada, y ya te he dicho que tu grillo enjaulado no me interesaba. Pero puedo prestarte 5.000 créditos, ni uno más, contra tus papeles de embarque. Dentro de seis días, cuando vuelvas a buscarlos, me traerás 500 créditos más. Es todo.

—¡Eres peor que un *Yahoud*!

—No. Soy ciego. —Añadió duramente—: Mi accidente se debió a un imbécil que no había asegurado su cohete. No me gustan los imbéciles.

—Pero —dijo el aventurero, tanteando el terreno—, ¿cómo podrás verificar mis papeles?

—Mi hermano está ahí. Muéstrate, Jacky.

Una pequeña risa aguda pellizcó las sombras. Entre un órgano lunar hecho de un meteorito y una oscura tela terrestre donde sangraba un mártir desollado, emergió un inválido en un pequeño vehículo. Sin piernas, con muñones en vez de brazos, desplazándose con ayuda de muletas. Un malicioso viejecillo de doce años.

—Radiactividad —dijo el ciego secamente—. Pero se las arregla con sus prótesis. ¿Están en orden los papeles, Jacky?

—Sí, North. Y más sucios que el suelo de una pocilga.

—Esto no quiere decir nada salvo que han servido mucho. Dale sus 5.000 créditos.

El ciego había pulsado un botón. Una puertecilla, una especie de montacargas, se abrió. En la parte de arriba una pequeña caja empotrada; en la parte de abajo, acurrucada, una quimera de Foramen, la bestia más sanguinaria, mitad felino, mitad arpa. El viajero saltó hacia atrás. El inválido se propulsó hasta la caja, tomó un rollo de créditos y sopló bajo el hocico del monstruo, que ronroneó afectuosamente.

—Como puede ver, nuestro dinero está bien guardado en casa —dijo North.

—¿Puedo dejar también aquí mi caja? —preguntó el viajero con humildad.

La caja, entonces, se quedó. Por el montacargas, el inválido la hizo subir hasta el pequeño alojamiento que los dos hermanos ocupaban bajo el tejado del bloque. Según el propietario del objeto, «el animal-que-no-era-exactamente-una-bestia» hibernaba;

no tenía necesidad de ser alimentado. La madera porosa dejaba pasar el aire suficiente. Pero era necesario colocar la caja en un lugar sin luz: «Vive en las grandes profundidades —había explicado—, no soporta la luz del día».

El bloque era realmente muy antiguo, con un montón de ascensores y puertas. Los afectados por la radiactividad y los inválidos del último conflicto que lo habitaban a cambio de un bajo alquiler se sentían a gusto allí. North trajo la caja hasta la cámara acorazada al lado de su taller. Aquella noche daban en estereoscopio, en el cine privado del inmueble, un viejo film sobre la conquista de las Pléyades, no sensorial, y Jacky declaró que quería ir a verlo. Antes de partir, preguntó a su hermano:

—¿No crees que tal vez la bestia tenga frío ahí dentro?

—¿Qué es lo que crees? Hiberna.

—Por otro lado —dijo Jacky maliciosamente—, no estamos obligados a proporcionarle calefacción.

El film duró hasta medianoche y, cuando Jacky regresó, había luna llena. El muchacho atestiguó más tarde que se sentía un poco sobreexcitado. Un resplandor blanco bañaba el descansillo, y vio que la puerta-ventana del «granero», como llamaban al taller de su hermano, estaba cubierta por la parte interior con un velo negro. Jacky pensó que North había tomado esta precaución adicional a causa de la bestia; se propulsó ayudándose con sus muletas y golpeó la puerta, pero nadie respondió, y la llave no estaba en la cerradura. Se dijo entonces que tal vez North había descendido seis pisos más abajo, al bar del inmueble, y decidió esperarlo. Se sentó en el rellano; la noche era suave y el aire, a aquella altura, valía por todas las atmósferas condicionadas y filtradas. El astro de plata se mantenía suspendido en el negro cielo. Jacky pensó que «aquello causaba de todos modos algo, aquel resplandor inalterado desde hacía x tiempo, aquella luna que había visto tantos antiguos reyes, tantos poetas, y todas aquellas historias de enamorados. Los gatos sentían aquella impulsión puesto que le gritaban a la noche, y los perros también». En los bloques populares no había más que los perros-robot. Jacky hubiera deseado tener un verdadero perro, después de todo él no era más que un muchacho de doce años. Pero los radiactivos no tenían derecho a animales vivos.

Inmediatamente después...

(En la cinta donde fue registrada la declaración de Jacky parecía como si en este instante el muchacho comenzara a sofocarse. El registro se interrumpía, y la bobina siguiente comenzaba con un: «Gracias por el café. Era muy amargo»).

Había oído un ruido indefinible, muy suave. Exactamente el de las olas en una caracola. Y subía, subía... Había al mismo tiempo (aunque no podía decir de qué manera) las imágenes. Un cielo nacarado, color de perla, y olas de cristal verde, con una cresta de deslumbrante plata. Jacky no estaba sorprendido, apenas acababa de abandonar el estereoscopio. Quizás alguien, en el edificio de enfrente, hacía funcionar una cámara sensorial, y las vibraciones y las ondas venían por casualidad a golpear en su rellano.

Pero la melodía se prolongó, y el muchacho descendió bajo los flujos verdes. Se olían las algas, la marea... El pequeño inválido, llevado por las corrientes, se sentía libre y ligero. Bancos de temblorosas diatomeas se abrían ante él; un resplandor fosforescente, azul, nimbaba los beroados, y los astéridos rojizos, los actínidos azules y nacarados formaban un bosque. Jacky sintió como una quemadura de ortiga al rozar una medusa transparente. La sombra de un pez martillo pasó e hizo huir una nube centelleante de eperlanos. Más abajo, las sombras se hacían más densas, opacas y misteriosas, cavernas abiertas en un roquedal de madreporas. Un tentáculo de pulpo azotó el agua, y el inválido se estremeció.

Se encontró arrojado contra un casco de navío medio hundido en la arena. Una pequeña sirena negra y dorada, enguirnaldada de moluscos, sonreía en la proa, y cayó, arrastrado, hacia una brecha que dejaba entrever un tesoro de piratas, cofres repletos de bárbaras joyas. Montones de huesos se blanqueaban en el fondo de la cala y un cráneo, con las órbitas vacías, sonreía. Jacky pensó que debía ser un film de aficionado: un poco demasiado realista. Se desprendió de todo aquello, se propulsó con toda la fuerza de sus muletas de metal, terminó por remontar a la superficie..., y gritó.

El cielo que estaba sobre él no era el cielo de la Tierra. North le había contado cómo se presenta ese otro océano oscuro, el subéter. Las estrellas eran cegadoras y desnudas. Los escollos eran los meteoritos en llamas, surgidos de la nada. Y los planetas giraban tan próximos que uno creía tocarlos, el uno color rubí, el otro naranja, otro aún de un azul tranquilo: Saturno danzaba en su anillo gaseoso.

Jacky tendió sus muletas ante sí para rechazar aquellas antorchas. Al hacer esto, se deslizó y cayó al suelo. La puerta se abrió un segundo después: no había tenido tiempo de descender tres peldaños, pero esta vez no se hundía solo: a su lado, en el agua horriblemente enrojecida, descendía danzando, girando, un cuerpo de muñeco desarticulado, con los rasgos carcomidos y un rostro de cera.

Jacky levantó la cabeza. North estaba en el umbral, terrible, pálido como una estatua de marfil antiguo; la venda negra cortaba en dos su rostro. Gritó:

—¿Quién está ahí? ¡Responda, o llamo a la milicia espacial!

Una voz fuerte, encolerizada. North, que siempre hablaba a Jacky tan dulcemente...

—Soy yo, Jack —dijo el muchacho, temblando—. Volvía, y en un peldaño he dado un paso en falso...

(«Mentí —dijo más tarde Jacky a los Espaciales que lo interrogaban, y sus ojos arrojaban una mirada de desafío demasiado lúcida—. Sí, mentí. Porque sabía que de otro modo me mataría»).

A la mañana siguiente no había ni sangre ni cadáver en el descansillo. Pero sí un olor a algas...

Jacky llenaba las tazas de café, en la trastienda, cuando la radio depositó su diario

hablado. En la última página se mencionaba que se había recogido, en el puerto, el cadáver de un ahogado, cuyos rasgos aparecieron en la pequeña pantalla. North entraba en el mismo instante en el almacén.

—¡Eh! —gritó el inválido—. ¡Tus 5.000 créditos han volado!

—¿Qué pasa? —preguntó el hermano mayor, tomando delicadamente y sin equivocarse su taza de porcelana china y su pastelillo.

—El tipo de la bestia, ¿cómo se llamaba? Ah, sí, Joas du Guast. Acaban de pescarlo en el canal. No saben ni quién es: alguien le robó su cartera.

—A pérdidas y ganancias —dijo el otro—. ¿Estás seguro que era él?

—Aún está en la pantalla. No es agradable de ver.

Una expresión indefinible pasó por el móvil rostro de North. «Diría que se siente aliviado», pensó Jacky. Preguntó en voz alta:

—¿Qué es lo que hace la bestia?

—¿Te molesta? —preguntó North, un poco demasiado ligeramente.

—Yo, viejo —dijo el inválido en un tono bufón, imitando a un grueso actor célebre—, *con tal que mi vientre no haga pliegues...* ¿De dónde venía ese tal Joas?

—Habló de las Ascelli —dijo North, tomando como un prestidigitador un segundo pastelillo—. Y de muchas otras cosas también. ¿Qué es lo que haces esta mañana? ¿Tienes trabajo?

—¡Ya lo creo! El encargo de Sthimson, que hay que enviar. Una caja de «campanas lunares» que debemos recibir. También debo ir al centro de reeducación.

—Bien, veo que tu mañana está bien llena. ¿Puedes traerme el disco-periódico de la semana?

—De acuerdo.

Pero Jacky no fue aquella mañana ni al centro de reeducación ni a los encargos. Posando su pequeño vehículo en la acera rodante, se dejó llevar a la Astronáutica General, un rascacielos entre muchos otros, y tuvo dificultades en escalar los pisos en el ascensor, bajo las burlas de los estudiantes. «¿Quieres pasar la cuerda floja en cohete?», preguntaban unos. Y los demás: «¿Crees que el buen tiempo aún no ha terminado, aquel en que se buscaba a los tullidos para enviarlos a la Luna!». No lo hacían de una forma esencialmente malvada, y Jacky ya estaba habituado a ello.

Sentía nostalgia. No por sí mismo, sino por North. Sabía que North no volvería jamás aquí: las paredes estaban tapizadas de cartas celestes, las bibliotecas de microfilmes escalaban los pisos, y en todas las vitrinas había maquetas de ingenios astronáuticos, empezando por los pequeños cohetes y los Sputniks y terminando con las grandes naves que fabricaban por sí mismas sus materias laminadas. Jacky llegó jadeando ante el robot-seleccionador-de-fichas y le tendió la suya.

—Las Ascelli —escupió el robot—. ¿Anon Boreal? ¿Anon Austral? ¿Gemma-Cáncer o Delta-Cáncer?

—¿No hay nada más por allí?

—Sí, Alphard, longitud 26°19. Alfa-Hidra.

—¿Hidra quiere decir monstruo acuático? ¿Es un planeta acuoso? Recíteme su ficha.

—Hay poco que decir —respondió chirriando el robot—. El planeta está casi inexplorado, su superficie está compuesta de océanos. No hay relaciones regulares con la Tierra.

—¿Fauna? ¿Flora?

—Hasta que se pruebe lo contrario, la de los océanos en general.

—¿Vida inteligente?

El robot hizo chirriar su rodamiento a bolas:

—Siempre hasta que se pruebe lo contrario, no existe. No existe tampoco el hombre. A lo más, focas y vacas marinas.

—Las vacas marinas, ¿qué son? —preguntó Jacky, presa de una súbita aprehensión.

—Una especie de mamíferos sirénidos herbívoros que existen en la Tierra, a lo largo de las costas de África y de América. Las vacas marinas pueden alcanzar los tres metros de largo y frecuentan los estuarios de los ríos.

—Pero..., ¿sirénidos?

—Orden de mamíferos parecidos a los cetáceos y que comprende a los dugongos, vacas marinas, etc.

Jacky se hurgó los oídos y gritó:

—¡Creía que esto venía de sirena!

—Y viene —respondió el robot, lacónico—. Monstruos fabulosos, mitad mujer y mitad pájaros o pez. Atraían con la dulzura de su canto a los viajeros contra los escollos...

—¿Dónde?

—En la Tierra —dijo el robot, ofendido—. Entre la isla de Capri y la costa de Italia. Joven, usted no sabe exactamente lo que desea preguntar.

Pero Jacky sabía.

Al volver, encontró, como se pensaba, la tienda cerrada y un letrero pegado a la puerta: «*El piloto está ausente*». Jacky buscó la llave en el fondo de sus bolsillos y se deslizó al interior. Todo estaba en calma como de costumbre, salvo aquel olor que ahora reinaba sobre todos los demás, el olor que se respira en las playas, en las pequeñas caletas, en el verano: algas, caracolas, marea. Quizás un poco de brea. Jacky dispuso la mesa, se metió en la pequeña cocina y se preparó una buena comida ligera: una ensalada de bogavante, unos canelones. Secreto, malicioso, confinado en los antiguos trabajos del hogar, al joven inválido le gustaba profundamente esto. Cuando todo estuvo listo, las flores renovadas en los jarrones, los canelones calentándose y los pequeños cubos de hielo en los vasos de cóctel, Jacky llamó tres veces, como era convenido. Nadie respondió. Entre dos hermanos mutilados que se adoraban, todo era un pretexto para un lenguaje secreto; el primer golpe de timbre quería decir: «La comida está a punto, monseñor puede descender»; el segundo:

«Tengo hambre»; y el tercero: «¡Tengo hambre, hambre, hambre!». El cuarto tenía aproximadamente el significado de: «¿Acaso hay fuego?». Jacky vaciló un instante y oprimió el botón. El silencio era profundo entre las plantas cristalizadas y las gemas de los siete planetas. ¿Significaba esto que North se había realmente ido? El inválido se izó hasta el montacargas y se hizo llevar hasta el último piso.

En el descansillo, el olor había cambiado, olía ahora a especias desconocidas, y hubiera sido necesario alguien más sabio que Jacky para reconocer los aromas del fabuloso pasado: el nardo, el aloe y el benjuí, el tymian amargo de Belkis de Saba, la mirra y el olíbano de Cleopatra.

En medio de todo aquello, la música era real, casi palpable, como un pilar de luz, y Jacky se preguntó cómo los demás, en los otros pisos, no oían nada.

North Ellis había asegurado la puerta por detrás, dado vuelta a la llave y colocado las barras. Sus poderosas y finas manos de ciego ejecutaban los movimientos con la precisión de una máquina, pero jadeaba un poco y, pese a la costumbre ya tomada, casi olvidó cubrir la ventana. Tenía tanta prisa..., pero era preciso preverlo todo. Jacky no debía entrar ahí. Jacky..., pegado a la puerta, North pensó por un momento en que debería enviar al muchacho a Europa. Su tía, la hermana de su madre, vivía en alguna parte en un pequeño pueblo de sonoro nombre. Se sentía responsable de Jacky.

Barrió sus preocupaciones como hojas muertas y avanzó hacia el ángulo oscuro donde un paño negro cubría la caja. Sus dedos se crisparon sobre la madera porosa que perfumaba sus palmas.

—Estás aquí —dijo con una voz ronca y cálida—. ¡Me has esperado!

El ser acurrucado en el corazón de las tinieblas no respondió inmediatamente, pero las ondas concéntricas de música se expandieron. Y el piloto ciego, el hombre que había vuelto a caer al suelo con las alas rotas, y que no había esperado ni a su madre, muerta de un cáncer de la sangre, ni a una joven pelirroja que reía mostrando, sobre un cuello blanco, un rostro primaveral, ya no se sintió ni privado ni desgraciado.

—Eres hermosa, ¿verdad? ¡Eres la más hermosa! Tu voz...

—¿Qué más quieres conocer? —respondió la onda, haciéndose más firme—. Tú no tienes ojos y yo no tengo rostro. Ya te lo dije ayer, cuando abriste la cámara acorazada: todo lo que canta y fluye soy yo. Las centelleantes cascadas, los torrentes de hielo que se rompen sobre las rocas y también los reflejos de las múltiples lunas en los océanos. Soy también el océano. Déjate llevar por mi ola. Ven...

—Ayer me hiciste matar a aquel hombre.

—¿Qué es un hombre? Hablo de abismos fluctuantes, oscuros y luminosos, de cavidades donde nace la vida primigenia, ¡y tú me respondes con la muerte de un marinero! Por otro lado, se lo merecía: me había capturado, encerrado, ¡y hubiera venido a separarnos!

—Separarnos... —dijo North—. ¿Crees que es posible?

—No, si tú me sigues.

La melodía central se hacía punzante. Era como una flecha o un puente en un espacio ilimitado. Y la parte inconsciente del ser humano se lanzaba al encuentro de esta armonía. El abismo giraba y se abría, estaba poblado de temblorosas nebulosas, de diamantes y de rosas de fuego...

North cayó en él.

... Era extraño reconocer, en aquella enésima dimensión, los conglomerados estelares que había encontrado en sus expediciones reales, el parpadeo glacial de la Polar, las perlas esparcidas del Cinturón de Orión. North se maravillaba de volver a hallarse en aquellas tinieblas, libre, ligero, sin cohete ni escafandra. Los haces de fotones lo llevaban sobre inmensas alas. ¿El granero, el bloque de los radioactivos, la Tierra? Se hubiera reído de ello. El Dragón Boreal retorció sus espiras en una polvareda de astros. Atravesó de un salto un abismo rociado de fuego —la Cabellera de Berenice— y se hirió con el azul zafiro de Vega de la Lira. No ascendía solo: la música viviente lo enlazaba con sus anillos.

—¿Creías conocer el infinito? —formuló la voz encerrada entre las armonías—. ¡Pobres terrestres, que pretenden haberlo descubierto todo! ¿Por qué han construido pesadas máquinas que rompen todo equilibrio, que se incendian y caen, y atormentado la vulnerable carne humana?... Ven, yo te mostraré lo que nosotros podemos ver, nosotros, oscuros, inmóviles en los abismos, porque lo que está arriba está también abajo...

Las espiras de astros y los acordes se abalanzaban. North contempló, en lo hondo de la noche, cosas que, privados por sus limitadas pantallas periscópicas, los pilotos no han visto jamás: océanos de rubíes, braseros de esmeraldas, soles oscuros y constelaciones como dragones luminosos. Los meteoritos eran una lluvia de estrías inmóviles. Las Novas venían a su encuentro, estallaban y se despedazaban en tornados siderales, las Gigantes y las Enanas volvían a caer en incandescentes cascadas. El espacio-tiempo no era más que un cáliz llameante.

—¡Más alto! ¡Más aprisa! —cantaba la voz.

Aquello superaba el vértigo y la embriaguez carnal. North se sintió arrastrado, disuelto en la espuma astral, no era más que un átomo en el infinito...

—¡Más alto! ¡Más aprisa!

¿Fue en aquel momento que, entre los arcos fuliginosos, muy lejos en lo profundo del abismo, en el fondo de la conciencia, sintió aquel soplo helado, aquella sensación de horror? Más que inmundada. Era como si hubiera franqueado los abismos y los siglos, superado los límites humanos y llegado hasta aquello. A la nada, al vacío. Estaba en lo más profundo de un pozo, en unas completas tinieblas, y su boca estaba llena de sangre. Unos golpes rítmicos. Sacudían aquel universo cerrado. Al intentar levantarse, sintió bajo sus manos la madera porosa, rugosa. Una voz infantil gritaba:

—¡North! ¡Oh, North! ¿Es que no me oyes? ¡Ábreme, ábreme!

North volvía en sí mismo, helado, débil, como si se hubiera desangrado hasta la

muerte. Por un instante se hubiera creído entre los restos de la astronave, allá, a lo largo de las Pléyades. Se izó sobre sus codos y reptó hacia la puerta. Tuvo aún la fuerza de levantar la barra, de girar la llave, y se desvaneció en el umbral.

(—Eran, comprendan ustedes, los viajes... —Jacky levantó la cabeza hacia los hombres de la milicia espacial que se alternaban ante él. No eran duros. Le habían dado un sándwich y una gruesa manta. ¿Pero qué era lo que podían comprender?—. Nunca he sabido hasta qué punto era North desgraciado. Yo no he viajado más lejos que a la costa. Desde que se quedó ciego, ¡parecía siempre tan calmado! Creía que era como yo. Cerca de él me sentía bien, no sentía la necesidad de irme. Incluso, a menudo, para sentirnos iguales, me ponía una banda en los ojos e intentaba ver el mundo a través de los sonidos en lugar de los colores. De acuerdo, la dependienta, el velador nocturno (no el robot, el otro), decían que no era una vida para dos muchachos. Pero North era ciego y yo estaba inválido. ¿Quién nos hubiera querido?

El jefe de la milicia pensó que Jacky se equivocaba: alguien había querido a North. Pero no dijo nada y continuó haciendo preguntas).

... El día siguiente fue un día turbador; North sacó de un montón de hierros viejos una antigua escafandra y se puso a pulirla, silbando. Explicó a Jacky que iba a ponerla a la entrada del almacén. Hacia el mediodía, Jacky tomó una comunicación. Supo que una Guardería célebre vacilaba en recibir un pensionista hasta tal grado radiactivado. Aceptó las excusas y colgó, silenciosamente: se trataba de él. North quería entonces desembarazarse de él. ¡Estaba loco, era como si se hubiera vuelto ciego por segunda vez! Durante una comida lúgubre, se le ocurrió la idea de manipular el aparato principal del alojamiento: así, el mundo exterior les dejaría tranquilos. Pero quiso llamar antes al doctor Evers, el médico de la familia, y el teléfono no respondió. Jacky comprendió que North se le había adelantado.

Desde aquel momento se empequeñeció. Hizo rodar su silla hasta atrás del mobiliario y se instaló en un piso de la biblioteca. Era su escondite preferido. El almacén poseía aún algunos volúmenes encuadernados en cuero amarillo, casi dorado, que olía a incienso o a tabaco, con hojas amarillentas y la curiosa impresión del siglo XX. Había dibujos divertidos, ni siquiera animados. Sin buscar, tomó al azar la maravillosa historia del navegante que singlaba sobre el mar violeta. La vela de la nave era púrpura y su casco de sándalo. A lo largo de las costas mitológicas, se elevaban cantos divinos que invitaban a los marineros a una más lejana evasión. La espuma de las olas se adornaba de perlas, la luna blanca ascendía recto sobre los fabulosos montes. Ulises ataba a los suyos a los palos y les tapaba las orejas con cera. Pero incluso él escuchaba el canto de las sirenas...

—North —preguntó más tarde, olvidando toda prudencia—, ¿existen las sirenas?

—¿Qué? —preguntó el ciego con un sobresalto.

—Quiero decir que los marinos de los tiempos antiguos decían...

—Estupideces —murmuró North—. A fuerza de surcar los océanos, estas gentes perdían la cabeza. Piensa en que tardaban más tiempo en trasladarse de Creta, una pequeña isla, a la Itálica, que nosotros en alcanzar Júpiter. Se quedaban sin víveres, y sus naves eran cáscaras de nuez. Y, sobre todo, durante largos meses no veían a nadie, salvo algunos camaradas hirsutos y agrietados como ellos. Entonces comenzaban a desvariar, y la primera mujer pirata les parecía Circe o Calipso, y el primer cetáceo una princesa marina.

—Una vaca marina —dijo Jacky.

—Sí, una vaca marina. ¿Has visto alguna?

—No.

—Claro, no creo que exista ninguna en el Zoológico. Tal vez entre los especímenes exóticos. Toma el cuarto volumen a la izquierda, en el estante «Ciencias Naturales». Página 792. ¿La tienes?

Había una cinta recién colocada, North había pues, hojeado aquel libro, sin poder leerlo. Bien, era un gran animal de cabeza redonda y con bigotes, con una gruesa piel oleosa. La hembra daba de mamar a una pequeña imitación de ella misma. Todos tenían un aire muy serio. Jacky se sintió presa de una risa alocada.

—Es ridículo, ¿no crees? —dijo North, con una voz ronca y quebrada que no le conocía—. ¡Decir que tantos hombres han saltado al agua a causa de esto! Pienso que debían estar enfermos.

Pero, llegada la noche, propuso a Jacky una entrada para el planetarium y una salida al Parque de Diversiones. Jacky rehusó educadamente. Se encontraba muy bien en su estante. Se recostaba en el volumen encuadernado en cuero amarillo, descubriendo por primera vez que la vida había sido siempre misteriosa y que el destino tomaba diversas máscaras. Las islas de nombres fabulosos se engranaban al ritmo de las estrofas, los héroes partían a la conquista del Toisón de Oro o bien rescataban de los infiernos a su bien amada. Algunos quemaban sus alas al sol y caían...

North se movía abajo, cerrando las contraventanas, alineando los artísticos adornos planetarios. Desapareció tan suavemente que Jacky no se dio cuenta de ello, y solamente cuando el muchacho quiso pedirle una información sobre los barcos a vela la ausencia se hizo un hecho concreto. Presa de súbito miedo, Jacky se dejó resbalar hasta el suelo y descubrió que su silla de ruedas había desaparecido también. Así, reptó, con ayuda de sus muletas, entre los hierros esparcidos, y entonces tropezó con aquella horrible cosa viscosa: la cartera mojada de Joas du Guast. Los 5.000 créditos estaban aún en su interior.

Desde entonces, el miedo ya no conoció límites, y Jacky rodó instintivamente hacia la puerta, que encontró cerrada, después hacia el montacargas, donde oyó a la quimera de Foramen, prisionera, maullar suavemente. «Esto no marcha, amiga —susurró—. Nos han encerrado a los dos». Un ligero hilillo de sangre se escapaba de las comisuras de sus labios mientras reflexionaba duramente. Era preciso hacer algo

rápido. Ciertamente, podía golpear la puerta, pero la calle estaba desierta por la noche, las gentes normales estaban todas mirando su televisión o alguna otra pantalla, y era inútil golpear las paredes, el almacén se encontraba a la altura de los sótanos vacíos. Y el teléfono estaba muerto. Jacky hizo entonces lo que habría hecho cualquier muchacho de su edad encerrado, pero que en él exigía un esfuerzo por encima de las fuerzas humanas: se encaramó por las cortinas, consiguió abrir con su muleta la ventana y saltó afuera. Se hirió al caer sobre el empedrado.

—Este muchacho es infernal —pensó North, abriendo la puerta del granero—. ¡Las sirenas!

Sus manos temblaban. Una oleada de aromas, ya familiar, penetró en la noche y le rodeó: los había respirado en otros planetas. Comprendió lo que se exigía de él y se dejó ir, se abandonó al furioso maelstrom auditivo y olfativo, a la marea de los cantos y de los perfumes. Su cuerpo inútil, mutilado, yacía inmóvil en alguna parte, en el suelo.

—Aquí estoy —decía la música—. Estoy en ti, y tú estás en mí. Han tratado en vano de retenerte en la Tierra, con sus lazos especiales. Tú no eres ya de la Tierra, puesto que vivimos una misma existencia. Ayer te mostré los abismos que yo conocía, muéstrame ahora tú los astros que has visitado: recuerdo por recuerdo, tomo los tuyos. Tal vez encontraremos así el mundo que nos llama. Subamos. Elijo un planeta, como una perla.

Los volvió a ver, todos.

Alfa de Spica, en la constelación de la Virgen, es un globo helado, cuya atmósfera es tan rica en vapor de agua que un cohete pica hasta el suelo bajo la forma de una aguja de escarcha. Bajo un lejano sol verde, este mundo resplandece como un diamante de mil facetas, y su casquete glaciario desciende hasta el ecuador. En el suelo, uno es tomado en un torbellino de arco iris y de nieve fresca, una nieve cuyo olor recuerda al benjuí (todos los pilotos conocen esta ilusión estelar). En Alfa de Spica, en algunas horas, un viajero extraviado se vuelve loco.

North fue invenciblemente deportado, e inmediatamente reconoció el planeta magnético de la Fosa del Cisne. También había aprendido, en sus viajes, a evitarlo: su órbita es seguida por los millares de cadáveres siderales que ha capturado. Los pilotos más audaces la siguen en sus ataúdes de resplandeciente acero, ya que esta bola, no mayor que la Luna, está hecha de un mineral de oro muy puro.

Pasaron en tromba ante ese lago de cristal incandescente, Altair. Otra trampa los acechaba en la constelación de Orión, donde estallaba el enorme diamante de Betelgeuse: una fantasmagoría de engañosas imágenes, una tela de araña de resplandores. El globo que se acurrucaba tras esos espejos no tiene nombre, solamente una sigla: el Rocío del Sol. Las rutas del espacio lo evitan como si fuera el infierno.

—¡Más arriba! —cantó la voz, hecha ahora de millares de corrientes etéreas, de

millones de vibraciones astrales—. ¡Más lejos!

Pero, aquí, North luchó. Sabía ahora a donde lo arrastraba, y el infierno incandescente que encontraría en aquella ruta. Porque había visto ya todo aquello. Porque conocía, a lo largo de la misteriosa constelación del Cáncer, un planeta singular de cielo de plata violeta. El más hermoso que jamás hubiera atisbado, el único al que había amado como a una mujer, porque sus océanos le recordaban un par de ojos. Diez lunas danzantes coronaban aquel Alfa-Hidra, que los antiguos nómadas llamaban Al-Phard. Era un mundo líquido y profundo, de espumantes olas: un olor de sales marinas, de algas y de ámbar gris erraba sobre su superficie. Una perpetua música de ultrasonidos entorpecía todos los intentos de comunicación y desviaba de sus rutas a las astronaves. El contenido de oxígeno en la atmósfera de Alfa-Hidra era tal que emborrachaba a los organismos vivientes y los consumía. Los cohetes que conseguían escapar de la atracción de Al-Phard se llevaban tripulaciones de muertos felices.

Intentando romper su dominio un aparato loco, a bordo del cual se hallaba él, se había lanzado un día hacia las Pléyades y ardido en el suelo de un asteroide...

Choques sordos agitaban las sienas del navegante solitario. El enorme sol de Pollux surgió del espacio, estalló, se desplomó en las tinieblas, con Procyon y la Cabra; toda la Vía Láctea se estremecía y vibraba. El ser humano perdido en aquel torrente de energía, el ser que luchaba, se desesperaba, se empeñaba, no era más que un átomo infinitesimal, un sonido —o el eco de un sonido— en la armonía de los astros.

—Es aquí —dijo Jacky, limpiándose la boca llena de sangre—. Les aseguro que es aquí, inspector. Ésta es la ventana por la que he saltado...

Estaba allí, con su cristal roto, y Jacky no decía lo cruel que había sido la caída. Se había cortado los antebrazos, había permanecido suspendido por sus muletas. En el suelo se había desvanecido y después, al volver en sí bajo una fina lluvia, había, dijo, «reptado y reptado». Pasaban autos, algunos incluso disminuían la marcha ante aquella aplastada larva humana. «Oh, Marylys, ¿has visto ese pequeño lisiado?». «Debe ser uno de esos radiactivos, no te detengas, Galla...». «¡Espacio! ¿Aún son contagiosos!». Jacky se mordía los labios. Al fin, una camioneta se había parado. Unos robots —una patrulla de robots de los vertederos— lo habían levantado. Él se había puesto a gritar, se veía ya arrojado entre la basura. Afortunadamente, el conductor era humano, había comprendido y lo había conducido al puesto de la milicia.

—No entiendo nada —dijo el inspector, después de un momento de silencio.

—¡Los otros, en el bloque, tampoco entienden nada! —jadeó Jacky—. Pienso que es necesario ser muy desgraciado o tal vez condicionado... ¿Quizá son los ultrasonidos? Vea, sus perros están inquietos.

En efecto, los hermosos daneses del Servicio Especial mostraban un

comportamiento extraño: giraban sobre sí mismos y gemían.

—Un asunto entre monstruos —pensó el inspector Morel—. Vaya suerte: un muchacho-tronco radiactivo, un astronauta en el delirio, una sirena. ¡En el cuartel general se me van a reír en las narices!

Pero, como Jacky lloraba y golpeaba en la puerta, dio orden de echarla abajo. El muchacho reptó hacia el montacargas; uno de los milicianos tuvo que disparar contra la quimera, que surgió del hueco ronroneando. «¡No es nada, es solamente un gran gato de Foramen! —gemía Jacky—. Vengan, se lo ruego, vengan, yo subiré por la columna».

«Nunca he estado en una casa de locos», pensaba el inspector. Había cosas en todos los rincones: robots e ídolos, algunos con tres cabezas o siete manos. Algunas caracolas hablaban. Uno de los hombres gritó al sentir sus tobillos enlazados por una liana móvil. Se tendría que impedir la importación de esos trucos de brujas en un honesto puerto terrestre. No era extraño que el muchacho, allá arriba, se hubiera vuelto loco, se decía el inspector.

Cuando los milicianos espaciales alcanzaron al fin el descansillo superior del bloque, Jacky estaba ante la puerta cerrada, que golpeaba desesperadamente con los puños. Ultrasonidos o lo que fuera, los hombres estaban pálidos. La enorme armonía que llenaba el granero era aquí sensible, palpable. Morel hizo las intimaciones usuales, a las cuales no respondió nadie.

—Está muerto, ¿no es verdad? —preguntó Jacky.

Se oía en el interior una presencia viva. Y malvada.

Morel colocó a sus hombres en parejas, a cada lado de la puerta. Un pequeño especialista en cerraduras, con aspecto de hurón, se escurrió y se puso a trabajar en el pasador. Una vez terminado el trabajo, los milicianos debían abrir rápidamente los batientes y precipitarse en el interior, mientras Morel los protegía, llegado el caso, con el arma térmica en la mano. Pero estaba completamente oscuro en el granero, era necesario que alguien encendiera y pasara por el interior un potente proyector.

—Yo —dijo Jacky. Todo él temblaba, estaba lívido—. Si mi hermano está muerto, inspector, debería permitírmelo. Por otro lado, ¿qué es lo que arriesgo? Ustedes estarán ante mí. Y les prometo que no soltaré la linterna. En ningún caso.

El inspector miró al muchacho-tronco.

—Quizá te tenga apuntado —dijo—. Nunca se sabe qué armas emplean esos interplanetarios. Ni lo que piensan, ni lo que quieren. Este animal..., quizá cante al igual que nosotros respiramos.

—Ya sé —dijo Jacky.

No añadió: «Es por eso por lo que he pedido sostener el proyector. Para que sea un combate. Entre nosotros dos».

El inspector le tendió la linterna. La tomó con una de sus prótesis. Firmemente. Y el primer rayo, agudo como una hoja, penetró por el agujero de la cerradura en el granero.

Todos sintieron cómo una aplastante tensión se relajaba. Libres, con la boca llena de espuma, los perros se tendieron en el suelo. Era como una cuerda tensa rota de pronto. Y de pronto, tras la puerta cerrada, algo se desplomó en medio de un ruido atronador. Luego una caída sorda, al suelo...

En aquel mismo instante, el rellano se llenó de un intolerable olor a carne quemada. Abajo, en la calle, los transeúntes, como hormigas, gritaban, corrían. El inmueble ardía. Un objeto volante en llamas había caído en la terraza... Se llamaba a los bomberos...

Los Espaciales hundieron la puerta del granero, y Morel tropezó con un horrible montón de carne calcinada, aplastada, que ni siquiera conservaba el rostro de North. Un hombre que hubiera caído desde una astronave, a través del vacío sideral, hubiera tenido aquel aspecto. Un hombre que hubiera subido al espacio sin escafandra..., un muñeco medio desintegrado. North Ellis, el piloto ciego, había sufrido su último naufragio.

Sintiendo náuseas, los milicianos retrocedieron. Jacky no se había movido del rellano. Se aferraba al proyector, y el potente haz luminoso se movía incansablemente, barría el antro oscuro. La sinfonía que él era el único en oír había descendido, después se perdió en un tempestad de sonidos discordantes. El ser invisible lanzó un último gemido agudo. En la calle, todos los cristales habían saltado, todas las luces se apagaron.

Después, hubo silencio.

Jacky se sentó y pasó su lengua por los labios llenos de sangre. En el interior, en el granero, los milicianos arrancaban los tapices negros, desfondaban los muebles. Uno de ellos gritó:

—¡Aquí no hay nada!

Jacky dejó caer la linterna, se elevó sobre sus muñones:

—¡Miren en la caja! ¡En la cámara acorazada, al lado...!

—¡No hay nada en la cámara! ¡No hay nada en la caja!

—Mira —dijo el más joven de los milicianos—. Había esto por tierra.

Cuando la arrastraron afuera, su cabeza redonda se bamboleaba, y Jacky reconoció la reluciente y grasienta piel y las aletas. Probablemente había muerto al primer rayo eléctrico, pero su cadáver vibraba aún con un ritmo sordo. ¿Un emisor de ultrasonidos? No. Dos hendiduras rojas dejaban escapar lágrimas de sangre. Las sirenas de Alfa-Hidra no soportan la luz.

# El sueño mineral

Nathalie Charles Henneberg

1

La aventura —para Gil Page— comenzó una mañana de septiembre de 2700, tiempo terrestre.

Fue convocado al Centro de Investigaciones Temporales, este formidable organismo poco conocido del público. Las experiencias sobre la cuarta dimensión que en él se desarrollaban eran misteriosas: se sabía que los más grandes sabios y los más brillantes cosmonautas eran a veces invitados a él..., y que volvían a salir diez minutos o diez años más tarde. A veces las familias recibían un breve cable, anunciando la desaparición de un héroe «en el glorioso continuum»..., y, en el Panteón de la Tierra, unas estelas de oro llevaban fechas que hacían soñar.

Gil Page tenía veintiséis años, un acondicionamiento perfecto de viajero temporal, una vasta cultura hipnótica, el conocimiento de varias lenguas muertas y del manejo de armas olvidadas. Una sola nota negativa en su expediente: su hermano mayor, Hugues, no había vuelto jamás de un viaje al pasado (Tierra, Egipto, XVIII Dinastía).

Y nadie en esta Tierra de 2700 —salvo algunos muy raros especialistas— sabía aún que los viajes en el tiempo tenían dos finalidades: a) prevenir las catástrofes irreversibles; b) paliar sus efectos (en el margen de posibilidades que ofrece el principio de incertidumbre de Heisenberg).

Al penetrar en la sala llamada de orientación, Gil vio, en el enorme visor que ocupaba toda una pared, el universo donde debía ir. Era primero como una gran ciruela abierta sobre las tinieblas opacas del infinito sideral, tinieblas vagamente espolvoreadas de nebulosas, y donde el preciso diseño de dos o tres grandes estrellas desnudas le situó, al menos en el espacio: no había abandonado el Sistema Solar. Pero súbitamente la pantalla se inflamó, se llenó de relampagueos, de rosas, de brasas; no fue más que un panel de noche cruzado por fuegos infernales. A lo largo de millares de pársecs, el espacio ardía. Algunos globos indistintos rodaban en aquel infierno escarlata; distinguió la Tierra, Marte y Venus, y un torbellino de residuos en el lugar aproximado de Mercurio. El bombardeo de meteoritos proyectados por aquel horno era tan cerrado que debían traspasar de parte a parte los planetas alcanzados. Gil miraba, pálido, fascinado, con sus cabellos rojos pegados al cráneo por un sudor frío, sus iris glaucos casi blancos de emoción; toda aquella gran estatua humana vibraba en

concordancia con el terrible espectáculo.

—¡Por el Cosmos! —juró finalmente—. ¿Y el hombre ha sobrevivido a esto?

Una voz cayó de las bóvedas. Moderada, aérea y triste, pertenecía al Gran Jefe de Investigaciones, un personaje fabuloso que, por lo que se sabía en el Servicio, tanto podía ser un visitante extragaláctico como un nuevo Vinci, Pascal o Einstein viajando en el espacio.

—Sí, ha sobrevivido. Es una planta coriácea. Razón de más para que no lo abandonemos, ¿no?

—¿Qué debo hacer?

—¡Ah, veo que se despierta! Bien, no le pedimos ningún imposible: ni tender un parasol para recibir rocas ígneas, ni detener en su etapa inicial la explosión de Mercurio. Es un viaje únicamente de estudio. Va usted a materializarse diez años después del cataclismo, y verá entonces qué hay que se pueda salvar. No tendrá que actuar ni que combatir; por otro lado, tampoco tendrá tiempo material para ello. Irá demasiado lejos, no podemos permitirnos ninguna imprudencia. Esté donde esté en el espacio, la fisión dimensional retroactiva, guiada por los temporadars, se operará al término de cuarenta y ocho horas.

—¿Me cree usted divisible como los seres-fuerzas? ¿Qué tendré tiempo de ver en esa Tierra en cuarenta y ocho horas?

—¡Oh! —dijo la voz—, tal vez no haya gran cosa por ver... Actuará según su criterio. Vaya, comandante Page. Cualquier cosa que ocurra, nosotros estamos con usted, de eso puede estar seguro.

Eran unas vacaciones en regla, al mismo tiempo que una promoción. Esto se volvía serio. Gil se incorporó a la estación temporal. En 2700 no existían más que treinta cronoscafos con mandos ESP.

Parecido exteriormente a una carlinga de astronave, un cronoscafo actuaba individualmente. Sus energetos ejercían una estimulación metódica sobre los centros de percepción extrasensorial (principio Rezky). Los tripulantes eran proyectados en el espacio-tiempo contraído y abordaban no importaba cuál época: no era demasiado más difícil que visitar un planeta. Había sin embargo una dificultad que Wells no había previsto: el aparato no les seguía. El Centro estaba obligado a recuperar a sus emisarios por fisión temporal, con todos los albuces que tal operación implicaba.

(«Ya que no se sabe jamás qué monstruosidad de antes o después de las edades puede abismarse a través del vacío en el tiempo...»).

Cuando Gil llegó ante su cronoscafo, un espacionauta se estacionaba ante la carlinga contigua, un espacionauta o un crononauta, de cualquier modo no lo reconoció. El hombre le volvía la espalda; revestido de una extraña armadura que parecía hecha de mica o de diamantes, era sensiblemente más grande que sus camaradas del Centro. «Algún Espaciano de Arturo», pensó Page, colocándose su casco repleto de electrodos. En el mismo momento, el otro se volvió, y vio un rostro de ónice, duro y perfecto, unos cabellos casi blancos y unos grandes ojos oscuros. Un

espécimen notable..., y perfectamente inhumano.

—Despegamos en el mismo minuto —dijo Gil sonriendo—. Somos aquí casi gemelos. Me llamo Page. Nunca le he visto en la estación. Es su primer viaje en el espacio-tiempo, ¿no es verdad?

—No —respondió el otro—, el tercero. —Su voz armoniosa y grave parecía emanar de un arpa y no de una garganta—. Me llamo Erys Geroe.

En la Tierra, era la Edad Cibernética y la Era del Robot.

La noche había llegado tan bruscamente que Siao Geroe, el Gran Escultor (todos los androides reproducían sus modelos y le consideraban como un semidiós), maldijo contra las imprevisiones de la meteorología. Su cronómetro se había detenido, y el robot de información estaba ausente de su cabina. Siao concluyó de todo ello que había trabajado más tiempo que de ordinario (de hecho, habiéndose ido Mara, su mujer, a la ciudad, no tenía ninguna prisa). Los talleres y los vestíbulos estaban ya desiertos. Estando Mara ausente, la casa carecía de alegría y de luz... Sin embargo, era necesario volver. Siao tomó su helico y voló sobre la Ciudad de los Creadores, sus edificios de alabastro y sus parques de esencias raras. La humanidad posterior a 2700 había aprendido a vivir...

Un cielo inesperado, violeta y plumizo, pesaba sin embargo sobre las cimas de los jacarandas y de los eucaliptos gigantes. Una tormenta debía desencadenarse en alguna parte, contenida por las barreras de la meteo, ya que algunos golpes reiterados, sordos, sacudían la planicie. Súbitamente, muy cerca, se produjo un choque terrible, y el helicóptero fue proyectado al suelo. El último pensamiento consciente de Siao fue: «Mara no hubiera debido partir...».

Cuando volvió en sí, con la boca llena de sangre, el prado del Recinto de los Creadores no era más que un mar de llamas rojas. Era inconcebible que las instalaciones electromagnéticas de la Ciudad no hubieran podido destruir aquella tormenta. No supo jamás cómo consiguió alcanzar el umbral de su casa. Atravesada en el primer peldaño de la escalera yacía una pequeña muñeca.

Adelantándose hacia ella, Siao descubrió tras unos cabellos de miel una cabeza delicada, un pequeño rostro estriado en sangre... Maya, su hija, que aquella mañana se había ido de viaje con su madre.

—Maya —pudo aún preguntar—, ¿dónde está mamá?

La niña le miraba. Sus cejas y sus pestañas habían ardido. Siao se sorprendió de ver en su hija aquella mirada cárdena, juiciosa y amarga de persona mayor. Repitió, estúpidamente:

—Maya, ¿dónde está tu madre?

—En la ciudad —dijo la niña—. Me ha dicho que tomara el helicóptero y que volviera aquí. Me ha mostrado cómo sujetarme las correas y maniobrar. La gente quería retenerme..., la piedra también. Había fuego por todas partes. He obedecido a mamá.

—No comprendo, Maya. La piedra..., ¿qué piedra?

—La que vino del cielo. Como las otras.

—Maya, ¿por qué tu madre no te ha acompañado?

—No podía —dijo la niña—. La piedra estaba sobre sus piernas.

Precisamente en aquel instante, los neones se apagaron en la Ciudad del Libro, y un resplandor escarlata ascendió por el horizonte. Siao tuvo el tiempo justo de llevar a su niña al subsuelo de su casa, que constituía un refugio antiprotones, cuando la noche ya no fue noche. Un infierno sacudido de horribles choques se abrió. La nube violeta estaba estriada de líneas de fuego, donde se reconocía el rostro de un globo incandescente, de pronto aterradoramente próximo. Una lluvia de rocas, un granizo ígneo de meteoritos, aplastaba la llanura y las ciudades. El suelo temblaba, los edificios y las reservas ardían. Acurrucados en el sótano, el hombre y la niña oyeron la caída de asteroides que pesaban varias toneladas y el crepitar de los incendios sobre sus cabezas. Los muros ignífugos y los cimientos horadados en los días del Miedo Atómico resistían. ¿Hasta cuándo?... Inútilmente, puerilmente, el hombre intentó entrar en contacto, con audífono primero, después por la radio, con la Ciudad del Libro, con la Metrópoli; en vano: todas las instalaciones permanecían silenciosas. Les parecía a los dos cautivos que, en el desencadenamiento de los elementos, incluso el globo terrestre se había desmenuzado, y que giraban en el hueco de un estallido de granito en las tinieblas siderales.

¡Y Mara se había quedado afuera, en aquel infierno! En un determinado momento, Siao, loco de desesperación, intentó abandonar el sótano, pero la puerta estaba bloqueada, el sistema eléctrico ya no funcionaba, y golpeó en vano la puerta hasta que sus puños sangraron. El acceso de desesperación fue seguido de otro de postración y de un desvanecimiento. Al volver en sí, en el alboroto de fin de mundo que ya no podían contener los bloques insonorizados, tuvo con Maya coloquios inútiles, insensatos:

—¿Cómo era esta piedra? ¿Un bloque de basalto negro?

—¡Oh, no! —decía la niña—. Era de mármol. O de ónice, de un blanco rosado. Tal vez fueran las llamas las que le daban este color.

—Tu madre te dijo que te fueras, tú obedeciste. Bien. Pero, ¿y ella? ¿Cómo puedes saber que no podía moverse?

—Sí —decía la niña suavemente—, yo lo sabía.

No tenía más que seis años. Sabía sin embargo que no era necesario hablarle a su padre del horrible olor a carne quemada, ni de aquella masa rosa y negra que aún respiraba y de donde salía la ligera voz de Mara...

Pasaron los días. O las semanas. Se alimentaban con los víveres contenidos en el frigorífico, pero éste ya no funcionaba, y el pan se secó y los alimentos se echaron a perder. Fue preciso contentarse con píldoras de concentrados. Después de haber dado varias veces la vuelta a los cuadrantes, las agujas eléctricas de los relojes se detuvieron. Ahora, Siao estaba seguro: una enorme catástrofe se había abatido sobre el país entero, tal vez sobre toda la Tierra. Ninguna policía de las Ciudades vendría a hurgar en los escombros para hallarlos y, sin duda, allá arriba ya no había Ciudades, ya no había nada. No debían contar más que con ellos mismos y, puesto que quería

partir en busca de Mara, era preciso vivir, era preciso ante todo abandonar aquel sótano de aire viciado. Encontró en el fondo del subsuelo un pico, y atacó la puerta de salida. Parecía estar bloqueada por la arena y las rocas. Finalmente, bajo los poderosos golpes del escultor, se abrió una salida, una débil luz se filtró por entre dos bloques de piedra. El hombre cavó febrilmente y descubrió dos bordes extraños que palpó como un especialista: pórfiro o metáfiro, roca cuarzífera, violácea, aún caliente. Aquellas piedras venían de lejos.

—No sé por qué —dijo Maya, que ardía de fiebre—, esto me parece vivo. Y malvado.

Una luz fría se insinuaba entre dos masas minerales: afuera era de día.

Emergiendo del subterráneo, Siao retuvo un grito: no reconocía el paisaje, nivelado, calcinado, sembrado de resplandecientes meteoritos. No quedaba nada de los jardines ni del Recinto de los Creadores, algunos montículos de escombros marcaban el emplazamiento de las casas. Sólo, por un azar providencial, la Pirámide blanca de la Ciudad del Libro dominaba aquella desolación.

Siao llevó a su hija a la Ciudad del Libro.

Construida de lecito estelar, exteriormente no había sufrido daños. Aquella especie de fortaleza era el corazón y el cerebro de un pueblo que era la inteligencia de la humanidad. En el dintel del porche figuraba una frase en una lengua antigua, suave, muerta:

## KTEMA EIS AEI

—He aquí el tesoro eterno... —tradujo Geroe.

Para Siao, que se había hecho mayor en el Recinto de los Creadores, la Pirámide era a la vez un templo y una patria. Era hermosa: una geometría armoniosa regulaba el trazado de sus escaleras y de sus pendientes, galerías octogonales la perforaban mejor que un rayo de miel. Los alvéolos contenían millones de estuches de microfilms, ofrecían la historia de un pueblo en un dedal y una disciplina compleja en el hueco de una mano. En los paneles, las pantallas y los televisores facilitaban la asimilación. Todos los conocimientos humanos estaban contenidos en el admirable edificio, ahora vacío.

En las galerías inferiores, Siao tropezó con masas de robots bloqueados, con sus conexiones quemadas. En el museo de oceanografía, un proyector a transistores se había detenido para siempre en la imagen de un pulpo gigante. En el invernáculo de plantas preciosas, donde se marchitaban las blancas Albanes y las Auroras Boreales salpicadas de púrpura, allí donde los sabios del mundo entero se refugiaban en las horas de descanso, Siao encontró en un atril un ejemplar único del Popol-Vuh, el libro sagrado de los Mayas, protegido por una fina película plástica, así como una Biblia y un diario.

En el pergamino maya podía leerse:

*«Hubo grandes destrucciones, cayeron piedras y arena, la materia hirvió, y surgieron rocas púrpuras. Algunos hombres perecieron bajo la lluvia de juego, otros, convertidos en pájaros, alzaron el vuelo, incluso el sol ardió, y todo se consumió en los edificios...».*

Y en la Biblia:

*«Una gran estrella cayó del cielo, ardía como una luminaria, cayó sobre un tercio de los ríos y en las fuentes de agua. El nombre de esta estrella es Absintio».*

El diario era muy antiguo, llenado sucesivamente por todos los grandes archiveros desde que la Biblioteca había sido fundada. En la última página, una mano temblorosa había trazado:

*«Todas estas profecías son exactas: La Tierra vive catástrofes alternas. Una gran estrella ha estallado en los cielos, su color es de cinabrio, ya que desprende vapores de mercurio. Y éste es su nombre. Ha roto su órbita, y sus restos caen sobre la Tierra. Es el fin, el cadáver del astro llena el cielo, un tercio de la superficie terrestre arde, y la humanidad perece bajo la lluvia de los meteoros, el fuego y el horror. Nosotros, los pocos supervivientes, nos levantamos y partimos, ya que hemos soñado...».*

En las dependencias de la Biblioteca, el superviviente encontró algunos helicópteros de transporte y voló sobre la cercana metrópoli. Se abrió ante Siao en todo su horror petrificado, con los esqueletos transparentes de sus edificios que se consumían aún, el diseño ahora ceniciento de los parques y de las estaciones. Lo peor eran los enormes bloques de cuarzo o de marquesita que aplastaban manzanas enteras. Aquellas masas parecían..., sí, extrañamente vivas. Hinchadas de savia, despojadas de su ganga y pulidas por su paso a través del infinito, ¿ardían? ¿Y con qué fuegos? Las descoloridas calcedionas geódicas eran púrpuras, los monstruosos ópalos se irisaban y los grandes aerolitos negros —las amonitas— tenían un reflejo de sangre seca. Escultor, conociendo las gemas, Siao se sorprendía de mantener aquellos singulares pensamientos. ¿Eran realmente piedras? En el infinito, la vida toma apariencias tan extrañas. Tal vez en otro mundo, opacas e inertes, esas masas de carbono y de silicio habían esperado durante milenios a que naciera en ellas la terrible sed de conquista... ¿O les había venido atravesando el vacío espacial, rozando las estrellas?

La vida no es más que una descarga energética entre dos polos, y esto había podido producirse en aquellos amasijos de sales coloidales.

Preso en el torbellino de aquellos pensamientos, no se sintió sorprendido de oír una llamada.

Mara sin duda. Mara, a quien creía muerta, y a quien había venido a buscar entre los horribles cadáveres calcinados... Vivía y le llamaba. Siao iba a aterrizar y a correr hacia ella. Pero esta proyección mental fue acompañada de una visión: abismos de astros girando, diamantes rosas y rosas de llamas. Durante un largo momento, Siao

flotó en un mundo fantásticamente bello, engalanado de ciudades de cristal, poblado de unicornios y de quimeras, en jardines de crisólito y de esmeralda, donde una Mara inhumanamente hermosa brillaba como una estrella. Y de golpe, planeando sobre las ruinas, vio una lamentable columna atravesar la planicie aplastada. Rostros grises, ojos vidriosos, vestidos con andrajos que ocultaban horribles llagas, se movían hipnotizados, ebrios..., y los familiares no se reconocían entre ellos, las madres dejaban a sus hijos correr sollozando tras ellas, el esposo abandonaba a la esposa. El último león andaba al lado de la última oveja sin verla..., y esto no tenía nada de edénico. Por el contrario. Todas las miradas estaban fijadas en un espejismo que Siao no acertaba a ver.

Entre aquellos escapados había algunos colegas del Recinto, a los que llamó por su nombre sin que le respondieran.

Maya esperó a su padre durante varios días y noches. Una ley misericordiosa quiere que la infancia, bajo los efectos de un choque, se sumerja en una bruma. Nada está aún decidido y todo es posible, las peores cosas no son tal vez más que pesadillas de las que uno puede despertarse.

Siao, al partir, había encerrado a su hija en un pequeño museo subterráneo lleno de conchas y de plantas raras. Había dormido un poco, roído pan seco y almendras, bebido jugo de naranja y, como no podía ya resistir más la angustia y la opresión, había tocado algunas melodías en una cítara venusiana. Si hubiera sido algo mayor, se hubiera sorprendido de la calma que la rodeaba: en medio del planeta devastado, la Ciudad de los Libros era una isla de paz, las orquídeas se extendían en los invernáculos y los múrrinos se irisaban, intactos. Se hubiera dicho que una barrera invisible protegía la Pirámide. Pero Maya tenía otras preocupaciones, su tobillo se hinchaba, tenía hambre. Terminó por descubrir un tablero de llamada y oprimió todos los botones, como quien llama. Una máquina se presentó, un enorme robot de los Tiempos Antiguos, un modelo empleado antiguamente en los hospitales psiquiátricos. Encendió sus lámparas rojas en forma de saludo y recitó:

—Me llamo KWRX. Soy un robot-enfermero. Sé arrastrar, llevar, presentar, golpear, agitar, sacudir y acunar. Botón azul: maneras suaves, deprimidos y niños. Botón amarillo: otros energúmenos. Obedezco a las inflexiones de voz.

—Querido KWRX —dijo Maya educadamente—, quiero ver a mi padre. ¿Puedes conducirme a su lado?

—Perfectamente, pequeña ama.

El robot no estaba acostumbrado a tan graciosas maneras; antiguamente, los individuos a los que conducía lo cubrían de injurias y lo llenaban de golpes. En la medida en que sus circuitos eran capaces de sentir, se sintió rápidamente inclinado hacia aquella hermosa niña rubia, a la que levantó delicadamente en sus brazos neumáticos. El uno llevando al otro, abandonaron el subsuelo. El robot no tenía ninguna idea del lugar dónde encontrar a Siao, obedecía a una consigna general: «Divertir a los enfermos». Esto fue lo que hizo. Se pasearon al azar en las salas y las galerías, apretaron todos los botones rojos, amarillos y violetas, accionaron los proyectores, jugaron a las tablas y a las damas.

Más tarde, Maya lloró de hambre y el robot se sintió alocado.

—Mi padre —repetía la niña—. KWRX, querido robot, llévame a casa de mi padre...

—¿Dónde?

—A los talleres de escultura, por supuesto.

Encontró muy simple dar esta indicación, y la máquina, que había llegado al fin de todos sus medios después de trajinar, llevar y sacudir diversos objetos, se

inmovilizó en esta precisa noción.

—Está bien, ama.

Tuvieron algún trabajo en alcanzar los talleres, ya que algunos meteoritos habían empezado a caer en las escaleras, pero un suave resplandor de antorchas los guió. El taller de escultura parecía haber sufrido singularmente. El robot izó a Maya sobre su cabeza, y ella vio así un espectáculo extraño.

Su padre debía haber vuelto desde hacía muchas horas. Dormía contra un muro. Dormía por primera vez desde aquellos días mortales; había dejado caer cerca de sí sus hermosos y crueles útiles de escultor, y estaba cubierto de pies a cabeza por un fino y brillante polvo blanco. Y en medio de la vasta sala, pavimentada con un mármol rojo y negro semejante a charcos de sangre, había una gran estatua encadenada a una roca. Era uno de aquellos inmensos bloques de ónice apenas rosado que habían aplastado la Ciudad y alfombraban los alrededores de la Pirámide. Siao lo había arrastrado hasta ahí, y se había encarnizado en aquella terrible materia semiviva. La belleza prometeana del Ser, sus ojos incrustados de ágata negra, sus pesados bucles rubios amasados en corona, no podían sorprender a un niño. Pero Maya vio los amplios músculos apesados por las cadenas, la herida abierta, el buitre posado sobre su tórax. Tuvo miedo y lloró.

—Ama —dijo el robot—, ese pájaro me atormenta.

—¿Qué?

—Este enfermo está mal atado, puede romperse las muñecas. Y además hay este pájaro. Si continúa así, el hombre morirá.

—Entendido —dijo Maya—. Si sufre, desátalo.

(Más tarde, mucho más tarde, una Maya convertida en joven se preguntaría con desesperación si estas cosas debían llegar, fatalmente. ¿Había visto realmente en aquel rostro perfecto los estigmas de un dolor humano, el estallido de una lágrima, la contracción patética? Más tarde, ella se maldeciría).

El robot manejaba sus pinzas con destreza. Cuando hubo roto las cadenas, tomó el pájaro y lo mantuvo en el aire. El ser mineral se levantó con lentitud. Sus grandes ojos negros se posaron en la máquina, después en la niña.

—Me llamo KWRX —recitó el robot, impresionado—. Soy un robot enfermero...

—Me-llamo-Erys —pronunció el ser—. Erys-Geroe. Este-hombre-me-ha-hecho.

—¿Qué debo hacer del animal?

—Arrójalo. Afuera.

Y KWRX le obedeció. Como a un humano.

Erys se había levantado. La más hermosa criatura que Maya hubiera visto nunca..., y netamente mineral. Cada palabra era una piedra que cae. La miraba. Dijo:

—¿Tú-te-llamas?

—Maya Geroe.

Estaba helada de miedo.

—Ma-ya —repitió la estatua—. ¿Él-te-ha-hecho-así?

Su mirada giró a Siao, inmóvil como un muerto, y Maya hipó.

—¡Es mi padre! ¡No le hagas daño a mi padre!

—¿Daño? —repitió el ser—. No. A-él-no. —Una pausa, después unas palabras difícilmente articuladas por una garganta no humana—. Él-ha-querido-hacerme-sufrir. Pero-me ha dado-una forma. Es dios. No lo tocaremos-nunca-a él. Ni a ti-que me has-liberado. ¿Por qué?

Una mujer adulta tal vez hubiera comprendido que en las células minerales se estaba realizando un trabajo terriblemente lento. Que una entidad infinitamente compleja tomaba a través suyo, a través de su cerebro, su primer contacto con un mundo de percepciones y de sentimientos. Pero Maya no era más que una niña, que lloró y gritó:

—¡Porque soy una idiota! ¡He creído que sufrías, pero ni siquiera sangras! ¡Y este pájaro no era más que un viejo espantajo!

—Para los Humanos —dijo con cortesía el robot—, sangrar y sufrir son la misma cosa. Es una pequeña Humana. Nacida de un hombre y de una mujer, usted sabe. Son misterios humanos. Es muy complicado: tienen su época de floración, como los árboles, los gérmenes y todo eso.

—¡KWRX! —gritó Maya—. ¡Eres idiota! ¿Por qué le explicas...?

—Le explico porque me lo pregunta.

—¡Pero si no habla!

—Piensa. Es más definido que la voz de los hombres..., y más pesado. Yo obedezco a las inflexiones de voz...

—¡Comprendo! —se sublevó Maya—. ¡Los dos son cosas inanimadas, se confabulan contra los humanos! ¡Váyanse, sucios minerales! ¡Les odio!

Algo pasó por el rostro de ónice. Una sombra. Una contracción. Una sonrisa tal vez.

—Me voy —articuló Erys—. Pero-volveré. Cuando-tu hora-de floración-haya-llegado.

Se fue.

Todas las puertas se abrieron ante él.

Y por la Tierra despoblada pasaron diez años.

Un violento tumulto se libraba a la entrada de una avenida —de lo que había sido en sus tiempos una avenida— y cuyas ruinas aplastadas, laminadas bajo una capa de arena, marcaban aún su ubicación. Fue la primera visión que se levantó ante Gil Page, que se materializaba en aquel universo de catástrofe. La ciudad muerta. Las columnatas, los pórticos transparentes sobre un decorado desnudo. Falta de vegetación y de esporas, una erosión seca desgastaba los minerales terrestres muertos. Un silencio terrible reinaba sobre aquellas cosas, nada se movía en el diseño torcido de las calles, a veces una piedra que se soltaba de una cornisa caía blandamente en el ceniciento magma. Picos afilados, cráteres abruptos...; sí, aquello recordaba los paisajes lunares, y aquella Tierra a la que lo había enviado el Servicio parecía muerta desde hacía tiempo, un globo despoblado girando en una claridad lívida.

De pronto, en el silencio total, surgió un grito, una llamada de ayuda. Una voz de niño o de mujer muy joven. Gil avanzó rápidamente en aquella dirección. Otras voces, indistintas, roncas, gritaron, y el viajero comprendió con dificultad:

—¡Sus a la roja!

—¡Sus a la piedra que bebe el hombre!

Bajo un porche, un grupo pálido —rostros descarnados, cuerpos casi desnudos— perseguían lo que Gil tomó por unos porteadores: de hecho era aproximadamente aquello, un cuarteto de pesadas máquinas oxidadas que transportaban una especie de litera de plástico transparente. Eran ciertamente máquinas muy viejas, sus gestos eran desacompañados y, bajo el asalto de los perseguidores, no buscaban defenderse, sino solamente proteger la litera. En la caja translúcida brillaba una silueta blanca. Gil previó el momento en que, bajo la lluvia de piedras que los acribillaban, los robots dejarían escapar su carga. Y los trogloditas se lanzarían... Dio algunos pasos hacia adelante y dijo con una voz mesurada:

—Hermanos humanos, deténganse.

Por supuesto, no lo hicieron; el ataque redobló su violencia, y el viajero tuvo que situarse entre la litera caída al suelo y aquellos seres —incontestablemente humanos— que venía a socorrer. Apuntó hacia tierra su arma térmica y trazó un arco deslumbrador. En el terrible resplandor, los asaltantes vieron a su adversario con un esplendor casi mineral, ojos de esmeralda, cabellos de topacio ardiente. Pero bajo la visera de la escafandra el rastro era irónico y sensible..., humano. No por ello dejaron de gemir, el rostro contra el suelo:

—¡La piedra! ¡La piedra va a bebernos!

—No hagan más el idiota —aconsejó Gil a la dispareja tropa—. Soy un hombre como ustedes.

Podrían darse cuenta —añadió.

Uno de los posternados levantó la cabeza con circunspección: un esqueleto de

cabellos amarillos bajo el casco oxidado.

—¡Tú dices eso! ¡Y defiendes a una piedra roja! Hígado de Espaciano...

—¿Alfa Próxima Centauri? —interrogó Gil.

—¿Cómo sabes...?

Page iba a decir: «Hice escala allí en 2698...», pero evitó las precisiones.

—A causa de la escafandra —dijo—. Sólo los planetas del Centauro usan aún metales oxidables.

El hombre deliró:

—¡Vienes de Alfa Centauri! ¡Hey, muchachos, es uno de los nuestros! ¡Yo lo garantizo, es un astronauta! —Inmensamente, absolutamente descarnado, ejecutó un bailoteo en torno a Gil; se hubiera dicho una gran araña vuelta loca de alegría—. Hermano, querían desjarretarte, pero no lo harán. Hay que perdonarles, uno se vuelve loco de alimentarse de algas..., ¡y yo soy un recién llegado!

»Me enviaron en misión de reconocimiento cuando la Tierra pareció un poco abordable, sólo que mi cohete estalló al llegar al suelo. Me eyecté: cinco años sobre este maldito planeta... ¿Y tú —se interrumpió, ávidamente—, vienes también de allá arriba? Están inquietos, ¿no es así? ¿Dónde está tu astronave? Y espera, espera... ¿Por qué defiendes a esa piedra roja, a esa hembra?

—¿Esa..., qué? —Gil echó una ojeada a la silueta blanca, flexible, que había abandonado la caja y que se mantenía silenciosa cerca de él. Era una muchacha muy joven, de un extraño atractivo. A través de las tinieblas, su rostro brillaba como una diosa de alabastro—. No me va a decir que es una estatua...

—¡Oh, no, ella es humana! Pero esto es aún peor —el Espaciano escupió al suelo—. Escúchame, tú vienes de lejos, tú no lo sabes. Son piedras rojas, las más peligrosas..., semillas de minerales. Los Cristales que se han adueñado de la Tierra apenas se reproducen, pero han encontrado mujeres que se pasan a su lado. ¡Oh, las tratan bien! Mira ésta, con su piel de flor y su túnica blanca... Pues bien, no es más que un monstruo, una mujer que se deja fecundar por las piedras. ¡Una piedra roja, no tiene otro nombre!

Gil sintió ascender en su interior un desagradable horror nauseabundo.

—Es imposible —dijo—. Un mineral y un mamífero no pueden...

—¿Fusionarse? Así se creía. Naturalmente, una piedra es inanimada. ¡Pero ellos, los Cristales, están vivos!

(Aún ese término: los Cristales...).

—¿Quiénes?

—¡Los meteoritos! Los restos del planeta que estalló. Los Dueños Venidos del Espacio. Han invadido la Tierra, Marte, Venus..., lo han destruido todo. Es una lucha a muerte entre ellos y nosotros, y esa chica ha traicionado a la especie humana. Déjanosla, la aplastaremos..., será lo mismo que aplastar una semilla. ¡Dánosla!

—¡Danos la chica roja! —aulló la muchedumbre—. ¡A muerte! ¡A muerte!

Page puso la mano sobre el desintegrador. Deliberadamente. Pero habló con una

voz calmada:

—Escuchen —dijo—. Quiero creerles. Sólo he sido enviado aquí en misión de reconocimiento.

Pueden venir socorros, pero es preciso que sepa antes a qué atenerme con respecto a los Cristales.

Esta chica puede ponerme en contacto con sus dueños. Sería entonces demasiado estúpido matarla ahora. Después, avisaremos.

—¡En contacto con ellos! —dijo el Espaciano, desconfiado—. ¿Quieres entrar en Pétreo?

Apenas oír este nombre, pudo apreciarse una ondulación en la multitud. Los dos viajeros permanecían cara a cara.

—¿Éste es el nombre de su ciudad? —preguntó Gil—. De hecho, ¿por qué no? ¿Dónde está situada?

—Nadie lo sabe. Tal vez en el infierno. Es bajo tierra..., ningún ser vivo penetra en ella.

—Estoy armado —dijo Page—. Tengo una misión que cumplir. ¿Debo recordarle, hermano Espaciano, que el Código Sideral ordena ayuda y asistencia a todo navegante en misión?

Esas simples palabras obraron un milagro: de nuevo, como en los lejanos siglos, pasado, futuro, la disciplina espacial actuó. El nómada descarnado se convirtió en un navegante de Alfa Centauri, rectificó su posición y pronunció:

—A sus órdenes. ¿Qué debo hacer?

—Llévese a sus hombres y aguarde mi regreso. ¿Dónde podemos encontrarnos? ¿Dónde hay otros humanos?

El Espaciano reflexionó.

—A la salida de la ciudad hay una reserva. En la playa. No hay ningún lugar en la Tierra que escape a los Cristales, pero parecen haber hecho un pacto, dejan vivir a los hombres de la playa.

Ignoro el porqué, son hombres totalmente embrutecidos. Subsisten de plancton y se ocultan en las cavernas. Es casi lo único que queda de la humanidad.

—¿No hay otras aglomeraciones, otras ciudades?

—No. Lo han destruido todo. Incluso a los animales. Incluso a los árboles..., se podría decir que han bebido su savia. Hay algunos puñados de nómadas, como nosotros: nos desplazamos de un lado para otro, tenemos miedo de enraizarnos en algún lugar...

—¿Por qué?

Los ojos del Espaciano brillaron con una fugitiva luz verde, como los ojos de un animal presa de pánico.

—¿Acaso no has comprendido? Primero arrojan el anzuelo del Sueño. Y después beben la vida.

—Nos encontraremos en la playa —prometió Page—. Cuando venga el día.

Cuando el grupo, obedeciendo al Espaciano, iba a alejarse, una muchacha lívida y ojerosa gritó algunas palabras, con los ojos fijos en Gil. El navegante se volvió.

—Dice —tradujo—, que he olvidado un dato. Es verdad. En esta llanura, hay en alguna parte una torre donde viven los dioses. Se llama la Ciudad de los Libros. Pero tal vez sea una leyenda: no hemos visto nada, somos nuevos en este litoral. Hasta mañana, hermano. No tienes más que gritar en la playa mi nombre: Jacques. Estaré allí.

Gil dio un paso hacia adelante y, espontáneamente, los dos hombres hicieron un gesto extraño que la Tierra había olvidado: se dieron un apretón de manos. Después, el puñado de errantes desapareció entre las tinieblas.

—Ahora estamos solos los dos —dijo Gil, volviéndose hacia la joven—. ¿Qué hay de verdad en lo que este hombre me ha dicho?

Ella no respondió inmediatamente. Le miraba. Sus ojos violáceos estaban llenos de una extraña luz.

—¡Es un humano! —dijo finalmente—. ¡Y vivo!

—Los otros también, me parece.

Ella sacudió la cabeza.

—No. No enteramente. Este Espaciano ha dicho la verdad: alguien bebe su savia y su vida. Su inteligencia también. Compréndame, salvo algunos grupos nómadas, como éste, que los Otros no han localizado, los hombres viven..., en otra parte distinta a la Tierra.

—¿Dónde?

—En el Sueño Mineral. Oh, no es una noción de espacio. Es..., es difícil de explicar. No están aquí, esto es todo. Ven cosas fantásticamente hermosas. Todo lo que los Cristales han visto a lo largo de su existencia fabulosamente larga: espirales de astros y nebulosas, braseros de diamantes y rosas de explosiones. También planetas..., amarillos y verdes. Una belleza viviente. Compréndame, son los Cristales quienes les transmiten todo esto: los Cristales son opacos y pesados; en su estado original, no tienen voz, ni oído, están casi privados de órganos. Creo que ven, que perciben a través de su textura. Su única facilidad exterior es soñar: comunican sus sueños a los Humanos que, entonces, se sienten perdidos y se dejan devorar sin resistencia.

—¿Devorar?

—O beber. Bueno, alimentan a los Cristales.

—Creo comprender —dijo Gil. Había encontrado cosas demasiado extrañas en sus viajes anteriores—. ¿Y cómo es que usted ha escapado de todo esto? ¿Es acaso realmente... —pronunció la palabra con un visible horror— una piedra roja?

—No —respondió ella con orgullo—. Me llamo Maya. Soy una Geroe.

—¿Qué quiere decir esto?

—Vivo en la Ciudad de los Libros con mi padre. Él tampoco sueña.

—¿Y las piedras no les tocan?

—No. —Ella explicó abatidamente—: Siao, mi padre, es escultor. Yo también. Comprenda, podemos darles una forma. Y, no sé por qué, ellas necesitan ser diferenciadas.

—Son sus dioses, en suma —dijo Page—. ¿Pero se creen realmente divinos?

Ella le dirigió una mirada llena de resplandores violetas, torbellineantes, una llamada de esperanza, el estallido de una lágrima.

—Somos sus prisioneros, más que aquellos de la playa.

—¿Quiere conducirme hasta su padre?

—Venga.

Llegaron demasiado tarde.

En el recinto de la Ciudad de los Libros, el inmenso taller levantado por los robots parecía una catedral. Se penetraba en él por una entrada subterránea, horadada en la arcilla roja, e inmediatamente era el pandemónium. Los muros y las bóvedas de obsidiana se hundían en las tinieblas. Una vasta plataforma estaba repleta de bloques de materia eterna y preciosa: el ópalo estaba contiguo al ágata, negra y blanca, arborescente, porosa o compacta, la turmalina bicolor con el jade negro, verde o mate, el pórfilo púrpura con el amarillo mármol de Frigia, de venas verdes. Más al fondo surgía una jungla de figuras extrañas, inacabadas, salidas medio cuerpo de la materia.

Trabajando para los Dueños y sin embargo enfrentado a ellos, Siao había creado un universo de belleza feroz: parecía que retrocediera ante el último sacrilegio: dar a los invasores la figura humana.

En las gemas vivientes, turbias y humosas, relucientes y opacas —el cuarzo sulfuroso donde nadaban los resplandores plateados, el «morrión» donde se aglutinaban los cristales prismáticos, las amatistas tubulares o las rubelitas en forma de madreporas—, tallaba monstruos. Al agotarse su propia imaginación, había buscado sus modelos en los antiguos infiernos, entre las brazadas de papiros, los microfilms de Chichen Itza y de Angkor Vat. El taller estaba lleno de esfinges, de Anubis cinocéfalos, de Kukulkanes provistos de alas y garras.

Desde hacía un determinado momento, Gil sentía ondas de inquietud que rodeaban a Maya, que andaba rápidamente por entre el bosque de máscaras bestiales y divinas. En torno a ellos reinaba un silencio terrible, el mismo silencio que en la planicie, y el viajero no sabía hasta qué punto esto era anormal. De ordinario, el pandemónium estallaba en golpes, crujidos e incluso gritos: centenares de robots, desde las antiguas carcazas oxidadas, de enorme volumen, hasta los androides biológicos, delicados, se agitaban entre los andamios, rebajaban los bloques, pegaban la estereoplastina de las maquetas, realizaban los trabajos pesados, y Siao les dictaba sus órdenes con una voz ronca, desde lo alto de un andamio de aluminio sobre el cual se desplazaba al nivel de sus colosos, con el cincel o el mazo en la mano, cubierto de un fino polvo brillante, y parecido a un cíclope con su potente estatura y la lámpara eléctrica fijada en su frente.

Ahora los robots estaban inmóviles, desconectados en pleno trabajo, y Maya corría entre los cables tendidos, los tubos de aluminio, los zócalos que esperaban sus efigies. Finalmente, se torció un tobillo, cayó de rodillas en el estrado y, cuando logró alcanzarla, Page comprendió...

Gil vio al hombre tendido a sus pies —varios siglos menos que él— como un tupido roble abatido por los leñadores, o mejor aún como un Zeus creador golpeado

por su propio rayo. Con los brazos en cruz, parecía inmenso en su postura yacente. Sus cabellos de plata bañados en sangre, los cables arrancados y los restos de mármol en torno suyo probaban que Siao Geroe había muerto igual que había vivido: luchando.

El cuerpo había sido pisoteado, aplastado. El cerebro y la sangre había salpicado hasta las bóvedas. Arrodillado a su vez, Gil comprendió que no se había tratado de un arma humana, de ningún arma de hecho: sólo un peso y un paso minerales, inexorables, obstinados, habían podido laminar así la carne y los huesos. Un mazo sangrante brillaba al alcance de su mano.

—¡Así, entonces, lo han matado! —dijo Maya entre dos sollozos—. Lo han atacado mientras trabajaba, sin desconfianza.

—No —pronunció una voz blanca.

Venía de muy lejos, desde más allá de aquel magma de sangre y huesos triturados. Pero era reconocible, y Maya se abatió sobre el cuerpo sangrante.

—¡Padre! ¡Oh, padre!

—Me equivoqué —continuó la voz—. Quise resucitarla... Mara. Tu madre, Maya..., le di los rasgos de una mujer. Pero no era más que un monstruo... Eria. Y golpeé.

Los ojos donde palpitaba ya la oscuridad eterna se detuvieron en la cabeza inclinada de Gil.

—El Mensajero, ¿no es verdad? Le habíamos esperado, esperado..., era la única posibilidad, si la Tierra debía sobrevivir.

—Sí —dijo Gil—. Soy un mensajero, un Humano del fondo de los tiempos, enviado en ayuda de los hombre de esta Tierra. ¿Qué puede hacerse para salvarles? ¿Por dónde esperar a sus verdugos?

¡Hable, Siao Geroe!

Pero el agonizante deliraba ya. Dijo a Maya:

—Tú sabes, hay dos clases de creaciones: la carne y el espíritu. Y todos podemos equivocarnos. —Y a Gil—: No se trata solamente de esta Tierra..., los seres de todos los tiempos y de todos los planetas están amenazados, si llegan a saber... Erys ya ha..., beben la vida. Un único medio: cortar su camino hacia la vida. Entonces la muerte y el frío original volverán a ellos. En Pétrea...

Con la boca al nivel del aplastado rostro, Page casi gritó (tenía la impresión que Siao se alejaba a una velocidad vertiginosa, y con él todos sus secretos):

—¿Dónde está Pétrea?

Una especie de sonrisa increíble ascendió a lo que eran los labios, con una burbuja de sangre.

—Aquí —dijo Geroe.

Y murió.

Fue entonces cuando oyeron los pasos.

Eran pesados y lentos. Antes incluso que la puerta se abriera, Gil supo de quién se

trataba. Y puesto que Maya temblaba, con sus largos cabellos opalinos, con su brillo de lágrimas y de estrellas, la tomó entre sus brazos, como para defenderla del destino. Pero no se combate al destino. Las más terribles leyendas terrestres se despertaban en lo hondo de la memoria hipnótica del viajero: estatuas animadas y dólmenes viajando en la noche, los enanos de piedra de los Incas, la Venus de Ille... Para enfrentarlo — en nombre de toda su especie, frágil, vulnerable, inmortal—, el crononauta Gil Page levantó la cabeza.

En el suelo arcilloso se había abierto una trampa.

El ser que apareció, en un resplandor de alba lívida y púrpura (los neones se encendían bruscamente), como salpicado en sangre, era aterradoramente humano, y sin embargo Gil sabía que era el Dueño de los Cristales. Más bello que Maya o no importa cuál ser de la Tierra.

Y netamente mineral.

Una especie de armadura reluciente (¿dónde había visto Gil antes aquella coraza irisada?) le cubría de la cabeza a los pies, y un largo manto de metal azulado, constelado de zafiros, colgaba de sus hombros. Subió los peldaños con su paso uniforme. Maya gritó:

—¡Erys! —como si hubiera gritado: «¡Cuidado, Page!».

Gil llevó la mano hacia su desintegrador.

—No lo haga —aconsejó Erys—. Mentalmente, soy más fuerte que usted: el golpe sería desviado.

Por otro lado, mi red cristalina es monoatómica. Proviene de Mercurio, pero —se inclinó ligeramente— Siao me dio esta forma. Ya que hay dos clases de creación. Dios tampoco ha engendrado a los hombres: los ha hecho surgir del caos.

Aquellas palabras increíbles caían como gotas de diamante. Pero Erys miraba a Maya. Una especie de resplandor iluminó la inhumana pureza de sus rasgos.

—Hermana mía —dijo. Y después—: He aquí la estación de tu floración, tú que eres el lirio del valle...

Maya gritó:

—¡Han matado a Siao!

—En absoluto. —La suavidad mineral era temible—. Violó el pacto, golpeó a uno de los nuestros. La respuesta siguió.

—¡Y hablan de violencia! ¡Ustedes, que han aplastado toda la vida sobre este planeta!

—¿Se le reprocha sus devastaciones a un ciclón, a un sismo orbital? Nosotros no éramos más que una fuerza cósmica. Pero —una temible suavidad cantaba en sus palabras— después hemos progresado, Maya. Tampoco había apenas semejanza entre los simios del terciario y el Homo Sapiens..., o este viajero. Nosotros también tendemos a aproximarnos al ideal humano. Y es por otro lado, por eso le buscaba, Gil Page.

—¿Me conoce? —dijo Gil, luchando contra las ondas potentes, frías, inhumanas,

que ascendían de la mirada semejante a un tenebroso lago.

—Sí. Usted viene de lejos, yo también. Se le ha encargado que descubriera a los invasores que era preciso eliminar. ¿Cree que esto es fácil? ¿Es acaso indispensable? No podrán borrar jamás de la trama del tiempo a Mercurio ni su desastre..., pertenecen al pasado de la Tierra. ¿No podríamos entendernos? Usted parece razonable y perceptivo. ¿Cree usted que la humanidad de 2700, por poderosa que sea, puede luchar contra nuestra ciencia mil veces milenaria? No quiero intentar convencerle, quiero que llegue por usted mismo a estas conclusiones. Sé que dispone de poco tiempo. Vamos entonces, dejemos que Maya se ocupe de su muerto..., las mujeres humanas son admirables plañideras. ¿Quería ver usted Pétrea? La verá. Y sabrá al mismo tiempo lo que la especie mineral espera de ustedes, hombres del pasado y del futuro.

Arrastró a Gil, sin dirigir una mirada a Maya.

El angosto paso rojo se extendía más lejos de lo que Page había creído: sus paredes relucían suavemente. Enormes gradas conducían a un corredor en declive, de estructura metaloide, después a un porche de bronce. Esto existía también en una vieja leyenda de la Tierra. Erys precedía al viajero.

Pasaron ante inmensos cerebros electrónicos crepitantes, robots fosforescentes afectando las más diversas formas. Los Cristales se habían servido visiblemente mucho de los cerebros de los hombres que «bebían», y también de los tesoros de la Ciudad de los Libros: aquellas inmensas estructuras, aquellas máquinas perfectas eran su obra. Gil contó varias puertas de metal que se deslizaban. Era realmente demasiado fácil —horriblemente fácil— visitar aquel universo donde siempre era guiado.

Erys dijo:

—Deje aquí su arma. No le servirá de nada en el reino de los Monocristales.

Una última barrera, que sin duda no era material —una cortina opaca— se apartó ante ellos. Y Page retuvo un grito de admiración.

Se encontraban en una playa arenosa, al borde de un mar interior, bajo una claridad indirecta y suave, malva y plata.

Un prodigioso decorado teatral se levantaba ante ellos, una ciudad de diamante, de mármol y de pórfiro. «Piedras muertas», le previno Erys. Le pareció, por el contrario, que aquella arquitectura vivía. Las torres se enhestaban con una orla de gemas, los planos inclinados de las pirámides y de las ruedas zodiacales destellaban débilmente en el resplandor de los astros artificiales. Era hermoso..., como un sueño mineral. Y, más que sobre la Tierra, aquella armonía de cristal subrayaba la ausencia de toda vida orgánica. Sobre aquella meseta subterránea no había ni una planta, ni una sombra animal: uno podía creer hallarse en un hermoso planeta, muerto en la cima de su civilización.

Muerto.

¡Oh, de acuerdo, había jardines! Gil veía desde lejos inverosímiles invernaderos suspendidos, palmeras de metal, parterres de malaquita y de turquesa, vastos cálices de alabastro y de rubíes. Se hubiera dicho que las gemas, dólices, tenían en sí mismas aquellas formas de albanes translúcidas, de virginales anacaradas, de inmensas alocasias metálica de bronce verde. Era una traición de flor, una trampa de piedra... Involuntariamente, Page retrocedió, y sintió tras él la resistencia elástica de la cortina invisible que volvía a cerrarse.

—Ésta es Pétreá —dijo Erys—. Nuestro reino.

Se alzaba bajo el arco que se abría a aquel mundo mineral insensato, única figura humana, más terrible tal vez que el resto del universo, y le hablaba a Page con un tono ligero de anfitrión civilizado. Pero sus palabras eran por ello mucho más

aterradoras:

—... He dicho: nuestro. Nunca hemos disputado la superficie a los Humanos. Desde el momento en que hemos podido, nos hemos retirado a estas profundidades en las que la Tierra no difiere apenas de nuestro planeta, ya que se compone también de la sustancia primitiva del universo, alrededor de la cual han venido a aglomerarse, a razón de cien toneladas por día, a través de cerca de cinco mil millones de años, infinidad de polvos meteóricos. Sí, no somos los primeros «invasores», lejos de eso: poseemos desde siempre este globo indiviso. Sin embargo, si preferimos estar tan cerca del núcleo del planeta no es en absoluto porque esté compuesto de materia en el sentido propio de la palabra..., sino porque está compuesto de otro estado que posee las cualidades de la luz y de la acción...

—¿La energía?

—Sí, si la vida es energía. Tenemos necesidad de ella, una necesidad imperativa. Intente comprenderme..., pese a que he recorrido casi todo el conjunto de los escritos de ustedes, me faltan las palabras.

En efecto, emitía más que hablaba. Gil hizo un terrible esfuerzo por penetrar en aquella especie de pensamiento. Era preciso, ante todo, olvidar la magnificencia mimética de la Ciudad, la belleza estatuaria del Ser. Entonces se descubría un universo..., estático, pesado y negro. El crononauta no tuvo ninguna dificultad para leer:

*Densidad. Inmanencia. Inmovilidad. Ausencia de tiempo, de movimiento, de sonidos y de olores. Pero subsiste la percepción, y también la avidez. Ser inmortal, pero incompleto. Una memoria aterradora que contiene todos los libros, que evoca el caos original, más allá del abismo del tiempo. Una explosión cósmica..., después una lenta cristalización. El génesis. Resplandor desgarrador, fuego, estallido. Vuelo sideral. Transformación. Adaptación a un planeta extraño. El enorme conglomerado de las fuerzas y de la materia que viene a tomar forma. Que busca..., ¿qué?... la Vida. Sed de la vida, bajo todos sus aspectos, energéticos u orgánicos. La vida está allí, bajo su fuente privilegiada. Beber... Extenderse...*

—Es suficiente —dijo Erys—. Ha comprendido. Podemos hablar.

¡No era sólo él, era toda la Ciudad la que había emitido!

Volviendo de lejos, Gil afrontó la enormidad de la situación: tenía frente a él a un adversario que ninguna inteligencia humana había podido prever, un sedimento de sales coloidales animado, un cieno cristalizado, una sal gema que pensaba, se expresaba, ¡pretendía tratar con los Humanos!

—¡Y por eso es por lo que han destruido a la Humanidad! —gritó Page.

—No hemos destruido nada —corrigió Erys con gravedad—. Simplemente, hemos estancado la vida orgánica para satisfacer nuestras necesidades. Pero desde que la primera y formidable sed fue calmada, hemos concluido un pacto con los Humanos de las reservas.

—Sí, les toman la vida, pero lentamente.

—No. Hacemos un canje. A cambio de una fuerza vital estúpidamente malgastada, reciben el Sueño Mineral.

—¿Y esto es...?

—Un estado perfecto de simbiosis. La naturaleza entera vive en estos ciclos, la planta carga el aire del oxígeno que el hombre respirará, el hombre cultiva y cuida a su vez la planta...

—¿Y es el hombre quien desempeña en este caso el papel del vegetal? ¿Con la diferencia que el «oxígeno» que les entrega es su inteligencia y su vida?

Erys se alzó de hombros.

—Su vida..., se la dejamos. En cuanto a su inteligencia..., la de los Cristales data de cinco mil millones de años. El trueque sería desigual.

—Pero entonces, ¿esos hombres no tienen nada que darles?

—Nada —dijo Erys—. O tan poco. Por eso es por lo que le he traído a Pétreá. Para que pudiera convencerse por usted mismo. Las palabras son inútiles, o casi. No pedimos nada a la humanidad actual. Y tal vez un solo gesto a usted. Usted tiene aún una treintena de horas de permanencia..., en nuestro tiempo. Le dejo. Siga su misión, trabe conocimiento con nuestro universo.

Y Gil quedó solo, bajo la claridad de los neones multicolores, a la entrada de una Ciudad fantástica donde las orquídeas de gemas y las palmeras metálicas delimitaban con su sombra una avenida de mármol blanco.

No, no totalmente solo. Un ruido de arena aplastada. Una amplia máquina plateada emerge por el ángulo de una calle próxima. Sus destellantes antenas palpan el aire. Telépata, se pone a describir círculos concéntricos, capta el pensamiento de Gil, se detiene bruscamente, y sus diez brazos ciliados se agitan vibrátiles.

—Page, Gil —dice con una voz chirriante—. Crononauta. Año 2700. Emisario de segunda clase.

Venido a la Tierra para...

Surgieron otras criaturas. El viajero fue presa de un horror sutil. Se sabía casi invulnerable, conocía Pétreá y a Erys. Pero nada le había hecho prever el aspecto de sus congéneres.

Las formas que se movían en la fría luminosidad le inspiraban un indecible horror. Eran vagos rombos tallados, grabados. Medían cerca de dos metros de alto, y no eran más que un centelleo de aristas y de prismas, el estallido duro de piedra celeste. Se parecían un poco a los dramáticos perfiles de la Isla de Pascua, eran un horror, una pesadilla y una realidad. Hacía calor, mucho calor en aquel decorado de torres de cuarzo y de conos de turmalina. Habían transcurrido varias horas desde su encuentro con los nómadas, y Gil sentía que sus manos, heridas en la lucha, ardían. Tenía sed, y se detuvo ante una pileta circular. Un chorro que parecía de cristal suspendía en ella sus perlas. El agua era tibia, extrañamente densa, el viajero temporal experimentó un placer que le recorrió todos los dedos al lavar sus manos en

ella. Pero el chorro tembló y, con una angustia súbita, captó una multitud de pensamientos que flotaban a su alrededor, emanando de los rombos esculpidos, de los muros, del mismo suelo.

*Cálido. Es bueno. Beber. Beber la vida...*

La percepción era tan definida que Page miró en torno suyo. La plaza estaba desierta, la máquina-patrullera desaparecía a lo lejos. Vio de pronto la pileta vacía: la piedra había bebido el agua ensangrentada. Durante un segundo, su terror fue tal que creyó ver los muros lanzarse sobre él.

Era preciso huir. ¿Pero adónde? A su alrededor, la ciudad-vampiro abría sus avenidas estrelladas de piedras cálidas, sus pórticos-trampas, sus pirámides apuntadas al infinito. Tuvo que hacer un esfuerzo —el mayor de su aventurera vida de navegante—, restañó sus heridas y, con un pañuelo hecho tiras, hizo un torniquete en su muñeca entumecida. Era inútil tomar riesgos. Pero sus dedos estaban torpes y, con un horror helado, se dio cuenta del hecho que miles de nociones se borraban de su mente. Page, se llamaba Gil Page. Un buen crononauta, un poco atrevido, un camarada ideal, un astrogador preciso. Huérfanos, él y su hermano habían sido condicionados desde su nacimiento.

Habían hecho algunas buenas incursiones en el espacio-tiempo y después Hugues había desaparecido. Era un recuerdo oro y negro, un nombre glorioso en una estela del Panteón. Hugues no había vuelto porque... Entre tanto, muy cerca, había un suave resplandor plateado..., alguien que le esperaba, le llamaba. Una joven de cabellos de ópalo... Maya..., su nombre era ilusión.

Se agitó:

—He sabido siempre que ella existía. Que era hermosa. Puesto que el mundo era tan bello y las estrellas tan brillantes, ella debía tener esta mirada violeta. Puesto que había la música, su voz debía ser suave. Fui hacia ella, a través de las tinieblas y el tiempo...

Pero no tenía tiempo para soñar: un rodar sordo estremecía las losas.

Esta vez, ellos eran un centenar. Las formas de una pesadilla geométrica: rombos, cubos, triángulos; su formación era prismática o tubular y, sin embargo, evocaban un ideal humano. Un conglomerado de amatista o de marcasita presentaba un dibujo lineal roto por una falla en forma de ojo, sus venas imitaban la torsión de los músculos, un rostro cincelado. No eran ciertamente las estatuas esculpidas por Geroe, sino cristales brutos de formación espontánea..., un terrible esfuerzo de la materia hacia la forma. Page comprendió que éste era la primera etapa de la evolución, embriones, larvas que habían intentado desprenderse de su materia inútil, pero que permanecían enviscadas en ella para siempre.

—Llego en el momento en que intentan crear una humanidad —pensó Gil—. ¡Un buen momento!

Se encontraba semioculto bajo una arcada, contra una pared de turmalina roja que parecía respirar, y la pesadilla adquirió todas sus proporciones. Hasta aquel momento

había podido creer a aquellos paseantes minerales indiferentes a su presencia, o al menos sin hostilidad, pero he aquí que de pronto formaban un muro compacto, que rodeaban el pilar contra el cual se adosaba, he aquí que se dispersaban en perfecto orden para registrar las arcadas... Se tendían antenas invisibles, se intentaba localizar su presencia. Un ser «informe, opaco y lento»... Gil no tuvo tiempo de levantar una barrera mental: una ola de hielo, una onda percutante, aguda, lo alcanzó en pleno pecho. Un segundo flujo mortal se extendió endurecido bajo las arcadas. Le pareció que los muros a su alrededor se reían: era una risa digna de aquel mundo demente, mudo, inmóvil, petrificado: una mueca.

Súbitamente, el muro retrocedió. En lo más profundo de su terror, el viajero comprendió que aquellas criaturas de pesadilla, apenas esbozadas en su sustancia, eran ciegas, sordas y mudas. No le veían, lanzaban al azar flujos alternativos de hielo y de fuego. Cuando lo alcanzó un tercer chorro.

Gil creyó, durante un segundo, quedar paralizado, estratificado, reducido a un único temblor de impotencia y de horror. Pero se le había enseñado a dominarse en los peores instantes y, aprovechando una pendiente, un instante de calma entre dos ondas, rodó como un tronco y se cobijó detrás de un zócalo rosado. Sus puños sangraban, aquello no era más que un respiro de algunos segundos. Tras él se abrió un muro.

Y fue un corredor abrigado y cálido, como una garganta. Page tuvo la horrible idea de, al igual que un insecto acorralado, haberse precipitado en la boca de un monstruo. Las paredes eran rojas, color de sangre seca.

Fue en aquel instante cuando una pequeña mano —tibia, tranquilizadora, humana— se posó en la suya.

—¡Maya! —dijo.

Un resplandor plateado destelló en las sombras. Un largo cuerpo de serpiente blanco ondulaba bajo el ligero velo, los cabellos opalinos estaban llenos de destellos.

—No soy Maya. Soy E-r-i-a...

La desconocida lo arrastraba. Desembocaron en una sala cuyos muros irradiaban una fosforescencia malva. Una ojiva se abrió. Recortadas sobre un cielo pálido, artificial, donde radiaban auroras boreales, vio a Eria, la última obra de Siao Geroe. De las sienas pobladas de venas azules a los talones nacarados, era una perfección mineral. Un fuego vivo iluminaba la ortosa cremosa donde Siao había modelado los rasgos que le eran tan queridos. Parecida a Maya y sin embargo inhumana, los brazos cruzados tras la nuca, giraba lentamente, y esta rotación alcanzaba el sistema nervioso del viajero al igual que una piedra que, cayendo en un agua reposada, la inunda de círculos perfectos.

Fue entonces cuando se dio cuenta que ella no hablaba. Captaba solamente sus potentes ondas y una intimidación indignante, impensable, se establecía entre el hombre cautivo y el mineral viviente. Y mientras la mente de Gil Page, lúcida, estaba paralizada de horror, cada uno de sus nervios se estremecía en una aterradora delicia.

—Soy E-r-i-a... —cantaba la noche.

Comprendió: aquello era el Sueño, el maleficio al cual había sucumbido la humanidad entera.

Como piedra, se imponía y sugería al hombre su oscuro pasado, sus experiencias y sus sensaciones para siempre reflejadas en el cristal y que, de una manera alucinante, concordaban con los propios deseos no confesados de Gil. Siempre había soñado con el espacio. No a causa de la belleza geométrica y glacial de los sistemas planetarios, ni del giro de los astros y de la libertad salvaje de la nada. Uno no está jamás solo en la nada: uno tiene una astronave, una tripulación, una misión. Pero en la Tierra mecanizada de su época, entreveía los universos sin números, las dimensiones desconocidas y sus ilimitadas posibilidades.

Las pasiones terrestres le habían dejado hasta entonces reticente, no se ataba a ningún lado e iba alucinado, de misión en misión. Uno de los mejores crononautas del mundo..., pero esto le daba lo mismo..., ¡le daba exactamente lo mismo! En todas partes, siempre, en lo más profundo de su ser, una voz prometía otras cimas que alcanzar, otras alegrías inéditas que conquistar.

Eria lo sabía. Sonrió. De sus largos cabellos estrellas emanaba un perfume de aromas fabulosos surgidos de un abismo de los tiempos: el nardo, el benjuí, el aloe, el tomillo amargo de Belkis de Saba, la mirra y el olíbano de Cleopatra. Y nuevos astros parpadeaban en sus profundos ojos. Ella era a la vez el pasado, el futuro y todos los planetas misteriosos. Sus brazos se contorsionaban como lagos de nebulosas en la nada.

—¿Quieres seguirme, esperarme? —cantaba la noche—. Subamos, entonces. Subamos.

Las ondas concéntricas se ensancharon. El inconsciente del prisionero se lanzaba al encuentro de aquella armonía. Un abismo negro, poblado de constelaciones temblorosas, se abrió. Gil Page cayó en aquel abismo vertiginoso.

Era extraño volver a hallar, en aquella enésima dimensión, los amasijos estelares que habían visitado en sus incursiones reales. El diamante helado de la Estrella Polar le situó inmediatamente, después las perlas esparcidas del Carro. Más lejos, el Dragón contorsionaba sus espirales, y aquella polvareda de astros era, sin duda, la Cabellera de Berenice, cuyos soles había visto de cerca. Vega de la Lira irradiaba el azul. Page había recorrido aquel rincón de la hiperesfera en astronave artificialmente gravitacionada, pero se maravillaba de volver a encontrarse en aquellas parpadeantes tinieblas, tan lejos de su planeta natal, ¡y tan ligero! Hilillos de fotones se fijaban sobre inmensas alas. Atravesó de un salto el abismo rutilante de fuegos que debía ser la Corona Boreal, y se hirió en el enorme zafiro de Arcturus. Un halo le seguía: mareas cósmicas, lluvias de diamantes, magias minerales, y aquella cosa viviente que le encerraba en sus anillos, bebía su vida.

—¡Subamos! ¡Más alto! ¡Más lejos!

Contempló las cosas que, impedidos por sus limitadas pantallas periscópicas, los pilotos siderales no habían visto nunca: la Fosa del Cisne hirviendo de soles oscuros, Altair y su estado puro era un océano de rubíes. Las Pléyades acudían a su encuentro, estallaban, se esparcían en torbellinos de astros locos, las gigantes y las enanas caían en chispeantes cascadas, se reabsorbían en estrías escarlatas o azules y se fundían en un enorme y único brasero. «¡Más alto y más aprisa aún!». Un dolor lacerante se transformaba en voluptuosidad. La embriaguez carnal se confundía con el delirio cósmico. Gil se sentía envuelto, disuelto entre la espuma astral, mientras que al fondo, muy lejos, como un soplo helado, una sensación de horror más que inmundada lo atravesaba.

La noche cuchicheó:

—Detente. Sí, este sistema oscuro, este sol ínfimo, esta ceniza de planetas. Era aquí. La célula, la matriz, la prisión. Es aquí donde estalló un cuerpo celeste, se rompió, y donde la materia alcanzó un nacimiento peor que la muerte.

El choque fue tan terrible que Gil Page —lo que era el cuerpo vulnerable y concreto de Gil Page—, violentamente proyectado fuera del abrazo mineral, pudo

volver a tomar aliento. Sólo un momento..., y sintió un terror inexpresable. Ya que su cerebro viviente había comprendido que había vivido y compartido los recuerdos y las sensaciones de una piedra. Había estallado sobre un planeta desconocido, ardido en un sol de muerte, rodado a través del abismo sideral, aprehendido vida y conciencia a través de una caída demencial. Su envoltura real yacía sobre las losas de un templo subterráneo y el abismo, el pozo, se había cerrado sobre él, la alucinante simbiosis se había completado. Estaba condenado..., como toda la humanidad.

En la playa, la ola de acero limaba los arrecifes, el horizonte era pálido y la brisa helada. A ras de las deslizantes olas se levantaban enormes acantilados de vertiginosas paredes. Enormes orificios horadaban las rocas y a veces el viento barría el aliento fétido que se escapaba de ellos. Allí estaban las Reservas..., la única aglomeración humana del país, tal vez de todo el mundo. Maya se estremeció y se envolvió apretadamente en su manta gris; la sal tenía en sus labios un gusto a sangre.

Una silueta indistinta emergió de las brumas. Jacques el Espaciano retrocedió lanzando un grito:

—¡No ha venido!

—No —dijo Maya—. Descendió a Pétrea para seguir su misión, y sin duda está prisionero. Pero vengo yo en su lugar.

—¿Y quién eres tú? ¡Te pareces a una piedra roja!

—Soy Maya Geroe —dijo ella, levantándose—. Pregunta a los de la Reserva lo que significa mi nombre. Y si conocían a Siao Geroe, aquel que vino a esta playa para ayudarlos.

En la sombra, unas voces murmuraron:

—Conocemos a Siao Geroe...

—Vengo en lugar del viajero porque ha llegado la hora. ¿Están vuestros camaradas listos para el combate?

—¡Veamos! —dijo burlonamente el Espaciano—. Que me den solamente la tripulación de una nave estelar y... Hay aquí decenas de miles de hombres, pero, ¿qué ayuda pueden representar? ¡Son muertos en vida!

—Quiero hablarles —dijo Maya.

—¡No comprenden nada!

Ella, sin embargo, avanzó hacia la multitud de aspecto extraviado que surgía de las cavernas.

Fantasmas. Esqueletos transparentes, azules, de epidermis carcomidas..., y otros hinchados, lívidos.

Niños semejantes a comadreas. Muy pocos conservaban aún sus andrajos. Muchos se arrastraban por el suelo. Todos los ojos eran vidriosos.

—Han gritado pidiendo socorro —dijo Maya—. Y él ha venido. Ahora, es él quien tiene necesidad de nuestra ayuda. Escúchenme: soy humana como ustedes, estoy viva: toquen mis manos, son calientes. Síganme...

Se encorvaron, cuchicheando en el viento. Maya no percibía en la bruma más que las manchas pálidas de los rostros, los enormes huecos de las órbitas. El más anciano dijo al fin:

—Te seguiremos.

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llamé Jaime Agueda —dijo la sombra—. Era..., ¡oh, Señor!, era el maestro de la Ciudad de los Libros.

—Jaime, Jacques —dijo ella, pareciendo gravitar sobre ellos con toda su fuerza nerviosa—.

Escuchen: esta noche hay fiesta en Pétreá. Yo descenderé allí. Traeré o no al Extranjero. Pero usted espéreme en la Ciudad de los Libros. Debe conocerla mucho mejor que yo, Jaime Agueda.

—La conozco.

—Hay un gran reloj en el antiguo invernadero que se llama también la Cala del Coro. Funciona, yo le he dado cuerda. Cuando señale medianoche, actúe siguiendo el Popol-Vuh.

—Venga —dijo Erys.

Gil emergió del tumultuoso vuelo tan repleto de imágenes y de estallidos que creyó haber vivido mil vidas. Pero reconoció la voz lenta, y todo su ser se paralizó. Una palabra fulguró en su cerebro:

PELIGRO. Incluso en aquellas circunstancias de pesadilla, su acondicionamiento de crononauta seguía actuando. Sabía ahora que los éxtasis y las torturas precedentes no eran más que un umbral, una operación preliminar, tendiente a preparar su ser a un no sabía qué uso abusivo, qué alucinante traición. Interiormente, su voluntad se envaró y, milagro, los últimos vestigios del Sueño Mineral se alejaron como una cortina de humo. Le pareció de pronto que había vivido ya unos minutos semejantes dentro de aquel decorado..., el patio adonde Eria lo había conducido se abría ante una pirámide que debía prolongarse bajo el suelo de la Ciudad de los Libros. Recordaba vagamente el Castillo de Chichen Itza..., no faltaba ni siquiera el cenotafio glauco, ni las palmas metálicas que sombreaban la escalera. Habían penetrado en una sala inmensa constelada de cuadrantes, de pantallas, donde un enorme visor formaba toda una pared, y Page no pudo evitar el murmurar:

—¡El Centro de Investigaciones Temporales!

—¡Ah! —dijo Erys—, aún sabe usted hablar..., ¡y, espero, escuchar! Me alegro. Sí, es el Centro de Investigaciones, y data aproximadamente de su propio tiempo. Se produjeron, antes de nuestra llegada, sismos gigantescos, y este edificio descendió bajo tierra. Por encima, los hombres construyeron otra ciudad. Muchas cosas estaban destruidas, y yo reconstruí algunas de ellas. Y he aquí la Sala de Partidas...

Gil miraba. Con toda atención. Estaba aún la sala de cristal, y varias decenas de cronoscafos a energetos listos para funcionar. Y todo aquello iluminaba con un estallido insostenible las inquietudes del Gran Maestro de Investigaciones y la presencia, una cierta mañana, junto a su carlinga, del enorme crononauta de armadura irisada... Después de haber arrasado la Tierra del futuro y destruido toda vida, los Minerales querían —tal vez podían— extenderse en el tiempo, al menos en su tiempo. Sin duda no sabían manejar la fisión temporal, pero poseían en los dos extremos del camino unas máquinas dispuestas. Podían, entonces...

Erys leyó el terror en sus ojos y captó su pensamiento.

—Sí —dijo—. Podemos ya ir..., hasta donde ya he estado. Pero tuve que volver precipitadamente, ya que Siao nos traicionó: no nos parecemos a los hombres de su época, a los hombres en general, ni siquiera yo. No existen más que unas pocas máquinas y, llegados aisladamente, seríamos destruidos.

Seguramente, más tarde, nuestros hijos y los de los Humanos y Humanas serán más apropiados, pero no podemos esperar. En el curso de mi viaje a su siglo, he aprendido que existía otro medio de viajar, más perfecto. Usted lo conoce. Usted va a

revelárnoslo.

—¡No!

Era un grito. Hubiera debido retenerlo, pero su voluntad estaba debilitada. Sin embargo, no cedía aún.

—Míreme —dijo Erys.

El crononauta hubiera querido evitar aquella mirada. Pero era imposible. Hubiera querido huir, intentar penetrar en una de las carlingas, tan próximas..., pero también era imposible; sus músculos eran de mármol, rígidos y pesados. Las aceradas hojas, dos vibraciones —hielo y fuego— atravesaron sus párpados, se hundieron en sus iris. ¿Qué era la envolvente magia de Eria comparada con esta influencia? Una fracción de segundo, y su cuerpo no fue más que un mármol viviente, petrificado hasta lo más profundo de sus venas rígidas. A diferencia de Eria, que abolía el mundo exterior y su materialidad, Erys dejaba a sus víctimas la angustia, la rebeldía del ser ligado a su dueño mineral que parecía deleitarse en aquella agonía.

—¿No quiere? —dijo con la misma lentitud—. Bien..., tal vez cambiará de opinión. Esta noche, yo, Jefe de las Piedras, me uno a Maya Geroe, una Humana. Maya, que podría ser el precio de su sumisión. Puesto que yo pago los servicios que se me rinden: Maya y usted podrían ser dejados en libertad si usted nos abre las puertas de su tiempo. ¿No?... ¿Resiste aún? Usted asistirá a la ceremonia —una especie de sonrisa—: Los hombres han hecho ver sus triunfos a sus enemigos encadenados. Usted tendrá este papel, Gil Page. Después, morirá. No crea que le odio. De todos los Terrestres a los que conozco, usted es el que hubiera aceptado de mayor grado como aliado. Pero este asunto supera en tanto nuestros lazos y nuestras antipatías personales que no tengo otra elección.

—Las doce menos quince minutos —dijo el Espaciano—. Y aún no está aquí. Y aquí tenemos la Sala del Coro, el reloj y el Libro.

—Sí —dijo Jaime Agueda, inmóvil ante el antiguo volumen encuadernado en oro y esmalte, que una cadena de platino fijaba a la cátedra más alta. Estaba abierto y sus hojas, vueltas transparentes y amarillas como pétalos de rosa de té temblaban bajo la brisa nocturna.

Agueda leyó:

*Esto ocurrió en el alba de los tiempos...*

*... Los Siyabuicoobs o modeladores han edificado las ciudades de piedra. Trabajaban en la oscuridad y, cuando el sol aparecía, ellos mismos se convertían en piedra. Sus imágenes pueden verse entre las ruinas.*

*Había entonces un camino suspendido en el cielo: Zacbé o Cuxaamzum, «camino blanco y cuerda viviente». A lo largo de esta vía, los alimentos llegaban a los antepasados de piedra. Después, el camino a las estrellas fue cortado y sobrevino su fin...*

—¡El camino blanco y la cuerda viviente! —repitió Jaime Agueda—. Los primeros invasores minerales que conocieron los pueblos Inca y Maya recibieron así una corriente de vida desde sus reservas. Y, una vez cortado este flujo, cesaron de vivir. Sí, pero, ¿cortado por qué medio?

—Jaime —llamó de pronto el Espaciano—, ¿no has pensado nunca en esto: por qué de todas las ciudades, de todos los edificios de la Tierra, la Ciudad de los Libros es la única que no ha sido destruida?

—¿Respeto a una cultura antigua tal vez?

—Indudablemente no. Había otros centros que laminaron enteramente. Además, en su estado original de minerales, no creo que pensarán en la existencia de una cultura. Busquemos otra cosa. Esta Ciudad..., ¿tenía alguna protección especial?

—¡Oh! —hizo Agueda, despertado completamente de pronto—, esto me hace pensar. Era una experiencia, a lo sumo. Acabábamos tan sólo de establecer una barrera magnética por encima de este centro. Del mismo género que los cinturones magnéticos de la Tierra, ya sabes, pero con la fuerza del campo aumentada varios millones de veces... Era una idea de uno de nuestros sabios: los cinturones terrestres podían haber sido formados hace tiempo para defender la Tierra contra las invasiones, y se mostraron eficaces durante milenios...

—Éste también se mostró eficaz —dijo el Espaciano, estudiando en el suelo de la Sala del Coro un puntillado de gemas muertas que lo condujo hacia la cátedra del Popol-Vuh. Lentamente, con precaución, levantó el Libro.

—Mira —dijo—. Éste es el botón de mando. Desde aquí se podía proyectar el campo de fuerza sobre la Pirámide, sobre Pétrea en consecuencia, o al menos sobre su acceso. Ahora está bloqueado, pero en el momento de la invasión alguien lo había girado. Y los minerales fueron desviados en su trayectoria, y no pudieron penetrar en la Ciudad.

Se miraron, pálidos. Estaban alcanzando al borde del misterio.

—Sí —dijo Agueda—. ¡Pero terminaron por entrar!

—¡Porque alguien cortó la corriente!

—Sí —confirmó la voz chirriante de un robot muy viejo—. Sí. Yo soy KWRX. Puedo llevar, balancear, girar botones. Y debía divertir a una niña pequeña muy sola... Maya Geroe. Pulsamos todos los botones...

Allá abajo, la pesadilla continuaba. Cada paso de Gil arrancaba toneladas de granito; pero andaba hacia adelante, con la voluntad imperativa de Erys dirigiendo sus nervios como un látigo de acero.

Atravesaban ahora una Pétrea encantada, inolvidable. Volutas de jade y terrazas de nácar y de ágata irradiaban haces luminosos, densos, barrocos. Estos resplandores desdoblaban y prolongaban la ciudad de cristal. Las torres se envolvían de luminescencias malvas, los inverosímiles jardines destellaban bajo un rocío de

diamantes.

Y la multitud ondulante y brillante que se abría a su paso era también un triunfo mineral, un caos de triángulos y de conos. Todos los monstruos inventados o copiados por Siao en su último esfuerzo por salvar a la Tierra de los tiempos formaban ahora un cortejo. Bajo los arcos resplandeció, llameó, se expandió en una hoguera —ámbar y turquesa—, una serpiente emplumada venida de un mito inca. Un gavilán de jacinto translúcido, venido de Tebas, desplegó sus alas cerca de un murciélago Camazotz, y Gil vio pasar muy cerca un dios de la muerte de Copal con su rostro de esqueleto, cerca de una Kali en obsidiana negra, jugando con cabezas de decapitados. Y escaleras vertiginosas se abrían ante ellos, todas ellas conduciendo a la cima del Castillo. Page empezó a subir. Tenía ahora la percepción aguda del tiempo abolido. Aquel templo había pertenecido siempre a los Siyabuicoobs, los enanos minerales de las leyendas, los monstruos que conquistaban la Tierra en épocas diferentes.

Habían dormido durante milenios (en tanto que la «cuerda viviente» había permanecido cortada), pero se habían despertado un día..., y aquel mundo les pertenecía.

Erys y Gil subían, con su cortejo. El emisario temporal había dejado de contar los peldaños. Un horrible dolor se adueñaba de él, hecho de la sensación física de petrificación y de una aguda desesperación: Maya había caído pues también en aquella trampa, estaba perdida. Un silencio indecible, inconcebible, reinaba en aquel universo, roto solamente por el crujido de las piedras sobre las piedras, por el débil zumbido de los cristales entrechocados. Durante un instante, un débil zumbido llegó hasta el prisionero. Se volvió con trabajo y vio, en la antepenúltima plataforma, dominar un conjunto de mujeres muy hermosas, cubiertas de fabulosas joyas. Mujeres humanas. Pero el ojo humano descubría los signos de su degradación: un brillo helado de la piel, un aspecto liso, ligeramente nauseabundo, una prodigiosa sequedad de líneas. Sus ojos no tenían carúncula ni sus mejillas vello. Los niños que tenían en sus brazos hundieron a Gil en un abismo de horror: varios de entre ellos no eran más que disformes guijarros.

¡Las piedras-rojas! ¡Los hijos surgidos de un himen monstruoso!

Todos los ojos eran vidriosos...

Gil terminó casi por bendecir su sufrimiento: al menos le dejaba su lucidez. Su voluntad se tensaba como un arco.

—Si los hombres de 2700 son como tú, Terrestre —dijo Erys con su intraducible sonrisa—, nuestra victoria será dura.

Habían alcanzado la cima de la pirámide truncada.

Y allí, en un trono de diamante, Gil vio un deslumbrante, un imprevisible ídolo: Maya Geroe.

Adornada como para un sacrificio, se parecía más aún a un lis, a la incierta luz de la aurora sobre las nubes. Page se estremeció por un instante, creyó leer en su mirada

la remolineante angustia, aquella pasividad que marca a las víctimas alucinadas. Pero una luz violeta, viva, pasó por los iris de la joven. Decía: «Lucha. No se abandone. Vamos a jugarnos la vida. Va a pasar aquí algo horrible...».

No podía hablar más claramente, estaban rodeados de telépatas, pero esto era suficiente. Page se sintió inmediatamente liberado de los lazos hipnóticos, listo para el combate. Ahora la ceremonia se desarrollaría según el orden previsto: Erys fue a situarse al lado de Maya, y una especie de sacerdotes, de Nacones tocados con séxtuples tiaras, los rodearon.

—Maya Geroe —dijo Erys, con una voz casi humana—, has venido hasta mí esta noche, por tu propia voluntad. Ante estos dioses, los tuyos y los míos, ¿consientes en convertirte en mi mujer y la reina de los Minerales, presentes, pasados y futuros?

Un movimiento acababa de producirse en la parte baja de la pirámide. Un discoide de metal blanco volaba sobre los peldaños, arrojando sobre ellos una silueta de oro y de nácar. Extrañamente tranquilo, Gil vio a la recién llegada correr, atropellar las piedras, tropezar. Gritó: ella también tenía ahora una voz humana:

—¡Erys! ¡Han bloqueado la barrera! ¡Pereceremos todos!

—¿Cuál barrera? —preguntó Erys—. Estás loca, Eria.

Llegaba, estaba ahí. Cayó de rodillas ante él.

—¡Sabía que esto terminaría así! ¡Tendrías que haber destruido a los Humanos, a todos los Humanos! ¡Ahora Pétreo está cerrada, está encerrada bajo un globo magnético, nada puede penetrar en ella y nada puede tampoco salir de ella! ¡Sabes lo que va a ocurrir, no es la primera vez! Poco a poco perderemos esta vida que extrajimos de estas criaturas orgánicas, la perderemos tanto más aprisa cuanto será aspirada por el núcleo terrestre..., y volveremos a convertirnos en lo que fuimos en Mercurio y en tantos otros planetas: materias petrificadas, muertas..., ¡y este será nuestro fin, Erys!

—¿De qué barrera estás hablando?

—El domo que defendía antiguamente a la Ciudad de los Libros, que no pudimos atacar..., ¡está ahí de nuevo! ¡Oh, Erys, haz algo! ¡Me parece que nos falta ya el aliento! ¡Haz algo, rápido, rápido!

—¡Cesa en tus remilgos! —dijo él violentamente—. Te has atiborrado de la vida de ellos, y ahora estás ebria. De todos modos voy a ver lo que ocurre —se volvió hacia Gil, amenazador—. Si son sus Temporales los que intervienen de este modo, usted lo pagará. Y caro.

—No —dijo la ligera voz de Maya—. Soy yo quien te mata, Erys. Antes de descender hasta aquí he puesto en marcha un mecanismo. Nada puede detenerlo. Perecerán todos.

Se volvió hacia ella, con sorpresa.

—¿Tú? Lo prefiero así. Pero tú estás aquí, en nuestra ciudad condenada, y sabes lo que te espera si Eria ha dicho la verdad. Pereceremos sin duda petrificados, ahogados, prisioneros de este magma terrestre, y las generaciones futuras se

sorprenderán de encontrar nuevas estatuas de la isla de Pascua, nuevos Siyabuicoobs... Pero de todos modos existe para nosotros una oportunidad sobre un millón de revivir. Este planeta puede estallar a su vez. Incoercibles y poderosos, podemos volver a atravesar el espacio. Esto ha ocurrido ya. Para ti y para él —señaló a Gil—, la muerte será irremediable.

—Has olvidado —arrojó Maya con un amargo triunfo—, que nosotros poseemos esto que tú has buscado en vano apropiarte. Este soplo, este destello de vida: el alma. Y que ella al menos es eterna.

Erys no la escuchaba. Se volvió hacia los rombos que rodeaban a los prisioneros.

—Enciérrenlos. No perderán nada con esperar. Eria, tú puedes quedarte con el Temporal.

—No pude actuar de otro modo —dijo Maya, volviéndose hacia el crononauta—. Perdóneme.

Los habían empujado hasta una sala de paredes de gemas lisas. Eria, a quien parecía abandonar el calor vital, se había acurrucado en un rincón. Gil se limpiaba distraídamente sobre su rostro y su cuello las sangrantes estrías dejadas por los tentáculos y las garras. La puerta se cerró tras ellos, como una losa sepulcral. Dijo:

—Es usted quien debe perdonarme, Maya. Sobrevaloré mis fuerzas. —Y, después de un silencio—. ¿Qué es esta barrera magnética?

—Oh, una antigua instalación. Esperaba de todos modos poder sacarle de Pétreo. Pero usted estaba preso..., por eso —indicó vagamente a la bella estatua—. Entonces, mis amigos de allá arriba accionaron los mandos. Casi todos los minerales animados estaban reunidos aquí, era la ocasión de destruirlos.

—Y de salvar al resto de la humanidad. En este caso...

—No lamento nada.

—Yo tampoco, si estamos juntos.

Permanecían graves, atentos, extraños al Sueño Mineral.

—Es extraño —dijo Maya—. Hace apenas algunas horas que le he encontrado, y me parece como si hubiéramos vivido una larga vida. Hemos compartido nuestras penas y nuestras alegrías. Conozco sus gustos y sus preferencias, todo aquello que un Mineral no tiene en absoluto, que no poseerá jamás...

—Dígalo.

—El espacio y la aventura, las estrellas y el mar, esté calmado o furioso. La justicia, templada por la compasión. La suave luz del alba y el perfume, bajo la lluvia, del trébol encarnado. El bosque, las inteligentes y temerosas bestias salvajes, la libertad. La amistad y la ternura que les une. Esta Tierra.

Es todo esto lo que usted prefiere, ¿no es verdad?

—Olvida lo más importante, Maya: usted.

—Pero —dijo ella—, ¡yo soy todo lo contrario! A usted le gusta la aventura y yo soy el deber.

Usted ama la libertad y yo soy la lucha.

—Se lucha para liberarse, y la aventura es a menudo un deber libremente elegido. Usted, Maya, ¿qué es lo que ama?

—Todo lo que brilla, se estremece, se doblega y vuelve a levantarse. Los astros y los colores. El futuro. Usted, Gil.

—Ahora nos conocemos. El tiempo no es más que una abstracción. Estamos unidos desde hace tiempo... ¡Qué hermosos cabellos plateados, Maya! ¿Recuerdas el cerezo en flor bajo el cual te pedí que te convirtieras en mi mujer? Llevabas un vestido verde y pétalos en tus bucles...

—Lo recuerdo —dijo ella, cerrando los ojos—. Y también el éxodo de los tiempos pánicos, el frío, el hambre, nuestra cabaña en el bosque..., no nos habíamos llevado más que un poco de sal y un volumen de Dante. Dormíamos sobre las hojas secas... ¡Pero nuestros dos mellizos eran tan hermosos!

—Estamos mezclados de tal modo el uno con el otro que estamos seguros de volver a encontrarnos no importa donde, después de este reposo que se llama la muerte. ¿No tienes miedo de morir conmigo, querida?

—No, si me tomas entre tus brazos.

Lo hizo, y Eria no se movió.

Pero advirtieron bajo la puerta unos pasos menudos, apresurados: unos puños furiosos martillaron la hoja. Brutalmente separado de su aura luminosa, de la cabellera opalina donde hundía su rostro, Gil Page gritó:

—¡No hagan tanto ruido! ¿Quiénes son?

—Se nos llama las piedras rojas —respondieron las voces jadeantes—, pero somos humanas como ustedes. Y tenemos a nuestros hijos. Las piedras nos han encerrado en este palacio, para ellas no somos más que un stock de materias orgánicas, pero no queremos morir así. Esta barrera es impenetrable para los Minerales, pero tal vez existan pasos para los hombres... ¡Ábrannos! ¡Sálvennos!

Gil se había levantado. La cabellera color de luna se deslizó como si se desvaneciera.

—Es cierto, Maya —dijo—. Tienen a sus hijos. Debemos ayudarlas.

—¡No! —formuló una voz pesada.

Era Eria quien hablaba. Se había arrastrado de rodillas hasta el umbral, parecía que estuviera petrificada de medio cuerpo, pero sus labios se movían. Maya miraba con terror aquella imagen de ella misma en trance de morir.

—No —repitió la mujer mineral—, no saldrán. Quieren matarles. Sus hijos agonizan. Es por ellos, por esos seres cristalinos, por los que necesitan la vida. Son madres. Y...

Un concierto de injurias tras la puerta confirmó esta revelación. Eria volvió a caer, la nuca sobre las losas. Era horrible ver como el rostro vuelto hacia los Humanos se estratificaba. Los músculos faciales se distendieron, se endurecieron, la córnea se vitrificó. Quedaba aún un poco de vida en las pupilas empequeñecidas hasta el tamaño de una cabeza de alfiler y fijas en Gil. Un soplo agitó los labios petrificados. Dijo:

—No se acerquen. —Y a Gil—: Te he amado...

Maya no estaba segura del hecho que existieran salidas secretas en la barrera. Pero seguían ahí las carlingas del Centro Temporal. Y llegar hasta ellas... En aquel instante las luces de Pétreas se apagaron de golpe. Instintivamente, Gil tomó a Maya entre sus brazos. Una mancha fosforecía en las tinieblas: su cronómetro. Lo miró, recordó: «Esté donde esté, Gil Page, le buscaremos por fisión dimensional». Le

quedaba un cuarto de hora aún en aquel pliegue del tiempo...

De golpe, un ruido seco como de un deslizarse atrajo su atención. ¡Ploc! Siguieron una serie de choques sordos, rítmicos. La puerta seguía estando cerrada, las ventanas bloqueadas, pero alguien se desplazaba en la sala. Y Eria estaba muerta..., con la muerte de las piedras.

¿Pero había una muerte para las piedras? El ser que se desplazaba en las tinieblas era horriblemente pesado y lento: sus pasos parecían hundir las losas. Eran unos pasos espaciados. Ploc.

Un silencio, durante el cual se podía contar hasta diez, después, de nuevo: ploc. Gil recordaba los antiguos relatos de suspenso, que parecían absurdos: muertos, seres monstruosos venidos de mundos paralelos y caminando así. Si Eria...

Ploc.

¿Qué conocía de los Minerales? Que soñaban y que bebían las vidas. Eria, viva, lo había amado.

Pero, en la oscuridad, aquella cosa obtusa, pesada, muerta, no era más que un hambre salvaje, una angustia y una avidez sin esperanza.

La débil luz del cronómetro debía guiarlo. Gil se lo arrancó y lo aplastó con su tacón, después enlazó a Maya y, de un salto, se lanzó hacia la puerta de bronce y la empujó con un golpe seco. La puerta se abrió. El inmenso vestíbulo parecía desierto bajo la luz que caía desde las altas ojivas. Gil encontró tras él, a tientas, un cerrojo, y lo corrió. Los fugitivos respiraron. Un instante, tan sólo un instante...

En lo alto de la escalera apareció una sombra..., una piedra roja armada con una linterna. Lanzó un grito, otras se precipitaron. Hubo una confusa mezclanza, Gil rechazó una mano que se agarraba a su coraza, y Maya, convertida de pronto en una pequeña loba silenciosa, arrancó y rompió la linterna. Largos cabellos parecidos a algas azotaron los rostros de los Humanos. Al fondo del vestíbulo, una robusta mujer lívida elevó muy alto por encima de su cabeza un informe pedrusco negro, horrible caricatura de niño, y sirviéndose de una linterna como de una honda, proyectó el pequeño monstruo en dirección a los fugitivos. El cristal se estrelló, con un largo crujido, contra los escalones. Gil y Maya alcanzaron el umbral. Al mismo tiempo, desde el fondo de la sala, ascendió un largo grito de terror: la puerta de bronce se había abierto como bajo un golpe de ariete y las Rojas retrasadas retrocedieron, como una marea inhumana, animada de un extraño balanceo (Gil recordó un antiguo cuento donde una serpiente fascinaba a tropeles de monos). No había nada que mirar, sabía lo que provocaba aquel remolino nauseabundo, aquellos agudos lamentos: una gran forma blanca, una piedra muerta, avanzaba hacia el alocado grupo de piedras rojas. Habían olvidado que ellas eran —también— humanas, y Eria tenía hambre.

Llevando a Maya desvanecida, el Temporal se hundió entonces en el laberinto de la ciudad, calles interceptadas y discoides inmóviles, plazas repletas de multitudes petrificadas en pleno movimiento.

Ahora, se daba cuenta de hasta qué punto el genio desordenado de Siao y la

voluntad de Erys habían preparado la invasión imprimiendo al caos los caracteres de una especie. Aquellas efigies de cuarzo, de sílex o de ortosa agrupadas sobre las terrazas o amontonadas a lo largo de las calles eran indeciblemente humanas. Pétreo, sorprendida por el desastre, evocaba a Pompeya.

Pero un nuevo peligro vino a añadirse a aquellas presencias alucinantes, a los peligros ocultos: en alguna parte, se había producido un cortocircuito, inflamando una cortina de fibras sintéticas, una túnica de lowlon sobre un cuerpo petrificado, y el incendio se propagaba ya, manchando las fachadas.

Aquel fuego que nadie podía extinguir consumiría rápidamente el oxígeno del subterráneo..., era preciso apresurarse. Gil, con las llamas pisándole los talones, vio finalmente ante sí el porche del Centro de Investigaciones Temporales. Pero las dos esfinges rosas que guardaban el umbral se interpusieron, vivían aún, incapaces de saltar pero flexibles y agazapadas. En el mismo momento, un pájaro de ónix negro cayó de las bóvedas..., una de las obras más perfectas de Siao, el torturador de Prometeo, únicamente con su brazo derecho, apretando contra él su única riqueza en aquel universo de pesadilla —la blanca joven desvanecida—, Gil luchó contra las tres bestias que le cercaban. Bajo sus garras, la sangre empezó a brotar. Un gran gemido, parecido a un jadeo, ascendió desde la avenida, y las sombras se movieron...

—Humano —dijo una voz lenta—, si los tuyos se te parecen...

Gil creyó que estaba perdido. Pero, a su lado, la gran estatua oro y blanca entraba en lucha.

A partir de aquel momento, la perspectiva subterránea desbordó de formas minerales en delirio.

Monstruos vagamente luminescentes —suprema manifestación de su vida— subían al asalto. Pero Gil se llevaba a Maya y Erys, con un arma térmica en la mano, protegía su retirada. Los movimientos de Erys eran lentos pero precisos y, salvo un endurecimiento de los rasgos, salvo un brillo helado en los iris, nada indicaba que la muerte estaba en él. Los fugitivos terminaron por penetrar en el centro y Erys, haciendo arder la tierra tras él, bloqueó la puerta.

Quedaban diez minutos antes de la fisión dimensional...

—Suban a esta carlinga —dijo Erys—. Es la única intacta. Dentro de diez minutos todo habrá terminado.

—Venga con nosotros —dijo Gil.

Las cejas se elevaron.

—¿Ha perdido la razón, Gil Page? ¡Invitar a su preciosa época a un monstruo mineral! No. Mi reino está aquí. No puedo abandonar a los míos.

—Pero Erys, ¡usted es un humano!

—Sin duda tendrá usted razón: llevo en mi la maldición, la huella del genio de Siao. Amé a Maya con una pasión humana. Y por este lado se venga el espíritu humano. Eternamente, entre las piedras muertas llevadas hasta este planeta, habrá una

piedra donde arderá el genio de un hombre. Pero, como mineral, estoy encadenado a mi sueño. ¡Están libres, váyanse!

La gran estatua de cristal se adosó a la pared que temblaba, protegiendo, incluso en la muerte, su partida. Con una rapidez alucinante, sus rasgos volvían a adquirir su inmovilidad original, sus ojos su brillo de diamante negro. Llevando a Maya, Gil subió a la carlinga, sujetó sus cascos provistos de electrodos. Las cuatro dimensiones se contrajeron alrededor de ellos, y el tiempo se abrió.

Afuera, en el alba azul, la Tierra despertaba de la Pesadilla Mineral.

Sin embargo, y muy en el fondo de su ser, Gil se sentía dichoso del hecho que Maya no hubiera asistido a la muerte de Erys.

# El retiro ideal

Philippe Curval

La nieve negra había caído durante toda la noche, una espesa capa oscura recubría el amplio paseo que atravesaba la ciudad como una espada. Clint trastabillaba en el blando espesor de aquella nieve de luto.

Ningún escaparate rompía la perspectiva negra y desierta de la avenida, las puertas metálicas de todos los almacenes estaban bajadas y brillaban como otros tantos espejos de acero. Clint giró a la derecha y se metió en un pequeño callejón sin salida. Notaba aún los efectos de su borrachera de la víspera y titubeaba rebotando de pared en pared, muy cercas la una de la otra. Un neón sanguinolento señalaba al fondo de la callecita la existencia del bar Gigante. Clint buscó a tientas la manija de apertura de la puerta y terminó por formular las letras de su nombre: los dos batientes de plata maciza se apartaron. Una vaharada de frescor escapó del bar; Clint aspiró a pleno pulmón aquella brisa helada. Soportaba difícilmente el angustioso calor que acompañaba a la nieve negra; y por ello experimentaba la necesidad de tomar algo en el seno de un medio mejor condicionado a su organismo.

Sin mirar el espectáculo de la sala, se precipitó hacia la barra y ordenó un doble de ginebra con cuatro cubitos de hielo; el camarero metálico le tendió un vaso de la bebida deseada. Clint se dio cuenta de que había entrado en un «catal»; sentía horror hacia aquellos establecimientos en los que el camarero era reemplazado por un robot, pero ya era demasiado tarde, había hecho su pedido y ya no podía rehusar. Tomó el vaso y lo llevó a sus labios. Su rostro expresaba una beata satisfacción.

En aquel mismo momento, sintió que una mano se posaba en su hombro; se sobresaltó y derramó la mitad de su vaso sobre su traje. Clint tenía mucho miedo; sin embargo, se giró sin ni siquiera degustar un trago de la ginebra helada. Un hombre de elevada estatura le miraba:

—¿Es usted Clint Dubois?

—En efecto, señor —refunfuñó Clint—. Pero esta mañana no me siento con ánimos para entablar la menor conversación.

—Sin embargo, deberá hacerlo, señor Dubois —dijo el hombre, con una gran sonrisa floreciente.

—¿Y si rehusara? —preguntó Clint.

—¡Si rehusara, debería sufrir una confrontación!

Clint miró a derecha e izquierda. Inconscientemente, buscaba una salida; el semáforo de salida estaba en rojo, luego la puerta no se abriría. Por otra parte estaba solo con el hombre y el camarero de metal: no debía pues esperar ninguna ayuda por

parte de algún otro consumidor. Miró al extraño y dijo en un tono agresivo:

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Desearía simplemente saber lo que hizo usted ayer por la noche —respondió el hombre con la misma floreciente sonrisa.

—Rehúso responder a esta pregunta —gritó Clint.

—Soy un verificador —dijo el hombre, mostrando una placa que probaba su identidad—. Usted no puede ignorar mi pregunta.

Clint llevó una mano a su sien izquierda, donde perlaba una fina gota de sudor; reflexionó, intentando hallar una escapatoria, pero su cerebro lleno de bruma no podía discernir la verdad de los hechos en la confusa memoria que tenía de los acontecimientos de la víspera.

—Quizá pueda ayudarle —añadió el verificador con un tono animoso.

Clint rehusó con un signo de su cabeza; aquella proposición era una trampa demasiado conocida como para que cayera en ella.

—Es lo último que desearía.

—Entonces debe decirme lo que hizo ayer por la noche.

—¡Pasé la noche en casa de unos amigos!

—¿Qué amigos? Dígame sus nombres, por favor.

—Estaban... Colas Twist, Lucie Delmore, Paul Anvieux...

—¿Y esto es todo? ¿No había nadie más? Es indispensable que me dé usted más precisiones —prosiguió el extraño.

—Tal vez hubiera algún otro —balbuceó Clint—, pero ya no me acuerdo de su nombre.

—¿No sería por casualidad Edna Marlowe?

Clint reflexionó rápidamente: ¿era Edna Marlowe? Le parecía que sí; pero vacilaba en responder. El menor error comprometería definitivamente su futuro.

—Sí, era Edna Marlowe.

—Bueno, es la verdad, señor Dubois, pero esto no es suficiente. Es preciso que me dé mayores detalles al respecto de esta velada.

—Bebimos bastante, discutimos de no importa qué...

—¿Realmente de no importa qué? Quisiera estar tan seguro de ello como usted —dijo el verificador.

—Estoy seguro de que no dijimos nada contra el gobierno —afirmó Clint con vehemencia—, esto no entra en nuestros hábitos.

—Esto es igualmente cierto; ¿pero está usted seguro de que su conversación no versó sobre temas subversivos?

Dubois reflexionó la pregunta, tragó la pregunta, la dirigió.

—No, estoy seguro —repitió.

—Pero dígame, fuera del hecho de beber y de discutir, ¿no hicieron nada más?

—Es posible, pero no me acuerdo de ello.

Los ojos del verificador brillaron con un fulgor fugitivo, una sonrisa deshonestamente

apareció en sus labios.

—¿No recuerda haber acariciado a Edna Marlowe?

—Es una eventualidad.

El verificador apuntó un dedo acusador hacia Clint.

—¡Edna Marlowe estaba abrazada a usted, no puede negar el haberla acariciado!

—No niego nada, pretendo simplemente no acordarme.

—Esto es demasiado fácil, señor Dubois: ¡basta con no recordar sus propios actos viles, y uno no puede ser sometido a confrontación, ¿verdad?! —después, su tono se dulcificó súbitamente—. En fin, por esta vez, le dejo marchar; beba, y otra vez intente recordar los actos que comete.

El verificador se volvió hacia el robot camarero, tomó su placa de identidad y la colocó en un pequeño compartimento acondicionado a tal efecto, al tiempo que decía:

—Verificador 313. Puede dejar irse a este hombre.

Se dirigió después a Clint con un tono meloso:

—Voy a refrescar su memoria, señor Dubois: nada de lo que hace usted se nos escapa; sabe usted tan bien como yo que podemos encontrar las huellas de todos sus actos. La próxima vez, no escapará de todo ello tan fácilmente.

La puerta de plata maciza se abrió súbitamente ante él, salió a la pequeña callecita y desapareció.

Clint se sentía desamparado: por una parte se sabía incapaz de resistir a la atracción del alcohol, por otra parte conocía sus consecuencias y principalmente la pérdida de la memoria. No había solución. Para animarse, pidió al robot camarero un triple seco y lo bebió de un trago. El calor de aquel sedoso brebaje le pareció bienhechor; sin embargo, no aclaró sus ideas, puesto que decidió consagrar aquel día, una vez más, a emborracharse.

Aquella mañana, Clint Dubois se levantó de muy mal humor; sus labios tenían el sabor de un paquete de sal gorda, su lengua la forma y el espesor de una estera, sus ojos eran pequeños y estaban inyectados en sangre, una jaqueca en forma de sierra circular le cortaba la parte superior de la caja craneana. Se levantó con precaución de su hamaca sin hilo ni tela, posó un tímido pie en la moqueta de visón sintético, después, titubeando, se dirigió hacia el cuarto de baño. Refunfuñando, metió la cabeza en el afeitador y, algunos segundos después, la sacaba roja, lisa, limpia y reluciente como un pellejo de cuero. Inmediatamente se hizo untar el cuerpo en lana y salió a la calle sin ninguna razón válida.

El aire no le hizo ningún bien; por el contrario, le parecía que todas las confusiones que había sentido en su despertar se intensificaban para transformar su cuerpo en una especie de trompo. Se arriesgó en la gran perspectiva desierta que barría un viento helado. Andaba con el cerebro vacío. Los últimos rastros de nieve negra se fundían en un vapor gris y cobrizo que torbellineaba en espirales concéntricas.

La voz que oyó resonar a su espalda le hizo el efecto de una descarga eléctrica; saltó como un gato sorprendido.

—¿Cómo se encuentra, señor Dubois?

Clint se giró. Era un verificador que se parecía como un hermano a aquél del otro día: el mismo rostro lunar, las mismas grandes orejas, y aquellos ojos redondos de un azul pálido y vidrioso, aquella boca de labios carnudos e irónicos, y finalmente aquella misma nariz tan pequeña que no creaba ninguna sombra en medio del rostro.

—Es para una confrontación —dijo el espantajo.

Clint pensó en replicar que rehusaba, pero se abstuvo, seguro de la mala nota que le valdría aquella tentativa de rebelión.

—Está bien, le responderé.

—¿Qué hizo usted ayer por la noche, señor Dubois?

—Estuve en casa de unos amigos —respondió calmadamente.

—¿Y qué hizo usted en casa de aquellos amigos?

—Bebimos, discutimos... es todo, creo.

—¿Podría citarme usted el nombre de algunos de esos amigos?

—Estaban Colas Twist, Lucie Delmore, Paul Anvieux, Edna Marlowe —respondió Clint con una voz firme—. Edna Marlowe, con quien hice el amor.

—¡Eso es lo que yo esperaba! —gritó el verificador—. Edna Marlowe no estaba allá. Ha mentado usted, señor Dubois, ha sido sorprendido en flagrante delito.

—... Pero yo no afirmaba nada... yo...

—Usted ha dicho que había hecho el amor con Edna Marlowe, señor Dubois —dijo el verificador con un tono severo—. Y esta afirmación queda desmentida por la confrontación: es todo lo que tengo que decir contra usted.

Tendió a Clint su placa de identidad, y este la cogió instintivamente: inmediatamente, su cuerpo se inmovilizó en la posición en que se encontraba. El verificador tomó su micro portátil y llamó a un camión de recogida. Después descendió la escalera que conducía al subsuelo deslizante y desapareció. Un gran ovoide verde se acercó a Clint, dos pinzas lo cogieron y lo depositaron sobre el montón de hombres inmóviles que contenía.

Clint recobró la consciencia en un lugar que le era desconocido. Era una gran pieza cúbica de paredes de obsidiana; estaba tendido en la posición en que el paralizador lo había sorprendido. Su cuerpo, a algunos centímetros del negro suelo, reposaba sobre una hamaca aérea. Era incapaz de mover sus miembros, mientras que su cerebro conservaba todas sus facultades.

Clint no sabía cuanto tiempo hacía desde que había perdido el conocimiento, ignoraba incluso desde cuando había comenzado a vivir. Ante todo, sentía imperiosamente una necesidad de alcohol. Aquella falta hacía estremecer su carne entumecida, lo cual significaba que habían transcurrido numerosas horas desde que el verificador lo había descubierto en flagrante delito.

Una porción de la pared de obsidiana, que daba frente a la hamaca de Clint, se corrió hacia un lado, relevando una sucesión de pasillos que se perdían en una penumbra cobriza. Añadida a aquella sed de alcohol que le torturaba, Clint experimentaba igualmente el urgente deseo de rascarse; la lana que cubría su cuerpo no había sido disuelta cuando había perdido el conocimiento, y su epidermis sentía la necesidad de respirar. Aguardaba impacientemente la llegada de algún ser humano por la nueva abertura. Fuera quien fuese, podría traer un alivio a su angustia y a sus tormentos físicos. Cuando la pequeña silueta apareció al final de la sucesión de corredores y se aproximó lentamente a él, reconoció a Jeff Smith... y aquella visión lo condujo varios años hacia atrás en el tiempo.

—¡Le llaman de Ganímedes, señor Dubois; comunicación urgente! —murmuró distintamente el standard alojado en el despacho.

Clint pensó que era de nuevo Lewis que le llamaba a causa de aquel famoso asunto de transporte: algunas larvas de Ganímedes tejían sus capullos con una especie de seda metálica extremadamente fina y flexible que podía ser útilmente adaptada al vestir humano. La importación de aquella materia era un negocio considerable que, por su desarrollo, traería la fortuna al traficante que tuviera primero la idea.

Clint iba a cumplir cien años. Hasta entonces, su negocio import-export iba bien; pero no le había permitido acumular una fortuna suficiente como para gozar plenamente de la existencia. Y todos saben que a los cien años, la edad adulta por excelencia, todo hombre debe haber triunfado en la vida. Apenas algunas arrugas, en la comisura de los labios, alrededor de los ojos, indicaban el ligero envejecimiento de Dubois. Cien años era la época en que el cerebro y los músculos, el cuerpo, y la mente, alcanzaban un punto de perfecta coordinación. Todos los tanteos de la infancia, los errores de la adolescencia, la dura experiencia de lo que antiguamente se llamaba la edad adulta, desembocaban finalmente en una armonía individual. Para la mayor parte de los hombres, llegar significaba también cien nuevos años, aproximadamente, de una felicidad indecible; podía significar también, para aquellos a quienes la fortuna había abandonado, una suerte que no era conocida. Y, para Clint, la fecha fatídica se acercaba; aquel inesperado asunto de la seda de Ganímedes le hubiera sacado definitivamente de la angustia en la que vivía desde hacía algunos meses. No sabía aún si sus normas alcanzaban el punto requerido, si su cuenta bancaria era lo suficientemente estimable, si su posición social estaba bastante afianzada como para que el Estado le acordara los cien años de delicias a los cuales aspiraba ahora.

Aquellos últimos tiempos, Clint había hecho un exacto balance de sus bienes. Igualmente había interrogado a sus amigos para tantear su opinión, pero no alcanzaba a hacerse una idea precisa de su valor. ¿Podía considerarse como un hombre que había llegado a su meta o como un fracasado? Aquella misma tarde tenía que conocer la respuesta.

—No me pase la comunicación con Ganímedes, es inútil —le murmuró con una voz quebrada al videófono.

Era demasiado tarde para comprometerse, tal vez no se le acordaría el derecho de perseverar. Nadie sabía hacia qué destino eran dirigidas las gentes que eran consideradas como afortunadas; todo lo más se habían oído vagos rumores que concernían a las ciudades idílicas en las cuales disfrutaban de una existencia feliz. En cuanto a los otros, su suerte era conocida: debían trabajar hasta el fin de sus vidas, acrecentar su potencial, afanarse en construir, en edificar, en fundar, en elevarse. La ciudad estaba llena de esos viejos de cuerpo eternamente joven, que continuaban batiéndose contra la vida porque no habían tenido derecho, en su tiempo, al retiro ideal.

Clint miró su escritorio: era una hermosa masa de piedra pulida, en el interior de la cual estaban engastados los botones, los cuadrantes, los altoparlantes que le permitían trabajar. Bruscamente, aquella visión lo desanimó. «No pasaré el resto de este día consumiéndome aquí», pensó. Y Dubois, cuya sobriedad era legendaria, decidió consagrar su tarde a beber, mientras esperaba a que el consejo decidiera su suerte.

Cuando regresó, por la noche, con la calzada deslizante, el último sol artificial se apagaba. Clint conseguía mantenerse difícilmente en pie, su sentido del equilibrio estaba atrofiado, murmuraba algunas frases indistintas, sus ojos hinchados miraban vagamente. Franqueó dificultosamente el portal de su casa particular. Su criado lo acogió con la más perfecta indiferencia y pasó una segura mano bajo su brazo a fin de guiarle hacia los pisos superiores. Era un servidor electrónico.

Su mujer se precipitó a su encuentro, con el rostro cubierto de lágrimas.

—¡Querido, van a llevársete, has conseguido el retiro feliz! Siempre habías pensado que esto no sucedería. Ya lo tengo todo preparado para que no llegues tarde.

Llevó las manos a su rostro. Clint la miró oscilando sobre sus piernas; respondió, trabucándose:

—Estoy contento, yo, estoy contento.

Y se derrumbó al suelo.

Un cuarto de hora más tarde se despertó; el robot electrónico le había prodigado todos sus cuidados y la borrachera prácticamente había desaparecido de su cerebro.

Era aquel mismo hombrecillo, Jeff Smith, aquel que llegaba ahora por la sucesión de corredores hasta la habitación de obsidiana, quien lo acogió aquel día.

—Sí, señor Dubois, tengo el derecho de anunciarle esta buena nueva: el consejo ha decidido que tenía usted derecho a su descanso definitivo en la ciudad feliz. Imagino que estará usted contento —añadió con una sonrisa—; esto prueba que usted ha llegado a su meta... a la meta que usted mismo se había fijado.

Clint se volvió hacia la mujer que sollozaba.

—Pero, ¿debo abandonar así a mi esposa? Siempre hemos vivido juntos, de hecho

todo lo hemos realizado en común. ¡Ella es tan responsable como yo!

—Su mujer no tiene aún su edad, señor Dubois; tal vez tenga derecho a seguirle dentro de algunos años.

Clint no recordaba las frases que había pronunciado en su embriaguez; amaba sinceramente a su mujer y no comprendía que las contingencias sociales le obligaran a abandonarla, principalmente ahora que se había convenido en considerarle como a un hombre que había alcanzado su meta. Se sentía a la vez turbado y contrariado. El representante del gobierno no le dejó tiempo para entretenerse en sus reflexiones.

—Es preciso que se despidan aquí mismo, señor Dubois; tengo que hablarle largamente antes de conducirlo a la ciudad feliz. Les dejo una media hora.

Y, conducido por el servidor, Smith ganó el pequeño salón.

Clint estaba al borde de las lágrimas, jamás en su vida se había sentido de aquella manera. Las despedidas habían sido horribles, su brevedad había acrecentado aún más la intensidad. Su vida le parecía ahora como un semifracaso. El representante del gobierno estaba sentado descuidadamente en un sillón de nácar sintético y lo estudiaba con benevolencia:

—Ahora que estamos solos, señor Dubois, es preciso que le prepare para su nueva existencia. Antes tengo que decirle que el retiro no es considerado por el gobierno como una recompensa, sino más bien como una abdicación. Debido a que usted ha realizado finalmente sus ambiciones, se admite que su vida es a partir de ahora inútil a la sociedad. Así que le retiramos del ciclo normal de las cosas para conducirlo a la ciudad feliz.

—Pero, yo creía... —balbuceó Clint.

—¡No me interrumpa, se lo ruego! —Después, en un tono más animosa, añadió—: Como por otro lado es normal estimar que el último día que haya vivido uno en libertad representa el ejemplo más perfecto de lo que uno podría desear en la tierra, el gobierno ha decidido que cada retirado tenga la oportunidad de revivir hasta su muerte la última estancia que organizó en nuestro mundo social. Con algunas alteraciones, por supuesto; usted podrá comprender fácilmente, señor Dubois, que es difícil unificar todos los caracteres humanos y que una perfecta yuxtaposición de los últimos acontecimientos relativos a cada personalidad es prácticamente irrealizable. Así que vamos a condicionarle a fin de que pueda conseguir perpetuamente una aproximación a sus últimos instantes, al menos hasta que sea usted borrado del número de los vivos...

—¡Pero esto es abyecto! —gritó Clint—. ¿Por qué no mejor suprimirnos?

—Por humanidad, señor Dubois. El gobierno no puede permitirse el atentar contra la vida humana; sería desprestigiar los derechos más naturales del ciudadano.

Jeff Smith hizo un signo, y el servidor sujetó sólidamente con sus brazos de plaxana el cuerpo de Clint a fin de inmovilizarlo.

—¡Ah!, una última cosa, señor Dubois; no hemos logrado aún un

condicionamiento perfecto de nuestros retirados; así que algunos de entre ellos llegan a tener conciencia de su vida e intentan una rebelión. Afortunadamente, hemos encontrado un ingenioso remedio a esta eventualidad. Su vida cotidiana será filmada y registrada; un equipo de verificadores podrá, en el transcurso del día, interrogarle sobre lo que hizo la víspera. Si, por casualidad, hallaran que sus aseveraciones no coinciden con la realidad de los hechos, consideraremos que su vida es un peligro para la sociedad, y nuestros conceptos humanitarios deberán inclinarse ante la ley.

Jeff Smith iba a franquear nuevamente su puerta. Clint revivía los últimos instantes de su pesadilla: su existencia, aquel mismo día que pasaba y volvía a pasar como una cinta magnetofónica cuyos dos extremos estuvieran unidos, siempre la misma, hecha de permanencias más o menos prolongadas en los bares de una ciudad aterradora donde otros zombis reptaban como larvas.

«—Esta vez voy a verme liberado de todo esto —pensó Clint—. Van a condenarme a muerte, he pretendido haber hecho el amor con Edna Marlowe cuando esto no era cierto. Es una falta, una terrible falta, pero antes no había tenido ocasión de cometerla». A medias embrutecido por aquel alcoholismo cotidiano, condicionado a aquella decadencia de borracho empedernido, no había podido nunca recuperar su libre albedrío a fin de falsear voluntariamente los datos de su vida y de gritarlos a la cara del verificador. Pero, finalmente, la suerte había actuado en su favor. Seguramente iban a ejecutarle.

Jeff Smith dejaba florecer una amplia sonrisa al acercarse a Clint:

—¡Ah, señor Dubois! Tengo una buena noticia para usted. El verificador cometió una grave negligencia, por la cual va a ser severamente castigado, puedo asegurárselo. Edna Marlowe está muerta desde hace varios días; usted no tuvo pues relaciones con ella, y aquel indigno funcionario le presionó a confesar una falsa verdad al omitir, por rutina, el tomar sus informaciones en el confrontador. Así podrá usted seguir gozando de su feliz retiro hasta el final de sus días...

# Lorelei

Jacqueline H. Osterrath

Burton dejó caer nuevamente sobre su escritorio la estereografía que examinaba y suspiró profundamente.

—¿Dificultades, Vince? —se informó Laura Muselli, su asistente, que se afanaba perforando fichas para apaciguar el insaciable apetito de los cerebros electrónicos.

—Venga a ver —dijo el joven.

Le tendió la imagen en tres dimensiones de una verdeante isla. Tomada a contraluz, la línea de las montañas se destacaba sobre el cielo pálido como los dientes de una sierra bien aguzada.

—Formación geológica reciente, si se juzga por la falta de erosión. Origen plutónico sin duda.

Vince esbozó una sonrisa.

—Reciente... Cuanta razón tiene. Las muestras tomadas revelan que esta isla — más bien un continente— surgió del mar hace un siglo o poco más. Es la única tierra emergida de todo el planeta, pero Plonka (ya sabe usted que es una autoridad en la materia) piensa que todo el planeta se halla en plena gestación: no tardarán en emerger otros continentes, afirma.

Laura alzó sus finas cejas, que subrayaban un rostro de nácar iridiscente.

—Y bien —dijo—, ¿por qué suspira entonces? He aquí nuevos espacios vírgenes, cuya esperanza se ofrece a los colonos. ¿No es acaso su tarea solamente el recensar la extensión, las riquezas y, en caso de que existan, los peligros?

Vince le tendió otra estereografía. Tomada desde más cerca, mostraba, entre el mar y las montañas de silueta fácilmente reconocibles, una vasta extensión de bosques y de campos cultivados; una pequeña aldea se extendía al abrigo de una caleta.

Laura comparó las dos imágenes.

—Si no me equivoco, está usted trabajando en estos momentos con informes procedentes de Kappa 19 B 27, en la Constelación del Cisne, un sector que nuestras astronaves exploran por primera vez.

—Exacto. Nadie, antes de Ladyslas Plonka y su equipo, ha puesto aún el pie en este planeta.

—Y, según el tipo de aglomeración que me está mostrando —Laura golpeaba la estereografía con la punta de sus uñas, cada una de las cuales llevaba encajado un minúsculo espejillo— es muy poco probable que esos indígenas conozcan la navegación interestelar. Debemos concluir, pues que otros seres distintos a nosotros

(¿los algolianos tal vez?) han tomado posesión de esta isla.

—Mi querida Laura, ¿por qué complicar la cuestión de esa manera? Los algolianos, usted lo sabe bien, no gustan de alejarse de sus bases. ¿No sería más sencillo imaginar que se trata aquí de una raza autóctona?

—¡Imposible! Dice usted que este continente cuenta apenas con más de un siglo de edad. En tan poco tiempo, esa flora lujuriente no habría podido desarrollarse por sí misma; algunas algas a lo sumo se habrían adaptado, musgos, líquenes. El proceso es inmutable para todos los planetas: son precisos milenios para que el celacanto se decida a salir del océano original. En esos cien pobres años, este paraíso verde no ha podido crecer y prosperar; han sido necesarios, para crearlo, seres venidos de más allá, aportando con ellos las simientes necesarias.

Burton sacudió la cabeza con obstinación.

—Se trata, se lo repito, de una raza autóctona. ¿Comprende ahora por qué suspiraba hace un momento? ¿Nos hallamos aquí en presencia de una anomalía de la naturaleza! Este planeta, que el mar recubre enteramente, a excepción de esas orillas, se halla habitado por un pueblo muy antiguo (al menos Plonka lo afirma así) que vive bajo el agua, pero capaz, al modo de las ballenas y de los delfines, de mantenerse en la superficie un tiempo más o menos largo. Esos seres, sin embargo, no son realmente anfibios: no sabrían en ningún caso subsistir en tierra firme.

—¿Pero y esa aldea, al borde de la bahía? Usted decía...

—Déjeme terminar. Esos indígenas —llamémosles los neptunianos, si usted quiere— son netamente humanoides y, puesto aparte su sistema respiratorio, se hallan muy próximos a nosotros en el plan biológico. Ladyslas ha podido confirmarlo, aunque haya tenido pocas relaciones con ellos. Por el contrario, tuvo ocasión de entrar en contacto con aquellos a los que denominaré como continentales o mutantes. Se trata en este caso, sin ninguna duda posible, de una rama desprendida de esa raza neptuniana y que, en el espacio de un siglo, ha encontrado el medio, no solamente de adaptarse a la existencia al aire libre, sino también de extraer del océano, o del diablo sabe de dónde, la flora de donde crear su nuevo hábitat.

—Las mutaciones existen —dijo Laura Muselli—, pero jamás a ese ritmo.

—Tengo por supuesto la intención —concluyó Vince, pasando la mano por sus cabellos completamente rojos— de hallar el origen de esta anomalía y de poner en claro toda la historia.

A la mañana siguiente, Burton llegó más tarde; Laura, viendo sus ojos brillantes de excitación, adivinó que se hallaba sobre una pista.

—¿Ha resuelto ya nuestro problema de ayer? ¿Le ha revelado ya sus secretos Kappa B. del Cisne?

—Por el contrario, me ha aportado aún otro enigma.

Tomando el fajo de papeles puestos sobre su escritorio, lo hojeó.

—Lea.

—Composición del aire, gravitación, naturaleza del suelo, todo esto me parece absolutamente normal. Su Kappa B es un planeta tipo Tierra... ¿a dónde quiere usted llegar?

Vince extrajo unos papeles de su bolsillo.

—He aquí la copia de un informe establecido por el teniente Reinold Reydt. ¿Qué piensa usted de ello?

—Bien... Se trata aquí de un planeta de los menos acogedores, con atmósfera de amoníaco y, sobre todo, de metano; la temperatura alcanza los 150°. ¿Cuál es el interés?

—Laura, tómese la molestia de verificar las coordenadas.

—¡Pero si son las mismas! O Plonka se ha equivocado, lo que considero imposible, o su teniente... ¿Cómo lo ha llamado usted?

—Reydt.

—¡Reydt es un mentiroso empedernido! Burton asintió.

—No existe, en efecto, ningún parecido entre Kappa B y «Lorelei», como ha bautizado Reydt a este planeta.

La joven sacudió la cabeza.

—Esto no tiene relación: ese nombre de leyenda y ese infierno de hielos y de gases mefíticos; a menos que Reydt tuviera un sentido muy desarrollado del humor negro. Por otro lado —continuó—, ¿cómo puede pretender Plonka ser el primero en haber desembarcado en Kappa B? ¿Ignoraba acaso la existencia de ese precedente? Esto parece inverosímil.

—No tanto —dijo Vince—. Todo planeta habitable, incluso si no es inmediatamente colonizado, atrae grandemente la atención. ¿Pero qué importancia puede tener un desgraciado planeta privado de calor y de oxígeno? Se han reconocido innumerables planetas así; son catalogados, y duermen en la memoria de los cerebros electrónicos, de donde, salvo imprevistos, nadie se preocupará nunca de ir a despertarlos.

—¿De cuándo data ese informe? —preguntó Laura.

—Es ya viejo. Noventa años. Lo he estudiado cuidadosamente. Toda la historia es por lo demás curiosa en sí misma: en aquella época, un grupo de emigrantes puso pie en Nueva-Masuria. Ese planeta disponía de importantes riquezas naturales; pero, para facilitar su instalación, faltaban aún muchas cosas a sus habitantes. Se les envió pues una astronave, la *Perla de Paimpol*, cargada de material, de útiles, de cereales diversos y de óvulos fecundados, a los cuales una incubadora, en el momento deseado, aseguraría su desarrollo: ya que es más fácil, ciertamente, transportar una vaca de Sol III o un caprípedo de Markad VII cuando se hallan aún en ese estadio que en su forma viviente.

»Reydt fue designado para este viaje.

»Las astronaves son construidas de tal forma que podrían navegar fácilmente sin tripulación; pero las compañías mercantiles, prudentemente, prefieren poner al menos

un hombre a bordo para prevenir todo fallo de los robots. Por otro lado, un piloto, recién salido de la Escuela de Astronáutica, como lo era entonces Reinold Reydt, ¿no era acaso el más perfeccionado de todos los robots?

»La *Perla* partió pues, para no llegar a su destino más que con tres meses de retraso; se la imaginaba ya completamente perdida.

»Reydt explicó que, después de su paso a hiperpropulsión, se encontró presa en un nudo del espacio-tiempo, que lo había desviado totalmente de su ruta inicial; emergiendo en la Constelación del Cisne, en las inmediaciones de un planeta, había juzgado preferible aterrizar para verificar sus instrumentos de a bordo. Después volvió a partir, alcanzando esta vez Nueva-Masuria sin dificultades. Ni siquiera se había dado cuenta de la distorsión temporal sufrida durante su viaje.

»Ese tipo de aventura, si bien raro, no es sin embargo, excepcional. Se clasificó pues el asunto, felicitándose de que Reydt no hubiera sufrido más que tres meses de retraso, y no tres decenios, o incluso tal vez tres siglos.

»A la luz de los acontecimientos actuales —continuó Vince—, las cosas ya no aparecen tan simples. Así pues, me he informado sobre ese Reinold Reydt; hace poco tomó su retiro y, por suerte, no vive en el otro lado de la galaxia, sino en este mismo planeta. ¿Qué diría usted, querida Laura, de ir a efectuarle conmigo una pequeña visita?

—Cuando usted quiera, Vince.

La heliesfera sobrevolaba a poca altitud el amontonamiento oscuro del bosque; este, de enorme extensión, aseguraba la renovación del oxígeno y del agua necesarios a las gigantescas ciudades donde vivían los hombres. Estos últimos, empujados por el instinto gregario y por la atracción de los placeres ofrecidos por la metrópoli, habían desertado poco a poco de pueblos y campo. La síntesis química de los alimentos suprimía, en un amplio campo, toda explotación agrícola.

—Su Reydt —dijo Laura— me parece un original. ¿Cómo, en lugar de un confortable apartamento en la ciudad, puede preferir una vieja casa al borde del mar, con un robot por toda compañía?

—Sobre gustos... Creo que nos acercamos. ¡Sujétese!

La heliesfera, de golpe, picó como una piedra hacia la línea dorada de una playa; el aparato rozó las olas en un estallido de espuma, volvió a tomar altura, para caer de nuevo, dando un violento bandazo a babor. Vince aterrizó finalmente, con tanta violencia que los patines se hundieron en la arena. Levantando el domo de diafanita, saltó a tierra y dio una vuelta alrededor del aparato para apreciar los posibles desperfectos. Inmediatamente, pareció abismarse en el examen del motor.

Laura descendió a su vez y, al ver aparecer a dos siluetas al final de la playa, comenzó, acompañándose con grandes gestos, a gritarle a Vince reproches sobre el tema: «¡Uno no propone a una chica el ir a admirar el crepúsculo en el océano cuando no posee, para conducir, más que una antigua burbuja que se remonta al diluvio!».

—¿Qué hacemos ahora? —gimió—. Hemos aquí perdidos lejos del mundo, y usted es, imagino, demasiado mal mecánico como para reparar cualquier cosa. ¡No volveré a salir con usted!

—¿Puedo serles útil? —dijo una suave voz tras ellos.

Los jóvenes se volvieron. Había allí un hombre, alto y delgado, con una frente amplia de soñador bajo los cabellos rubios cortados cortos; solo sus ojos, de un azul pálido y como ahogados en bruma, traicionaban su avanzada edad. Laura le dedicó una radiante sonrisa.

—¿También ha venido usted a contemplar el mar? ¡Entonces, puede usted llevarme de regreso a la ciudad! Tanto peor por Vince: ¡tendrá que apañárselas solo!

El recién llegado sacudió la cabeza.

—Vivo aquí, muy cerca; esa duna les oculta la casa.

Laura abrió unos ojos muy grandes.

—¡Aquí! ¿Cómo puede alguien vivir en el campo? ¿Está usted completamente solo?

—No —mostró la silueta inmóvil a su lado—. Tengo a mi robot. Estamos juntos desde hace tanto tiempo que me conoce, creo, mejor que yo mismo. Su compañía me basta y... —tuvo una breve sonrisa—, espero que la recíproca sea igual. Pero olvidaba presentarme: me llamo Reinold Reydt. Y ahora, ¿me permitirían auscultar ese motor?

No le fue difícil descubrir la causa de la avería que Vince, es inútil decirlo, había provocado.

—Poseo una esfera del mismo modelo y dispongo de algunas piezas de recambio; ¿quieren venir conmigo a buscarlas? Sería feliz, igualmente, de ofrecerles algún refresco.

Vince y Laura, con caras largas, como dos enamorados tras una discusión, siguieron al viejo astronauta; el robot cerraba la marcha.

La casa era un cubo de sintelita blanca, con amplias ventanas que se abrían sobre el mar. El robot se atareó, trayendo una bandeja, vasos y bebidas heladas. Lo colocó todo sobre una mesa baja. Reydt se inclinó para descorchar una botella.

Vince aprovechó que ambos le daban la espalda para barrerlos con una ráfaga de su pistola psi.

Era un arma reservada a la policía y a las tripulaciones de astronaves en las zonas de exploración peligrosas; su uso estaba, por otro lado, estrictamente prohibido. Pero Burton había juzgado que le proporcionaría el medio más simple de alcanzar el misterio que le preocupaba.

Había solicitado, pues una pistola psi a su camarada Ladyslas Plonka, que le había hecho ese pequeño servicio sin hacer preguntas.

Reydt y el robot permanecían inmóviles ante la mesa, helados en la actitud en que les había sorprendido el rayo; no se moverían más que bajo las órdenes de Vince. Los dos jóvenes aprovecharon para examinar la habitación en la que se encontraban.

Ocupando casi toda la superficie de la casa, no contaba más que con muy pocos muebles. Una estantería, con instrumentos bien cuidados, alineados en los diversos estantes, ocupaba uno de los ángulos. Una pequeña mesa de juego tenía un ajedrez encima. Reinold y su androide habían debido, al ver a la heliesfera perder altura, interrumpir una partida que ya no podrían reemprender, ya que, aprovechando su ausencia, un gran gato negro se había echado a todo lo largo en medio de los dispersos peones. Ante la bahía, un caballete presentaba una tela inacabada; una paleta, pinceles y tubos de colores se hallaban esparcidos un poco por todos lados y, en los muros, se alineaban otras telas, esas ya acabadas.

Laura y Vince las contemplaron sin decir una palabra. Tratadas en un estilo ingenuo y con colores brillantes, ofrecían un muy buen resumen de los paisajes y de las escenas que puede conocer un astronauta en el transcurso de una larga carrera. Pero, destacándose sobre los demás por su insistencia, un tema acudía constantemente, como motivo central: un horizonte de montañas dentadas y, en una playa de arena negra, una joven, muy hermosa, peinando sus largos cabellos de oro con un peine ornado de pedrerías. La espuma, como un flujo de perlas, venía a bañar sus diminutos pies desnudos.

*En Bacharach había una hechicera rubia,  
que dejaba morir de amor a todos los hombres a su alrededor.*

Recitó suavemente Laura.

—Sí —dijo Vince—, y vamos a saber finalmente por qué el doble recuerdo de una ninfa renana y de un lejano planeta (ya que se reconoce sin esfuerzo en estos cuadros el dibujo característico de los montes de Kappa B), parece haber impresionado tan fuertemente a nuestro anfitrión.

Se volvió hacia el hombre helado en su inmovilidad.

—¡Reydt! Acérquese, Reydt.

El astronauta, con un andar pesado, se dirigió hacia los jóvenes; después se detuvo frente a ellos, muy erecto, como en posición de firmes.

—Reinold Reydt, he leído su informe sobre el planeta que usted llama Lorelei. Mintió a sabiendas, ¿no es verdad?

—Sí. Es exacto.

—¿Por qué emergió en el sector del Cisne? Era desviarse de su ruta.

—Dije la verdad sobre este punto. Me encontré presa en un nudo del espacio-tiempo y, para verificar la astronave, tuve que aterrizar en... —su voz vaciló— en la isla.

—Al borde de un océano de amoníaco helado —ironizó Burton.

—No. Un sol claro, una brisa de primavera, y los charcos de una reciente oleada brillando como escudos de plata en un suelo negro, torturado, devastado, ardiente aún, al parecer, con todos los ardores de una sacudida plutónica. Ni una hierba, ni una

flor, ni un pájaro. En la arena, algas abandonadas por el oleaje, de todos los colores, como guirnaldas tornasoladas o rosas deshojadas. Me coloqué mi escafandra y salí. Mis botas se hundían en la arena. Vi huellas, recientes ciertamente, que me hicieron creer en una presencia, humana tal vez, humanoide probablemente. Pero me equivocaba. No eran más que grandes peces, otarias más bien, con un perfil recortado y amplios ojos glaucos, aletas desarrolladas como brazos y una larga cola bífida; su piel lucía como cuero verde oscuro y muy liso. No pude verlas de cerca; se sumergieron en el mar al verme. Después... —Reinold vaciló—. Yo era entonces muy joven. Esta puede ser mi disculpa por haber prescindido de todas las reglas de prudencia que nos han inculcado en la Escuela Astronaval: me quité mi casco y me tendí en la arena. Estaba más fatigado que Ulises regresando a Itaca después de cuatro lustros de ausencia, y dormí... una hora, un día, no sé. Cuando desperté, ella estaba allí.

—¿Ella?

—Sí —con un gesto, Reinold mostró los cuadros en la pared—. He intentado recrear su imagen.

—Una estereografía —preguntó Vince—, ¿no hubiera sido más fiel?

Reydt barrió la objeción con la mano.

—Ni siquiera tuve la idea, por el momento al menos. ¿Por qué perder mi tiempo fijando una fría imagen en tres dimensiones, cuando la tenía toda entera, toda para mí, mis brazos alrededor de su talle, mis labios sobre sus labios, y el mismo amor que nos consumía a ella y a mí? Nos amamos bajo el sol y, por la noche, bajo las estrellas, donde llameaba Deneb, como una antorcha colgada en pleno cielo. Era más bella que todos los sueños. Le pregunté su nombre. Sonrió: «El que tú me pongas».

—¿Qué lengua hablaban? —interrumpió Vince.

—Ni siquiera sé si hablábamos. Nuestros pensamientos se acordaban, y nuestros cuerpos también. ¿Teníamos necesidad de un lenguaje? Ella estaba desnuda, con sus cabellos como una cascada de oro y su peine ornado de esmeraldas; la arena la cobijaba como un estuche de terciopelo. Muy pronto, quise para ella más aún: un cuadro que, verdaderamente, le fuera digno. Escogí entre las plantas de las bodegas, conecté el incubador. Las lluvias habían ya mullido el suelo volcánico y enfriable. Las semillas brotaron, creciendo más aprisa que las lianas-abanico en las junglas tropicales de Sirrah; alisando sus nuevas plumas, los primeros pájaros cantaron en las ramas, y Lorelei, en el umbral de aquel paraíso verde, sonreía tendiéndome los brazos. Y después...

La voz de Reinold se quebró; pareció de golpe muy viejo.

—Y después, el sueño se convirtió en pesadilla. Bruscamente, recordé que era un oficial del Espacio, que tenía una misión que cumplir; los colonos de Nueva-Masuria esperaban aún el precioso cargamento que había recibido orden de llevarles.

«Deber, honor, disciplina. Todas esas grandes palabras que, tan solo la víspera, se me aparecían como pálidas y desprovistas de sentido a la claridad de nuestro amor,

me azotaban ahora como latigazos. Lloré en el hombro de Lorelei, que mezclaba sus lágrimas con las mías. La besé una última vez. Pero ya no era su amante. Había vuelto a ser el teniente Reydt, al servicio del Imperio Galáctico.

—¿Y partió?

—Sí.

—¿Por qué falsificó su informe? Le hubiera sido fácil dar una descripción correcta de ese planeta sin mencionar su... su bella amiga.

—Sabía que ese sector del Cisne aún no había sido explorado y no lo sería sin duda durante mucho tiempo, a menos que la certeza de encontrar en él un mundo habitable no inflamara el ardor de los pioneros.

—Una base en aquel planeta hubiera significado el establecimiento de líneas de navegación regulares, lo que le hubiera dado el medio de regresar hacia esas orillas y volver a vera su... Lorelei.

—No —dijo Reydt—. La amaba demasiado como para querer protegerla a cualquier precio de la avidez de los terrestres; era mejor para mí perderla para siempre que imaginar nuestro Edén profanado por los demás. Lorelei —murmuró—, Lorelei, nunca te he olvidado.

—Reinold Reydt —la voz de Burton era seca—, vuelva ahora a su lugar. En tres segundos volverá a recobrar el conocimiento; usted y su robot habrán perdido entonces todo recuerdo de nuestra conversación.

Reydt obedeció, con su curioso paso de autómeta. Después, de pronto, sus párpados aletearon, sus gestos recobraron su elasticidad. Acabó de descorchar la botella que tenía en la mano.

—¡Vamos, ¿en qué piensas?! —le dijo a su robot—. ¡Nos has traído el hielo medio fundido!

El robot pareció perplejo; pero, dócil, tomó el pequeño cubo de plastargento y se alejó hacia la cocina.

La heliesfera sobrevolaba de nuevo el bosque.

Vince y Laura, cediendo a los reproches de su anfitrión, habían consentido en olvidar su fingida querrela. Reydt, rebuscando en sus repuestos, había reparado rápidamente su aparato. Habían partido y, ahora, el silencio pesaba sobre los dos jóvenes.

—Me siento a disgusto —dijo Laura—. ¡Asaltar así un alma! Esas pistolas psi son una horrible invención.

—Horrible, tal vez —admitió Vince—, pero muy útil. Nos ha permitido, sin perder nuestro tiempo en penosos interrogatorios, desvelar el misterio de Kappa B.

—El de la flora, ciertamente: surgió directamente de las bodegas de la *Perla de Paimpol*. Pero ¿y esta raza autóctona cuya existencia afirma Plonka? ¿Dónde se halla su origen?

—¿Así que no ha comprendido aún? ¡Ah, lo olvidaba! Creo haber omitido

señalarle un detalle esencial: los neptunianos, como por otro lado los mutantes descendientes de ellos, poseen, en el más alto grado, el don de hipnotismo y de la telepatía. Ladyslas y sus hombres estaban equipados con campos anti-T, que no existían aún en los tiempos en que Reydt desembarcó en este planeta. Vio allí, o creyó ver, tan solo lo que los neptunianos le sugirieron. Estos últimos, simplemente, sugirieron en su cerebro la imagen ideal que cada uno de nosotros, conscientemente o no, lleva en sí.

—¿No abrazó así a su Lorelei más que en sueños?

—¿En sueños? Por supuesto que no. Ella existía enteramente; él mismo nos ha dado una descripción muy exacta.

—¿Esta muchacha de cabellos rubios como todo el oro del Rin?

—En absoluto. Las otarias.

—Las... —Laura abrió mucho la boca—. ¿Quiere decir acaso... los cetáceos humanoides que mencionaba el informe de Plonka?

—Sí, precisamente. Ellos debieron, durante su sueño (un sueño ciertamente provocado), examinar a aquel joven teniente caído de las estrellas con un cuidado muy particular. A despecho de las apariencias contrarias, lo reconocieron como de su raza, biológicamente al menos. Constataron también que poseía sobre ellos (inquietándose por aquellas tierras emergidas que amenazaban poco a poco con reducir la extensión de su reino submarino) la superioridad de gozar de dos pulmones sólidos, hechos para la respiración en pleno aire. Gentes razonables y previsoras, los neptunianos se guardaron mucho de dejar pasar tan espléndida ocasión: debieron elegir una chica núbil que, en aras de la patria, consintió en sacrificarse para emparejarse con el «monstruo» extranjero.

—¡Qué horror! —murmuró Laura—. ¡Creer tener entre sus brazos a toda la belleza del mundo, y no estrechar más que a una otaria!

—¿Una? —dijo Burton—. Esto queda por ver.

—¿Cómo?

—Los grandes mamíferos, usted lo sabe, terrestres o marinos, no están equipados más que para dar a luz a lo más uno o dos pequeños a la vez. Y Plonka nos dice que una población numerosa habita Kappa B. Imagino pues que no fue una, sino varias voluntarias las que se sometieron a la prueba. Su progenitura anfibia, pero principalmente aerícola, formó el núcleo de una nueva raza, adaptada a las condiciones geológicas distintas a las que, de buen o mal grado, debían acomodarse los neptunianos.

—¿Qué va a hacer usted? —preguntó Laura.

—Nada. Kappa B., de poca superficie, es dominado ya por un pueblo autóctono, y tiene poco interés para la colonización. El Gobierno Galáctico no le acordará pues más que una restringida atención. Sólo los sabios podrían plantearse cuestiones en relación a los orígenes de la isla, en contradicción con todas las leyes de la evolución: y seguramente sería preciso llamarles su atención sobre esas anomalías. Pero ¿es eso

acaso útil? Redactaré, como es mi deber, un informe sobre lo que acabamos de saber; de todos modos, le ruego, querida Laura, que lo clasifique de tal manera (sé que es perfectamente capaz de ello) que vaya a perderse entre los «asuntos dormidos» y se quede allí durante algunos lustros. En cuanto a Plonka, por poco que se lo ruego, ese buen Ladyslas no rehusará contener su lengua. Y si, más tarde, mucho más tarde, el secreto de Lorelei debe ser algún día sacado a la luz, espero que Reinold Reydt esté muerto desde haga ya tiempo, ignorando todo lo que fue, en la triste realidad, su adorable amiga.

Laura, pensativamente, hizo brillar al sol los espejos de sus uñas y se contempló en ellos.

—¿No decía Reydt que todo hombre lleva en su corazón, conscientemente o no, una imagen ideal? Me pregunto, Vince, cuál puede ser la suya.

Burton, inclinándose sobre el tablero de control, conectó el piloto automático.

—Ahora que tengo las manos libres —dijo—, siento unos enormes deseos de describírsela en detalle.

# La ciudad en el cielo

Pierre Versins

Estoy obligado a confesarlo: ella nunca me ha querido, me ha rechazado con todo su vigor y por todos los medios. Al principio creí en una sucesión de coincidencias, después imaginé que era un error, un monstruoso error como el que sólo se presenta en las más horribles pesadillas, y que hubiera hecho de mí un réprobo, un personaje repugnante; de hecho, aún no he decidido si soy realmente un personaje repugnante, pero he tenido que rendirme a la evidencia: ella me odia, y es tan sólo mi presencia la que le ha hecho retraerse, qué digo mi presencia, mi aproximación tan sólo, mi olor tal vez, o simplemente mi vista. No puedo expresar mejor el sentimiento, la sensación que debe apoderarse de ella desde el momento en que estoy allí: debe parecerse a una idea de inmunda violación, con imágenes horribles o algo aproximado. Debo hacer notar que si bien no soy bien parecido tampoco soy feo, que no soy ni malvado ni mezquino aunque no posea una caridad infusa, y que llevo lentes, pero que hay otros que se parecen a mí como hermanos, llevan también lentes, y que ellos le son agradables mientras que rehúsa todo contacto conmigo. ¡Es inimaginable! Es probable que no comprenda nunca la razón por la cual ella actúa así en lo que a mí respecta. Pero estas pocas páginas permitirán sin duda a otro distinto a mí ver más claro en todo ello, y es la única finalidad que me mueve a alinear estas palabras, ya que no puedo admitir que mi situación sea única en el mundo, y tengo la esperanza de que conocer mi experiencia enseñará quizás a otros los escollos que hay que evitar. No voy a ocultar nada, espero alcanzar la sinceridad total sin caer en un masoquismo adyacente. Ni siquiera puede decirse que me haya portado mal con respecto a ella en aquella época de mi vida ya que la conocía poco, y en el primer momento sentí ya que no le gustaba de ningún modo. Fui puesto en seguida a un lado. Otros probablemente hubieran quemado sus frenos y se hubieran acomodado bien que mal en esta posición absurda. Yo no. Yo no soy de esos flojos que soportan todas las vejaciones sin respingar. Me defendí paso a paso, sin descanso, y si he sido vencido es porque ella ha empleado unos métodos perfectamente desleales contra mí, estos medios que la moral rechaza, pero que hacen cloquear de alegría al populacho, a quien nada le gusta tanto como ver a un hombre por tierra, debatiéndose contra un ataque falaz. Un hombre por tierra, impotente y sin esperanza, atado por el horror, he aquí lo que ella ha hecho de mí. Yo era un hombre como hay muchos, plácido si no calmado, alegre si no feliz, por momentos al menos, contento si no rico, y ahora no soy más que una víctima. No. Debo dejar a otros la tarea de juzgar. Aunque no tengo dudas sobre su veredicto, si ellos son honestos, no quisiera influirlos ni tan sólo un

poquito. Sé bien que el solo hecho de exponer los acontecimientos que han ocurrido, el orden en el cual los diré, el tono que emplearé para narrarlos, les influirán, subentendrán un partido tomado por mi parte. ¡Sería hermoso que yo pudiera también desprenderme de mí mismo hasta el punto de ser imparcial, fatalista, impasible! Es bien evidente que lo que diré estará teñido por mi rencor y bañado por mi opinión sobre lo que se ha producido, pero tengo confianza en la capacidad de mis lectores para restablecer, instintivamente o por razonamiento, el equilibrio entre los hechos mismos y mi interpretación de ellos, y extraer del conjunto una conclusión equitativa. Tampoco hay que tomarme por un santo o un mártir, no lo soy en absoluto. Uno puede lamentarlo, pero es así. De modo que llegué a Lausanne en la primavera de 1954. Había venido ya en algunas otras raras ocasiones, a largos intervalos, y me gustaba esta ciudad ambigua, secreta Babilonia de un inalterable buen sentido. Y después había el lago, al que llaman tanto Lemán como Ginebra, pero este último término hace hervir más bien a los lausanos, que tienen un agudo sentido de la propiedad, y a los que su situación en la cima de esta media luna lacustre llena de un vago sentimiento de plenitud y de bienestar. Habíamos bajado, mi mujer y yo, algún tiempo antes, para buscar un apartamento que nos conviniera y que no fuera sin embargo ruinoso. Annie optaba por la parte baja de la ciudad, por debajo de la estación del ferrocarril, con vistas al lago si era posible, pero mis reumatismos me incitaron a elegir la parte alta, al lado del Signal, a fin de tener aire suficiente y no demasiada humedad. Evidentemente, para alguien que no tiene la intención de sobrepasar los ciento sesenta francos por mes, no fue en La Sallaz que lo encontramos, sino al otro lado de Sauvabelin, y tuvimos que contentarnos con un inmueble nuevo bastante triste, habitado principalmente por ruidosos obreros de numerosa prole. De los dieciocho inquilinos, es algo bien simple, nosotros éramos los únicos que no teníamos niños. No, no es esto lo que ha hecho que ella me odiara, hay otra cosa. Sería demasiado mezquino por su parte. Además, estábamos un poco alejados de ella, en cierto modo la dominábamos... Se me ocurre una idea, la anoto de pasada, apta para desarrollarla ahora mismo o para volver a ella más tarde: ¿fue una especie de sentimiento de inferioridad por su parte, de sentirse dominada por mí? Oh, es absurdo decir esto. No soy el único en este caso, y ella bien ha aceptado a los demás... Creo que tendría un buen trabajo si intentara descubrir algo que yo no comparta con los demás, una cualidad estrictamente personal que fuera la llave de esta odiosa situación. Ya que todo está dirigido exclusivamente contra mí, yo soy el único en atraer su odio. Esta ramera acoge a todo el mundo en su cama salvo a mí. Y... y... las injurias no la alcanzan, ni siquiera la tocan... Nos instalamos el primero de mayo o el primero de abril. Debió de ser el primero de abril, ya que en un primero de mayo, por muy burgués que sea este país, no habiéramos hallado a nadie que nos trajera los muebles desde Villars, o que nos conectara el gas y la electricidad. Y además, recuerdo que en aquel instante había obreros trabajando en la erección de otro inmueble situado justo por encima del nuestro y que... ¡Pero qué estúpido soy!

No fue ni el primero de mayo ni el primero de abril puesto que los *meses*, aquí, empiezan el veinticuatro. Ya que los empleados comunales son pagados el día veinticuatro de cada mes. Esto es lo que me han dicho, no lo he verificado. Lo que sé es que los maestros, en el cantón de Vaud, tocan su asignación todos los veinticuatro. Lo sé porque en Villars teníamos por amiga a una regenta, como se dice aquí, que nos prestaba siempre algo de dinero con lo que terminar nuestros meses, ya que mi pensión no llegaba hasta el día dos o tres del Consulado. ¡Y aún! A menudo llegaba con retraso y, en este caso, lamentarse, sospechar o amenazar no sirve para nada. El eterno silencio de los burócratas me asusta. Sí, fue el veinticuatro de abril el día en que llegamos. Al menos, entre el veinticuatro y el treinta, ya que en Villars los *meses* terminan el treinta. Oh, es demasiado complicado, si me ahogo ya en detalles que no tienen nada que ver con el asunto no terminaré nunca. Y ya tengo prisa por ir a acostarme o a ahorcarme, aún no lo sé bien, no he tomado todavía una decisión definitiva a este respecto. Necesitaré forzosamente comprar una cuerda, y cuando digo comprar... pero es lo menos que puedo hacer puesto que aquí no tengo ninguna lo suficientemente sólida, he buscado por todos los rincones. Al principio hacía buen tiempo, un mes de mayo delirante de entusiasmo, un florecimiento casi insostenible y, por encima, el azul de un cielo deslumbrante. Ahora sé lo que se tramaba, pero entonces lo ignoraba. Ocupado en desembalar y arreglar las cosas, apenas salía, o solamente para encargos urgentes. Uno no imagina todo lo que puede llegar a faltar en un alojamiento nuevo. Las contraventanas no encajan nunca exactamente, hay que comprar pasadores nuevos, bisagras, clavos, hay un grifo que pierde siempre, si no es un radiador, las bombillas son siempre demasiado débiles, en resumen, muchos trabajos y preocupaciones acumuladas en muy poco tiempo. Con lo fácil que sería poder ir haciéndolo todo a lo largo de varios años. Todo esto hizo que al principio no advirtiera nada de nada. Puedo, por otro lado, afirmar sin mentir que durante todo el mes de mayo ni siquiera la vi. ¿Me creerán si añado que me era suficiente sentir su presencia, saber que estaba allí, muy próxima, y que dentro de poco tendría tiempo para abordarla? Miren, es un poco como cuando uno traba conocimiento con una joven, sin atreverse aún a dirigirle la palabra. Se la encuentra por ejemplo regularmente en el trolebús, yendo al trabajo por la mañana, se hace una parte del camino juntos y después se separan por todo el día o por medio día. Y vuelven a encontrarse al regreso. Esto es ya un lazo, ¿no es verdad? Sutil, lo acepto inmediatamente, susceptible de ser aniquilado por el menor contratiempo, pero un lazo de todos modos. Un día, se intercambia una sonrisa por otra sonrisa, después dos o tres palabras contra una, y muy pronto se descubren amigos sin que haya sido perceptible ninguna gradación, se sientan ambos en la misma banqueta que la gente, como por azar, deja a su libre disposición. Y después, las manos se rozan naturalmente y terminan asociándose durante todo el trayecto, expresándose mejor de lo que uno podría explicarse a través del lenguaje. Amigos, sí, lo sé, me dirán que, entre un hombre y una mujer, la amistad lleva otro nombre. Nunca pretendería lo

contrario. Bien, era semejante entre ella y yo, salvo que, por supuesto, nosotros nunca nos hablaríamos ni nos sonreiríamos. Al menos, si yo sonriera o le hablara, sabría ya que ella no me respondería con palabra o con una sonrisa. Sabía perfectamente a lo que me comprometía, pero esto no me preocupaba en absoluto. ¡Una ciudad tiene tantas otras formas de manifestarse, de insinuar su rechazo o su aquiescencia, de rodear con su presencia cálida o de expulsar! Vamos, no voy a gemir, aún no. A través de pequeños detalles, sin embargo, ya veía, en mayo mismo, que el contacto sería más difícil de establecer de lo que había previsto. ¿Cómo se hacía sentir esto? No tengo ninguna anécdota precisa por evocar, era un conjunto de hechos veniales, de acontecimientos discretos. La revuelta estaba lejos de rugir. Un corazón incluso tan advertido como el mío apenas podía darse cuenta de que algo no giraba redondo. Sí, al principio hubo el episodio de los puentes. Hay tres puentes en Lausana: el Gran Puente, el puente Chauderon y el puente Bessiére. Eran necesarios para reunir las dos partes de esta ciudad a la que un profundo barranco corta precisamente por la mitad. Pero el agua no corre debajo de estos puentes o, si la hay, algunos trabajos la han convertido en subterránea, ya que jamás la he visto. Y aún no, lo de estos puentes ocurrió en junio o en julio. Pero es precisamente del primer puente del que me acuerdo ahora. Esto no tiene importancia, voy a hablar de los puentes, tal vez recuerde luego en el camino alguna otra cosa anterior. Los puentes pues. Cuando uno llega a una ciudad, debe familiarizarse con su topografía. Es incluso curioso, ya que es precisamente lo contrario de lo que ocurre con una mujer. Si uno le pidiera a una mujer que se desnudara enteramente ante sus ojos antes de haberla rodeado de una corte en toda regla, a menos que uno sea médico o que ella sea una perdida, por supuesto, tengo la impresión de que recibiría una respuesta convenientemente tajante o al menos sería tratado de grosero. Mientras que, con una ciudad, ocurre exactamente... Veamos, veamos, me parece... ¿Me habré equivocado? ¿Quizá convendría tratar a una ciudad del mismo modo que a una mujer? Pero no, he leído en algún lugar que para conocer una ciudad es preciso recorrerla en todos sentidos antes de intentar una verdadera aproximación. Todo lo contrario que con una mujer. ¿Actué pues bien? No lo sé, ya no lo sé, es mejor continuar y recapitular después, al final de todo. Los puentes. Conocía el Gran Puente, que va de la plaza Saint-Francois a la torre Bel-Air. Es allá, precisamente a la entrada, donde está situado mi librero preferido y, cada vez que acudía desde Villars, en los tiempos en que vivía en Villars, no me olvidaba nunca de visitar las ocasiones de mi librero y al librero mismo... Oh, juro que no lo hice a propósito, yo... Conocía también el puente Chauderon porque... no recuerdo el porqué, pero no importa. Lo conocía, y esto basta. Mientras que había oído hablar del puente Bessiére sin haberlo franqueado jamás. Un día, al azar de una conversación, le pregunté a mi mujer, que ha practicado Lausana más que yo, dónde estaba situado este famoso puente. Me respondió, sin concederle importancia, estoy seguro de ello, que mi dentista tenía su consulta en Caroline y, puesto que yo pasaba por el Castillo para llegar a ella, tenía que atravesar este puente Bessiére, a menos que

me aplicara por vicio a dar un largo e inútil rodeo. Y era cierto. En mis recuerdos se hallaba incluso la placa, que había observado sin concederle importancia, pero que había quedado grabada en mi memoria, cuya imagen quiero decir había quedado grabada en mi memoria, y en la cual se expone, a continuación del nombre, por qué consejo comunal y en qué fecha fue decidida la erección de esta obra de arte con la que un tal señor Bessiére había dotado a la ciudad. Pero, del puente mismo, ningún rastro en mi cabeza o en mis pies... No, después de todo, es inútil continuar contando esta historia ridícula. Sé que he prometido decirlo todo, pero no decir forzosamente lo que amenazaría con arrastrar en el fango a la ciudad, ya que la conducta fue ignominiosa y tengo aún cuando menos un poco del alma de un caballero. Es suficiente saber que por ahí precisamente comenzó la rebeldía abierta de la ciudad contra mí, pero no quiero anticipar más de lo que haga falta. Ya se verá todo si me siguen hasta el final. Hay siempre cosas que es mejor cortar, aunque no sea más que por dignidad y por no dar la impresión de que se quiere acumular a placer... ¡Sí, más tarde, amigo, más tarde! El apartamento tomaba un aspecto confortable y original, puesto que me ocupaba por mí mismo de la decoración. Así, hubiera querido pintar por mí mismo las paredes con frescos, pero el propietario, como me convenció fácilmente mi mujer, hubiera visto probablemente mal esto. Me consolé desempolvando apresuradamente algunos cuadros muy conseguidos que suspendí aquí y allá, y que alegraron las amplias superficies unidas dándoles al mismo tiempo una significación atrevida. Mi pintura no se parece más que de lejos a aquella que sufrimos en las exposiciones y museos, aún en los consagrados al arte moderno. Es, ¿cómo diría yo? ¿Más especial? Sí, esto es, la palabra es afortunada: más especial. Como lo que escribo, por otro lado, puesto que yo escribo, es incluso mi profesión, sin extraer gran provecho de ella, es cierto, pero ésta no es mi finalidad. Hice de mi mesa de despacho, que era hasta entonces de madera blanca, un mueble polícromo impregnándolo con barniz verde, negro y amarillo-naranja. Colores sin peligro, pero las formas, por el contrario... Entonces pudimos estrenar la casa. Invité a algunos amigos, muy pocos, que teníamos en Lausana y en los alrededores, a venir a admirar nuestro interior, del que estaba con todo motivo orgulloso. Ya en el teléfono, que es un instrumento al que detesto porque impide todo contacto real entre dos seres, las cosas no fueron demasiado bien. O la mayor parte de entre ellos comprendieron mal, o no sé qué malignidad se interpuso entre ellos y yo, pero, en el día previsto, no se presentó nadie. Mi mujer había confeccionado un magnífico pastel, cuya receta le llegó de lejanos antepasados suyos, pero no hubo nadie para saborearlo, nadie más que Annie que sollozaba de vergüenza y yo. No comprendo por qué ella sentía vergüenza, mientras que yo más bien ardía en rabia. Supe después que uno de nuestros invitados había tenido que acudir al entierro de su madre política el mismo día de la recepción y que no había pensado en prevenirme. Era excusable. Otro no tenía teléfono y yo había conversado amigablemente durante tres minutos con un desconocido que se había guardado muy bien de sacarme de mi equivocación,

probablemente para reírse un poco, con lo cual aquel a quien había tenido intención de invitar no se había enterado de nada. Un tercero, que debía venir desde Bex, no había podido tomar el tren porque un poste había caído sobre la vía aquella misma mañana, cortando las comunicaciones durante una buena hora. Después, era ya demasiado tarde. Otro... y otro aún... era siempre lo mismo, una inverosímil y desafortunada casualidad, desbaratando el cálculo de probabilidades. Bien. Hasta ahora, creo que todo es claro. Tenía también mi última obra retrasada, y mi agente literario me reclamaba a gritos material sobre el cual trabajar. Pasé algunos días ante la máquina de escribir y le suministré pienso, probablemente indigesto como todo lo que le había precedido. ¡Los lectores inteligentes y valerosos se hacen tan raros en nuestros días! Tenía poco tiempo para ir a la ciudad y callejear, pero cada vez que me vestía y me afeitaba con este fin ocurría algo desagradable y ya no salía en plena forma, ya sea con un corte en la mejilla, con un pantalón arrugado, o incluso con contusiones recolectadas no sé cómo. Fue en este momento cuando comencé a preguntarme si, por casualidad... Y muy pronto tuve que admitir que ella no quería saber nada de mí. Me lo hacía saber por todos los medios a su alcance, y Dios sabe que estos medios son numerosos y variados. Cuando decidía realizar una visita, la persona a la que esperaba ver no estaba en su casa, evidentemente. Si mi mujer me rogaba que le trajera tal artículo de una Cooperativa —ella es cliente asidua de las Cooperativas— era forzosamente un jueves por la tarde, los almacenes estaban cerrados. O yo me daba cuenta de que ya no tenía más papel el sábado a las cinco en punto. Y todo del mismo modo. Me inscribí, ya que juego un poco al ping-pong, al Club de Tenis de Mesa de Lausana, esperando así integrarme a la vida de un grupo y poseer de este modo a la ciudad por la banda. Esto tampoco sirvió. Jugaba tan mal que después de un cierto tiempo ya no me atreví a ir más, temiendo ridiculizarme totalmente. Pero es por allá que se desencadenó todo, si se exceptúan mi aventura de la historia de los puentes, que decididamente no voy a contar. El local del CTM está situado en la avenida de Cour, o sea al otro extremo de la ciudad, en la parte baja, casi en el lago, a veinte minutos en trolebús o a una hora aproximadamente a pie. Se comprende que utilizara el autobús para ir hasta allí. Algunos socios, por otro lado, supe que venían de más lejos aún, de Prilly o de Chalet-á-Gobet, pero ellos jugaban bien, o al menos mejor que yo, así que no había ninguna relación entre su situación y la mía. Cuando se sepa que me hacía batir regularmente, a mi edad, por todos los juniors y los D 10, esto me dispensará de aclaraciones sobre mis débiles capacidades y mi lastimosa forma. Tomaba pues el trolebús, el 1 B, que va de Bellevaux al Bosque de Vaux. Es decir, que, para bajar, tomaba el 11, que se transforma en 1 si sube hasta las Casernes y en 1 B si sube hasta Bellevaux. No tardé en observar que, aunque me instalaba siempre en un asiento doble, esperando que alguna hermosa jovencita me hiciera el honor y el placer de venir a sentarse a mi lado y aceptar mi conversación que, no siento ningún reparo en confesarlo, es a veces aguda y espiritual, cuando me hallo en mis buenos días, pero siempre interesante, por el

contrario, desde el momento en que ocupaba mi plaza, la de mi lado permanecía vacante, por repleto que fuera el vehículo, lo cual no dejaba de humillarme grandemente, y con razón. ¿Era acaso unapestado?, pensaba con amargura. La realidad se revelaría mucho peor. Comprobé también que, desde que abandonaba mi asiento para salir del trolebús, alguien se precipitaba siempre a ocuparlo, y el adyacente también. No era pues la plaza en sí misma la que rechazaba a las gentes, sino lisa y llanamente yo. Me lavé más cuidadosamente que de costumbre, usé contra mi voluntad desodorante, creyendo en no sé qué pestilencia que emanara de mí... Cambié de lugar varias veces... En vano. Nada obtuvo resultado, quedé siempre en solo en mi asiento o a veces, como para mayor escarnio, alguna mujer muy vieja venía a depositar sus posaderas a medias en la banqueta, presta, parecía, a huir aterrorizada al menor gesto que yo esbozara. O era un hombre, muy barbudo, muy hombre, de rostro muy feroz. Pero afirmo que incluso estos dos casos eran muy raros. Fui a jugar los martes, miércoles y jueves durante varios meses, y esto no se produjo más de cuatro veces. Las conté. Creí durante un tiempo que los lausanos estaban tan atiborrados de complejos sexuales que la sola proximidad de un hombre púber les causaba un miedo espantoso, o que ellas se creían deseables hasta el punto de no poder codearse con un varón sin empujar a éste a saltar sin más sobre ellas, fuera cual fuese el resultado desde el punto de vista penal. Había seguramente algo de esto, pero no era sin embargo suficiente para explicarlo todo... Me vi forzado muy pronto a comprender. Y me vengué a mi manera, que es franca y no esquiva como la de muchos hombres y mujeres a los que conozco. No la de los niños, no, los niños hubieran elegido precisamente mi forma de vengarse. Había observado que, para hacer detenerse al autobús en las paradas facultativas, bastaba con pulsar un botón, y una pequeña luz roja se encendía ante los ojos del conductor, y la palabra parada se inscribía en blanco sobre fondo rojo en la parte anterior del vehículo. Desgraciadamente, tanto a la ida como a la vuelta los puntos donde yo descendía eran paradas fijas: Les Cédres en la ida, Bellevaux a la vuelta. Bellevaux mismo era la terminal del 1 B. Pero sorteé hábilmente la dificultad pulsando un poco más lejos que Les Cédres, no en la parada siguiente, cuyo nombre he olvidado, y que es también una parada fija, sino en la otra, que es facultativa. Allí era preciso utilizar el botón. Pagaba dos monedas de a cinco más y tenía que retroceder 350 metros, pero no me importaba. Tendía pues mi tarjeta, en la cual el cobrador taladraba lo que tenía que taladrar, me sentaba y esperaba. Después de la parada de... de la parada cuyo nombre no recuerdo, estaba listo, había calculado bien el tiempo. Cuando el trolebús llegaba a toda velocidad a algunos metros de la parada facultativa en la cual iba a bajar, saltaba como movido por un... sí, y pulsaba el botón. Entonces, con un chirrido de los neumáticos, el conductor hacía detenerse su pesada máquina y yo me sentía satisfecho. Descendía sin mirar atrás. A la vuelta no había nada que hacer, ya que no me atrevía a usar el botón si no tenía la firme intención de bajar del vehículo. Evidentemente, corría siempre el riesgo de que alguien me precediera, pero la parada

en cuestión era poco frecuentada. Empleé este truco con éxito durante largo tiempo, y los conductores empezaron a conocerme. Pero para que no tomaran la costumbre de detenerse por ellos mismos en la parada que había elegido, cuando estaba allá y me veían en su retrovisor central, saltaba fuera de mi asiento a veces en la parada que precedía a Les Cédres. De modo que mi imprevisible comportamiento los despistaba casi siempre, en sentido figurado, se entiende. Hubo algunas veces en las que el conductor hizo como si no hubiera visto su pequeña luz roja. Entonces no me quedaba más remedio que andar 150 metros más, maldiciéndole. Pero por regla general puedo decir que no tuve ninguna queja en relación con el personal de los Tranvías Lausanos. Cumplían con su oficio a maravilla, sin rezongar. Y es aquí donde se manifestó, en pleno día por primera vez, sí, estoy persuadido de ello ahora, antes de los puentes, la animosidad de la ciudad. Llegó un tiempo en el que ya no pude tomar ningún medio de transporte comunal. En absoluto, hiciera lo que hiciese. Los trolebuses pasaban ante mis narices en el momento en que llegaba a la parada. Si esperaba al siguiente, siempre algún espectáculo inusitado desviaba mi atención en el preciso momento en que debiera haber subido. O la puerta se cerraba antes de que hubiera podido entrar. A, si me hallaba en una parada facultativa, como por casualidad el conductor giraba la vista a la derecha en el momento en que le hacía señales, y veía desfilar casi rozándome el rostro la muralla azul del monstruo, lanzado a toda velocidad. Usé mis zapatos y me fatigué mucho durante este período. Después, como si esto no hubiera sido más que una lección usada contra mí, todo volvió al orden y conseguí hacerme admitir nuevamente en los trolebuses y los tranvías. Hubiera podido, por supuesto, utilizar taxis, sobre todo teniendo en cuenta que en Lausana existe desde hace poco tiempo lo que se llama los micro-taxis, cuya tarifa no es más que cincuenta céntimos por kilómetro, con una toma de carga de un franco. Pero, como si fuera hecho a propósito, era en este momento en el que tenía menos dinero y, además, aquella envenenada atmósfera de competencia a no importa qué precio que se hacen estos microtaxi (¡algunos bajan sus tarifas a cuarenta, incluso a treinta céntimos!) me disgustaba soberanamente, no sabría decir por qué. Quizás esta disposición de ánimo testificó a mi favor, quizás hubiera podido conducir una apretada encuesta para sacar a la luz esta cuestión si, apenas reintegrado a la circulación, no se hubiera producido, no hubiera empezado a producirse el fenómeno mayor, aquel por el cual me he decidido a escribir estas páginas, después de haber robado el papel en Müller, en la calle de Bourg. Robado es mucho decir, ya que no había nadie en Müller cuando fui, y era en pleno día, un día laborable, un martes si recuerdo bien, precisamente antes de que comenzaran los trabajos de remozamiento de la fachada, es decir, a finales de agosto o primeros de septiembre. No había nadie y era entre las diez y las once de la mañana. La puerta estaba abierta de par en par, los estantes estaban llenos de mercancías, pero no había nadie tras los mostradores, como tampoco había, delante, ningún comprador. Ni siquiera aquella pequeña suiza-alemana que yo encontraba tan bonita con su bata azul de cuello blanco y que me

acogía siempre tan fríamente, aunque esperaba que algún día se ablandaría y me devolvería mi tímida sonrisa. Es preciso empezar por el principio. Una mañana, me desperté como de costumbre alrededor de las diez. No me considero sujeto a ningún horario regular y no me atengo a ningún empleo del tiempo. Trabajo generalmente muy tarde en la noche, cuando el silencio lo invade todo y puedo concentrarme en mis personajes y no pensar realmente más que en ellos, sin distracción de ninguna clase. Así, como además me duermo difícilmente, necesito una o dos horas mientras remuevo las ideas en mi cabeza, no me despierto jamás al alba, como los demás. Me lavé y me vestí. Había decidido la víspera que daría una vuelta por el lado de la catedral, en cuyos alrededores había pensado situar mi próxima novela. Hubo uno de los incidentes habituales, el agua entraba en mis zapatos desde hacía dos días y no tenía dinero para hacerlos reparar por mi zapatero de La Mote. En otras circunstancias, esto no hubiera tenido gran importancia, pero he observado que los actos de la ciudad están preparados a maravilla, es decir que jamás se presenta ninguna escapatoria. A menos, por supuesto, que uno abdique. Aquel día, pues, llovió, y todo el día. No iba a dejarme intimidar por tan poco, y salí pese a todo. Y además, no detesto tampoco la lluvia. ¡Por el contrario, el agua en mis zapatos me pone furioso!... Aparte esto, sin embargo, todo iba de maravilla. La lluvia caía, fina y persistente, y provenía de una sola nube baja, inmensa, que cubría el cielo hasta tan lejos como alcanzaba la vista. Pero la visibilidad horizontal era perfecta, insisto en ello porque es importante, y para que nadie venga a decirme que fui víctima de un espejismo. Por otro lado, la continuación desmentiría rápidamente una tan alocada afirmación, y además no veo tampoco quién podría oponérseme. Todo fue real, ciertamente. Llegué hacia las once a la calle de la Barre, en la parte de arriba de la calle de la Universidad, que desciende derecha hasta la plaza de la Riponne. La lluvia de verano no tiene el mismo olor que la de otoño o de primavera, es más rica en sabores, más cálida también, y la respiraba con delicia. No hacía frío, al contrario, transpiraba bajo el impermeable que me había visto obligado a endosarme. De mi sombrero de fieltro caían gotas, que perlaban alrededor de mi cabeza una aureola de diamantes. Levanté un poco los ojos para seguir la cuesta que asciende hasta el Castillo y a las diversas oficinas tanto comunales como cantonales. Al llegar a la plaza levanté de nuevo los ojos, no sé por qué, tal vez advertido por mi instinto de que lo extraordinario me acechaba, y fui de pronto sacudido por un espectáculo poco usual, que atribuí, he jurado ser franco, al principio a un espejismo de una cualidad excepcional. Pero el espejismo no tiene en sí mismo nada de milagroso, sólo su cualidad participaba de lo increíble, su claridad, su visibilidad. La aguja de la catedral, a despecho de lo que hubiera presumido, no se perdía en el espeso cielo. Por el contrario, las nubes se habían elevado un poco, y advertí una segunda imagen de la catedral, una imagen perfectamente invertida, enantiomorfa. He tomado este vocablo de un libro que acabo de hurtar del escaparate de un librero, de mi librero, mientras la tienda estaba desierta. Es preciso que me deshaga de esta noción de robo, en realidad

tengo la convicción absoluta de que no robo, de que no robo nada, tomando lo que nadie defiende, y de lo que nadie tiene necesidad excepto yo. Pues, según un grabado de este libro, que es «*Del hombre al robot*», de André Sainte-Lagué, hay enantiomorfismo cuando existen dos formas distintas, imagen la una de la otra en espejo y no superponibles, pese a que todas las medidas y todos los ángulos sean iguales dos a dos. Esta definición no es demasiado clara, la cito tal cual es. La figura en cuestión representa dos dodecaedros enantiomorfos, se halla en la página 154 del volumen. Pero mi historia no tiene, pese a esta aproximación, nada que ver con la obra «*Del hombre al robot*». Sólo que, como estoy dotado de una memoria específicamente visual, cuando he tenido necesidad de ilustrar lo que me había chocado aquella mañana, aquella demasiado famosa mañana, en la plaza del Castillo, he tomado mi ilustración de esta página porque la recordaba de maravilla. Por otro lado, la palabra enantiomorfo no se halla mencionada en el *Petit Larousse Illustré*, edición de 1951, que poseo. Así pues, otra catedral apuntaba hacia el suelo su aguja, y la cúspide de la segunda aguja tocaba casi la cúspide de la primera, la real. Ya que mi ofuscación fue tal que llamé real a la aguja que había conocido antes, la aguja que ascendía, la aguja estalagmita. Como si hubiera tenido serias razones en apoyo de mi tesis... Juzgué el cuadro curioso hasta sus últimos extremos, y me propuse enviar sin tardar una relación detallada a uno de los periódicos de la ciudad, probablemente a la Gaceta de Lausana, que considera un deber y una especialidad el publicar en su «Carta del Día» las peores insanias con respecto a los platillos volantes y otras extravagancias. Allí, mi prosa tendría posibilidades de verse impresa, ya que era en verdad un fenómeno interesante, y sobre todo del mismo orden ilusiono, creía entonces. Miré a mi alrededor para asegurarme de que no había emboscado en algún rincón de la plaza, ningún observador susceptible de robarme la primacía. No, nadie, ni siquiera un gato. O más bien sí, un gato que mi vista deficiente me permitía sin embargo ver en un tejado de los alrededores. Pero un gato no escribiría a la Gaceta. Levanté de nuevo los ojos. Entonces me maravillé de la fidelidad de la reproducción de la cual era autor el cielo bajo: en un techo enantiomorfo, un enantiomorfo gato se paseaba, entre las enantiomorfas tejas, patas arriba y cabeza abajo, como si no pasara nada. Experimenté repentinamente un terror ascendente y levanté los ojos, distendiendo el cuello sin preocuparme de la lluvia que bañaba mis gafas y las anegaba, hasta la vertical, temiendo ver allá arriba, los pies en el aire en mis zapatos empapados, mi propia imagen mirándome. Pero no, el lugar estaba bien reproducido, y hasta en sus menores detalles distinguía incluso la estatua confortablemente patriótica del mayor Davel, por encima del cual sale de la pared una mujer que le protege con la mano de las intemperies, los peldaños de la explanada, y los bancos, y los árboles del terraplén, pero ni rastros de mí mismo. Decir que me sentí aliviado sería decir poco. El miedo que me había hecho contorsionar el cuerpo me abandonó y me enderecé, aspirando a pleno pulmón el aire tibio. ¡Oh, qué imbécil era entonces! Hubiera debido por el contrario abatirme sollozando y rogando al cielo que me

amparara. Hubiera debido temblar con un terror loco, hubiera debido huir muy lejos, a otro lugar, no importa dónde, lejos del mundo a ser posible, no quedarme en aquella ciudad que me rechazaba, que amonestaba mis menores actos como una madrastra, que me repelía, hubiera debido, ¡oh, mil veces!, obedecerle, no oponerme... Imbécil. Me quedé allí y me encogí de hombros, rumiando ya en mi cabeza los términos del sabroso artículo, tenía que ser sabroso, un poco escéptico y divertido, que pensaba escribir y enviar. Proseguí mi paseo, pero sin levantar más la cabeza, persuadido de que el espejismo del que había sido testigo no podía ser más que restringido y pasajero. Y volví a mi casa, donde puse manos a la obra, relatando con multitud de detalles, con imágenes precisas, con términos científicos, lo que había visto con mis propios ojos. Nadie daría fe de mi relato, pero esto no me detenía, lo esencial era describir mi visión, pulirla y expedirla, después de lo cual estimaría haber cumplido con mi deber para con mis conciudadanos. ¡Como si pudiera aún engreírme de tener conciudadanos, de ser el semejante de cualquiera!... Escribí mi carta, dirigiéndola al redactor en jefe, cuyo nombre he perdido, no, dirigiéndola al señor Noverraz, que se ocupaba activamente en aquella época de los platillos volantes, y que estimaba sería el más interesado por lo que informaba, y pasé a otra cosa. Dos o tres días después, no había salido en el ínterin, recibí mi artículo de vuelta, con una de esas breves tarjetas ya impresas que señalan hoy en día la grosera eficiencia de las gentes ocupadas, diciendo que la falta de espacio constreñía y etcétera, etcétera. Envié a la generalidad de ¡os cotidianos a los más cálidos fuegos del infierno y me puse mi impermeable y mis zapatos agujereados para dar una vuelta, con la intención de calmar mi bilis. Siempre es muy irritante el recibir un papel devuelto, y se precisa al menos una hora para admitir que aquel que lo rehúsa es un idiota que no ha comprendido nada en él. Aquella vez, sin embargo, me fue necesario mucho más que una hora ya que tenía consciencia de haber narrado un hecho, sin adornarlo más que lo necesario, y no una invención. Además, la realidad se encargó inmediatamente de probarme que no me equivocaba sobre este punto. Entonces, ere mi estilo lo que no le había gustado. Reaccioné contemplando lo que me era ofrecido. En la carretera de Pavement, que sigue durante una cierta distancia el bosque de Sauvabelin y que tomo como atajo y porque la Borde es una calle horrenda, cuando me dirijo hacia el centro, el cielo bullía ya con una extraña apariencia. Como si vacilara en reflejar los árboles, el bosque y los inmuebles de alquiler que se hallan un poco más abajo. Pero cuando llegué a las escaleras del Pequeño Castillo, ya no había lugar para la duda. Los peldaños que hollaba se repetían en el cielo, con la rampa mediana de metal oxidado, la bóveda de árboles bajo las cuales se hundían, las casas donde desembocaban, estaban fielmente dibujadas, a la inversa, sobre las nubes, no, dentro de las nubes, ya que la perspectiva era perfecta, no tenía la impresión de ver un cuadro que se le pareciera, un reflejo puro y simple de lo que se hallaba en la tierra, sino una reconstrucción total, una reconstitución perfecta, con la profundidad de la realidad, invertida, lista para caer y engullirme. Y, cosa curiosa, que clasifiqué con las otras

cosas curiosas de las que he sido testigo en el curso de mi existencia, mientras las calles, este lunes por la tarde, estaban llenas de gente, las calles de la ciudad en el cielo, así fue como la bauticé en mi inconsciencia, estaban totalmente desiertas. Sólo algunos animales, noté esto también, perros, gatos, caballos incluso, las recorrían serenamente. No me sorprendí de hacer comparaciones, intentando comprobar si los animales de la ciudad en el cielo estaban en carne y huesos aún en la tierra. Era a menudo muy difícil, ya que un gato que se perdía entre la multitud no podía verlo más que si estaba a menos de diez metros de mí, tanto se aglutinaban los unos a los otros, mientras que el gato de allá arriba estaba completamente solo. Lo mismo ocurría con los perros. Se comprenderá sin trabajo que no me interesara ni un momento en los pájaros, para los cuales el cielo es su dominio natural. Pero recibí una sorpresa observando a los caballos. Dos de ellos, en la calle Haldimand, que sube desde Bel-Air hasta la Riponne, tiraban con esfuerzo sobre el oleoso asfalto de un balanceante carro pesadamente cargado. Y vi que estaban repetidos, cada uno de ellos. El atelaje se reproducía en el cielo, a pesar de que el conductor estaba ausente, allá arriba, mientras aquí abajo animaba a sus bestias, con la voz, el gesto y el amenazante látigo, a tirar con un poco más de ánimo. El enormemente cargado carro había rebasado ya en el cielo la cuesta, y vi, con la boca abierta y el cuello tendido, al extraño convoy desaparecer en la esquina de la Riponne enantiomorfa, hasta que un hombre me empujó sin excusarse y me hizo volver a posar mis ojos en tierra. Como un autómatas, seguí mi camino a través de la ciudad, hablando a media voz en mi delirio, ya que empezaba a sentir miedo, a ver acumularse sobre mí lo insólito. A mis labios acudían palabras olvidadas, sagradas oraciones, especie de exorcismos en fórmulas que dirigía a la ciudad, cuyo odio sentía rodearme estrechamente como una mortaja viscosa, húmeda, rezumante. La multitud gravitaba en torno mío, sin interesarse en lo más mínimo en mí, como si yo no existiera, como si yo fuera una réplica, impalpable y sin importancia, de alguien que hubiera venido de una cualquiera ciudad en el cielo. Pero yo no era de la ciudad en el cielo, y la ciudad en el cielo no tenía nada que ver conmigo. Lo que yo quería, hacia lo que yo tendía con todos mis deseos espoleados por el horror que me ganaba, era formar parte de la ciudad en la tierra, que no quería nada de mí, que me rechazaba con todas sus fuerzas concertadas, que orquestaba en torno mío un estudiado terror, que alienaba mi propia personalidad, haciéndome dudar incluso de mi existencia. En mi fiebre de angustia llegué hasta aquello: no evitaba los encontronazos de la gente apresurada, sino que ahora los buscaba, eran como una prueba de que no había abandonado aún mis dominios de siempre, que era aún y por largo tiempo todavía un obstáculo, una molestia, algo, sino alguien, que era preciso evitar o empujar. Me hubiera gustado que me pisotearan, que me golpearan salvajemente, que los hombres y las mujeres y los niños que se apresuraban hacia Dios sabe qué misteriosas ocupaciones en las cuales yo no tenía la menor parte, me tomaran como alguien, o algo, que les impidiera alcanzar sus fines, que se levantaba entre ellos y él, alguien que poseía realidad, peso,

que ocupaba, que tenía un lugar en aquel mundo, en aquel mundo, en aquel mundo. Ser entonces un escollo, es todo lo que pedía, pero sentía la necesidad al menos de ello. Llegué incluso a lanzarme como un loco a través de la plaza Saint-Francois, a la hora en que la circulación es allá inextricable, esperando que dos autos, maniobrando para evitarme, entraran en colisión, y así tendría yo mi prueba; pero no conseguí más que hacerme rozar por uno de ellos e injuriar por el conductor de otro. Y yo no tenía la menor intención de morir, ella hubiera ganado demasiado fácilmente. Estoy persuadido de que entonces todo hubiera vuelto al orden, que la ciudad en el cielo, desde el primer instante en el que yo hubiera entregado el alma, se habría desvanecido. Estaba seguro de que nadie excepto yo la veía, aquella ciudad real, tan real y verdadera como la otra, aquella en la que yo deambulaba como un hombre ebrio, ahíto de dolor y de incomprensión. Habría sin embargo bastado tan poco... No, ella no me quería, yo era un cuerpo extraño, inadmisibile, pero yo no tenía la menor intención de ceder, quería obligarla si no a amarme al menos a acogerme como acogía a los demás, a aceptarme. Me hacía fuerte, en este caso, para llamar su atención, para empujarla poco a poco hacia mí, para hacerla admitir no solamente que yo existía, sino que ella me amaba un poco, un poquito, por poco que fuera, ya que cuando hay unos fundamentos se puede levantar todo el resto del edificio, y llegaría así un día *en* el que ella me amaría tanto como amaba a todos los demás, que no la han merecido más que yo, que no están más cualificados que yo para vivir en ella. A media tarde seguía paseándome así, y poco a poco los detalles se iban precisando. Annie debía preguntarse por qué no había vuelto a comer a casa. Yo no la había puesto al corriente, no le había confiado nada, la conocía, me hubiera tratado de visionario como otras veces. No, no tan estúpido. De aquí a que ella se dirija a la policía, y que se lea en la radio una llamada de este tipo: la policía cantonal comunica la desaparición desde hace... ¿La había yo entendido lo suficiente? Llegó la noche, y todo iba de mal en peor. Los detalles, que al principio habían sido vagos, se formaban lentamente, como a desgana. ¿Quizá la ciudad no hacía actuar su magia más que por el hecho de que yo la resistía aún? Esta idea me golpeó como un latigazo, y adquirí una nueva energía. Ella debía decirse: si se va, si capitula, si se mata, o si se hace matar, detendré todo, esto me está costando muy caro. Pero no, yo no le iba a dar este placer. ¿No se dice que el amor está muy cerca del odio? Probablemente, todo el mundo lo ha dicho. Pero si no lo ha dicho nadie lo digo yo. Cómo la amaba entonces, cómo la sigo amando aún, ahora que... No, no voy a decir ahora cosas que pasaron después. Ya es todo lo suficientemente complicado. No podía andar sin discontinuar los ojos en el aire, ya he proclamado que no quería morir, que pensaba luchar con toda mi obstinación. Pero sabía, incluso cuando mantenía los ojos bajos, que la magia proseguía, que la ciudad en el cielo se iba acabando a golpecitos, como en una tela, y que era tan real como la ciudad de abajo. No tenía más que mirarla para ver que no me equivocaba. Me atrevía incluso a predecir los detalles que irían a integrarse en el conjunto para darle mayor perfección durante el tiempo en que yo desviaba la vista.

Y, cada vez, ella me daba la razón, como si siquiera un plan de construcción que yo había descubierto, cuyo sentido había comprendido, y las intenciones, y que ella no podía abandonar so pena de volver a empezar todo desde el principio. Pensé en un momento, hacia las once de la noche, yendo siempre de las sombras a la luz, describiendo en las calles una red inextricable que me permitía prospectar cada rincón sin pasar dos veces por el mismo sitio, o me apresuraba entonces en atravesar lo ya visto, pensé de pronto que si me diera por vencido, si me rendía, la ciudad en el cielo debería evidentemente derrumbarse, y que sería una buena jugada hacia todos mis conciudadanos que no lo eran, que ya no querían serlo, que no me reconocían ya como uno de ellos, que la ciudad no me reconocía el derecho a la existencia en su seno, una buena jugada, digo, un excelente final el abandonar, y dar así el golpe de gracia que los sumergiría bajo los escombros que caerían de pronto de la ciudad en el cielo. Y después sentí una especie de exaltación, pensando que tenía sobre mis espaldas, como Atlas, o en mi cabeza, como un novelista genial, una ciudad en suspensión sobre los hombres que no querían ver su existencia, que no sentían miedo, que no experimentaban ningún temor, los pobres inconscientes. Y un inmenso desánimo me invadió, bajo la idea de que hasta yo mismo podía derrumbarme, no voluntariamente sino por agotamiento, y sobre todo que, si esto ocurría, yo no sería testigo. Esto fue tal vez lo que hizo que me detuviera un momento en medio de la noche, en el parque de Milán, al que había llegado al término de mi afanosa carrera, dejándome caer sobre la destemplada hierba, en mi impermeable que ya no lo era más que de nombre, bañado por los fuertes olores de la tierra impregnada de agua. Y dormí hasta la madrugada, cuya pálida luz me despertó. Ya sé que empleo clichés, que la pálida luz no es una expresión hermosa ni nueva, pero no dispongo de tiempo, escribo a una velocidad de locura y no releo lo que he escrito. Empiezo incluso a tener mucho sueño, lo cual hace que tal vez no me ahorque esta noche. ¡No, soy un estúpido! De todos modos no me ahorcaré esta noche puesto que no he encontrado una cuerda lo suficientemente sólida, será preciso que compre una mañana, si es que me queda un poco de dinero. Es idiota esto que estoy diciendo: incluso sin dinero, tendré también mi cuerda. No tengo más que ir y servirme. Pero quiero terminar estas páginas esta noche, para poder guardarlas bien, a fin de que nadie pueda encontrarlas mañana, si por azar... Entonces será tiempo de adquirir esta cuerda. A decir verdad, esto no es más que un momento de espera, y si me doy muerte es porque miro con un creciente horror lo que ocurrirá mañana, cuando ella se dé cuenta de que, pese a todo, sigo aún resistiendo. Ya que, y esto es algo curioso, como diré en su tiempo, ella no tiene acceso al interior de los edificios, las casas están fuera de su alcance. Dios sabe o no sabe por qué. Es esto, por otro lado, lo que me ha permitido, con ayuda de mi sobrehumana voluntad, por supuesto, resistir durante tanto tiempo sus ataques y sus artimañas infernales. Me he debatido tanto como he podido, he resistido a la angustia que me aferraba la garganta de la mañana a la noche, he luchado como un titán contra el imperio demoníaco, y si sucumbo mañana será porque ya no habrá nada que hacer,

ya nada, ya nada... Nada más que cerrar los ojos y dormir y morir. Cuando desperté aquella mañana, transido pese a lo tibio de la atmósfera, lloviznaban finas gotas impalpables. Mi primer cuidado fue volverme hacia arriba, ya que había hundido mi rostro en la hierba, y mirar hacia lo alto. Seguía estando allá, la ciudad-hermana en el cielo. Le imploré durante un largo momento, con el rostro bañado de lágrimas y de lluvia mezcladas, le rogué en voz alta que detuviera al fin sus sortilegios, después me levanté y la maldije desde lo más profundo de mi corazón. Así se pasa del amor a la rabia. Pero una dolorosa sensación me constriñó. Habitualmente, por tarde o temprano que sea, los diversos ruidos que dan una personalidad a las ciudades no cesan jamás, incluso si a veces disminuyen hasta convertirse en un simple fondo sonoro, como esos resplandores que señalan desde muy lejos la proximidad de una gran ciudad abrazando el cielo nocturno. Aquella mañana, el silencio era casi total. No tardé, al ponerme en camino, en observar que era casi el único que vivía en la ciudad. Pocos seres humanos pasaban por mi lado o me cruzaban, siempre además sin preocuparse por mí, sin una cálida mirada de su presencia hacia mí, mientras que yo cargaba mis ojos de amor y de deseo de comunicarme con ellos. Nada en sus miradas, las de ellos, más que el vacío, que reflejaban como si fuera yo, yo, el que no existiera. Creí al principio que la temprana hora era la causa de aquel fenómeno. Más tarde, pensé en las vacaciones de verano que despueblan las ciudades en provecho de la montaña, del mar, del campo. ¡Pero no era esto, no era esto en absoluto! Levantando de nuevo los ojos, cuando fue ya completamente de día, observé, malamente al principio ya que no me había acomodado bien, después de un modo más distinto, a la gente que faltaba en la tierra. Se habían refugiado allá arriba, enantiomorfos a su vez... ¿Qué es lo que estoy diciendo? No, ellos no eran enantiomorfos, puesto que ya no existían sobre la tierra, en la ciudad de abajo, sino solamente allá arriba, en la ciudad en el cielo, donde llenaban las calles, la cabeza hacia abajo, como si fuera la cosa más natural del mundo. Me estremecí, y el frío me penetró hasta los huesos. Algunos hombres, algunas mujeres, andaban aún sobre la tierra, los pies sobre el asfalto de las aceras y la cabeza a la altura de la mía, pese a que hicieran como si no me vieran. Pero la mayor parte de ellos estaban allá arriba. Y asistí muy pronto a un espectáculo que me llenó de terror. Ante la estación CFF, de la cual existía una réplica detallada en el cielo de grisalla, vi a un hombre elevarse de pronto, un hombre que un instante antes no estaba más que a tres metros de mí. Le seguí con la mirada durante su ascensión, sin cerrar los párpados pese al estremecimiento que se deslizaba a lo largo de mi médula y me secaba la boca con una insipidez irritante. Ascendía sin ninguna ayuda, lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo, ascendía y, llegado a una cierta altura, basculó sobre sí mismo, muy naturalmente, y prosiguió su ascensión, pero a partir de aquel momento descendiendo, si puede comprenderse bien lo que digo, descendiendo suavemente hacia el lugar de la estación de la ciudad en el cielo, pero alejándose siempre más de la estación ante la cual yo abría unos ojos exorbitados. Y después distinguí a otro, en la entrada de la avenida Ruchonnet,

después fue la vez de una mujer. Y todos basculaban, llegados a una altura conveniente, y volvían a tomar contacto con el suelo de la ciudad de allá arriba apenas un minuto después de haber abandonado el suelo de la ciudad de aquí abajo. Horrorizado en mayor grado de lo que sabría expresar, esperaba a cada instante ser elevado a mi vez como los demás, no sé por qué misterioso poder, y de golpe estallé con una risa inmensa, con una carcajada más bien, ya que acababa de comprender que, en lo que me concernía, yo permanecería eternamente en la ciudad de abajo. Sabía ahora que ella no quería nada de mí de una manera definitiva, y que prefería transportarse toda entera a la inversa en el cielo antes que aceptar mi presencia en ella. Se había dado cuenta de que era impotente para expulsarme, y así había sido ella la que se había ido. ¡Ah, cómo reí aquella mañana! ¡Y con qué dolor en las entrañas! ... Ascendí por el Petit-Chêne cuando ya nadie estuvo al alcance de mi vista. Incluso la estación estaba desierta, como en tiempos de alarma. Los trolebuses vacíos, completamente vacíos, continuaban asegurando su servicio inútil. No había en su interior ni cobrador, ni conductor, pero seguían rodando, imágenes invertidas de sus imágenes de allá arriba, se detenían cuando la gente, allá arriba, les hacían su señal, pero no se detenían si yo, yo, les hacía la señal. También para ellos yo no existía. Igualmente, los taxis, ante el gran vestíbulo de la estación, se ponían en marcha, giraban, tomaban velocidad, con el vacío en su interior. Las puertas se abrían, se cerraban, alucinantes, las maletas se deslizaban en el portamaletas o sobre el techo, objetos inanimados, pero no seres vivos. Todos los seres vivos estaban allá arriba. ¡Salvo yo, por supuesto, salvo yo, salvo yo! Cuando llegué, un poco sofocado, a Saint-Francois, vi al agente regular aún la circulación. Pasó un minuto, mientras me sujetaba aguadamente el costado. Un segundo más, y él había abandonado su garita y se dirigía a grandes y pesados pasos hacia mí. Me estremecí al darme cuenta de que me había visto, y me dirigí a mi vez hacia él para ahorrarle la mitad del camino. Con tal, Dios mío, rogaba con fervor, que no se elevara antes de haberme alcanzado. Pero permanecía en la tierra, completamente en la tierra. Y llegó hasta mí, me apartó groseramente de su paso, y me volví a tiempo para verle coger por la cintura a una joven, que no pareció demasiado sorprendida. La lanzó, bajo mis ojos, muy fuerte hacia arriba, y por la velocidad adquirida ella superó lo que he denominado el punto crítico y volvió a caer muy suavemente hacia la ciudad de allá arriba, después de la obligada vuelta sobre sí misma. El agente dio entonces un largo vistazo a todo el horizonte a su alrededor, anotó que no quedaba nadie en la plaza, nadie vivo, sólo yo permanecía allá mientras todos los demás habían partido, pero yo no contaba, dio un sólido talonazo sobre el asfalto y echó a volar, se giró, alcanzó sin trabajo el doble de la plaza Saint-Francois y se reintegró a la garita de allá arriba, a grandes y apresurados pasos. Y yo quedé solo en la ciudad, al menos esto fue lo que creí hasta el mediodía. Aquella mañana fue cuando robé, no, tomé en casa Müller el paquete de hojas sueltas, cuadriculadas, puesto que yo no puedo escribir más que siguiendo líneas regulares, en las cuales anoto esto, y en casa Doucet, al principio del Gran

Puente, el libro de Saint-Lagué que deseaba desde hacía mucho tiempo, pero que no había tenido aún ocasión de adquirir. Sólo fue a la mañana siguiente que tomé el diccionario y algunos otros objetos indispensables que siempre me habían faltado. Pero, aquel día, mis latrocinios no fueron más lejos, lo cual, en una tal situación, atestigua en favor de mi fuerza de espíritu poco común, ya que todo me era ofrecido, la ciudad aparentemente me pertenecía, y no había el menor agente en las calles desiertas. Y anoto también esto, que ningún ruido me llegaba desde la ciudad en el cielo, donde sin embargo la vida proseguía, no tenía más que levantar los ojos para convencerme de ello. Al principio, el silencio me oprimió, antes de que me diera claramente cuenta de lo que había cambiado, después me hizo un bien inmenso y me bañé en él las sienes y el cuerpo, pero muy pronto la ausencia del alboroto al que estaba acostumbrado me aterró y, además, me exasperó. El silencio es contrario a la naturaleza y a la vida. En varias ocasiones intenté taconear, tal y como lo había visto hacer al agente, pero sin éxito. Algo me hacía pesado, retenía a la tierra, y no sabía lo que era, si no era el odio de la ciudad. Decidí volver a mi casa, era todo lo que me quedaba por hacer. Quizá pudiera permanecer así largo tiempo en aquella ciudad muerta, toda mi vida probablemente, ya que parecía que nada había cambiado, que todo proseguía, sin los hombres, por supuesto, pero los hombres ¿son tan necesarios como eso? Los almacenes guardaban sus provisiones y las renovaban automáticamente cuando eran renovadas allá arriba, en cualquier caso yo no moriría de hambre y lo tendría todo a discreción sin tener que pagar nada. Afortunadamente sin tener que pagar nada ya que, por otro lado, el Consulado que me otorgaba mensualmente mi pensión debía de haber pasado a la ciudad en el cielo, y esto calmaría mis remordimientos y mis escrúpulos, los cuales ciertamente vendrían a mí, ya que tan sólo el haber tomado el papel en casa Müller me martirizaba el corazón. Me mantuve al acecho en Saint-Francois, esperando el trolebús. Cuando vi llegar un 1 B, armándome de valor, penetré en el vehículo, con la cabeza alta, y pasé sin problemas ante el puesto donde se halla normalmente el cobrador y donde, naturalmente, no había nadie. Debía estar en la réplica del trolebús que se estacionaba en el Saint-Francois del cielo. Me senté, el vehículo se puso en marcha, se detuvo en la estación Grand-Chéne, volvió a partir, enfiló el Gran Puente, giró en la calle Haldimand, deteniéndose cada vez que la pequeña luz roja se encendía ante el conductor. Pero, por supuesto, no había tampoco conductor. Y justamente antes de llegar a la Riponne fue cuando vi en una ventana a un viejo que tomaba el fresco. El trolebús se detuvo, las puertas se abrieron, me precipité, pero antes de que hubiera podido alcanzarlas volvieron a cerrarse. Alocado, golpeé por todos lados y, desesperado, bajé uno de los cristales. Pero ya volvía a estar en marcha, a sacudidas que hacían balancearme, giró a la izquierda y se detuvo en Valentín. Allá tuve tiempo de descender, y un instante de reflexión me mostró que si no había podido hacerlo en la Riponne era porque, allá arriba, nadie había descendido ni subido en aquella estación. Volví pues corriendo hacia la plaza. Pero allá la ventana había vuelto a

cerrarse, y no tenía ningún medio de descubrir cómo podría saber dónde estaba aquel viejo que durante un momento había tomado el aire, justo en el momento de mi paso. Esto me dio sin embargo esperanza, y me hizo descubrir una de las reglas que la ciudad no podía transgredir. Decidí no volver a mi casa, tenía tiempo. Vagué por la ciudad, y observé muy pronto que de alguna manera ella organizaba su exilio. A la altura de la mano colgaban maletas, bolsos de mano que nada parecía sostener y que seguían un camino paralelo a aquel que sus poseedores seguían allá arriba, pesados paquetes flotaban, moviéndose al nivel de invisibles hombros como en la superficie de un mar que yo no había sabido descubrir y que bordeaba sin ver casi nada, hipnotizado por mi búsqueda. De pronto, llegó lo que esperaba: una mujer, en la calle de l'Ale, abría su ventana y se asomaba para ver yo no sabía qué, con las manos formando visera sobre sus ojos. Corrí, jadeante, gritando palabras ininterrumpidas. ¡Ya no estaba solo! Aún quedaban hombres en la tierra, en la ciudad de la tierra había aún hombres y mujeres. Pero apenas había recorrido la mitad de la distancia que me separaba de la ventana la mujer se elevó como las otras, aspirada porque se asomaba demasiado afuera. Me detuve en seco y me puse a sollozar como un niño. Pero mi desánimo no duró mucho, y no lloré durante largo rato. Había aprendido aquello, que compensaba al menos mi decepción particular: la ciudad no tenía ningún poder sobre la gente que no había salido aún de su casa desde la mañana. Su poder se detenía en los techos de las casas. Tenía para mí a todos los enfermos, los inválidos y los impotentes, aquellos a quienes sus ocupaciones les retenían en sus casas o en un interior cualquiera. Y debía advertirles sin tardanza del horror que les acogería desde el momento en que pusieran los pies afuera, en las aceras o en los patios. Preso de una prisa febril, prospecté pues la ciudad, penetrando en todas partes sin esperar a ser invitado, haciéndome recibir mal casi siempre, pues los hombres son así de estúpidos, y acelerando a menudo el mal que esperaba prevenir ya que la gente a quien contaba mi historia debía ver en mí un aspecto un poco alocado. Pero ¿quién no lo habría presentado en mi posición? La gente se me reía en las narices y me decían que por el contrario iban a salir, nada más que para mostrarme hasta qué punto era yo un estúpido. Abandonaban en efecto su abrigo, pese a mis persuasivos ruegos, y, naturalmente, se veían elevados tan pronto rebasaban el umbral. Y los veía elevarse riendo, bascular riendo, aterrizar riendo en la acera de su casa de la ciudad en el cielo, y finalmente volver a entrar en su casa, en su casa de allá arriba, siempre riendo y burlándose de mí. Era aterrador. Esto me hería el corazón, y no podía hacer nada por impedirlo. Pasé la noche en un café que cerró sus puertas a las once, simplemente porque su homólogo, su enantiomorfo, del cielo, cerraba las suyas, según los reglamentos policiales, y se volvió a abrir a la mañana siguiente un poco antes de las siete. Y durante la noche, las relaciones entre las dos ciudades se armonizaron a mis expensas. Es de suponer que la ciudad, al principio, no había pensado siquiera que tuviera que ir tan lejos, y no había preparado nada en consecuencia. Ya que todo a lo que asistía llevaba innegablemente la marca de la improvisación. Así, en la víspera,

había podido apoderarme sin trabajo de papel en casa Müller, del libro en casa Doucet, de un paquete de bizcochos y de una tableta de chocolate con leche en casa Martinaud. Mientras que, a partir del miércoles, ya no pude tomar ningún otro objeto, por pequeño que fuera, de una estantería. Debía esperar a que alguien, allá arriba, cogiera aquello que yo deseaba. Entonces podía robárselo sin demasiado trabajo al nuevo poseedor. Así tuve que actuar con los croissants aquella mañana. Antes de abandonar el bar tuve que tomar de las manos invisibles de jamás sabré quién de la ciudad en el cielo los tres croissants que acababa de comprar. Al principio, todo fue muy bien. Allá arriba no se lo esperaban, no estaban preparados. Pero, en los días que siguieron, incluso en las horas que siguieron, la resistencia se organizó, y muy pronto me vi obligado a no coger más que los paquetes que se arrastraban casi a ras del suelo. Ya que los niños de la ciudad en el cielo se defendían contra viento y marea de mis ataques. Los remordimientos me martilleaban el corazón, pero no quería morir aún, y principalmente de hambre. ¿Qué debían pensar allá arriba, viendo desaparecer sus paquetes? ¿Acaso la ciudad les había puesto al corriente de mi existencia larvaria y de la forma en que debía ser tratado? Después de haber llenado mi estómago, abandoné el café, firmemente decidido a cambiar de táctica. A partir de aquel momento ya no advertí más a la gente, apenas tenía conocimiento de que tal apartamento estaba aún ocupado aseguraba las puertas, encerraba a aquellos que, de todos modos, se burlarían de mí y no me creerían, les encerraba, salvándoles así y pese a ellos mismos de la ciudad en el cielo. Ellos reclamaban, gritaban, se lamentaban, me suplicaban que les abriera, pero me había forjado un corazón de bronce y les abandonaba, inscribiendo con cuidado, de todos modos, su dirección exacta para no correr el riesgo de olvidarme de reavituallarles. Me sentía vivamente responsable de ellos. Evidentemente, podía ocurrir, y ocurrió, que mis prisioneros abrieran sus ventanas y, asomándose exageradamente con la vana esperanza de atraer sobre ellos la atención de alguien, fueran elevados. Pero yo no tenía ningún remedio contra eso y, además, la gente es más bien cobarde y tiene miedo de caer, lo sabía y no me inquietaba demasiado. En regla general, al principio al menos, encontré a mi vuelta a aquellos a quienes había salvado y pude hacerles llegar nuevas provisiones sin abrirles. A esta agotadora labor fue a la que me dediqué durante el fin de semana. Entonces me vi obligado a detenerme, no porque mi tarea estuviera terminada, lejos de ello, sino porque la ciudad es grande y porque quedaban en las casas más mujeres, hombres y niños de los que hubiera creído. Estaba pues obligado a dejar a los demás que se unieran tarde o temprano con la ciudad de allá arriba, ya que no disponía más que de veinticuatro horas por día para servir a aquellos cuyos destinos tenía en mis manos. Y no podía sin embargo dejarles morir de hambre, puesto que los había tomado bajo mi salvaguardia. Pero tuve que contar muy pronto con otro truco de mi enemiga. Supongo que el teléfono funcionaba aún, quizás incluso entre las dos ciudades enantiomorfas, ya que, a menudo, dejaba a la gente bien cerrada en su apartamento, provistos de provisiones suficientes hasta mi regreso, y ya no los

encontraba a la mañana siguiente. Habían sido liberados manifiestamente desde el exterior. Al principio no quería creerlo, buscando no sabía qué fallo en mis sistemas de encierro, hasta que vi, una mañana, a un policía hundir con sus propios hombros de carne la barricada que yo había erigido con tanto cuidado y mostrar a aquellos a quienes había creído preservar el camino aéreo hasta la ciudad en el cielo. Desde entonces, presa de una rabia loca y disgustado ante la imbecilidad de los hombres, abandoné a su suerte a todos aquellos de los que me había preocupado hasta entonces. Abrí todas las puertas. Los prisioneros, sin preocuparse de mí, sin agradecerme, lanzándome por el contrario a su paso miradas cargadas de odio, cuando no eran incluso golpes, corrían hacia la salida, se balanceaban como ebrios, me pisoteaban tanto como yo había querido, pero esto era porque yo no pesaba más que el viento para ellos, y emprendían el vuelo apenas llegados a la calle. Horriblemente desamparado, con el cuerpo molido, con el corazón roto, regresé a pie a mi casa abandonada. Mi mujer había desaparecido también hacia la ciudad en el cielo, tampoco lo había dudado por otro lado ni un momento, y mis vecinos también, y sus niños, que ya no estaban allá para gritar en la escalera. ¡Cómo me hubiera gustado oír de nuevo sus gritos atravesarme las orejas! En uno de los apartamentos desiertos, el altavoz de un aparato de radio abandonado gruñía discursos indistintos. Busqué por un momento localizarlo y después, no pudiendo hacerlo, me hundí de nuevo en la ciudad, cuyo suelo estaba ya cubierto de polvo, puesto que la lluvia había cesado. Tenía aún una finalidad. Entre todos mis protegidos, había retenido pese a todo a una chica muy joven cuya acogida había sido amable, contrariamente a todas las demás. En mi confusión, la había olvidado. Ella esperaba sin embargo cada día mi visita y no me escatimaba ni las sonrisas ni las palabras animosas. Le había contado todo lo que me ocurría y sus ojos, asustados por un instante, se habían calmado, apaciguándose al mismo tiempo. Ella podía consolarme. Ahora, nada me impediría pasar todo mi tiempo cerca de ella, conversando y escribiendo. Escribiendo para ella. Ella estaba casi enteramente paralizada y no abandonaba jamás la cama. Había encerrado con ella a una vieja mujer medio sorda con el encargo de que se ocupara de ella, lo que hacía nuestras relaciones puras de todo detalle sórdido. Tomé mi papel, mi estilográfica y tinta, algunos libros, algunos botes de conserva, pero cuando llegué a su casa la puerta estaba forzada y penetré, con el corazón apretado por una mortal soledad. La vieja se había ido pero, afortunadamente, la joven no había querido seguirla. Me hizo algunas tímidas preguntas a las cuales hice como si no prestara atención, pero, después que hubimos comido, ella me pidió que la llevara cerca de la ventana a fin de respirar un poco de aire fresco. Yo había en efecto exigido que todas las salidas fueran bloqueadas y reconocía que la atmósfera llena de humo por la grasa cocina de la vieja no podía hacer ningún bien a mi pequeña amiga. Abrí de par en par las puertas y las ventanas, pero no quise oír hablar de acercarla a menos de un metro de ellas. Ella no insistió al principio pero, hacia la noche, al iniciarse la oscuridad y levantarse un viento áspero, volvió a la carga y tuve, so pena de verla echarse a llorar,

que acceder a sus deseos. La tomé en mis brazos, pesaba tan poco, y me dirigí hacia la puerta. Pensaba que mi peso, hostil a la ciudad en el cielo, la retendría, pero ocurrió todo lo contrario. Apenas había puesto el pie en el umbral, la sentí pesar aún menos y elevarse. Me sujeté como un desesperado a su frágil cuerpo y fui elevado con ella. Rocé con todo mi cuerpo la fachada de la pequeña casa y muy pronto me encontré en medio del vacío, manteniéndola aún bien apretada entre mis brazos. Ella me sonreía sin decir nada. Después, basculamos y caímos al suelo de la ciudad en el cielo. En el momento en que mis pies tocaron tierra, sentí una violenta conmoción que me aturdió y me desvanecí, abriendo los brazos, liberándola de mi abrazo. Cuando me recuperé de mi entumecimiento, ciertamente mucho tiempo después, la noche había caído por completo y el viento se había detenido. Estaba nuevamente solo, vuelto a caer por mi propio peso contra el pavimento helado de la ciudad de abajo. Allá arriba, la vida continuaba sin mí. La casa donde había esperado pasar mi vida en amistad con Maryse estaba vacía, fría y vacía. No quisiera que se me menospreciara por lo que he escrito en estas últimas líneas. Yo no amaba a Maryse, ella tampoco me amaba, no podía existir amor entre nosotros. Pero su pérdida me llenó de dolor, y supe con seguridad que ella también lloró por su parte por nuestra separación. Partí en no sé qué dirección, gritando a pleno pulmón anatemas, maldiciendo la tierra y el cielo y los hombres, injuriándome a mí mismo, blasfemando con entusiasmo y arrojándome al suelo, sollozando, volviendo a levantarme, con los vestidos maculados de polvo. ¿Qué había hecho para merecer todo aquello? No fue hasta mucho más tarde, a la noche siguiente, cuando volví a mi nueva casa vacía y me puse a escribir. Presencias impalpables se movían a mi alrededor. Mis actos deben parecer en la ciudad en el cielo la obra de un fantasma, ¿no son acaso los hombres de allá arriba fantasmas para mí? Pero no creo tener que temer de ellos absolutamente nada. He escrito lo que precede en dos noches de trabajo, y he dejado cada vez mi obra inacabada sobre mi mesa sin haberla vuelto a encontrar revuelta. Sin embargo, unos seres me rodean. Ando durante todo el día por las calles sin sol, la ciudad en el cielo me lo oculta, pero no llueve. No, esto no es más que el siseo de los árboles, y los crujidos que me hacen sobresaltarme provienen de las ramas que se rompen y se distienden. Ante mi ventana un castaño se agita cada mañana, desprendiéndose de sus reumatismos nocturnos. Es esto, ya que no hay nadie, y los cuchicheos que mis oídos, no acostumbrados al silencio, creen percibir a mi alrededor son los roces de las hojas. Y, poco a poco, incluso esos ruidos desaparecen. Creía saber lo que era el silencio, pero esto no era nada, sólo el rumor habitual de los hombres, que los acompaña, me faltaba. La vida proseguía a mi alrededor, y no importaba que fuera tan sólo una vida vegetal. Pero ahora, no ni eso existe. Ayer por la tarde me detuve en la calle, súbitamente, y me sentí más solo aún. Fue necesario un largo momento de concentración dolorosa para darme cuenta de que los olores me habían abandonado a su vez. Pero las piedras lisas y las cortezas rugosas se hallan aún a mi alcance, y la ciudad que me abriga existe aún ante mis

ojos. Continué mi camino alzándome de hombros. Nada podía ser peor que la soledad. Y, andando, comprendí por qué nada llegaba ya a mi olfato. Sólo la vida acarrea olores con ella, y puesto que la vida me había abandonado... Y, lentamente, otra sensación vino a reemplazar para mí lo que me había dejado para siempre. El mundo aparecía más plano, menos lleno, le faltaban dimensiones. Es falso hablar solamente de tres dimensiones, de cuatro a lo sumo. Hay más que éstas. El olor era una, y el sonido otra. Yo estaba privado de ellos, pero no tardé en ser sumergido por otros efluvios desconocidos, fuertes, acres, próximos, tan próximos que no sentí ninguna vacilación sobre su naturaleza. Mi olor, mi propio olor, el propio olor de mi cuerpo, me aislaba como en una cáscara impenetrable, y me separaba de todo lo que se le parecía, y después, yendo a grandes pasos por la ciudad, oí un nuevo ruido que se instalaba a mi alrededor, en mí, el silbido de mi respiración, y los latidos de mi corazón, ensordecedores. Aturdidora era la amalgama de olores, ensordecedora la alternación de los profundos estertores de mi pecho y los choques de mi sangre expulsada, aspirada, expulsada, aspirada, batiendo en los ángulos de las arterias y distendiendo las venas a su paso. Jadeando, ya no alcanzaba a pensar en otra cosa, e iba a abismarme contra el suelo de terror cuando ella se me apareció. Aunque había cambiado, no dudé un instante en reconocerla. No podía ser más que Maryse. Venía hacia mí, con los brazos tendidos hacia mí, la ciudad había comprendido que no podía vivir solo y me enviaba a Maryse, que me tendía los brazos y me sonreía suavemente. Ella la había curado incluso de su parálisis y me la entregaba como un don, como una flor, para que iluminara mi angustia. Cuando nos reunimos, experimenté una súbita aprensión. ¿Y si mis ojos me engañaban? Los cerré y la tomé entre mis brazos. Estaba allí, viva, contra mí, hecha de carne y de ternura, y la abracé y volví a abrir los ojos para verla ofrecirme sus labios, que tomé temblando. Después volvimos juntos hacia su casa, hacia mi casa, nuestra casa. Entró, parpadeó brevemente al distinguir la cama en la que había pasado su vida hasta ahora, tantos largos años, y sin una palabra se desvistió. ¿Hubiera debido oponerme al deseo que ella manifestaba así, que respondía tan bien a mi brusco deseo? ¿Era aún un señuelo de los que la ciudad era experta, una trampa especialmente concebida para mí? No pensé en ello, no lo sé aún, ni siquiera ahora, que me siento tan vacío y lastimado, no contaba nada salvo su cuerpo desvelado, casi demasiado sabiamente, pero yo no presté atención a aquello, y su pose, estaba de rodillas sobre la alfombra, dándome frente, y sonreía mientras formaba palabras que yo no oía, que yo no podía oír. Estaba sordo a todo salvo a los latidos que se aceleraban en mi corazón, insensible a todo salvo a mi cuerpo que se alborotaba. Di un paso hacia ella. Estaba bien viva, sólo que no la oía. Entre sus palabras y yo se interponía el estruendo de mi cuerpo. No sentía el olor de su cuerpo. Pero el placer estaba allí, como jamás aún lo había experimentado, lento y sinuoso, casi infinito, insostenible. Y cuando se rompió, mis propios gemidos llenaban mis oídos, y estallidos de oro y de plata ardían en mis ojos, ¿cerrados?, ¿abiertos? Volví a la consciencia y, entonces, la desesperación me

sumergió definitivamente. Estaba aún entre mis brazos, Maryse, pero ya no la veía. Y sin embargo mis ojos estaban abiertos, enormemente abiertos sobre el vacío. Nunca había vuelto a caer a la ciudad de la tierra, había permanecido, con Maryse, en el suelo de la ciudad en el cielo, y todos los hombres, y las mujeres, y los niños, habían regresado a la ciudad en la tierra al mismo tiempo, en un deslizamiento total que de nuevo me había abandonado. A través de la alfombra, a través del suelo de la habitación, veía el cielo, era el cielo lo que me servía de apoyo y giraba debajo de mí, me sentía deslizar en el aire. Me levanté de un salto, fui hacia la ventana abierta y hundí mi mirada en la calle. Ya no había calle, estaba sembrada de estrellas. Enfrente, lentamente, roído por la base, un inmueble se esfumaba. Y yo sabía que mi casa se esfumaba también por su base. Y por encima de mi cabeza, la ciudad del suelo hormigueaba de luces, de vida, y los vehículos se cruzaban en las calles, la iglesia de Saint-Francois, a la derecha, apuntaba hacia mí su flecha. A mi alrededor, ya casi nada subsistía. Volví de nuevo hacia Maryse que debía, que debía estar aún allá, incluso si ya no la veía, tenía aún su cuerpo sobre mi piel, no había podido abandonarme después de aquel instante y, arrodillándome en el suelo, vi, y lancé un grito de horror. Una mancha blancuzca ensuciaba la alfombra, una mancha absurda y sucia, brillando bajo la luz. Y el suelo, roído por el cielo, a través del cual aparecían las constelaciones, en medio de las cuales se insinuaba la Vía Láctea. ¡Una mancha, una mancha blancuzca! Estallé en una carcajada estridente, saltó de golpe sobre mis pies y me puse a girar en redondo en la pieza, golpeando contra los muros que se desvanecían. En mi mesa, las hojas que había ya llenas con mi fina escritura revoloteaban separadamente, atravesaban el techo como si jamás hubiera existido. Ya no estaba allá más que en jirones, ya que por encima de mí, fuera del halo que provenía de la lámpara eléctrica, intacta para iluminar hasta el final al hombre pálido de terror que yo debía ser, las calles de la ciudad en el suelo se dibujaban fielmente, a través del techo y de los pisos superiores. Grité, grité de terror, y me precipité a mi mesa para salvar al menos las hojas vírgenes, mi estilográfica. Esto me mantenía aún, esta estúpida necesidad de garabatear unas palabras. Me senté, reventando de risa, dejé de gritar y, con los pies en el vacío sólido y la cabeza hacia el suelo de la ciudad en la tierra, me puse a escribir, a escribir, ¿para quién?, y a medida que terminaba las hojas las proyectaba al aire, sonriendo, y ellas se iban hacia la ciudad en el suelo. Y yo pensaba, yo podía pensar aún, al menos, ¿o es que ya no podría pensar?, ¿pensar eternamente?, que todo encajaba, que había estado loco creyendo que la ciudad me amaría algún día. Me odiaba salvajemente, y no vacilaba ante los medios más horribles para torturarme en cuerpo y alma. Todo aquel manejo infernal para atraerme hacia la ciudad en el cielo. Maryse, incluso Maryse había representado su papel, emanación turbadora de la ciudad. Yo hubiera podido creer que la ciudad en el cielo valía más que la de la tierra y que yo era un santo por haberla merecido, pero no, sabía bien que lo único importante era pertenecer a la ciudad en la tierra, que el valor estaba abajo y no arriba, y que yo estaba desgajado, irremediabilmente desgajado, de

todo lo que vive. Y sin embargo vivía, y viviría largo tiempo aún, y siempre pensaría, sin poder impedírmelo. Podría consolarme diciendo que sólo yo, puesto que la ciudad en el cielo se disgrega a mi alrededor, que sólo yo hago contrapeso a la ciudad en la tierra y en definitiva a la tierra entera, pero sé que esto no es más que orgullo. Ya no tengo necesidad de ir a la ventana para ver el cielo debajo de mí y la ciudad sobre mi cabeza. A la derecha, la catedral se alza hacia mí, no demasiado, a la derecha Saint-Francois es una mancha deslumbrante de luz. Y he aquí que todo aquí se estremece, mientras el último vestigio de la ciudad en el cielo se deshace y que la lámpara que me ilumina, que vela mi agonía, comienza a enrojecer, todo se dirige hacia el este y yo me quedo solo, suspendido en el vacío por encima de la tierra que desfila, un vértigo insostenible, que desfila, y el lago desaparece, y las constelaciones debajo de mí están al fin inmóviles, mi última hoja de papel tiembla, pegada a mi mano derecha, mientras que mi estilográfica se me escapa y yo me quedo solo en la noche, en medio de la interminable noche, colgado del Carro de Orion como un animal dañino.

# Los de Argos

Pierre Versins y Martine Thomé

Escucha, abuela, he descubierto Argos. Se danzaba bajo los tilos en flor cuando lo abandoné. Cuando, apretándome los ojos con los puños y aullando de dolor, huí de allí. Tú no puedes comprenderlo. Para ti el cielo no encierra maravillas. Aquello me destrozó el alma. Cuando vuelvas, abuela, dile a Vra que siempre la amaré.

Yo no formé parte del Equipo I, ni siquiera estaba con los que hollaron el planeta por primera vez y vieron el radiante sol de Argos. Yo fui con los Tres Veces Tres: tres consignas, tres medios, tres metas.

Siempre resulté demasiado sensible para la tarea que escogí. Pero ni siquiera los analíticos más rigurosos clasificaron jamás la sensibilidad como un defecto. Tal vez era eso lo que buscaban, quizá todo estaba previsto. Con las máquinas nunca se sabe. Les basta con desmenuzar a un hombre en doscientas preguntas. Y peor para uno si no se complace con el veredicto. Pero todo eso carecía de importancia para mí hasta que conocí Argos...

¡Pero yo me río de la degradación, abuela!

Recuerdo que tenía miedo antes de embarcar. Siempre me ha atenazado una extraña angustia ante la visión de civilizaciones extinguidas. Y sin embargo, debía estar avezado a ello. Conocía ya siete civilizaciones muertas sobre diez expediciones. Marte, Lémur, Tule, Tebas, Micenas... Otras de las que ya no me acuerdo. Hay tantos planetas que jalonan el cielo de cementerios... Y siempre nos quedamos con la sensación de conocer poco. Demasiado poco. Exploramos planetas lejanos y más lejanos en una continua búsqueda... ¿de qué? ¿Del lugar que ocupa el hombre en la Galaxia? ¿En el Universo? El hombre no es nada, abuela. Nada. El hombre no vive, sino que intenta vivir. Y cree que ésa es toda su aspiración.

Y sin embargo, ese intento de vivir me ha servido para comprender muchas cosas. La más grandiosa realización de nuestro siglo: la conquista de las estrellas. ¡Oh! No sabes cuánto me río. Sí, me río. Jamás volveré a llorar. Yo no soy como esos soñadores que se imponen a sí mismos el martirio de ser soñadores... Y lo consiguen. Pero demasiado tarde. Siempre demasiado tarde. Yo conozco el espacio, abuela, y puede decirse que en él he dejado casi toda mi vida.

Paul me habló por primera vez de Argos. Paul Bussert. Ha ganado tres privilegios galácticos y es comandante de la Guardia Estelar. Estuvo veinte meses en mi mismo grupo con los Tres veces Tres. Después de este tiempo se le reclasificó y entró a formar parte del Equipo II. Algún tiempo después de que Paul me hubiera hablado de Argos asistí a los cursillos de preparación. Una serie de proyecciones y conferencias

que preparaban nuestro trabajo antes de la partida hacia el planeta. Sin embargo, quedaron más en mí las palabras de Paul que todos aquellos ciclos de estudio. Paul me había descrito Argos como un mundo claro, acogedor y desierto. Sin embargo, tenía que esforzarme por recordar lo rutinario. Los nombres de Tebas, Lémur y Tule acudían a mi cerebro sin darme sosiego. Era la rutina. Pero...

Un mundo claro, acogedor y desierto... pero poblado por hombres. Hombres como nosotros, con nuestras mismas características salvo en algunos detalles. También en Lémur había visto hombres como nosotros. Les había visto dejarse devorar por nubes de moscas. Cansados de vivir una historia tan larga, tan larga...

Sin embargo, Argos era un mundo fresco, creado para la vida, joven, y no obstante habitado por viejos. Viejos extendidos sobre sus lechos en moradas gobernadas por ese pulcro orden de los viejos. Feos, raquíuticos, reseco, sin dientes, sin cabellos, de piel recubierta de manchas azul oscuro. Recordaba Tule, donde los jóvenes se suicidaban precisamente cuando sus padres habían descubierto la longevidad, la vida eterna. La triste eternidad de los minerales.

Argos era un mundo radiante habitado por muertos. Cada casa abrigaba un cadáver frío, yerto, con los ojos abiertos a lo insondable.

¿Nadie había podido cerrarlos? Ningún niño entre ellos. Todo viejos, innúmera raza de ancianos.

No, abuela, hay algunos sentimientos prácticamente imposibles de descubrir. Hay imágenes que ninguna palabra puede referir. Espectáculos para los que no existe descripción alguna.

El ciclo estaba cerrado para siempre. Sobre Argos no habría ya más sufrimiento ni más risas. Ningún llanto, nada de amor, de odio, de alegría. ¿Cuál era la razón? ¿Alguien les había dicho ya que Argos era un valle de lágrimas? ¿Hubo algún cielo reflejado ante sus temores? ¿Obtuvieron respuesta a todas sus preguntas? Entre ellos y su miseria, ¿se había interpuesto alguna esperanza? ¿Alguien les había traído la fe para sus dudas? ¿Qué había acabado con ellos definitivamente? No sonrías así, abuela. Tal vez después te des cuenta de todo y te arrepientas de hacerlo. No hay más que una clase de muerte. El hombre que muere sabe muy bien que alguien le sobrevive. Sus hijos, si los tuvo. Y si no los ha tenido nunca, los hijos de los demás. Todos los hijos del mundo prosiguen la vida del hombre. Me comprendes, ¿verdad, abuela? Pero a una humanidad que muere nadie le sobrevive. Su obra y su esperanza se cierran, ¿sabes? No, tú no lo sabes. La esperanza es como una débil y pequeña hijita para nosotros los de la Tierra. Porque siendo débil es fuerte a un tiempo. Más fuerte que todos. Pero la esperanza también muere cuando no existe nadie que pueda tomarla de la mano. Y esa sola idea se hace insoportable. Es preciso tener muy poca imaginación para pensar en el fin de la esperanza sin estremecerse. Pensar en la ausencia de un mañana... Y no para un hombre, para el individuo ése es un hecho que puede tener más o menos importancia. Es el mañana de un pueblo, de una civilización entera... y de una humanidad. Sí, todo eso produce un escalofrío

desagradable, y sin embargo...

Así es, abuela. No puedo hablar de todo esto sin horrorizarme. Si me escuchas de corazón tal vez tengas un desagradable sentimiento emotivo.

A nosotros, los Equipos III, se nos encomendó la misión de descubrir las causas de toda esta hecatombe de Argos. He aquí nuestras tres consignas: no cambiar nada, no luchar, y mantener siempre la calma. Nuestros tres medios: la lingüística, íntimamente ligada a la etnología además de lo aprendido en las academias formativas, nada que no surja de los manuales oficiales, y una base principal consistente en la afabilidad. Y, por fin, nuestras tres metas: comprender, clasificar a las gentes y, lo más difícil, hacerse amar por ellos y amarlos. Hay demasiados seres humanos en el vacío estelar para arriesgarnos a convertirlos en nuestros enemigos.

Sin embargo, llegábamos demasiado tarde para Argos. Sea cual fuere la razón de su muerte, nos quedábamos con sólo dos consignas de las tres, sólo un medio y una de nuestras metas se convertía en inaccesible. Pero podía intentarse comprender; nuestra ciencia tal vez permitiría entrar en comunión con la causa de todas esas muertes y tomar —ésa era la principal meta impuesta por la Oficina de Investigaciones Siderales— la lección para el futuro de los hombres. Pero yo me reía del porvenir de los hombres después de ver lo que ocurría en Lémur. Cada expedición me hundía un poco más en el laberinto de una desesperanza muda como las piedras. Yo no lloraba por aquel entonces. Aprendí a llorar después de mi llegada a Argos. Cuando esa desesperanza inmensa y vaga se encarnó en la pérdida de Vra. Ahora sufro, pero menos que antes porque las lágrimas me alivian. ¿O tal vez sea lo contrario? ¿Quién puede juzgarlo, abuela? Tú no sabes lo que son las lágrimas.

Sólo viejos, abuela, en un planeta que hablaba de vida. Cuerpos coagulados en el esbozo de un gesto suave a cuyo fin habían llegado de una forma extremadamente tenue.

Con los colores brillando en todos los hogares, con la frescura de bellezas sorprendentes conteniendo la existencia. La muerte de un planeta creado para gozar de su tierra. Ciudades que parecían servir de entarimado a sus danzas. Paisajes que estaban pulidos por las propias miradas que en ellos se posaban. Miradas suaves, suaves y tiernas...

Esto es casi todo lo que Paul me dijo. Los diagramas oficiales, los films y las cifras repetían lo mismo, sólo que de una forma más impersonal. Se preguntaban si sería útil enviar a los Tres Veces Tres. Era dinero y años despilfarrados, decían los del OÍS. Todas las máquinas —las Analíticas, las Analógicas y las Sintéticas, así como también las Críticas—, no acababan de ponerse de acuerdo. Se las llenaba de datos contradictorios. Hubo muchas conferencias. Tú no conoces eso, abuela, en tu planeta hace tiempo que lo habéis superado. Pero aquí, en la Tierra, los hombres aún no han alcanzado su mayoría de edad. Surgió algún hecho indeterminado del cual no tuvimos noticia, pero que acabó por poner a las máquinas de acuerdo. Y así decidieron enviarnos a Argos. Habían pasado dieciséis meses desde la estancia del Equipo II

sobre el nuevo planeta.

Nunca me acostumbré a los viajes. Tú, abuela, has tenido que soportar tu venida aquí. Pero eso no es nada. Créeme, no es nada. Has viajado cómodamente en una línea regular y has podido dormir desde tu partida hasta la llegada. Mientras que nosotros, los pioneros... En una palabra, es la náusea, la náusea del cuerpo y del espíritu, agravada para nosotros, los Tres Veces Tres, por el hecho de que no ignorábamos detrás de quien íbamos. Los Equipo I cartografían la galaxia y jamás aterrizan en tierra alguna. Devoran los años-luz y espectrografían el oxígeno. Los Equipo II siguen sus pasos, plantan banderas sobre los planetas de tipo terrestre y levantan puentes, preparando lugares de aterrizaje; realizan también algunos otros trabajos de tipo vital. Pero nunca entran en contacto con los habitantes, si los hay. Allí donde la inteligencia está ausente, nosotros, los Tres Veces Tres, no vamos nunca. Pero si una raza ha descubierto el fuego entonces entramos en acción. En Tule, en Tebas, en Micenas, en Lémur, habían descubierto el fuego, pero ya no les hacía falta. Como en Argos, la llama ya se había extinguido.

En Argos...

Cuando aterrizamos cerca de los muros de lava de su principal ciudad, Dan, capitán del «Castor», se quedó mirando fijamente a través de la pantalla los alrededores de la nave. Yo me hallaba en mi dormitorio y no pude ver nada. Pero luego me contaron que Dan lanzó algunos improperios contra los del Equipo II que nos habían precedido en Argos. Pues en aquel planeta el fuego brillaba alegremente, como si nunca hubiera dejado de brillar. No había más que dar un paso para sentir su calor...

Ellos estaban allí, a nuestro alrededor. No exactamente posternados, pero su actitud indicaba una forma de deferencia, una casi adoración. Y ahora que los contemplábamos, repletos de vida, convendría comenzar a acostumbrarnos a llamarlos argotas. Una raza más se añadía al sumario de los hombres. La Galaxia estaba un poco más poblada que antes.

Pero no nos marchamos en seguida, abuela. Circulan muchas leyendas por los caminos del espacio; desde el mito de Shamblo hasta el de Horlas, cuyas fantasías llenan los planetas sin vida. Y aunque la edad nueva de las conquistas se diferencia de las precedentes en que los pioneros tienen que ser forzosamente técnicos, especializados ciertamente, pero abiertos a la cultura y, por definición, inteligentes o al menos escépticos, los relatos de horrores cósmicos que sumergen la tierra en olas inmensas y deformadas penetran en la mente de todos. Estos relatos dejan su huella en el inconsciente de cada hombre, sea cual fuere su grado de primitividad. Nosotros esperábamos, ¿el qué? No sabría decirlo. Incluso Dan esperaba sin ninguna razón aparente, sin razón lógica. Él tenía miedo y nosotros también lo teníamos.

También los argotas estaban siempre dominados por el miedo. Pero era un temor sutilmente distinto, casi como un horror sagrado. Eso es absurdo, pensarás, pero tengo la impresión de que nos tomaban por divinidades. Monstruos, si lo prefieres.

No se acercaban al «Castor». Les veíamos salir de su ciudad de ensueño en largas procesiones, vestidos, viejos y niños, hombres y mujeres, con largas tiras de cintas que se entrecruzaban por sus cuerpos sin impedirles ningún movimiento, dejando ver algún rincón de piel tostada por el sol. Primero venían a nosotros en línea recta, luego torcían y se acercaban a la nave caminando a campo traviesa. Llegaban a nosotros apartando las altas hierbas de los campos por los que tenían que caminar. Siempre se detenían a unos cincuenta metros de la astronave y se agrupaban alrededor de un banderín que habían dejado allí los del Equipo II. También desde este punto contemplaban nuestro *escaparate*.

Tú no debes saber, abuela, lo que son los *escaparates* del espacio. Bueno, así es como nosotros los llamamos. El término oficial es POHC-Nr-3. En nuestras primeras Investigaciones Siderales lo colocábamos en la popa de la astronave, en el mismo extremo. Era una pantalla de cristal pulimentado sobre la que se proyectaba, desde el interior, algunas vistas propias para mostrar a los indígenas de los descubiertos planetas el espectáculo de la civilización humana. Era una forma cómoda de entrar en contacto, de decir: «He aquí lo que somos nosotros, ahora mostradnos lo que sois vosotros...». Pero se comprobó que algunos pueblos no comprenden las imágenes proyectadas. El Pattern of Human Civilization Number Two fue concebido después: una parte de la astronave estaba montada sobre un escenario teatral y los hombres y mujeres interpretaban sus papeles, separados del exterior y de sus eventuales espectadores por un gran cristal. Este sistema, aunque ingenioso, no fue mucho mejor que POHC-Nr-1. Los técnicos no lograban nada con sus composiciones y era imposible, por otra parte, que los actores viajaran con nosotros. Las plazas estaban muy medidas en la astronave.

El modelo actual, en contraposición (en realidad ignoro si han encontrado nada mejor posteriormente), gracias a los procesos de la cibernética, ha logrado superar la dificultad. Humanoides autómatas realizan sin cesar los gestos que les son prescritos con una aproximación suficiente a los espectadores de unos cinco o seis metros.

Nosotros salimos de la nave al cabo de unos diez días aproximadamente. Los argotas parecían interesados por el *escaparate* y, varios días después, caída ya la noche y alumbrados por grandes hogueras, danzaron. ¿Para nosotros? Eran danzas poco rítmicas y sin música; a veces lentas, a veces rápidas, sin vínculo aparente entre ellas. A nosotros nos parecieron lastimosas a primera vista, hasta que percibimos el valor de su mensaje. Dan les sugirió que nos mostraran su ocupación principal, y nos mostraran su *escaparate*, como nosotros les habíamos mostrado el nuestro. Y tuvo razón cuando pensó que, contrariamente a lo que nosotros suponíamos, aquellas danzas eran algo más que una pura diversión. Reían con extremada facilidad y —no sabemos por qué— el espectáculo de un humanoide en el momento de hacer un bebé autómatas les divertía prodigiosamente. He pensado mucho, desde entonces, y he llegado a la conclusión de que es muy posible que desde el primer día se dieran cuenta de que todo era una farsa. Y en este caso, evidentemente, les debía parecer

muy cómico.

Sus danzas, decía Dan, eran una transposición de su vida entera. Había algún misterio en ellas, puesto que nuestro capitán, cuya cultura coreográfica era sorprendente, se consideraba incapaz de traducir aquellas danzas argotas. Aunque él sintió el valor formal y el peso de la información y de la significación. Un hito, probablemente, entre nuestras razas demasiado heterogéneas.

Pero habíamos olvidado el problema capital de este nuevo mundo. ¿Por qué los del Equipo II no habían encontrado mas que cadáveres decrepitos en Argos? Por nuestra parte, empezamos a hacer lo posible para averiguarlo. Comenzamos a caminar por las calles, no sin alguna crispación de temor, a entrar en las casas, seguidos y precedidos por los argotas. Aunque siempre de lejos. No había ningún cuerpo sobre las camas de aquellas moradas. La ciudad no era mas que vida.

Dan apuntó la posibilidad de que nos hubiéramos equivocado de planeta. Dijo eso sonriendo, sin creerlo, pero nadie le comprendió. Un día, cuando retornábamos a la nave, una muchacha argota se acercó a mí rápidamente y tomó el portaminas que sobresalía de mi bolsillo. Yo informé de este hecho al capitán. Dan dio vueltas y más vueltas en su cabeza a este simple acontecimiento. En su mente se agolpaban todos los conocimientos más extendidos. Este fue nuestro único contacto con el pueblo de Argos. Importante por ser el único. Pero no se pudo interpretar gran cosa del acontecimiento. El informe de los técnicos del Equipo fue casi infantil: la muchacha había tomado el portaminas porque era un regalo de los Dioses. Todos nos reímos, aunque nadie tenía verdaderos deseos de hacerlo.

Pero, ¿cómo se explicaba todo aquello? Hacía menos de un año y medio que los del Equipo II no habían encontrado más que cadáveres en Argos. Y nosotros estábamos rodeados de vivos. ¿Dónde estaban, dieciséis meses atrás, esos seres plenos de exuberancia que danzaban todo el día y toda la noche? ¿Que danzaban cuando ni siquiera se habían ocupado de alguna de sus necesidades vitales? Pero su misma danza era vital, afirmaba Dan. Aunque, ¿dónde estaban los muertos? ¿Los millones de muertos que habían mostrado los films? Muertos de rostros carcomidos, cuerpos arrugados y ojos vacíos para siempre...

Le ofrecí una idea absurda a nuestro capitán. Aunque tal vez no fuera tan absurda como todo eso, abuela. Habíamos visto peores cosas en nuestras expediciones. Tal vez había tenido lugar una guerra en aquel planeta, y los vencedores danzaban ahora alrededor de las hogueras, después de haber ocupado las ciudades de los vencidos. Dan me miró fijamente. ¿Y las armas? Gases asfixiantes, eficacísimos rayos... Eso no entraba en mi deducción. Dan se rió en mis narices mientras me mostraba con el dedo los seres que nos rodeaban. Evidentemente, abuela, no tenían un aspecto muy belicoso.

Continué mi vida, abuela, como si Vra no fuera más que una muchacha como las otras. Todo el mundo se rió de la anécdota, y yo también me reí, aunque sin ganas. Como todos, me mofé de ella cien veces. Hice algunas bromas groseras sobre mi

portaminas, y adquirí una reputación inmerecida. Para esconder mejor que Vra era mía para siempre, y para salvarla sólo a ella, hubiera matado a todos los componentes del Equipo. Me hubiera ido con ella en el cohete, si este cohete no hubiera podido llevarnos más que a ella y a mí.

La dificultad de comprensión no es nada, abuela, cuando el cuerpo y el alma hablan por sí solos. Evidentemente, traducir lo que se descubre de esta forma en palabras es imposible. Por esa razón los del OÍS no han utilizado jamás el amor. Lo que Vra y yo nos trasmitíamos a través de nuestro silencio no tenía más valor que el que nosotros le dábamos. No contenía ningún mensaje, ninguna información, tan solo una forma de comunicación que tendía un puente sobre un abismo que los lingüistas del Tres Veces Tres hubieran tardado años en descifrar. ¿Qué importancia puede tener? Ella me amaba, y yo hubiera conquistado el Universo solo por poseerla.

Creí durante algún tiempo que había convencido a todos respecto a mi actitud en contra de Vra, pero Dan me descubrió. Quizá lo había comprendido todo desde el principio, pero nos engañábamos mutuamente. Abordé a otras muchachas además de Vra, y me mantenía el máximo de tiempo posible lejos de ella. Sin embargo, cuando esto acontecía, observaba su mirada apesadumbrada que me observaba desde lejos.

Visité la Ciudad, Koll, de largas avenidas bordeadas de mansiones bajas, de apenas un piso de altura. Tan solo los edificios que nosotros considerábamos como públicos eran de gran altura y presentaban unos extraños orificios que miraban al norte. En cuanto a las habitaciones, estaban encaradas al sur, en un sistema de construcción similar al de la Tierra en el año 2.000: alargados paneles mates de vidrio polarizado adaptado en una armadura metálica. ¿Quién había edificado aquello, puesto que los argotas, aparentemente, no sabían más que bailar? Danzaban siguiéndonos por sus propias calles, vagando por los jardines que rodeaban cada una de las casas. Danzaban en procesiones rítmicas, danzaban antes de alimentarse, danzaban después de sus comidas. ¿Dormían acaso? Pronto me enteré de ello. Fue una noche en la que, en vez de volver a la Base, pasé las horas con Vra en su propia casa.

Jamás olvidaré cuánto amé aquella noche, abuela, y no podré olvidarlo aunque transcurran mil años. El fuego que ardía en Argos me devoraba, pero un cuerpo como el de Vra era inagotable para un hombre de la Tierra. Nada nos separaba, y lo que a menudo no es más que un simulacro me aniquilaba. He vivido y he conocido más vidas y más amor en sus brazos del que me estaba permitido. Pero volveré a comenzar, abuela. Si, tengo que volver al principio. Me gustaría yacer para siempre en el espacio con mi escafandra y no volver a conocer jamás la locura de la vida.

Dan me hizo llamar al día siguiente por la mañana. No recuerdo bien lo que me dijo, pero me interrogó hábilmente para poner en claro lo que le faltaba por saber. Cuando abandoné la tienda, abuela, Dan dictó una nota según la cual, a su parecer, los argotas no dormían. Y no era una broma. Me lo había dicho Vra.

Hacia el mediodía me anunciaron que había sido nombrado jefe de un comando

volante. Recibí la orden de partir al día siguiente al alba, con trabajo suficiente como para estar lejos de Koll por lo menos tres meses. Pero no protesté ni acusé al capitán de maquiavelismo. En realidad, aquella misión solo podía llevarla a cabo yo personalmente. Y era muy necesario comenzarla en aquel preciso momento.

Me hubiera podido resistir a llevar a cabo aquel asunto, pero me marché. Vra se reunió conmigo dos días después, en los alrededores de Yzan. Me siguió de ciudad en ciudad durante todo un mes. Dan no podía ignorarlo. Se presentó tres veces de improviso para preguntar por el estado de los trabajos que realizábamos. No hablaba más que del servicio, y cuando vio a Vra en el umbral de mi tienda ni siquiera enarcó las cejas como solía hacer cuando algo le disgustaba. Nuestro capitán no era un necio, abuela. Ale conocía, y comprendió que ya no debía insistir más. Tú no comprendes eso, ¿no es cierto?

Vra estaba cada día más hermosa. O yo la idealizaba cada día más. Pero eso no cambia las cosas. Había en ella tal fuerza de vivir que me sentía bañado en su misma juventud. Yo apenas dormía, y el trabajo era agotador. Hubiera tenido que caer rendido. Pero, ¿existía el cansancio en aquel lugar? Yo no sentía nada: ni laxitud, ni vejez. Por excepción, en Argos los años contaban la mitad. Pero eso no me resultaba en absoluto pesado. En Kantor yo pesaba la mitad de mi peso. ¿Era la atmósfera de Argos la que me hacía sentir tan rejuvenecido? Creo que para mí solo Vra respondía de mi lucidez y de mi fuerza.

Me había olvidado totalmente de que al cabo de cinco meses tenía que abandonar Argos. Mi mente se resistía a pensar más allá del día que estaba viviendo. Ni siquiera nuestras noches no transcurrían con premura. ¿Tal vez en parte se debía a mi temperamento? Siempre he sabido utilizar mis horas llenándolas de alegría sin perder un solo minuto. En cuanto a esto no me lamento, abuela. He tomado todo cuanto he podido robarle a mi tiempo de vida. Jamás he mezclado la alegría con la felicidad.

Nuestra novena parada era Sikamhial. Habíamos explorado uno de los siete continentes del planeta. Desde los otros comandos nos llegaron las noticias: nada nuevo, nada importante. Solo dos pueblos compartían el planeta Argos. El «Castor» lograba fotos decepcionantes en sus largos paseos circumplanetarios. Nada que nos diera una explicación para los muertos que el Equipo II había filmado y nada de aquellos seres vivos que nos aceptaban pasivamente, sin escepticismos.

Nuestro helicóptero aterrizó ante los muros de Sikamhial. Hacía una hora que la noche había cubierto las superficies con su manto, y en la ciudad ardían ya las hogueras. Fue entonces cuando oímos por vez primera gritar a los argotas. Un inmenso lamento que se elevaba de las casas centelleantes. El viento suave nos traía oleadas de ceniza que provenían de la madera que consumían las fogatas. Alrededor de éstas danzaban los hombres y mujeres. Vra descendió conmigo y permaneció por un momento inmóvil y distante. Yo la miré fijamente. Sus ojos fijos y distantes reflejaban las llamas lejanas, y un terror sin igual parecía reflejarse en ellos. Me acerqué para tomarla en mis brazos. A nuestro alrededor mis hombres, indiferentes,

montaban las tiendas. Algunos caminaban en dirección al riachuelo que se oía cantar entre las rocas, buscando un momento de paz en la noche.

Ella dio un paso hacia mí, pero luego retrocedió indecisa. La enlacé en un cariñoso abrazo, pero ella no respondió a la caricia, sino todo lo contrario: forcejeó suavemente, intentando deshacerse de él. Murmuró dos o tres veces consecutivas la palabra que nos unía: Vrrra...

Ahora ya lo sé, abuela. Vrrra... quiere decir amor o algo aproximado. Pero para mí su nombre es Vra, y así la llamo en mis sueños nocturnos, y ese es mi grito al despertar de mis pesadillas. Grito ese nombre que hubiera deseado para mí solo.

Jamás volví a ver a Vra, abuela, o al menos jamás volví a verla como la dejé aquella noche. Se marchó sin llorar siquiera. No se llora en vuestro planeta, pero se sufre exactamente igual. Y Vra sufría. El espanto se apoderó de ella cuando llegó el otoño. ¿No es así? Ella sabía lo que esto significaba, y yo no podía adivinarlo. Ella conocía perfectamente el sentido de esas quejas que el viento arrastraba junto con el olor a resina de los árboles. Vra se fue. Comenzó a caminar en una forma muy lenta hacia adelante. Incluso me pareció oír el crujido de la hierba al ser aplastada por sus pies desnudos. Yo me quedé inmóvil, dudando, entre lo absurdo y lo inútil. Contemplé la hermosa silueta de Vra, que se perfilaba en una fogata cuyas llamas se apagaron súbitamente. Luego ella danzó para mí. Dos o tres pasos cargados de dolor y de pena. Agitó la mano en un adiós, y desapareció en la oscuridad. Si, abuela, has oído bien, desapareció. Hubiera corrido tras ella, pero comprendí de repente que me abandonaba para siempre. Pero a mis oídos aún llegó una ráfaga de aire tibio que pronunciaba un «Vrrrra» deformado, tembloroso, casi irreconocible y, sobre todo, ciego, atraído por el viento fuerte que comenzaba a desencadenarse. Tuve que correr para llegar a mi tienda. El umbral del Otoño, Duelo de Otoño. ¿Conocías estas tristes palabras, abuela? Vra jamás las conoció.

Es esta imagen de ella la que me persigue, la que se inclina hacia mí, aunque de una forma lejana, como huyendo, despegándose de mí como un alma que se va. En adelante sería una extraña. ¿Ella? ¿Vra? ¿Una extraña?... ¿Dónde estaba la Vra de aquella primera noche que pasamos juntos? ¿Aquella muchacha que se unió a mí para toda la vida y tal vez incluso para el Más Allá? Al menos como yo lo esperaba. Porque yo no veía más que mis sueños cuando hablaba de ella con alguien.

No volví a Koll. El capitán había trasladado nuestra primera base a un lugar más abrigado, cerca de Alaia, bajo los Montes de la Sombra; pues las tempestades que vinieron con el Otoño inundaron los campos uno detrás de otro, de Norte a Sur y de Este a Oeste. Toda la agrupación se arropó bajo los muros de Alaia, esperando el retorno del buen tiempo. El buen tiempo... Hay cien kilómetros de Alaia a Koll. ¿No es verdad, abuela?

Durante todo un mes, la tempestad castigó duramente Argos. Debía ser un fenómeno natural. Ello explicaba los muros de lava que cercaban cada ciudad, y que nosotros habíamos confundido por fortificaciones. Alaia estaba cerrada, nadie podía

salir, nadie podía entrar. Ningún movimiento en las calles y ninguna luz en las casas, ni siquiera por la noche. Tuvimos que cobijarnos bajo tierra, a media altura en las Montañas de la Sombra. En el fondo de las grutas abiertas que nos preservaban del viento y desde donde dominábamos la inmensa llanura y la callada ciudad a nuestros pies. Nada hubiera podido resistir aquel huracán, y nuestras tiendas menos aún. Once hombres habían muerto ya, aplastados contra la muralla de Alaia, arrancados del suelo como las hojas muertas por una súbita ráfaga de viento. Sus cuerpos quedaron adheridos a aquellos muros, a cuatro metros del suelo. Seguramente por eso nunca los árboles coronaban las colinas en Argos.

El viento cesó de repente un mes después. Durante mucho tiempo siguió silbando en nuestros oídos, y durante mucho tiempo también observamos las nubes que se formaban en el cielo, esperando ver aparecer de un momento a otro de nuevo las tormentas. Seguimos escondiéndonos hasta mucho después de cualquier airecillo. Pero todo esto no tiene la menor importancia. En todos los planetas abundan peligros infinitamente más graves.

En todo este tiempo nunca dejé de pensar en Vra.

Una noche partí hacia Koll. Evité las ciudades: Alaia primero, después Skoum y Milla, también Seblaya, la capital. Los helicópteros me buscaban, y eso retrasó mi marcha. Pero nadie se cruzó conmigo. Al alba del tercer día franquéé la puerta oeste de Koll, más allá de la cual estaba la casa de Vra. Todo estaba tranquilo en la ciudad. Yo moderé mi marcha, precisamente cuando hubiera debido correr hacia Vra para estrecharla más prontamente entre mis brazos. Pero de pronto se había apoderado de mí una angustia terrible. Cuando llegué a la larga avenida en la que se hallaba su casa, me detuve bajo la ventana que daba a su habitación y oí cantar. ¿Por qué no cantáis más que en Otoño, abuela? ¿Es que acaso vuestros cánticos reemplazan a las danzas del verano? ¿Y por qué son tan tristes vuestras canciones de Otoño? ¿Acaso expresáis vuestro destino de una manera distinta a medida que cambian las estaciones? La voz que canturreaba un aire desconocido e inquietante se rompió, como una banda magnética medio borrada por el tiempo y el uso. No me atreví a avanzar más, abuela. Tenía miedo. Los filmes del Equipo II desfilaba ante mis ojos, perfilándose en la casa de Vra. ¿Puede presentirse una desgracia de antemano?

Tenía prisa por abrazar a Vra, y sin embargo, me quedaba inmóvil. Escuchando la quebrada voz que se elevaba a algunos pasos de mí, alterada por una ligera brisa ora fuerte, ora casi imperceptible. No me atrevía, pero por fin transpuse, arrastrando mi cuerpo conmigo como un presagio demasiado pesado, los cinco metros que me separaban del lugar. Aparté la amarillenta hierba que adornaba la entrada del edificio encaramándose por la fachada, y entré.

Una anciana estaba ante mí, dándome la espalda. Una mujer muy vieja, de cabellos apagados que se esparcían en sucios mechones sobre su cabeza. Estaba dando fin a algún trabajo. Jamás creí, abuela, que fuera una sirvienta. Aunque mi informe al OÍS lo haya dado a entender así. Comprendí desde aquel mismo momento.

La mujer se volvió hacia mí al oír mis pasos, y me miró fijamente con una mano apoyada en los riñones. Me miró con unos ojos negros semejantes a una antorcha apagada, pareciendo no conocerme. Permaneció algunos segundos quieta, en silencio. Luego su cuerpo pareció encogerse más, pero su mirada no abandonó mi silueta que se recortaba para ella en el azul de aquel cielo. Había un algo de reproche en su actitud...

Me comporté, abuela, como un terrestre que todo lo arregla con la violencia, como un niño a quien le confiscan su juguete, como un puerco, abuela. Cogí a la anciana por un hombro con una mano, y comencé a abofetearla salvajemente, profiriendo injurias. Aquella no era Vra. ¡No podía ser Vra! Era imposible que hubiera envejecido de tal manera en unos meses. Con mis bofetadas, hacía danzar su cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Estaba loco, abuela; de dolor, de rabia, de impotencia. Con mis puños hubiera destrozado el suelo o las paredes si se hubieran hallado más cerca que ella. La vieja no gemía, pero por fin intentó protegerse con el codo, y entonces la dejé caer como un saco sobre su propio lecho. Luego eché a llorar desesperadamente, con ruidosos sollozos que salían de mi corazón como pétreas avalanchas. Hundí sobre mis ojos mis puños cerrados. Los hundí como dos armas. Hubiera querido no haber visto nunca más...

Al cabo de un par de horas Dan me encontró allí, sentado en el suelo y secos ya los ojos. No me moví. Ella estaba tendida en la cama, inmóvil, esperando. Tenía el rostro amoratado por mi violencia. Cuando me llevaban a la base intentó decir «Vrrra...» muy dulcemente, como el primer día, como la última noche. Fingí no oírla, pero en realidad la oí perfectamente.

Diez días más tarde, Dan envió el informe que yo redacté a la Tierra, y recibí un privilegio galáctico. Vi otras veces a la vieja Vra, y me senté cerca de ella, que no dejaba de mirarme con fijeza con la apagada claridad de sus ojos negros. Uno de esos días fui a verla y estuve cinco minutos con ella sin llegar a gemir, como un chiquillo a quien se le ha dicho que es demasiado mayor para seguir llorando en adelante. Ella había comenzado a perder uno tras otro todos sus dientes. Era lo natural en aquel planeta. Los argotas se marchitaban y morían en invierno para renacer en primavera. Cada año morían, y su vida no duraba más que dos estaciones de cada cuatro. Sin embargo, aún convencido de este hecho, no pude resistir aquello. Tenía apoyada su horrorosa quijada en sus descarnados dedos, y no cesaba de mirarme. Sin sonrisa, sin expresión, sin pena aparente. No cesaba de canturrear en un tono monótono la misma melodía. La canción del Umbral del Invierno no se cantaba con la misma fuerza que la del Umbral del Otoño, porque llegaban a perder hasta las fuerzas para cantar. Y aquel día me levanté para irme de una forma definitiva cuando, dejando de cantar un segundo, retiró de su marchita boca un diente canino completamente podrido que echó por la ventana. Me fui sin volver la vista atrás.

Me quedé un tiempo más en Argos para intentar reparar, para recobrar, no la estima de Vra, puesto que sabía que todo esto estaba por encima de ella y habría

olvidado en la primavera mi brutalidad, sino mi propia estima. Juré que cuidaría a Vra durante todo el otoño y el invierno. Como si durante milenios me hubieran esperado los argotas para franquear sus malas estaciones con menos peligro. Cuando llegó el momento les vimos apagarse lenta, muy lentamente. Les vi morir uno después de otro. Vra también murió. Aquella Vra que parecía centenaria y que durante su último mes no comió ni probó bocado alguno. Los demás se habían marchado. Y yo me quedé solo en aquel planeta desierto. Una inmensa necrópolis que no era alegrada ni siquiera por el graznido de los cuervos. Durante el invierno, abuela, no había más que silencio en Argos. Cuando los del Equipo IV llegaron trabajé febrilmente con ellos durante quince días. Pero no volví a ver a Vra.

Quería dedicarme por completo a mi trabajo. Me parecía que de este modo lo olvidaría todo. Bajo aquel cuerpo admirable siempre habría visto la decrepitud de la ancianidad que tenía que volver una y otra vez. No pude, no pude, abuela. Sí, ella se parecía un poco a ti. Tenía los ojos profundos, pero no apagados como los tuyos, sino luminosos. Y si tú tuvieras dientes serían sin duda como los suyos, repletos de juventud. Dime, ¿acaso rejuvenecerás dentro de tres meses?

Yo no la he visto muerta con mis propios ojos. La esperaría aún. Pero eso no es posible. Era tan vieja, tan vieja... Sé que atravesaría cien años-luz para verme, lo sé. ¿Por qué lloras, abuela? Los argotas no lloran... No, no te vayas. Quiero hablarte aún más sobre ella. Aquí ellos no me escuchan. Se ríen de mí porque las máquinas han dicho que ya no sirvo para nada. No te vayas, abuela. Dile que la amaré siempre. ¡No! ¡No! No te vayas, abuela... ¡ABUELA!...

# Las muletas

Alain Mark

Evidentemente, y era la primera vez que consideraba el asunto desde aquel ángulo, sin muletas no se puede andar. Resultaba curioso que hasta aquel momento no se le hubiera ocurrido pensar en ello. Estiró las piernas y se acomodó más confortablemente contra la pared, justo en el punto donde faltaba una piedra. Resultaba cómodo para ajustar allí un omoplato, uno sólo. De tiempo en tiempo cambiaba. No pensó más en ello; por la noche, este detalle no le había impedido nunca dormir. Sin duda modificaba su posición instintivamente, sin saberlo.

Pero desde hacía algún tiempo se sentía mal allí. Desde hacía varios días, para ser más preciso. Desde que algún iluminado le había sugerido que tenía suerte de no poseer, él también, unas muletas. Después de aquel día se sintió melancólico. Los demás hubieran podido sin duda darse cuenta de ello, pero nadie se preocupaba de observarle.

Recapituló: «Hace varios años que estoy aquí. Los veo pasar, y a veces me cuentan sus historias, que no comprendo, pero eso a ellos les tiene sin cuidado y a mí también. Me traen de comer. De tanto en tanto vienen a llevarse mis inmundicias, cuando el olor comienza a molestarles. ¿No soy feliz así?... Y hay además la hija del zapatero, que viene algunas veces por la noche... Dice que no puede hacerlo más que por la noche a causa de las muletas». Enrojeció al pensar en aquello, no por él ni por la muchacha, sino a causa de los demás. De todos modos él podía enrojecer, enrojecer incluso hasta inflamarse... los demás se burlarían de aquello. Al igual que la primera noche en que la muchacha lo despertó golpeándole con las muletas en la cabeza. ¡Cómo se había asombrado! Ahora esto se había convertido ya en un hábito. Al principio había intentado permanecer en vela para no ser sorprendido, pero, o ella no venía, o terminaba por dormirse igualmente. Por otra parte, no hubiera podido pasarse sin aquellos golpes de muleta, y la muchacha tampoco. Era como una especie de código. Además, ¡eran tan hermosas! Jamás había visto otras muletas semejantes. Y sin embargo, a fuerza de ver pasar a la gente, había visto muchísimas. Su drama, finalmente, era que le gustaban todas. Incluso las muletas reglamentarias de los militares, enhiestas y negras, de un negro brillante como el de su melancolía. Las otras, evidentemente, no presuponían ningún problema. Se apreciaba en seguida que eran hermosas, sin necesidad de ser un experto en la materia. Principalmente los colores. Seguramente esto dependía de los días y de su humor. No le gustaban las de colores vivos, las encontraba demasiado poco serias. Pero las muletas de acero repujado, o aquellas talladas en madera, del siglo XV o XVI, con esculturas

policromadas hasta tal punto que era preciso adivinarlas más que verlas, aquéllas le hacían babear de admiración.

Sin embargo, más allá de toda duda, las más hermosas eran definitivamente las de la muchacha. Principalmente su forma: arqueada, con adornos como los movimientos suaves de las llamas, y también su color: azul, con pequeños ángeles negros tallados que soplaban las trompetas de oro de donde salían multitud de estrellas con ojos que se asemejaban a los de la muchacha. Y cuando se acercaban al oído, se podían oír los suspiros de los ángeles.

Unas muletas espléndidas. Solo que, cuando estaban juntos por la noche, ella las envolvía en una funda que llevaba expresamente para ello.

—Compréndelo —decía—, no puedo amarte delante de ellas.

Él no lo comprendía, pero callaba. Todo estaba bien así; ¿para qué pues intentar comprender a aquellas gentes y todas las cosas complicadas que hacían con sus muletas?

Todas estas reminiscencias, pensó, todo el pasado, incluso si el pasado continuaba y las cosas iban a ser en el futuro semejantes a como eran anteriormente... Sólo que ahora se sentía desgraciado, y esto le dolía muy profundamente. No estaba acostumbrado a ello.

«La próxima vez —pensó— voy a robarle sus muletas».

Esta idea le hizo sentirse un poco menos desgraciado, pero no duró mucho tiempo. Empezó a dudar. No sabría servirse de ellas. «Esto no se aprende así, en solo un abrir y cerrar de ojos. Es preciso empezar cuando se es muy pequeño, con todas las pequeñas muletas de colores que se meten en sus cunas. El color depende de las gentes, pero al menos ya es algo que ellos tienen. Y yo jamás he tenido, jamás». Se puso a llorar, y dejó de hacerlo al pensar que aquello no serviría de nada.

«Y admitamos incluso que, pese a todo, pueda andar con ellas. Un día puede ser que alguien me las quite, y entonces no podré volver a recobrar mis antiguos hábitos. Ahora, en cambio, puedo ir pasando».

Conocía bien lo que había ocurrido con las personas a las que se les había suprimido las muletas. Habían intentado seguir viviendo, acurrucadas a lo largo de las paredes, pero no podían pensar más que en sus muletas, y en que aquello no era justo, en que tanto valían las suyas como las de los demás y en que no tenían derecho de quitárselas. No comían, iban volviéndose débiles y transparentes, terminaban por no poder más que murmurar, y era preciso inclinarse sobre sus bocas para comprender lo que decían. Pero esto no interesaba a nadie. Al final, siempre había alguien para terminar con ellos con un golpe dado con su muleta, y eran retirados al mismo tiempo que las inmundicias. Mientras que, a él, nadie habría osado golpearle. Se le respetaba.

No existía, pues, razón para cambiar. Pero todas estas ideas le iban trabajando por dentro. Sentía deseos al menos de ensayar, incluso sabiendo que podía llegar un día en el que le serían retiradas y que era probable que terminara tan lamentablemente

como los demás. Sabía bien como llegaba todo aquello: las historias de los más fuertes, que decían cuál tipo de muleta estaba en adelante prohibido. «Evidentemente uno no puede cambiar así, de un día para otro, su tipo de muleta, después de haberse habituado a ella desde la cuna».

Dobló una pierna, que empezaba a temblar. Pensó que se iba haciendo viejo, y que era muy tarde ya para que empezar a interesarse por todas aquellas historias políticas.

Y después pensó en la muchacha, que seguramente moriría muy pronto. Era muy joven aún.

Así, abandonó sus negras ideas. Después de todo, él se sentía bien así.

Cambió de omoplato el agujero. La noche estaba ya llegando, y se dispuso a dormir. Quizá la muchacha vendría aquella noche... La vida aún podía ser interesante.

Aquella noche soñó que andaba sin muletas...

«Esto no tiene ningún sentido —pensó al despertar, sintiéndose aún ligero por la sensación que había experimentado y al mismo tiempo avergonzado de su subconsciente demasiado subversivo—. ¡Como si se pudiera andar sin muletas!».

Ante él, la calle se iba animando. La gente iba y venía, balanceándose, con un alegre cliquetear de muletas.

«Sí, estoy envejeciendo», se afligió. Pero no podía hacer nada. Sentía en sus piernas un enorme deseo de intentarlo, y de alzar los hombros también, y no podía retenerlo.

Al fin, el deseo fue más fuerte que él. Se levantó y, estupefacto, se vio a sí mismo avanzar algunos pasos. Andaba. Andaba.

La multitud, a su alrededor, se había inmovilizado. Los miró a todos, sonriente, un poco avergonzado también.

—Miren —dijo—: puedo andar.

Su voz quedó ahogada por el rugido de la multitud. Todos lo miraban con hostilidad. Con un gesto unánime, todos ellos empuñaron sus muletas y las alzaron con las dos manos por encima de sus cabezas, al tiempo que avanzaban hacia él.

—¡Ustedes también! —tuvo aún tiempo de murmurar, asombrado, antes de comprender. Echó a correr. Pero los otros lo alcanzaron, y le golpearon con sus muletas, girando en torno a él, le golpearon, le golpearon, hasta que no quedó de él más que una informe mancha roja sobre el pavimento.

Después, se alejaron de allí en círculo. Uno de ellos, murmuró, dando unos cortos pasos hacia la pequeña mancha:

—Era un buen tipo. Lástima que enloqueciera. —Reajustó sus muletas bajo sus hombros, y dijo aún—: ¡Como si se pudiera andar sin muletas!

Y se echó a reír, imitado por los demás que, después de un momento de duda, se reinstalaron entre sus muletas y se alejaron todos, balanceándose ligeramente.



# El guijarro

Alain Mark

—¡Debería usted pintarlo de amarillo! —dijo alguien que pasaba.

El hombre al que se dirigía levantó la cabeza. Estaba sentado en el bordillo de la acera y había posado su guijarro a su lado. Transpiraba. Era un hombre como los que se ven en las multitudes, uno cualquiera. El guijarro era un guijarro muy grande, la mitad de él.

—¿De qué está usted hablando? —preguntó al fin, limpiándose el sudor que se deslizaba dentro de sus ojos.

—¡De su piedra, evidentemente!

—No es una piedra: es un guijarro.

—¡De acuerdo, pero debería pintarlo de amarillo!

Habitualmente, la gente pasaba sin fijarse en su guijarro, o al menos hacía ver que no se fijaba, era lo mismo.

—¿Por qué de amarillo?

El transeúnte le señaló un cartel, en la pared, tras ellos. Representaba a un hombre que andaba llevando ante él, sujeto entre sus manos, un gran guijarro amarillo. Se levantó y se acercó al cartel.

—Es extraño —dijo—: nunca me había fijado en él...

—¡Sin embargo, no es en absoluto nuevo! —dijo el transeúnte, alejándose.

—¿No es nuevo? —repitió el hombre varias veces, interiormente. Recogió su guijarro y volvió de nuevo ante el cartel—. Podría ser un espejo, pero no es un espejo... —pensó. Inclino la cabeza—. ¡Es a causa del color! —Acarició con una mano el guijarro del cartel, después el suyo—. Es cierto —decidió—: un guijarro como este está hecho para ser amarillo.

Lo pintó de amarillo.

Durante varios días continuó como antes, transportándolo a través de las calles de la ciudad. Pero ya no era como antes. Se había vuelto más pesado. Las gentes lo empujaban como si aún notaran menos su presencia.

—Es a causa del color —pensó. Cuando lo dejaba en algún lado, sentía miedo de mirarlo—. ¡Ya no se parece a nada! —decidió.

Se puso a despintarlo.

Ahora recordaba. Hacía ya tiempo; el guijarro era entonces más fácil de llevar, no se hacía preguntas, no buscaba, solamente andaba. Había encontrado un cartel que mostraba a un hombre sentado sobre una piedra roja. Entonces ya lo había pintado de rojo.

—Uno olvida... —constató, rascando los últimos rastros de pintura amarilla.

Su guijarro volvía a ser de nuevo su guijarro.

—¡Yo también lo prefiero así! —dijo una voz tras él. Se volvió y sonrió a la muchacha.

—¿Verdad que sí? —dijo.

Ella se acercó y trató de levantar la piedra.

—¡Es muy pesada! ¿Para qué sirve?

La miró con sorpresa.

—Pero... ¡para nada! ¡No está hecho para servir!

—Entonces, ¿es un símbolo? —Se echó a reír.

—¡No! ¡Es un guijarro! ¡Solamente un guijarro!

—¿Vive usted con él? —preguntó ella.

—¿Por qué me hace usted esta pregunta? —dijo él, poniéndose serio—. ¡Esto no es importante para usted!

Ella reflexionó un momento.

—No sé... —dijo simplemente.

Él se encogió de hombros, después la miró largamente.

—Este guijarro... ¿no la sorprende? —preguntó al fin.

Ella dijo que no con la cabeza.

—¿Por qué? —insistió él.

—Tal vez a causa de los carteles... Solo que creía que esto tan solo existía en los carteles.

La miró nuevamente. Vacilaba. De pronto se puso a hablar. Habló largo tiempo. Le explicó cómo lo transportaba de sitio en sitio a través de la ciudad. Le contó de su fatiga. Le dijo de su soledad.

—Pero sé que un día encontraré el boquete; entonces, todo esto habrá tenido un sentido.

—¿El boquete?

—Sí, aquél de donde ha sido arrancado el guijarro. —Ante su aire sorprendido, explicó—: Porque está escrito: y un día los guijarros encontrarán nuevamente su lugar.

—¿Es difícil?

Él inclinó la cabeza.

—A veces, he creído estar muy cerca de hallarlo. Pero siempre había algo que no iba. O bien el emplazamiento era demasiado grande, o bien, cuando las medidas correspondían exactamente, era el guijarro el que no correspondía al emplazamiento. Nunca he comprendido el porqué. Quizá sea que me equivoco en mis cálculos. Tal vez las medidas no sirven para nada. Solamente después me doy cuenta de que me he equivocado. Entonces debo retirarlo nuevamente del agujero donde he querido encajarlo. Es difícil, sí... es difícil. —Pareció mirar más allá de ella mientras le hablaba—. Continuar... volver a comenzar más allá... Es difícil también. Algunas

veces quieren detenerme. La gente no comprende.

—Sí... —murmuró ella gravemente. Y, muy rápido, añadió—: Déjeme ir con usted. Le ayudaré. Iré donde usted vaya. ¿Quiere?

Al principio, ella puso en su búsqueda un ardor más grande del que jamás había sentido. Le parecía que nunca había hecho nada antes de encontrarla.

—Ahora es cuando todo comienza —le decía.

Durante largo tiempo se los vio en las calles de la ciudad. En los primeros tiempos él continuaba llevando solo el guijarro. En seguida, ella lo había ayudado. Iban de jardín público en terreno baldío, de terreno baldío en construcción. Más tarde, ella había comenzado a hablarle de su fatiga. Le decía:

—¡Detengámonos! ¡Ya no puedo más! —Parecía agotada, tropezaba a cada paso—. Voy a caer si continuamos... —advertía.

—¡Oh, no! ¡Vaya idea! —replicaba él. Ella continuaba.

A su paso, la gente decía:

—¡Vaya desgracia, esa pobre mujer!

Él se volvía hacia ella y exclamaba:

—¿Lo ves? No comprenden nada...

Un día, en unas obras abandonadas, a la caída de la noche, con las luces de la calle ya encendidas, ella tropezó y ya no se levantó de nuevo.

—¡Mira! —exclamó él de pronto, precipitándose hacia la sombra de un agujero en el terreno. Tomó sus medidas—. ¡Ven a ayudarme, creo que finalmente lo hemos hallado! —gritó, enderezándose.

Ella no respondió. Estaba tendida en el suelo, con los ojos abiertos al cielo. Él se encogió de hombros e hizo rodar el guijarro hasta el agujero. Se había equivocado de nuevo. Durante mucho tiempo contempló, desanimado, la piedra hundida a medias.

—¡Continuaremos! —decidió al fin. Al ver que ella no respondía, se acercó.

La arrastró hasta el pie de una grúa que se elevaba cerca de allá y la apoyó contra uno de los pilares de hierro. Sus grandes ojos abiertos continuaban mirando fijamente al frente.

—Ahora será más difícil... —pensó, alejándose.

Fue más difícil. «Es porque me siento fatigado...». Los agujeros se hacían más raros. O tal vez ya no los veía. A veces olvidaba buscarlos.

—¡Esto no tiene ningún sentido! —decidió un día. Abandonó el guijarro. Durante algún tiempo erró desamparado, de calle en calle. Después, en una pared, descubrió nuevamente un cartel que mostraba a un hombre cargado con una piedra. Volvió a buscar el guijarro. Pero era como si ya no creyera en él.

—Tal vez lo que busco no existe en esta ciudad. Es preciso ir más allá... —Andaba repitiendo en voz alta—: Ir más allá...

Pero el guijarro era demasiado pesado. Algunas veces se hacía tan pesado que apenas podía levantarlo.

Buscó ayuda.

—¡No creerá usted que voy a cargar en mi taxi esta cosa tan grande como usted!  
—le respondieron.

—¿Grande como yo? —Después de tanto tiempo, incluso había olvidado mirar el guijarro.

—Y además, ¿qué es? —preguntó el taxista.

—Un guijarro.

El taxista consultó su libro y sacudió la cabeza.

—Además, no puedo hacerlo, no está señalado. ¡Véalo usted mismo! —dijo, señalándole una página—. ¡No hay nada que hacer! —Ante el aspecto agotado del hombre vaciló un momento, después dijo de pronto—: Después de todo, su guijarro no es más que una piedra... —Hojeó su libro y se detuvo en una página—. ¡Aquí está! Las piedras tengo derecho a transportarlas.

—Pero no, no es una piedra, es un guijarro.

—¡Cómo usted quiera! —dijo el taxista.

Mucho tiempo después, en un bosque al lado de la ciudad, había depositado el guijarro al pie de un árbol y pensó súbitamente:

—Tal vez no exista ningún agujero en el mundo, tal vez sea yo quien deba hacerlo.

Se puso a cavar.

—¿Qué está haciendo? —le sorprendió una voz infantil.

—Ya lo ves —respondió—. Cavo un agujero.

—¿Para hacer qué?

—Para enterrar mi guijarro.

—¿Es suyo?

El hombre inclinó la cabeza y continuó cavando.

—¿Lo ha traído hasta aquí usted solo?

Él hombre inclinó de nuevo la cabeza.

—¿Con sus manos?

Dejó de cavar.

—¡Me haces cada pregunta! —dijo, en un tono divertido.

—¡De todos modos, no es usted! —decretó el niño.

—¿No es yo quién?

—El señor del cartel que hay delante de mi casa.

—El cartel... —repitió el hombre. Y añadió—: De todos modos, tal vez sí que sea yo.

El niño sacudió la cabeza.

—¡Seguramente no! El señor es joven. Y además, su guijarro es tan grande como el de usted. —Reflexionó, y añadió en un tono definitivo—: Y además no es usted, porque el guijarro de ese señor es verde.

—¡Verde! —El hombre se encogió de hombros y continuó cavando.

—Me gustaría tener uno como ese, mío. ¡Yo no lo enterraría, oh, no!

El hombre se inclinó, recogió un guijarro al fondo del agujero y se lo ofreció al niño.

—¡Oh, pero ese es muy pequeño!

—Puede hacerse grande.

El niño se echó a reír.

—¡Los guijarros no son como los árboles, no crecen!

—No... —dijo el hombre como para sí mismo—. Habitualmente no crecen... pero, a veces, sí crecen... —añadió con tristeza. Y volvió a su trabajo.

—¿Es verdad? ¡Entonces me lo quedo!

El hombre levantó bruscamente la cabeza.

—¡No, espera! ¡No es verdad! ¡Devuélvemelo!

—¡Usted me lo ha dado, es mío! —le reprochó el niño. Y se fue corriendo.

El hombre le siguió con los ojos, con aire ansioso. El niño jugaba a lanzar su guijarro por encima de su cabeza y a atraparlo. De pronto, lo arrojó a unos matorrales y se alejó sin preocuparse más de él. El hombre sonrió y volvió a cavar tranquilamente.

El sol desaparecería muy pronto. Llegaría la noche. «Es bueno que comience la noche...» pensó. Todo se volvería silencioso después de la hora de los pájaros. Se tendió en el fondo del agujero y escuchó por un momento el tenso canto que venía de las ramas.

—Ahora, el mundo va a ser perfecto —dijo en voz alta.

E hizo bascular el guijarro por encima de sí mismo.

# La máquina

Alain Mark

Una mañana se descubrió, en una calle de la ciudad, el cadáver de un hombre. Había sido asesinado. Así fue como comenzaron las cosas. Se ignoraba quién era, pero el crimen es un acontecimiento tan desusado que suscitó asustadas interrogaciones. Nadie se atrevió ya a salir sin temor.

Algunos días más tarde se vio aparecer en las paredes inscripciones: LA MÁQUINA PARA TODO EL MUNDO.

Hubo otros cadáveres.

Cuando se comprendió que estos muertos no eran más que los guardianes de la máquina la gente se asombró, ciertamente, pero, en conjunto, cada uno de ellos se sintió más bien aliviado.

Más tarde, grupos de gente joven recorrieron la ciudad proclamando que era necesario abrir a todos las puertas de la máquina y, poco a poco, todos los habitantes se unieron a ellos. «No es justo que sean los únicos en poseerla —decían—. ¿Quién les da este derecho?». Nadie podía responder a esto.

Ante el edificio que abrigaba la máquina se formaron grupos. Se interpeló a los guardianes, se les injurió, se les reclamó la apertura de las puertas.

Desde lo alto de las escaleras, respondieron:

—Somos los guardianes de la máquina. Nadie más que nosotros ha entrado nunca aquí, y nadie entrará, puesto que así ha sido siempre.

Y esta situación, de hecho, duraba desde hacía siglos. Durante todo este tiempo, las puertas del edificio habían permanecido cerradas. Solo los guardianes de la máquina tenían derecho a penetrar allí y el otro, igualmente admitido, de prohibir su acceso. ¿Por qué? Nadie lo sabía. Nadie hasta entonces, por otro lado, se había interesado en aquellos guardianes, que eran gente inofensiva que vivía al margen de las preocupaciones de los demás habitantes, la mayor parte de los cuales ignoraban incluso que tuvieran verdaderamente una máquina que guardar.

Ahora se había planteado la cuestión, y se proclamaba a través de toda la ciudad que esta máquina debía pertenecer a todos.

—Pero... ¿para qué sirve? —preguntaban algunos. No se sabía. En cuanto a los guardianes, rehusaban responder. Esta ignorancia no hizo más que reforzar la determinación de aquellos que estaban decididos a apropiarse de ella, ya que era evidente que debía existir una razón importante para que esta máquina estuviera tan estrictamente prohibida para aquellos que pretendían poseer su guardia exclusiva.

La animosidad que reinaba en la ciudad contra ellos, la envidia, el odio, las

persecuciones, no intimidaron sin embargo, a los guardianes. Permanecieron tan intransigentes como siempre.

—¡Nadie entrará! —continuaban afirmando.

Y las puertas siguieron cerradas.

Las inscripciones se multiplicaron en las paredes, y se hicieron amenazadoras. Fueron lanzadas piedras contra los cristales del edificio. Hubo nuevos cadáveres. La agitación fue creciendo. Se sucedieron las manifestaciones, cada vez más violentas. Y llegó el motín. La multitud incendió las puertas. Persiguieron a través de las calles a los guardianes que huían, y los mataron hasta el último. Después, penetraron en el edificio.

Apretujados ante las puertas, se inmovilizaron en silencio. En una sala, vasta como una nave de catedral, estaba la máquina, monstruosa, erguida hasta la bóveda. Era, en medio de una gigantesca armadura de enormes vigas de acero, un complicado conglomerado de engranajes, de poleas, de ruedas, de correas, de depósitos almacenados en bloques, superpuestos o suspendidos, entre los cuales se trenzaban innumerables tuberías, paralelas o divergentes, cuyos diámetros iban de la talla de un hombre al espesor de un dedo. A través de este conjunto corrían varios niveles horizontales de pasarelas metálicas, que eran cruzadas por las líneas oblicuas de las escaleras que las conectaban entre ellas. Y, como si esto no fuera suficiente para la complejidad del conjunto, los muros, en toda su altura, estaban cubiertos de cuadrantes, de palancas, de manijas, de lámparas y de tuberías de tortuosos trayectos.

Pero lo más sorprendente aún era que esta máquina parecía no haber funcionado desde hacía mucho tiempo. Todas las superficies estaban cubiertas de una espesa capa de polvo. El orín, e incluso el moho, soldaba los engranajes. Inmensas telas de araña unían las partes más salientes. Los cristales de los contadores se habían vuelto opacos. Las ratas corrían a lo largo de las tuberías. Reinaba un olor a bodega. Finalmente, como para confirmar esta impresión, las pasarelas más anchas estaban obstruidas por muebles, camas, baúles y toda clase de objetos domésticos, que sugerían que las mismas habían servido tan solo como alojamiento a los guardianes de la máquina.

Se decidió entonces desmontarla pieza por pieza para volver a ponerla en condiciones. Los cobres brillaron de nuevo amarillos y rojos, los aceros volvieron a ser azules. Las correas de cuero encontraron otra vez su aspecto lustroso y las tuberías los diversos colores que había disimulado el polvo. Los cristales de los cuadrantes, al fin transparentes, revelaron la complejidad y la diversidad de sus calibraciones. Todas las piezas fueron clasificadas por orden de tamaño y de utilización, y esto hasta incluso las aparentemente más insignificantes.

Después, reconstruyeron la máquina.

Cuando estuvo terminada, no quedaba un solo tornillo, ni siquiera el más pequeño eje, que no hubiera sido colocado en su lugar. Ahora era aún más impresionante que antes.

Pero cuando quisieron ponerla en marcha no consiguieron, pese a los repetidos esfuerzos, hacerla funcionar. Se sorprendieron, se obstinaron. Sin resultado.

Alguien hizo notar entonces que, si bien todas las piezas se habían adaptado perfectamente las unas a las otras, la máquina que habían reconstruido no se parecía absolutamente en nada a la que habían desmontado. Todos tuvieron que reconocerlo: no era la misma máquina.

La desmontaron de nuevo. Volvieron a construirla. Esto llevó mucho tiempo. Cuando todo estuvo terminado, no quedaba tampoco ni una sola pieza que no hubiera sido utilizada. La nueva máquina era muy distinta a la precedente. Y tampoco funcionaba.

La disgregaron de nuevo en piezas y volvieron a montarla aún muchas otras veces. Y cada vez todos los elementos se adaptaban exactamente en una máquina distinta, que nunca funcionaba.

Muchos se desanimaron. Decían:

—No podremos hacerla funcionar jamás, puesto que ignoramos para qué sirve.

Y añadían que quizá no fuera tampoco tan importante el saberlo, puesto que hasta entonces habían vivido muy bien sin aquella máquina, y que tal vez lo mejor fuera abandonarla. Otros eran de esta misma opinión, pero pretendían que su fracaso era debido a la ignorancia en que se hallaban del secreto de la puesta en marcha.

—Si no hubiéramos matado a todos los guardianes —decían—, hubiéramos podido hacerles confesar. Ahora la solución ha desaparecido con ellos, y es ilusorio esperar que un determinado ensamblaje nos lo haga descubrir.

Mientras proseguían estas discusiones, otros continuaban su trabajo.

Las máquinas se sucedían. Ninguna funcionaba.

La mayor parte de los habitantes de la ciudad terminaron por desinteresarse del asunto y abandonaron el edificio. Algunos volvían a veces, pero no era más que para burlarse de aquellos que continuaban creyendo que sus esfuerzos obtendrían alguna vez éxito. Éstos, sin embargo, no abandonaban. Pero la amargura de sus fracasos les hacía más y más insoportables las repetidas burlas de los demás. Un día, hastiados, los echaron. Y reconstruyeron las puertas.

—Nadie entrará —proclamaron— hasta que no hayamos conseguido hacer funcionar la máquina.

Y el acceso fue prohibido a los demás habitantes de la ciudad. Las cosas quedaron así mucho tiempo. Se les olvidó poco a poco. Y se terminó por ignorar lo que podían hacer tras sus muros aquellos que habían permanecido dentro del edificio. Nadie, por otra parte, experimentaba tampoco la curiosidad de averiguarlo.

Transcurrieron muchos años. Las puertas seguían cerradas. Más tarde, cuando los niños pasaban ante el edificio, preguntaban a veces:

—¿Qué hay en esta casa? Se les decía:

—Una máquina.

Y preguntaban:

—Y estos hombres que hay ante la puerta, ¿son los que la hacen funcionar?

Entonces se les respondía:

—Puede ser... bueno... ellos son los que la guardan. Son los guardianes de la máquina.

# Delta

## Christine Renard y Claude Cheinisse

Si yo leyera los diarios, quizá no hubiese sucedido nada. No leo los diarios, no estoy informada de casi nada. En todo caso, sé muy poco. Y la etnología, terrestre o no, casi no me interesa. Es cierto que puedo reconocer vagamente de qué rincón de la galaxia vienen los que tienen Ojos púrpura, o cuatro articulaciones en los brazos... y a veces, también sé quiénes son amados, poco amados, odiados o temidos por nosotros, los terrestres. Pero no paso de ahí; no conozco los detalles. Quizá, si yo hubiera sabido, nada de esto hubiese sucedido.

Pero ¿por qué buscar excusas? Sabía muy bien que de la unión de dos razas diferentes no pueden nacer niños, sabía también que, por eso, la Iglesia de Roma prohíbe las bodas interraciales. Y sin embargo, fui más allá. Entonces... si hubiese sabido *el resto*, quizá todo hubiese sucedido de la misma manera. No buscaré excusas inútiles. He aquí lo que hice.

La superiora del convento de huérfanas de Dijon, que es, además, mi tía y que fue quien me crió, había decidido enviarme a cuidar los niños pequeños de la señora N., quien tenía una quinta en La Ciotat; así podría pasar las vacaciones en la playa. Las calas eran bonitas, llevaba en las maletas los libros para preparar un examen, hacía buen tiempo y los niños eran encantadores. Pero yo no era feliz. Ah, cuánto me pesaban mis veinte años, cómo me angustiaba mi soledad! Y me despreciaba cuando las canciones tontas que oía por la radio me emocionaban. Claro que quería hacer grandes cosas, claro que era joven y bonita, claro que, ¡ay! era muy desgraciada. Desgraciada porque no tenía nada, ni una persona, ni un amor que me hiciera llorar, ni remordimientos. Ni nada interesante que hacer, ni ninguna persona interesante a quien ver en todo el día. Me despreciaba por ser así, y por la noche me desvestía lentamente ante el espejo; mis cabellos rubios llegaban casi hasta mis rodillas. Me repetía: «Tengo veinte años, la edad del amor, la edad de tener un amante». Pero el hijo de la señora N., que tenía veinte años, y sus amigos, me parecían tontos y vulgares. Fue entonces cuando llegó Irveille.

Ese día yo estaba en la pineda, en lo alto de una cala. Recogía unos bonitos guijarros; él también, o al menos, eso fue lo que me dijo. Por su acento, supe que era un extranjero. Y supe que era arturiano cuando se quitó las gafas oscuras. Por que los arturianos tienen ojos diferentes de los nuestros, unos magníficos ojos triangulares enteramente ocupados por el iris, ojos que se oscurecen o empalidecen al ritmo de sus emociones. *Eso lo sabía*. Para mí, era la única diferencia entre ellos y nosotros.

Me dijo que se llamaba Irveille. En realidad no era exactamente así, pero

transcribo como puedo ese nombre, para el que nos faltan las letras, y seguiré haciéndolo casi durante todo el relato.

Anduvimos lentamente entre los pinos, recogiendo un guijarro de vez en cuando y hablamos de todo y de nada. Sí; fue así. El me hablaba de Arturo. Yo no me cansaba de oírle hablar de los peces que tenían pestañas (como los de los primeros dibujos animados que se proyectan todavía en algunos cineclubs donde se exhibe el cine plano del siglo XX), de las flores minerales, de la noche que cae bruscamente y de los niños que crecen más velozmente que los terrestres. Pero no me habló de la diferencia esencial entre los dos mundos, ¿por qué iba a hacerlo? Intentaba hacerme conocer su planeta por algunos detalles minúsculos que quienes nunca han salido de la Tierra no conocen, detalles que los libros de viaje no mencionan. ¿Qué libro podría describir el olor de los huertos inundados de sol o el vuelo de las mariposas en otoño? Irveille me contaba las cosas que no están en las enciclopedias. No sospechaba que mis conocimientos acerca de su mundo se reducían a casi nada: Arturo (en realidad es Arturo IV, pero como es el único planeta habitado de su sistema, le damos el nombre de su sol) gira alrededor de una enorme estrella naranja. Nuestros gobiernos están en buenas relaciones, nuestros niveles técnicos y científicos son más o menos equivalentes (con una ligera superioridad por parte de los arturianos en algunos sectores). Es un mundo rico que exporta objetos raros y preciosos a toda la galaxia.

Ávidos por viajar, los arturianos nos visitan con frecuencia y existen colonias permanentes en algunos lugares de la Tierra con climas privilegiados. Creo que allí terminaba lo que hubiese podido decir de ese mundo y sus habitantes; eso, y los ojos triangulares. ¿Acaso sabía entonces que, en la Tierra, se les considera una raza de señores, de refinamiento y altanería supremos? No lo sé. En verdad, actualmente me resulta difícil escoger mis recuerdos.

—Vamos a bañarnos —propuso Irveille. Y bajamos a la playa. Recuerdo que pensé, aliviada, que tenía el bañador puesto debajo del vestido y que éste, abotonado de arriba abajo, era fácil de quitar, y me lamenté, al mismo tiempo, que mi bañador barato tuviera muy mal corte. Hasta ese momento, no me había dado cuenta. Mientras tanto, Irveille hablaba de los mares de Arturo:

—Elisabeth, no puede imaginar qué tibia es el agua allá. La primera vez que me bañé aquí creí que se me cortaba la respiración, por el frío. Algunos de los nuestros no han podido acostumbrarse nunca.

Llegamos a la playa. Una silueta a contraluz que se destacaba contra el cielo y el agua nos hizo señas. Irveille, dijo simplemente:

—Allí está Imonea.

Su imagen, en ese momento, quedó grabada en mi memoria, indeleble, contra el fondo vibrante de luz. Estaba vestida casi como Irveille con un pantalón claro y una túnica oscura, pero el corte era diferente: unas pinzas, en la cintura, hacían resaltar la línea aguda de los pechos, altos y menudos, y la esbeltez de la cintura, que se ensanchaba apenas en las caderas.

Vino hacia nosotros. Su andar era ágil y armonioso y llevaba muy alta su cabeza fina, coronada por una mata de cabellos negros y cortos. Y yo pensé en Tristán, «*ancho de espaldas y estrecho de caderas...*». Tristán, bello, trágico, vibrante de juventud y de fuerza y también de orgullo. En ese momento, ¿sabía yo que se odiaba a los arturianos por toda esa belleza y esa gracia desdeñosa, de hijos de buena familia que llevan una vida fácil desde hace siglos? La expresión inglesa pasó por mi mente: «*Nacido con una cuchara de plata en la boca*».

Irveille nos presentó sin dar detalles: «ésta es Imonea, ésta es Elisabeth», nada más, como hacen los arturianos. Ella me sonrió y me tendió la mano. Y me miró de una manera que me hizo sentir incómoda. Una sola vez me había sentido tan incómoda como en ese momento. Tenía dieciséis años, un grupo de chicas mayores que yo contaban historias escabrosas y, para participar, dije algo que ya he olvidado, pero que era, sin que yo lo supiera, una obscenidad enorme. Hubo un silencio, todas me miraron y yo me sonrojé, a causa de mi ignorancia y de lo que presentía. Cuando Imonea me miró, sentí lo mismo y me sonrojé. Y sin embargo, aún no había adivinado nada.

—Vayamos a beber algo propuso Imonea.

Renunciando al baño, nos instalamos en la terraza de un pequeño café metido entre las rocas, desde donde se veían los pinos y la cala. Imonea me ofreció un cigarrillo que rechacé; nunca había fumado. Rozó mi mano y ahora me digo que eso debe haberme impresionado, porque lo recuerdo con precisión. Hablamos de Arturo y de la Tierra, de música y de pintura. Su cultura terrestre era asombrosa. Eran muy corteses conmigo: anticipaban mis menores deseos. No tenía más que insinuar un gesto para que me alcanzaran lo que deseaba.

Finalmente, cenamos juntos. Era mi día libre y había esperado pasarlo sola y triste: esa velada me parecía un cuento de hadas. Bebí un poco y me puse a hablar de más, sin duda. Conté la muerte de mis padres, cuando era pequeña, y mi infancia triste en el convento donde mi tía era superiora. Dije que me sentía muy diferente de las otras chicas de mi edad; hablé de mi sensación de desamparo cuando me encontraba sola como ahora, un poco independiente por primera vez en mi vida. Les dije que tenía veinte años y que quería hacer grandes cosas.

No había trenzado mis cabellos y los sentía pesar, cálidos, desde la nuca. Imonea cogió una mecha y la enrolló en su dedo:

—Tiene una cabellera suntuosa. Entre nosotros es una rareza. Quizá un caso entre diez mil.

Al salir, quise ponerme mi chaqueta de tela. Una mano solícita la apoyó en mis hombros. Era Imonea. Alguien me abrió la puerta. Era Irveille. En un espejo, sorprendí una mirada de complicidad entre ellos.

Volvimos. Quiero decir que me acompañaron hasta la casa de la señora N. También recuerdo eso. Estaban allí, delante de mí, en el momento en que nos despedimos, ante la puerta de la casa. Lo recuerdo. Nunca me había sentido tan

pequeña, tan frágil, demasiado rubia, demasiado infantil. Y tampoco me había sentido nunca tan mujer. Ahora puedo decirlo, pero creo que ya entonces lo sentí. La atmósfera era turbadora; súbitamente, sentí miedo. Estaban allí y eran tan altos, tan extranjeros, tan diferentes y enigmáticos... Me sentí como en una trampa y subí los escalones de la entrada sin despedirme.

No sabía que, en Arturo, uno no se despide nunca.

A la mañana siguiente, cuando salí de mi cuarto para levantar a los niños, la señora N. me dijo que ella misma lo haría, y que quería hablar conmigo. Sus palabras no me impresionaron. Ni siquiera las recuerdo, no recuerdo más que su significado. Me despedía inmediatamente, sin certificado, por mala conducta, porque me habían visto cenando con dos arturianos. Quizá si en ese momento le hubiese pedido una explicación...

Pero viví la escena como una manifestación de odio racial de aquella burguesa mezquina y segura de sí misma. Respondí que los arturianos eran tan buenos como los terrestres. Me respondió que si pensaba así, su decisión de echarme estaba justificada. No dije nada, ni una palabra. Hice la maleta y salí por la puerta de servicio, como si hubiera cometido una falta vergonzosa. La cocinera y la doncella se dieron codazos e hicieron bromas cuando pasé. Entonces ya no sabía que, pese a los elevadísimos salarios que ofrecían, los arturianos no obtenían sirvientes terrestres. Aunque les costara una fortuna, tenían que hacer venir el servicio de otros planetas.

Mi maleta era pesada: muchos libros, algo de ropa interior, mi chaqueta y mi otro vestido. En su prisa por alejarme, la señora N., había sido generosa; un mes de sueldo e indemnización. Pero no tenía ganas de volver con mi tía y... ¿cómo se hacía para tomar una habitación en un hotel? ¿Cómo se hacía para conseguir un trabajo? El mundo entero me parecía hostil y cerrado.

Por décima vez, apoyé mi maleta en el suelo. Las lágrimas me nublaban la vista y mis pañuelos estaban en el fondo de la maleta. Mi moño se deshacía y una de las cintas de mis sandalias se había roto. Hacía muchísimo calor. Sentí unas manos en mis hombros. Era Irveille, que me tendió un pañuelo y cogió mi maleta. Quizá haya sido en ese momento que comencé a amarlo; pero prefiero pensar que fue más tarde, pensar que lo amé porque era como era y no porque llegó en el momento oportuno.

Cuando mis lágrimas dejaron de manar le dije que me habían despedido, que no tenía techo ni trabajo y que no sabía cómo hacer para encontrarlos. Pero no le dije la razón de mi despido. Sentía vergüenza de que una mujer de mi raza hubiese insultado a unos extranjeros que eran huéspedes nuestros. Dije:

—A causa de algunas divergencias acerca de la educación de los niños.

El fingió creerme, y dijo:

—Venga a casa. Imonea estará encantada de recibirla.

Imonea, ¿era su mujer, su amante o su hermana? Los arturianos eran

horriblemente exasperantes porque nunca daban explicaciones sobre la situación de la gente y sus relaciones. Pero sólo me interesó una cosa: Imonea me recibiría encantada. Sentí que no era una fórmula de cortesía... —¡y me sentía tan sola y desesperada!

No recuerdo muy bien nuestra llegada a la casa, el vestíbulo, toda esa claridad, todo ese lujo. Seguí a Irveille, y cuando entramos en el salón sentí una enorme alegría a causa de una frase, de una simple frase. Imonea hablaba por el visófono con un empleado del Servicio de Inmigración.

—Sí —decía Imonea—, se ha equivocado. Irveille es soltero Su número es...

No oí nada más. Mi corazón palpitaba; Irveille era soltero, no era el marido de Imonea. Entonces, para mí, era libre, y yo era libre para amarle, para desear su amor. Irveille no era casado: un clarín sonaba en mi corazón.

El resto fue algo así como un cuento de hadas. La casa que habían alquilado era maravillosa y mi habitación, con una gran terraza sobre el mar, encantadora. Imonea y Irveille tenían toda clase de atenciones conmigo. Un cuento de hadas. Nunca había vivido tan cómodamente, ni en el convento ni en casa de la señora N., donde tenía la habitación más incómoda y bastante trabajo. Durante algunos días los dejé hacer, dejé que me mimaran y me arrullaran; me dejé querer. Y no traté de comprender, Sí, les debía todo y no podía darles nada, pero lo aceptaba. Ahora creo que, con todas mis fuerzas, me negaba a comprender.

Y ellos creían que había comprendido.

Una noche tuvimos visita: Maereille e Isloa. Llegaron después de la cena.

—¿Así que siguen solteros? —preguntó Imonea.

—Sí —respondió Maereille.

—Yo lo prefiero así —dijo Isloa.

Hablaba francés por cortesía hacia mí, pero eso no me ayudaba a comprender. Porque todo me hacía pensar que vivían juntos. Hablaron de la habitación que compartían e —incidentalmente— hasta de la cama que compartían. Llegué a la conclusión de que Isba prefería una situación irregular y se negaba a casarse oficialmente con Maereille, pero eso no cuadraba con el resto de la conversación.

Cuando se marcharon, Irveille y Imonea hablaron de ellos.

—El problema —decía Irveille— es que creo que Isloa no tiene buena voluntad; le gusta esta situación. Nunca lleva a nadie y echa sin piedad a las que lleva Maereille.

—¡Se ve que no las has mirado! Me pregunto si no le gustará a él también esta situación. Creo que chapucea a propósito y aparece, a propósito, con unas candidatas imposibles. Entonces Isloa se pone a dar gritos, se pelean, se reconcilian y vuelven a empezar...

—Somos muy complicados los arturianos —dijo Irveille, acariciándome los cabellos. ¿No le damos miedo?

Contesté que no. Era insensato, pero dije que no, mirándole en los ojos. No,

Irveille, no siento miedo.

Esa noche comencé a reflexionar. Bruscamente me di cuenta de que Irveille e Imonea me habían recibido sin pedirme nada y de que nunca se había hablado de mi partida. Había pasado cinco días de ensueño, de los que conservaba un recuerdo confuso y delicioso..., caminatas por la playa, exposiciones, paseos en barca..., me sentía colmada. Pero, de golpe, la curiosidad que había despertado en mí la visita de Maereille e Isloa, me llevó a interrogarme sobre mis huéspedes y sobre mí misma.

Ah, ¡el convento y el examen de conciencia —todas las noches! ¿Por qué te has quedado aquí, Elisabeth? ¿Por qué? Porque aquí me encuentro bien, Padre, y eso nunca me había sucedido. ¿Y qué más, Elisabeth? Sí, esa noche daba vueltas y más vueltas en la cama, fingiendo tratar de comprender qué era lo que me retenía allí y seguía dando vueltas en la cama sin poder ahuyentar de mi espíritu la imagen de Irveille.

Hacía mucho calor y decidí darme una ducha fría. Irveille había ido a acompañar a Maereille e Isloa a Baux de Provence; por lo tanto en la casa no estaba más que Imonea. Por eso, salí desnuda de mi habitación. Ese tipo de actitud me proporcionaba un placer enorme; tenía la sensación de liberarme de las marcas del convento. Llegué al cuarto de baño justo cuando Imonea salía.

Al verme, retrocedió.

—Discúlpeme, Elisabeth. Lo siento mucho.

Sonreí, un poco asombrada de su reacción, y creo que respondí algo banal como:

—No es nada.

—Qué bella está así —dijo ella en voz baja y un poco ronca.

Eso no me sorprendió demasiado. Imonea era pintora y seguramente yo debía de estar hermosa en ese pasillo iluminado por la luna, con los cabellos sueltos. Y me sentí muy feliz, porque si Imonea me juzgaba bella, Irveille, que tenía los mismos gustos, también me encontraría bella.

—Si no tiene sueño —continuó Imonea, siempre en voz baja— vayamos a la terraza. Es una noche preciosa.

Iba a seguirla cuando llegó Irveille. Cuando sentí el coche, me precipité dentro del cuarto de baño. Mi deseo de luchar contra las ideas recibidas no llegaba hasta mostrarme desnuda ante un hombre. Los oí hablar en arturiano.

Me quedé mucho rato debajo de la ducha. Después me froté las rodillas y los talones con piedra pómez y me limé las uñas de los pies. No terminaba de ocuparme de mi cuerpo, que, durante tanto tiempo, sólo había tratado de mantener en buen estado de salud. Finalmente y a disgusto, me envolví en una toalla para atravesar el pasillo y volví a acostarme. Un rato después, sentí que golpeaban a la puerta del cuarto de baño y, bruscamente, comprendí mi egoísmo. Me había quedado más de una hora en el baño, justo en el momento en que Irveille volvía cubierto de polvo de la carretera, y, naturalmente, no se había permitido golpear a la puerta. Como si

hubiese abierto unas compuertas, los recuerdos brotaron: incidentes mínimos, hechos insignificantes que eran iluminados por una luz nueva. Irveille e Imonea me colmaban, me daban todo, no me pedían nada. Rápidamente, habían aprendido mis gustos. Si hablaba de Fra Angélico, por la noche encontraba un libro de reproducciones en mi habitación. Si decía que me gustaban las cortinas azules, por la noche estaban en mi ventana. Y yo aceptaba todo eso como si fuese natural.

Me hubiese gustado decirles, explicarles en seguida cómo me emocionaba su bondad, cuán feliz me sentía en su casa. Y hubiese querido decir a Irveille que lo amaba, cuánto lo amaba. Pero ante el solo pensamiento, me sonrojaba. Irveille. Creo que si me hubiese tomado en sus brazos me hubiese desvanecido de felicidad. Imonea. ¿Qué sentimientos me inspiraba? La admiro, me decía, pero sabía que eso no era cierto, no era enteramente cierto.

Tenía la vaga impresión de haberme equivocado, de haber hecho algo malo. Sentía confusamente que debía partir. De todos modos, tenía que abordar el tema. Con Imonea me resultaría más fácil; quizá estuviera aún en la terraza. Esa vez me envolví en un albornoz de baño antes de salir de mi cuarto.

Allí estaba, apoyada en la balaustrada. Con la garganta oprimida por la timidez, me detuve, pronta a retroceder, pero me había oído. Dijo:

—Elisabeth. Esperaba que viniera. ¿No siente frío?

Negué con la cabeza, sacudiendo mis largos cabellos a la luz de la luna. Lo hice a propósito; sabía que le gustaba ese gesto.

Irveille se reunió con nosotras. Tenía conciencia de estar desnuda bajo la bata, pero no me moví. Sabía que estaba bella o, por lo menos, sabía que ellos me encontraban bella.

Y luego, de golpe, sentí la misma impresión que el día en que los había conocido. Una sensación de ser dominada, manipulada. Eran mayores que yo, tenían una estupenda posición a escala galáctica, y yo no era más que una pequeña estudiante, pobre y sin ningún porvenir, ni en la Tierra, ni en Francia; no era nada, no tenía nada. No tengo más que veinte años y mis cabellos, pensé desesperada. ¿Acaso eso puede ser suficiente? ¿Suficiente para qué?

Hubiera querido decirles que les agradecía su acogida y que había apreciado todas sus atenciones, que yo deseaba poder hacer algo por ellos. También hubiese querido hablar de mi partida; había que pensar en eso. Y hubiese sido necesario decir o sugerir a Irveille que lo amaba. Pero eso me resultaba imposible. Toda una educación pesaba sobre mis hombros con más fuerza que mis cabellos.

Torpemente, dije:

—Tendré que pensar en marcharme.

—Elisabeth —dijo Irveille—. ¿Verdaderamente quiere dejarnos?

Irveille, pensaba, desgarrada, si supieras cuánto deseo no separarme nunca de ti...

Miré la punta de mis pies.

—No es eso. Pero estoy en su casa, quizá les molesto, y además... ¡soy tan pobre!

Nunca podré invitarles a mi casa... Yo... yo no tengo nada...

Irville me tomó las manos y eso me emocionó tanto que se me saltaron las lágrimas.

—Elisabeth, estamos tan contentos de tenerla aquí. Nuestro mayor deseo sería llevarla a nuestro mundo, con nosotros.

No respondí. Había dicho: «con *nosotros*».

Al día siguiente, recibí una carta de mi tía. No había tenido el valor de anunciarle mi despido, pero la señora N. se había encargado de la tarea. Quemé esa carta, que me causó muchísima pena. Mi tía invocaba mis buenos sentimientos y, sobre todo, mi gratitud. También hablaba mucho de Dios, de la Iglesia de Roma y de sus decretos, de mi alma inmortal y de «algunos pecados, que son mortales». Esas frases me indignaron y me encolerizaron, pero también lograron su objetivo: nunca me había sentido tan indigna, tan culpable como en ese momento. A mediodía no pude comer y me acosté un rato, pretextando un dolor de cabeza.

Cuando Imonea vino a verme, yo estaba llorando. Le dije:

—Recibí una carta de mi tía; lo que me escribe me resulta insoportable.

Las cortinas estaban cerradas a medias; en la penumbra, Imonea me acercó a ella y lloré sobre su hombro. En ese momento, al menos, no deseé el hombro de Irville. Imonea hablaba dulcemente, con su hermosa voz grave y un poco ronca y el acento cantarín de los arturianos.

—Sin duda su tía la quiere mucho y desea lo mejor para usted. Pero usted, Elisabeth, ¿qué es lo que desea?

Lo que yo deseaba... una frase asombrosa, que una semana antes me hubiese parecido casi incongruente: nunca había tomado mis deseos por ley, nunca había pensado que eso fuera posible. Ninguna frase hubiese podido inquietarme más, aun después de cinco días de vida de ensueño, en la que todos mis deseos se volvían realidad.

Escribí una carta breve y seca a mi tía. Empezaba así: «*Dentro de tres días cumpliré veintiún años*».

Fue en una reunión en casa de Irvine donde me decidí, finalmente, a informarme, a averiguar cuáles eran las normas éticas de los arturianos; todo era demasiado incoherente. Yo comprendía a medias y esa incertidumbre era lo peor de todo.

Para la fiesta, me vestí con un vestido de arturiana, siguiendo los consejos de Irville e Imonea; una serie de velos de colores tornasolados, cubiertos por una fina red de metales preciosos. ¿Por qué no se me ocurrió que también Imonea debía haberse adornado con esa prenda tan tentadora? Acepté como un hecho que se hubiese vestido casi como Irville, contentándome con admirar la elegancia y la perfección de sus sobrios conjuntos de pantalón entallado y túnica corta que recordaban un poco las ropas de los señores medievales de la Tierra.

El principio de la fiesta me resultó deslumbrante. Irvine recibía en un jardín que parecía un sueño, iluminado por faroles multicolores. Bebí un poco; me miraban mucho, sobre todo a causa de mis cabellos, que había dejado sueltos sobre la espalda, como sugirieron Irveille e Imonea. La mente sabe defenderse cuando no quiere comprender: veía arturianas increíblemente frágiles y como inmateriales, con sus velos inmateriales, y veía otras arturianas de modales libres y ropa masculina que pasaban un brazo protector sobre los hombros de jovencitas vestidas como vírgenes de iconos. Y no comprendía, aunque no me sorprendía, como si en alguna oscura región de la conciencia la verdad ya hubiese salido a la luz.

En la multitud, hallé a dos chicas terrestres. Una de ellas, una muchacha ruidosa y un poco vulgar me dijo:

—¡Ah, es usted! Ya me habían dicho que Irveille e Imonea habían encontrado una terrestre.

—¡Encontrado! ¡Qué manera de decirlo! —respondí fríamente.

—¿Le parece chocante? Pero dígame, a usted, ¿le gusta su sistema?

No respondí inmediatamente, y ella se alejó para rellenar su vaso. Pero la palabra «sistema» se quedó en mi cabeza. Después supe que esa chica se hacía mantener por unos y otros..., ¿por qué no los arturianos, que eran tan ricos? Fue la otra terrestre quien me lo dijo; era etnóloga y se paseaba con un bolígrafo, un bloc y un magnetófono. Mi caso le interesaba mucho porque, como me dijo:

—¿Quién mejor que usted para acercarse a su cultura?

—Hace poco que vivo con Irveille e Imonea, y no soy etnóloga —respondí, reticente. Pero hubiese hecho falta más, para desanimarla. Continuó diciendo:

—Conozco a Irveille e Imonea. Sin duda, forman parte de la élite, son personas notables, pero en lo que concierne a las costumbres están en la norma, totalmente en la norma, y eso es lo que me interesa: las costumbres de los arturianos. Estoy haciendo mi tesis sobre ese tema...

Cogí la frase en el aire.

—No he leído casi nada acerca de Arturo. ¿Podría indicarme algunos títulos?

Encantada, sacó un folleto del bolsillo, diciéndome:

—Es sólo información básica, pero al final tiene una bibliografía muy completa.

Luego, para librarme de ella, tuve que prometerle que nos veríamos dos días después.

Después, encontré a un terrestre que se había casado con una arturiana, una arturiana de cabellos suaves y dorados, fina y frágil como una miniatura de marfil. Con tono amargo, me dijo:

—Evidentemente, para una mujer el sistema arturiano es el ideal, en el fondo; pero créame, para un terrestre que se casa con una arturiana, la cosa no es muy divertida.

—¿Por qué? —pregunté. ¿No es feliz?

Por cierto que el pobre muchacho no podía haber hallado una interlocutora más

tonta y menos informada, pero evitaba a la etnóloga para preservar sus secretos de alcoba y la aventurera tenía demasiado que hacer para escucharlo. Necesitaba desahogarse con una terrestre; yo estaba allí.

—Le aseguro —me dijo— que no soy un bruto, pero las arturianas están habituadas a ser tratadas como ídolos; yo no llego tan lejos. Gano bastante dinero, pero mi mujer es capaz de gastar fácilmente el doble de lo que gano.

—¿No lo sabía antes de casarse?

Me pareció que reflexionaba, que media sus palabras antes de responder.

—Sí; claro que lo sabía, pero no quise comprender. Pensé que estaría a la altura de la tarea, ya que, biológicamente... en fin, trataré de explicarle mi posición. Una arturiana no puede ser satisfecha por un terrestre, en ningún plano. Creo que el amor entre nuestras razas es imposible, salvo quizá, para las terrestres, si logran habituarse...

Me lanzó una mirada extraña, pero no me preguntó nada; tenía ganas de hablar de sí mismo. Y siguió:

—Y además, está esa amazona, que viene con demasiada frecuencia para mi gusto y no es el menor de nuestros problemas...

Yo le escuchaba en silencio.

—No, no es el menor de nuestros problemas, sobre todo porque termina por resultar excitante. Confieso que me inspira una cierta curiosidad, pero no quiero construir así mi vida. ¡No quiero que mi hogar sea de ese tipo!

Me sonrojé. ¡Qué vergüenza! Me sonrojé. Eso era lo peor de todo; tenía la sensación confusa de estar envuelta en las peores ignominias. Me sobresalté cuando me presentó a su mujer; estaba tan turbada que no la había visto llegar. Era una miniatura exquisita, más delgada y frágil que yo; no parecía tocar la tierra, envuelta en sus velos.

—Arine, mi mujer —dijo el terrestre—, y Avia, una de nuestras amigas.

Maquinalmente, estreché sus manos. Avia estaba vestida como Imonea y colmaba de atenciones a Arine. El terrestre se malhumoró de golpe y declaró que quería volver a casa. Su mujer no protestó. Hubo una despedida breve, mundana, estirada. Quedé sola con la arturiana que acababan de presentarme, esa Avia que iba a vincularse tan estrechamente con mi vida. En ese momento, no sabía nada de ella.

Sonrió amargamente, mientras se alejaban.

—Es así —dijo, como quien llega a una conclusión.

No respondí. ¿Qué podía haber dicho?

—¿Los conoce? —continuó, señalando a la pareja que se alejaba.

—Hablé un poco con él, hace un momento. Creo que no es feliz.

—Claro que no; un terrestre no puede hacer feliz a una arturiana, por sí solo. Pero se aferra a sus prejuicios, y no cederá.

—Y, ¿qué podría hacer?

Sí. eso fue lo que dije, sin comprender que mi pregunta era osada. Y por seguir

hablando, para demostrar que estaba informada, por decir algo, agregué:

—Claro que, para una terrestre, es diferente.

Recuerdo el silencio embarazoso que se produjo. Como de costumbre retorcí una mecha de mis cabellos.

Bruscamente, Avia retomó la conversación, cambiando de tema deliberadamente. Me dijo que era escultora, me habló de su trabajo y me invitó a pasar un fin de semana en la finca que había alquilado en Cassis, para que viera sus obras. Eso me resultó muy tentador. Le agradecí, acepté, dije que iría con toda seguridad y anoté el número de su visófono. Y en ese momento, sentí la misma impresión de pánico que se apoderaba de mi, algunas veces, cuando estaba con Imonea e Irveille. Retorciendo una mecha, dije:

—Ahora, querría marcharme.

Ella sonrió, con una sonrisa deslumbrante. Después deslizó su brazo debajo del mío, para ayudarme a atravesar la multitud.

—Me permitirá que la acompañe a casa —dijo, casi en voz baja.

Yo no había tenido tiempo de hablarle de Irveille e Imonea, que estaban por allí. Ella prosiguió:

—Si lo desea, podríamos ir a ver el mar: a esta hora, las calas están maravillosas. —Su mano apretaba mi brazo con más fuerza—. Dígame donde vive, si no es indiscreto.

—En casa de Irveille e Imonea.

Se detuvo en seco. Soltó mi brazo y retrocedió. Sus ojos habían empalidecido y me miró de arriba abajo. Cuando volvió a hablar lo hizo en tono sibilante:

—¡Es el colmo! Son amigos míos, amigos muy queridos. Estoy aquí desde ayer. Sabía que tenían una terrestre, pero nunca supuse que pudiera ser usted, usted que acepta...

Las palabras zumbaban. ¿Qué quería decir? Historias ambiguas volvían a mi mente, y también una frase de la etnóloga: *«Irveille e Imonea forman parte de la élite, son personas notables, pero desde el punto de vista de las costumbres están en la norma... En la norma, Dios mío, la norma de Arturo... Sabía que tenían una terrestre... Pero ¿qué era lo que me ocultaban, lo que yo tenía que saber?»*

Avia puso sus manos sobre mis hombros y me hizo retroceder un poco para mirarme a los ojos.

—Escúcheme —dijo—. Se lo repito. Irveille e Imonea son amigos míos de toda la vida. Siempre los he defendido contra todos, porque son los seres más vulnerables del mundo, a causa de su bondad. Siempre los he defendido de las pequeñas intrigantes como usted, que saben que son muy ricos y están muy bien relacionados. Cuando supe que habían recogido a una huerfanita desesperada, no me extrañó que hubiesen participado en otro rescate; después supe que era una relación seria, y me alegré. Por una vez, habían encontrado a alguien que les gustaba a los dos.

Temblorosa, murmure:

—Que les gustaba a los dos...

Avia seguía asiendo mis hombros. Me sacudió.

—¡Ya basta! Usted está acostumbrada a hacerles creer lo que quiere, con su cara de ángel, Pero eso no va conmigo...

Se oyeron voces; un grupo se acercaba. Avia dijo, de prisa.

—Hablemos tranquilamente.

Oímos exclamaciones y frases de alegría en arturiano: aparentemente había un grupo de personas que conocía a Avia y se alegraba de encontrarla allí. Avia me presentó y cuando se apercibieron de que yo era terrestre, pasaron inmediatamente al francés.

—Justamente íbamos a buscar a Irveille y a Imonea —dijo Avia, en cuanto fue posible—. Discúlpennos.

No lográbamos encontrarlos. Nos abordaron muchas veces personas que la conocían a ella y otras que me conocían a mí. Avia no se alejaba ni un milímetro de mí, cuidando la propiedad de Irveille e Imonea. El colmo de la mala suerte fue nuestro encuentro con la etnóloga, que se arrojó, encantada, sobre nosotras. Farfullé una presentación. Alguien acaparó a Avia, que se alejó unos pasos de mala gana, furiosa porque debía dejarme sin vigilancia.

—Figúrese —me dijo la etnóloga— que acabo de entrevistar a una pareja de arturianos que aquí es una pareja normal, exteriormente, por lo menos, y en su tierra serían el peor exponente del vicio. Por eso han venido a vivir a la Tierra, donde son aceptados. Es extraordinario, ¿verdad? Había una asombrosa carga afectiva en...

Vi a Imonea y dejé plantada a mi compatriota, alegrándome ante la idea de que Avia no me encontraría cuando lograra librarse del importuno.

—¡Al fin la encuentro! —dijo Imonea—. Había desaparecido hace tanto rato... Irveille estaba tan fatigado que volvió a casa. Lo llevé en el auto y volví a buscarla. ¿Dónde estaba?

—Con una amiga suya —respondí, fatigada. Imonea parecía contenta de que hubiese conocido a Avia; justamente había pensado invitarla, para presentarnos.

—Pues ya está hecho.

Estábamos cerca del coche. Imonea se volvió y me preguntó:

—¿No le resulta simpática?

Su tono era ansioso.

—Sí —dije, subiendo al coche—. Al principio me pareció simpática; lo que pasa es que no le gusto. Dice que me quedo con ustedes porque son ricos.

Imonea conducía lentamente, como para prolongar la conversación. Después de un largo silencio, preguntó suavemente:

—¿Y qué respondiste?

Entonces sentí una pena inmensa y una gran cólera. Imonea debía estar enfadada pero conservaba la calma; entonces también creía que... y al mismo tiempo, me

tuteaba, como para subrayar su desprecio. La cólera fue más fuerte.

—No respondí nada, porque había más gente y estaba sorprendida, pero le responderé ahora.

Mi respuesta es que haré la maleta mañana porque ahora es demasiado tarde.

Imonea frenó y detuvo el coche en el arcén. Luego se volvió hacia mí.

—Lo siento muchísimo, pequeña... no me has comprendido. Irveille y yo no sabemos si nos amas. Nos parece que eres feliz con nosotros, pero no es lo mismo. Para nosotros es una tortura no saber...

Bruscamente, se inclinó hacia mí, me tomó en sus brazos:

—Elisabeth, dime, ¿por qué te has quedado?

Y fue contra su hombro que dije, en voz muy baja:

—Me quedé porque amo a Irveille.

Ella me soltó y puso el auto en marcha.

—Bueno; ya es algo. —El auto arrancó suavemente—. Y yo... ¿tienes objeciones a mi presencia?

Yo me sentía confundida. No respondí. Quiso pasar su brazo sobre mis hombros. Creo que me retiré, balbuceando algo así como:

—No, no... eso nunca.

—Bueno —dijo Imonea, con calma— Es lo que quería saber.

El auto aceleró como una tromba.

—Entre en seguida —dijo Imonea, al llegar—. Yo debo guardar el coche y cerrar el garaje. No se preocupe por las puertas; yo cerraré todo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Me sentía desamparada y cansada, tan cansada... Sin embargo, no me acosté. Boca abajo en mi cama, me puse a leer el opúsculo que me había dado la etnóloga.

Era muy simple. Lo entendí en seguida, cosa que no impidió que continuara leyendo, fascinada, hasta la última página.

Los arturianos se parecían tanto a los seres humanos que yo había cometido el error de tomarlos por humanos, de juzgarlos según las normas humanas. ¡No! El gesto de Imonea en el coche no estaba fuera de lugar, no tenía nada de anormal.

*Irveille no era un hombre. E Imonea no era una mujer.*

En Arturo IV (pero ¿cómo pude ignorarlo? Después supe que todos los periódicos de la Tierra habían hablado muchísimo del tema, cuando se produjo el primer contacto entre las dos razas. Pero en el convento no se compraba el periódico), en Arturo, la especie dominante (por supuesto en su lenguaje se llama «los hombres», como en todas partes) se divide en tres sexos.

Sólo el sexo femenino es totalmente idéntico al de la especie humana. Las mujeres en Arturo son muy bellas y terriblemente femeninas; son unas cositas frágiles y tiernas que nunca salen de casa. En la Tierra se encontró rápidamente un nombre para distinguirlas de las... otras: se las llama *mujeres-mujeres*. Porque

también existen otras criaturas que, a los ojos de un terrestre parecen mujeres, aunque se hacen notar por su porte un poco ambiguo y una silueta casi andrógina, a causa de su altura y sus pechos altos y menudos. Su carácter es dominante y su comportamiento muy masculino. Y eso no tiene nada de asombroso, porque esas *amazonas* (así se las llama en la Tierra, y pocas veces un calificativo ha sido tan justo... Imonea, oh, Imonea... La comparación pasó por mi cabeza mucho antes de...) son, en realidad, los machos de la especie. Sin embargo, un médico terrestre, viendo desnuda y examinando a una de ellas, podría equivocarse; los órganos externos son de apariencia femenina. Habría que abrir su vientre musculoso, para encontrar, encima de un órgano que se parece (sólo se parece) a un útero, las gónadas masculinas, situadas más o menos donde las terrestres o las mujeres-mujeres de Arturo tienen los ovarios. Y, sin embargo, es imposible equivocarse acerca del sexo de la recién nacida de apariencia femenina; la amazona pesa más del doble que la otra.

En su lenguaje seco y terriblemente preciso, el folleto no me ahorró nada: *En la cavidad pélvica, un órgano cuya talla, relaciones y apariencia externa son las del útero humano, pero que, desde el punto de vista de la función, está más cerca de una próstata hipertrofiada... los canales que desembocan allí por la parte superior...* Había muchos croquis, muy realistas. Imonea, te veía tendida sobre una mesa de mármol negro, con el vientre abierto. Ese vientre que no estaba hecho para albergar hijos.

Mi ignorancia acerca de los temas sexuales era tan grande que ni siquiera me pregunté, antes de proseguir la lectura, cómo podía producirse la fecundación entre esas dos mujeres, una de las cuales era el macho de la especie. El manual lo explicaba —más adelante— con una terminología científica en la que no había pudor ni impudor. El tercer sexo es de apariencia masculina, pero sólo de apariencia. No tiene gónadas y, biológicamente, es neutro (y así es como se les llama en la Tierra: *neutros*). Su única función en el acto sexual es el transporte. Irveille, el guapo Irveille, tan viril, cuando Imonea y tú encontraseis el tercer elemento, la mujer-mujer que os faltaba, tu papel sería, en un abrazo casi simultáneo, el de transportar la semilla de la una a la otra, nada más. Biológicamente, los niños que pudieran nacer de esa triple unión no te deberían nada, no tendrían tus genes, no se te parecerían, y sin embargo, en esa sociedad tan extraña para nosotros, tú serías su padre.

En el manual no había más que un breve resumen de las características anatómicas, que se suponían conocidas por el lector. La mayor parte de la obra estaba consagrada a las implicaciones etnológicas de la situación. Protegida, rodeada por el afecto de dos cónyuges varoniles, la mujer-mujer de Arturo no trabaja, se deja adorar. Por otra parte, la frecuencia de los embarazos no le permitiría ninguna actividad. Es muy difícil formar uno de esos extraños hogares, es difícil que tres personas se gusten lo suficiente para formar una relación estable; por esa razón los hogares duraderos son más raros aún que en la Tierra. Si, además, se tiene en cuenta que el número de

descendientes por cada cónyuge es, lógicamente, menor que en la Tierra, es lógico que seis o siete hijos sean para ellos la familia mínima. La mujer-mujer no es más que una maravillosa flor de invernadero, mimada, cuya sola tarea es ocuparse de sus numerosos hijos.

El conocimiento es una carga pesada, pero menos pesada que la incertidumbre, Tuve la impresión de respirar más libremente y me coloqué bajo la ducha fría. Agua fría en la nuca, en el vientre, en los ojos. Salí tiritando y me envolví en un albornoz. Me parecía que ahora sería capaz de todo, capaz, sobre todo, de ir a decir a Irveille e Imonea: «Ahora lo sé. Sé lo que esperan de mí». No quería pensar en lo que vendría después, en lo que diría cuando ellos quisieran conocer mi decisión, El problema era demasiado arduo para que yo lo afrontara. Me negaba a ello con todas mis fuerzas.

Me vestí. Me sentía ligera y vacía, como si estuviera bebida. Golpeé a la puerta de Irveille, pero no obtuve respuesta; dormía, Dormía profundamente. Sabía que los arturianos toman drogas muy fuertes que les aseguren, si es necesario, un sueño sin sueños y un despertar sin recuerdos. Por tanto, iría a ver a Imonea, en seguida. Antes de llegar a su puerta vi las cartas en la mesa del vestíbulo. Una tenía mi nombre. La abrí y leí.

*A Elisabeth, a la que amé. Un adiós antes de morir, y de morir contenta, porque así suprimo el obstáculo entre Irveille y tú. Elisabeth, mi amor, un adiós para decirte que seas feliz sin remordimientos y que cuides de Urveille.*

Había otra carta. Con gran esfuerzo, descifré el nombre de Irveille, escrito en caracteres arturianos en el sobre.

No pensé nada; a partir de ese instante, actué mecánicamente, eficazmente, sin cometer ningún error. Me veo claramente, marcando el número de Avia en la esfera. Todavía puedo oír su voz lenta y baja.

—Léame la carta para Irveille.

—No puedo; está escrita en arturiano.

—¿No puede descifrarla?

—No; sólo entiendo los nombres propios que conozco.

—Voy para allá. Mientras llego, despierte a Irveille, arrojándole agua helada en la cara. Hágale beber café muy cargado. Cuando lo haya tomado, espere unos minutos, entréguele la carta y avísele de mi llegada.

Hice todo eso, tranquila y velozmente. Cuando terminó de despertar le di la carta, me sobrepuse a mi deseo de quedarme a su lado y bajé a abrir el portón para el coche de Avia, que llegó como una tromba unos minutos más tarde, haciendo volar los guijarros de la avenida.

Después, hay blancos en mis recuerdos. Pero recuerdo con nitidez a Avia e Irveille hablando en arturiano sin prestarme atención. Los dos de la misma altura, con sus ropas sobrias y oscuras, y yo con un vestido de playa celeste, tonta e inútil, sabiéndome... no, ni siquiera despreciada; enfrentándome a la indiferencia.

Hicieron muchas llamadas telefónicas, casi siempre en arturiano, algunas veces en francés. Luego salieron y se dirigieron al auto. Los seguí. Avia se puso al volante e Irveille se sentó a su lado. Salté, antes de que cerraran las puertas:

—Dígame, dígame, no entiendo el arturiano...

—Ah, sí —dijo Irveille, rápidamente—. El coche se estrelló en una barranca. A Imonea la han llevado al hospital arturiano de Cassis. Quizá no llegemos a tiempo.

—Quiero ir con ustedes —supliqué, y sin esperar respuesta me metí en el coche, mientras Avia lo ponía en marcha. No recuerdo nada del camino. Recuerdo la llegada al hospital como si hubiese sido un sueño; médicos, enfermeras que cruzaban el vestíbulo... Todos arturianos neutros o Amazonas; ni una mujer-mujer.

Yo no comprendía el arturiano y, sin embargo, vi formarse en los labios del médico, una Amazona de ojos pálidos, la palabra «muerte». Ha muerto, han llegado tarde. No sabía arturiano pero eso fue lo que dijo: lo supe inmediatamente.

Avia entró en la habitación con el médico que había dicho eso. Yo me quedé en el vestíbulo y vi que Irveille bajaba la escalera con paso inseguro. Bajé tras él. Lo vi bajar porque lo amaba; los demás no lo vieron. Y era yo quien estaba allí cuando con un gesto rápido sacó un radiante de su blusón y lo descargó en su sien.

Murió inmediatamente, con el cerebro abrasado, mientras salvaban a Imonea.

Me trataban con cortesía e indiferencia. Hubiese preferido que me golpearan, que me escupieran, que me encerraran en una prisión o en el espacio, todo menos esas miradas frías que ignoraban mi minúscula presencia, que pasaban por encima de mi cabeza. Y hablaban sin cesar en arturiano, nunca en francés.

Supuse que el cuerpo de Irveille había sido desintegrado, según la costumbre arturiana, e ignoro si hubo una ceremonia, si Irveille tenía familia, allá en Arturo. Supongo que Avia se ocupó de eso. Para mí, sólo había una cosa importante: que Imonea viviera. Y, aunque no me decían nada, el resultado era todavía incierto.

El personal es abundante, competente y dedicado; yo no hago falta por las noches. Por otra parte, no me permiten entrar en la habitación donde ella yace en estado de coma, rodeada de aparatos complicados que la mantienen viva e informan a los médicos sobre su estado. Pero no me iré. Las posibilidades económicas de los arturianos les han permitido edificar un hospital suntuoso. Junto a cada habitación de enfermo hay otra, inmensa, que puede ser dividida mediante biombos en cuartos individuales y tiene cuarto de baño y terraza. Es para la familia o los amigos de los enfermos arturianos que desean quedarse en el hospital para estar cerca de ellos. Una pantalla permite verlo en todo momento y se puede hablar con él a través de un intercomunicador, si los médicos lo autorizan. Unas doncellas algolianas, refinadas y eficaces, están a la disposición de los que desean estar cerca de sus seres queridos. He dicho «los» porque después supe que, en el recuerdo de los arturianos, nunca se había visto a una mujer-mujer quedarse en el hospital.

La angustia y la tensión me resultaban aun más intolerables porque nadie se

molesta en darme noticias. El primer día logré un rápido panorama: Imonea está en coma, un aparato con una cánula flexible que penetra en su garganta la hace respirar. En los frascos de perfusión que rodean su lecho, hay mezclas delicadas que restablecen sin cesar el equilibrio químico que su organismo ya no puede asegurar. En sobreimpresión, sobre la pantalla donde adivino sus formas cubiertas de registradores y cánulas, se inscriben permanentemente dos líneas temblorosas. La de arriba refleja el estado de su corazón; si se vuelve llana, si el corazón de Imonea deja de latir, hay una máquina que tomaría el relevo. Sería un incidente grave, pero no definitivo. La línea de abajo se compone de curvas suaves que reproducen la actividad —muy lenta, muy perturbada, según me han dicho— de su cerebro. Si esa línea se hace recta, será el fin; lo que se llama en la Tierra y en Arturo un «coma irreversible». Lo más atroz es que el cuerpo, aun después de la muerte del cerebro, podría ser mantenido vivo por todos los aparatos que le rodean. No sé qué decisión se tomaría en ese caso; detener esa maquinaria, ya sin finalidad, o proseguir una reanimación desprovista de finalidad. Ignoro quién debería tomar esa decisión. Lo ignoro todo; desde el primer día, nadie me dice nada. Paso los días frente a la pantalla, vigilando las suaves ondulaciones de la línea inferior. Supongo que si Avia está aquí es porque aún hay esperanzas. A veces siento lástima por ella; sus rasgos están deformados por la angustia. Imonea es su amiga de la infancia; su muerte sería como una amputación. Avia la vela. ¿Será necesario que esté allí para comunicarle la muerte de Irveille?

Yo también quiero estar allí. Imonea, ¿no cometerá un acto irreparable cuando sepa que Irveille se suicidó, creyéndola muerta? Una bocanada de esperanza, seca y ardiente como el viento que acariciaba las flores minerales de Arturo (fue Irveille quien me lo contó, hace siglos), una bocanada de esperanza seca y ardiente: *No se suicidará porque yo estoy aquí, porque la necesito y porque ella me quiere mucho*. Espontáneamente he hallado las leyes no escritas del pueblo arturiano.

Fue en ese momento cuando decidí, por cansancio, aprender el arturiano. ¿Cómo hubiese podido soportar más tiempo el desprecio de los arturianos que no me dirigían la palabra, cómo soportar que me ignoraran totalmente? Ya que me ignoraban, yo también los ignoraría. No habría más preguntas. Aprendería el arturiano mientras vigilaba una fina línea temblorosa en la pantalla.

En el vestíbulo del hospital compré muchos manuales, gramáticas y vocabularios. Gracias a Dios, tengo memoria y facilidad para los idiomas. Trabajo todos los días, como una condenada. Y empiezo a entender. Ahora sé: tendrán que pasar tres días antes de que estén seguros de haberla salvado, tres días aún. Imonea, mi amor, si murieras ahora no podría seguir viviendo.

Escucho ávidamente las conversaciones, pero nadie lo sabe, porque nunca digo nada. Me quedo frente a la pantalla con la pequeña línea temblorosa, no molesto, y como nadie sabe que entiendo, todos hablan libremente en mi presencia. Ahora sé

qué poco me estiman, porque mis brazos no fueron lo suficientemente fuertes como para retener a Irveille, y qué poco estiman a Irveille, que no tuvo la fuerza necesaria para vivir por mí. Oh, querida tía, usted se cubriría la cara, horrorizada, pero debe saber que los pecados de allá no son iguales a los de aquí. Allá, cuando la muerte golpea a una familia triangular, cada uno de los que quedan se debe al otro. Irveille fue un cobarde y yo no soy más que una terrestre insignificante, no supe retenerlo, mi amor no fue suficientemente fuerte para retenerlo, había dado tan poco significado a su vida que ésta ya no valía la pena si Imonea había muerto.

Sigo aprendiendo arturiano, furiosamente. Gracias, tía, por lo menos me enseñó a trabajar. Casi no duermo, casi no como, debo de haber adelgazado, mis vestidos me quedan grandes. Avia lee libros de arte, de nuestro arte, mira reproducciones y dibujos. Nuestras relaciones son correctas y glaciales, y, sin embargo, tendría mucho que decirle, muchas preguntas que hacerle. Pero nadie me intimida tanto como esta amazona de mirada altanera y boca desdeñosa. Me sonrojo cuando me habla con su voz baja y ronca. Y, además, hay otra cosa. Desde la noche del drama considero a Avia como del sexo opuesto; sé que puede desearme, que me ha deseado. Esos momentos incómodos en la fiesta de Irvine, antes de que supiera quién era yo, vuelven a mi memoria y me refugio en mis libros de arturiano, frente a la pantalla donde se escribe el destino de Imonea.

¿Sabe qué hago, tía? Durante catorce, quince horas diarias, aprendo palabras y reglas gramaticales. No se cubra el rostro horrorizada, tía; es para salvar a un ser humano, un ser humano que aunque usted no reconozca como tal, será mi compañero durante toda mi vida, si se salva. Si quiere, llore por mis pecados.

Esta mañana, en el pasillo, escuché una conversación que no estaba destinada a mis oídos. Sí; yo, Elisabeth, escucho, todos los días, conversaciones que no están destinadas a mis oídos. Eso se llama «indiscreción». Tanto peor. Después de todo, estoy aguardando el despertar de una amazona para decirle que la amo. Tía, cúbrase el rostro.

Escucho tras las puertas, pues. En el pasillo está Avia con dos médicos. Uno de ellos dice:

—Si cuando recupere el conocimiento tiene razones para querer vivir, el pronóstico es bueno.

Oh, perdí palabras, muchas palabras, pero comprendí con claridad el sentido general. Avia respondió en voz baja y desanimada:

—Sí, quiso matarse porque esa terrestre no la amaba, y ahora que es lo único que le queda, ¿por qué va a desear vivir?

Se alejaron. Los sollozos me anudaban la garganta. No había tenido suficiente peso en la balanza para que Irveille quisiera seguir viviendo; ¿por qué iba a tenerlo para ella? Morirá, porque mis brazos no serán tan fuertes como para retenerla, y los habré matado a los dos, quedaré sola para siempre, sola y maldita.

Me derrumbé sobre un diván; las lágrimas me cegaban. Avia entró, me tendió un pañuelo y me dijo secamente:

—Va a recuperar el conocimiento. ¿Es por eso que llora?

Conseguí hablar a través de las lágrimas, hablar en arturiano.

—Sí. Porque oí lo que decía a los médicos en el pasillo.

No sé si reaccionó inmediatamente porque yo hablaba en arturiano. Puso sus manos sobre mis hombros.

—¿Por qué, Elisabeth?

En ese arturiano elaborado y demasiado gramatical que había aprendido con tanto esfuerzo, respondí:

—Creo que usted sabe muy bien por qué.

Ella encendió un cigarrillo, lentamente, como de costumbre, antes de responder.

—Si usted fuera arturiana, pensaría que ama a Imonea más que a nada en el mundo. ¿Es eso?

La miré a los ojos.

—Es eso.

—Entonces, ¿por qué le dijo lo contrario con tanta convicción como para que intentara quitarse la vida?

Esa vez me sonrojé y desvié la mirada; mi timidez había retornado. Ella aguardaba. Respondí en francés; en arturiano hubiese sido muy difícil.

—No sabía nada acerca de Arturo y creía que Imonea era una mujer, como yo. Eso me impidió comprender mis sentimientos hacia ella.

Dije todo eso de una vez, mientras Avia guardaba silencio.

—¡Por las estrellas! —exclamó finalmente—. ¡Por las estrellas!

Esa noche me trajo flores minerales de Arturo y libros. La atmósfera que me rodeaba cambió, como por arte de magia. No sé qué dijo Avia, pero a partir de ese día todo el mundo me colmó de atenciones, desde las doncellas algolianas hasta el médico jefe. ¿Acaso yo no estaría junto a Imonea cuando recuperara el conocimiento? Para ellos yo era una arturiana, una mujer-mujer, un ídolo.

Desde ese momento, Avia se las ingenió para describirme su mundo. No tenía dudas acerca de la decisión de Imonea. En arturiano —siempre en arturiano, para que me acostumbrara a esa lengua que sería la mía— me hablaba de su patria. Era una buena narradora. Me parecía ver las grandes flores minerales, los pájaros de alas inmensas y las nubes iridiscentes, que se extienden sobre el suelo en gruesas capas arrastradas por el viento seco y caliente, las enormes casas centradas en un patio desbordante de vegetación, esas casas lujosas que son los estuches de la vida protegida de las mujeres-mujeres.

Y me hablaba de esas extrañas familias, esos triángulos tan difíciles de formar, tan frágiles. El caso clásico es el de un neutro que encuentra una amazona; los dos juntos buscarán a la mujer-mujer que les conviene a ambos. Mientras no la

encuentren, serán una pareja de solteros. Las parejas de solteros compuestas por una amazona y una mujer-mujer son más raras y lo son más aún las de un neutro y una mujer-mujer. Como esas parejas no pueden procrear, la sociedad no las admite más que como una etapa temporal, que suele coincidir con la juventud, y la ley no sanciona sus vínculos.

Trato de imaginar una familia completa. El neutro que trabaja, la amazona que trabaja y la mujer-mujer en su pedestal, servida por una multitud de sirvientes algolianos, mimada por sus dos esposos y eternamente embarazada. Imagino a los niños de los tres sexos, los niños que, igual que en la Tierra, juegan a «papás y mamas», pero que son tres cuando se inclinan sobre las cunas de las muñecas de tres sexos. E imagino, sí, lo imagino, las fiestas secretas en la gran cama de tres plazas...

Y después Avia me cuenta las aventuras de sus amigos o los sucesos que aparecen en los diarios.

Está Irvine, que llora amargamente, porque ama a un neutro que la ama y ama a una amazona que la ama, pero sus dos amores no se entienden entre sí.

Y está Areille que no sabe a qué santo encomendarse. Su mujer (quiero decir la mujer-mujer del triángulo) quiere reemplazar a Irmea, con quien están casados desde hace diez años, por una tal Icelea. Pero él sigue amando a Irmea, que se niega a divorciarse. Hay una guerra fría en el seno de ese hogar, donde han nacido ocho hijos.

Después está Creille, que ama a Lucine y no querría que hubiese nadie más entre ellos, pero Lucine, que es sana y normal, busca una amazona que quiera compartir sus vidas y le permita tener los hijos que desea. Creille no es normal, agrega Avia. Debería hacerse curar o venir a la tierra donde él y Lucine serían considerados una pareja normal. Pero ella sería desgraciada toda su vida.

Oigo la triste historia de Ervine, que fue abandonada por Naereille y Alcea, a causa de una mujer-mujer tonta y mezquina, pero muy bella. El caso es excepcional; en general, quien se aleja deja una pareja tras de sí, una pareja de solteros unida por la misma tristeza y el mismo furor, que, poco a poco, recupera la alegría de vivir y busca, unida el indispensable tercero.

En un periódico de gran tirada leí un sangriento suceso. Tres actores, oficialmente casados, muy conocidos por los seudónimos de Louveille, Louvine y Louvea, hacían una gira. Louveille y Louvea encontraron a Louvine en brazos de Estreille y Verthea. Mataron a los tres.

Avia está preocupada; su hermana pequeña, Hymine, que el año pasado se casó con Floreille y Mirnea, se ha enamorado de Arnea, la hermana de Floreille (tendría que decir «la hermana amazona», para que la traducción fuera clara. Naturalmente, como hay tres géneros, en arturiano hay tantas palabras como situaciones posibles en esas familias complejas). La emoción de Avia demuestra claramente que en Arturo los tabúes del incesto son tan rígidos como en la Tierra, si no, más.

Los de la homosexualidad, también; otro suceso me lo demuestra. Una amazona ha sido condenada al exilio en otro planeta periférico por haber tratado de convencer

a una mujer-mujer de que formara una pareja triangular con ella y otra amazona.

Avia no está de acuerdo con esa sanción; dice que todos los arturianos deberían tener el derecho de buscar la felicidad en la infinitas combinaciones que se pueden concebir entre dos o tres personas y que, por otra parte, existen, pese a la desaprobación social.

A fuerza de oír hablar de las uniones y desuniones de las parejas triangulares, llegué a formarme una vaga idea de lo que se hace y lo que no se hace, de las desgracias clásicas y las más sorprendentes.

Avia dibuja mientras charla. Tiene talento, y sé que es muy conocida como escultora. Es bella y brillante, pero parece solitaria. No me atrevo a interrogarla. Me habla un poco de su infancia. Una familia de cinco hijos, lo que es poco para Arturo: dos amazonas, dos neutros y una mujer-mujer, la pequeña Hymine, ídolo de toda la familia. El padre neutro murió muy joven y los otros dos nunca intentaron reemplazarlo. Avia habla con amargura de eso: sufrió mucho a causa de su hogar incompleto. Y guarda rencor a su madre y a su amazona progenitora por no haber tomado más en cuenta los sentimientos de los niños.

Eso me indigna. Me parece que en Arturo se entierra a los muertos con mucha rapidez y que las enormes camas tienen un lugar destacado en la vida de los arturianos.

—Por cierto —dice Avia, con tranquilidad—, somos mucho más sexuados que vosotros, ¿no lo sabías?

Y añade con fría ironía:

—Es lo que muchos terrestres no nos perdonarán jamás. En cuanto a nuestros muertos... créeme, los guardamos en el fondo de nuestros corazones, pero no debe haber un lugar vacío en un hogar.

La escucho. Los tensos hilos de otra moral se tejen a mi alrededor. Allí es pecado no poner a una persona viva en el lugar que ha dejado vacío un muerto.

Así es el mundo, así es la sociedad en la que voy a integrarme. Trato de imaginar mi vida con Imonea, su presencia cálida y luminosa... y la ausencia de Irville. En la pantalla que me separa de la enferma, una línea muy fina describe grandes curvas amplias y regulares, que son, según me han dicho, el signo de un próximo despertar.

Avia continúa hablando del suntuoso planeta de los señores arturianos, que los terrestres odian a causa de su belleza, su riqueza, su tranquilo orgullo... y de otra cosa.

Siento miedo.

Sí; ahora trato de imaginar mi vida de arturiana junto a Imonea y los relatos de Avia dibujan una ausencia en ese hogar mutilado, *una ausencia que me resulta intolerable*.

# ¿Cómo van los negocios?

Jacques Sternberg

*5 de julio.*

Los tiempos han cambiado.

Ayer releí algunos clásicos de esto que en el siglo XX se llamaba ciencia ficción. Me han hecho pasar algunas horas muy agradables. Aquellos autores no carecían en absoluto de imaginación. He aquí una cualidad que nos es extraña desde hace siglos. Ya no tenemos derecho a poseer imaginación, puesto que hemos tenido que admitir que solamente el Universo la tiene. Y lo hemos visto todo, nuestros más dementes sueños no podrían superar jamás la realidad. Nuestra literatura es de una consternadora trivialidad, no es más que una máquina que, de modo automático, traduce las imágenes de la realidad en palabras oficialmente reconocidas. Encuentro que podríamos pasarnos muy bien sin ella. Pero no puedo impedir el sentir envidia con respecto a los hombres de los pasados siglos. Ese siglo XX, por ejemplo, debía ser una época llena de gracia y de encanto, espumosa como un champaña, tan fútil y tan maravillosamente inconsecuente.

Un detalle entre mil: lo agradable que debía ser el tener tiempo de leer un libro yendo en avión de París a Nueva York. ¡Cuando uno piensa que, en nuestros días, ninguna línea acepta ya tomar pasajeros para un trayecto tan corto! Es cierto que los viajes están cada vez más mal organizados, con unos horarios que desafían el buen sentido.

Ayer mismo, acompañé a mi mujer y a mis hijos al planeta Dediurge, donde tienen la costumbre de pasar el mes de julio. Para volver, se me ocurrió tomar la astronave de la tarde, y me encontré en la ciudad a las tres de la madrugada. Evidentemente estaba derrengado, y no pude hacer nada en todo el día. Es insensato. Los horarios de esta clase deberían ser prohibidos. O bien la astronave nocturna podría al menos perder un poco de su velocidad normal de modo que alcanzara la capital hacia las seis de la madrugada y dejar a los pasajeros el beneficio de una noche de sueño. Pero ¿acaso somos capaces de frenar la velocidad que se ha apoderado del mundo? Y el correo viaja a través del espacio aún mucho más aprisa: cuando volví a mi casa, me encontré con una carta de mi mujer, a la que apenas acababa de abandonar. Si esto continúa, recibiremos las cartas incluso antes de que los ausentes hayan partido.

¿Dónde vamos?

De todos modos, personalmente, yo voy a acostarme.

Es extraño pensar que, a través de todas las perturbaciones cósmicas y los

acontecimientos siderales, esta frase apenas ha cambiado. Permanece invariable a través de los siglos.

¿Será porque resume la vida?

*7 de julio.*

He pasado algunos días examinando los informes de los distintos representantes de la firma para la cual trabajo. La venta del jabón a través de las galaxias conoce un éxito que se afirma semana a semana. Lo más difícil es seguir aún el ritmo de los pedidos. Nuestra organización ha hecho sin embargo sus ensayos desde hace bastantes años, y hemos creado innumerables centros de venta en todos los mundos de primera importancia. Pero esto no es suficiente. Nuestra cifra de negocios podría ser fácilmente decuplicada si llegásemos a crear una red de venta en la que todo fuera eficacia, rapidez, economía y simplificación. Creo poder afirmar que nos hallamos en el buen camino. La decisión que adoptó la Sociedad el mes pasado me parece susceptible de descifrar un porvenir lleno de promesas. Una decisión audaz, es cierto, pero cuan eficiente: suprimimos todas nuestras fábricas edificadas en nuestro planeta natal para volver a construirlas y equiparlas en otro planeta, en una lejana galaxia. En un mundo llamado Draguero, que no es en realidad más que una enorme masa de grasa bruta, o lo que es lo mismo un gigantesco bloque de materia prima de la cual haremos un jabón que desafiará toda competencia, millones de pastillas de jabón a precios de reventa increíblemente bajo. Compramos este planeta cuando aún estaba sujeto a subasta. Incluso en ello realizamos un excelente negocio: en efecto, nadie lo quería. Para nosotros representa el futuro, el ideal, el hallazgo genial. A título publicitario, contamos incluso con edificar en este planeta toda una ciudad tallada enteramente en el jabón. Esto causará sensación, y nos costará menos caro que inútiles transportes de materiales de construcción.

Este cambio va a modificar igualmente mi futuro. Cuento con ello. Ya que mi trabajo de informador por cuenta de la Sociedad comienza a fatigarme. Lo encuentro aún más cansado que el de representante. Personalmente, nunca conseguiré acostumbrarme a todos estos cambios de temperatura. Ayer mismo, visité en un solo día tres planetas para conocer los resultados de nuestra reciente venta de jabón reclamo. En el primero de estos planetas, situado al Norte de la línea Sactare, reinaba una temperatura de más de 50 grados; en el otro, hacía un frío más glacial que en los Polos de nuestro mundo; y en Birge el Remojado llovía a torrentes desde hacía ciento veinte días. Es un poco ridículo decirlo, pero cada vez vuelvo de estos recorridos con un catarro cerebral.

*9 de julio.*

Mi mujer me escribe que Dediurge se convierte en un planeta más y más mal frecuentado. Con las vacaciones pagadas y los viajes a precios reducidos, uno ya no sabe a qué mundo ir a pasar sus vacaciones, para estar al abrigo del populacho más y más ávido de horizontes perdidos. Incluso los cruceros a las islas más alejadas de la Galaxia se han convertido en placeres al alcance de todos los bolsillos. Y, por otra parte, tampoco acaba de gustarme el reciente snobismo que consiste en pasar sus vacaciones a algunos kilómetros de la capital. ¡Cuando uno piensa que la playa de Aubervilliers es la más elegante del país! Desgraciadamente, los precios se hallan en relación con la categoría del lugar. Y, finalmente, pese a lo que dicen los folletos de turismo, el paisaje no es tampoco tan notable.

El paisaje de Dediurge, es preciso reconocerlo, es muy diferente. Lo cual no excluye tampoco los inconvenientes. Así, según lo que me cuenta mi mujer, este año es imposible ir a la playa: la arena violeta destiñe a causa de las grandes mareas, y este color es tan corrosivo que penetra bajo la piel. Voy a escribirle que vuelva. Podría tal vez sugerirle que fuera a pasar un mes en Ostal, pero parece que la astronave de esta mañana ha intentado en vano abordar este mundo: el planeta había desaparecido completamente. ¿Tal vez se haya ido a la deriva? De todos modos, es molesto. Si recuerdo bien, este mundo nos debe aún una importante factura por el envío de cincuenta toneladas de jabón en diciembre.

*15 de julio.*

Decididamente, vender es un arte complejo. Y la venta del jabón aplicada a la escala del universo plantea a veces singulares casos de conciencia. Así, acabamos de comprobar que uno de nuestros mayores clientes nos encargaba jabón, no ya por razones de higiene, sino por razones vitales: para los Struges, en efecto, nuestro jabón ha reemplazado a cualquier otro alimento. Es decir, que sus pedidos de jabón sobrepasan con mucho todas nuestras posibilidades. ¿Cómo enfrentar las consecuencias de este imprevisto? ¿Y tenemos acaso derecho a vender jabón comestible? Me parece que, si actuamos así, interferiremos con el comercio de la alimentación, y nuestra intención no es en absoluto ésa. Todo ello sin contar que los Sindicatos podrían intervenir y demandarnos. En mi informe de esta mañana, propongo no enviar más jabón a los Struges. Pero ¿y si ellos deciden dejarse morir de hambre? Parece que degustar jabón se ha convertido para ellos en un placer del que no pueden prescindir. ¿Qué hacer? Todo esto me inquieta mucho.

*16 de julio.*

Esta semana se anuncia verdaderamente mal.

A los problemas de ayer han venido a añadirse los de esta mañana. Más graves,

por otra parte. Pese a las formales prohibiciones, uno de nuestros representantes ha vendido algunas toneladas de jabón en Actrial, un planeta que los químicos se hallaban aún pasando por la criba.

El resultado ha superado todo lo que hubiéramos podido imaginar: el aire de Actrial ha hecho estallar todos nuestros jabones en enormes magmas de espuma que lo han engullido todo en sus remolinos de burbujas. Todo el planeta se ha movilizadado para luchar contra esta invasión. Afortunadamente, los habitantes de este mundo son inofensivos, ya que de otro modo este incidente hubiera provocado sin duda una guerra intergaláctica.

Todo esto me recuerda la torpeza que cometimos hace dos años, cuando prospectábamos el mercado universal.

En el momento en que la venta del jabón «Todo-Infinito» alcanzaba su máximo, los jabones que vendimos a los dresos de Dresire hicieron estallar una verdadera revolución química: cuando un drese se embadurnaba los miembros de jabón, simplemente se fundía en el agua. Exactamente como el propio jabón, pero de un modo mucho más fulminante. Allí también tuvimos serios problemas. Pero la muerte de algunos millares de dreses no trajo consecuencias, ya que ninguna industria terrestre los había sindicado. Y, de todos modos, nuestra Sociedad se beneficiaba desde hacía ya largo tiempo de una reputación sin tacha. Por algo la Exposición Galáctica de 3498 nos concedió la medalla de atraza y el Certificado de Honradez Comercial.

De hecho, compruebo que, si bien mi oficio es absorbente, me siento feliz de ejercerlo y orgulloso de pertenecer a una firma que ha obligado al infinito a repetir el eco de su nombre. Considero sinceramente que la Sociedad ha permanecido siempre fiel a su divisa: «Deshonrado sea quien no haga espuma». Y esto proyectando la cifra de sus negocios más allá de las estrellas, lo cual provoca cuanto menos la admiración. Algunas decenas de fábricas en la Tierra, centenares de delegaciones y de representantes un poco por todas partes en el Universo, millares de empleados y de corredores que gravitan alrededor de este mundo moviente y espumoso. Todo esto me parece enormemente impresionante cuando pienso en ello. Y pienso en ello a menudo. En realidad, no pienso más que en ello. El jabón, la Sociedad, vender para ella, esto es mi vida. De esto también me siento orgulloso.

Y cuando pienso que, muy pronto, tendremos nuestras fábricas, no ya en la Tierra, sino en lo más profundo de la noche de las distancias; cuando pienso que seremos los primeros en lanzarnos a una nueva operación sobre estos datos revolucionarios; cuando pienso que nuestras fábricas serán realmente *incrustadas* en plena pasta de las materias primas de las que tenemos necesidad, y que cada minuto nos reportará millones de beneficio, me parece que podría gritar, o simplemente arrojarme a una enorme cuba llena de espuma y ahogarme en ella dejando estallar mi alegría de participar en esta maravillosa epopeya.

*20 de julio.*

Una epopeya cuyo prólogo termina ya.

Mañana, en Draguero, en un paisaje viscoso y goteando materia grasa, nuestras fábricas, reconstruidas en tiempos récord, fabricarán sus primeros jabones. Este jabón, en homenaje al planeta, recibirá el nombre de «Draguet». A título de publicidad, lo arrojaremos gratuitamente a los cuatro rincones del infinito. Después, lo venderemos. Y, en un año, habremos anulado a todas las demás industrias de jabón del universo. Nosotros seremos el jabón. Nosotros seremos, nosotros enjabonaremos. Entonces pediré un aumento. O más bien una plaza en un despacho. Ya que estoy cansado de viajar.

Sí, realmente, mi decisión está tomada: no viajaré más. Los viajes son demasiado rápidos. Uno apenas ha tenido tiempo de partir, y ya ha llegado a alguna parte. Después, inmediatamente, es preciso volver a partir. ¿En qué dirección? Ni siquiera lo sé. A fuerza de hacer millones de kilómetros en el espacio, termino por tener la impresión de permanecer sin cesar en el mismo lugar.

Envidio verdaderamente a aquellos que, en la Tierra o en alguna de nuestras sucursales, trabajan en las oficinas. Ellos se quejan de aburrimiento. No conocen su gran suerte: tener tiempo de aburrirse. ¡Qué sueño! Yo no dispongo de este tiempo, no tengo en absoluto este tiempo. Me hallo fuera del tiempo. Estoy en el espacio. Vivo en un mundo de una sola dimensión: la de la velocidad. ¿Pero dónde voy? Ni siquiera tengo tiempo de preguntármelo. Es preciso que esto termine. Cuando haya terminado nuestra campaña de lanzamiento, pediré una plaza de contable en la Tierra o tal vez en las fábricas de Draguero. Me gustaría mucho seguir de cerca la gestación de este nuevo mundo comercial. Convertirme en un pionero, pero en un pionero de las oficinas. Ser investigador de mercados como yo es una aventura. Y ya no me gusta esta aventura. Una aventura inútil por otra parte, ya que no es peligrosa: nadie ha muerto nunca en un viaje interplanetario. Los riesgos son nulos, todo el mundo lo sabe. Y partir con destino a otro mundo es tener la seguridad de desembarcar en él.

Esperando, mi mujer también acaba de desembarcar. Ha vuelto, decepcionada, de Dediurge. El sol de allá abajo la ha enverdecido ligeramente. Y uno de los niños ha cogido la pillicarsa, enfermedad muy común en Dediurge. Esto representará nuevos gastos. Como si las vacaciones no costaran ya bastante caras sin esto. Y la semana próxima debo renovar mi abono a «Todos-Planetas». Sin olvidar la nota de amistare que va a llegarnos de un momento a otro.

*2 de agosto.*

Millones de jabones «Draguet» salen actualmente de nuestras fábricas en

Braguero.

Es un éxito total, sin precedentes. Dos fábricas de la competencia han debido cerrar sus rejas y sus puertas. Proponemos un jabón más graso que todos los demás a un precio que nadie puede competir.

Uno de los investigadores de mercados que trabaja bajo mis órdenes acaba de sugerir una nueva idea a la dirección. Una idea lo suficientemente sensacional como para provocar un nuevo descenso en nuestros precios de venta: en lugar de emplear en Draguero obreros que tenemos que exportar de nuestro mundo, ¿por qué no emplear en nuestras fábricas a los indígenas de Draguero? Por un lado, estos indígenas se hallan todos disponibles, ya que nadie trabaja en Draguero; por otro lado, nos será fácil conseguirlos a bajos precios, mientras que tenemos que ofrecer a nuestros obreros un salario bastante elevado, sin contar las primas de desplazamiento, las vacaciones pagadas, y las diversas compensaciones a cambio de su exilio voluntario.

Apunto esta sugerencia con entusiasmo. La apoyaré y la defenderé.

El futuro me parece que se halla contenido en esta proposición llena de audacia y de buen sentido.

*6 de agosto.*

La Sociedad, lo sabía, gusta de la audacia y del buen sentido. Tenía razón al otorgarles mi confianza: la proposición ha sido aceptada por unanimidad.

Según un programa matemáticamente establecido, poco a poco, los indígenas de Draguero reemplazarán a los obreros venidos de la Tierra y, de aquí a algunos meses, serán los únicos que trabajarán en nuestras fábricas, bajo la vigilancia de algunos hombres.

Sólo queda un punto que debe ser examinado de cerca: cómo transformar a los dragueranos en obreros. Los dragueranos son en efecto seres muy notables por su indolencia atávica, sorprendente para nosotros. Viven a un ritmo de grandes babosas, de modo que se puede considerar que se parecen muy de cerca a su mundo natal: enormes masas adiposas de miembros fofos y descoloridos, con minúsculas cabezas que parecen caer en picado en una avalancha de gelatina... así se presentan los dragueranos que, en el estado actual de las cosas, no pueden moverse más que al ralentí. Es preciso admitir que, incluso si debieran llevar a cabo un acto tan simple como el de coser un botón, este acto les demandaría al menos dos días. Pero la Sociedad no se ha detenido en estas consideraciones. Conoce su fuerza. Por otra parte, tiene confianza en el hombre, el cual, desde hace siglos, se ha visto en muchos otros problemas semejantes y siempre ha demostrado ser un educador de primera clase, algo así como un esclavista al que es imposible resistirse.

Inútil dudarle: de buen grado o por la fuerza, en un mes o en algunas semanas, los dragueranos trabajarán para nosotros, como nosotros, con nosotros, muy pronto en

vez de nosotros. Aprenderán. O reventarán. Sólo importa un hecho: tenemos necesidad de ellos. Una necesidad urgente por razones de economía, es decir, razones esenciales. Esto, más que todo lo demás, es lo que hace y hará la ley.

Desde mañana, los dragueranos serán conducidos a nuestras fábricas. Serán encuadrados por hombres escogidos, que les indicarán cómo moverse, avanzar, retroceder, actuar y reaccionar. En los primeros días, balbucearán solamente gestos larvarios. Dentro de una semana, los realizarán con vacilación. Pero dentro de un mes se habrán vuelto eficientes. Y quizás, en un futuro muy próximo, se convertirán en especialistas o virtuosos.

Lo sabemos. Otras razas se nos han resistido. Otros pueblos han rehusado imitar nuestros gestos. Algunos han muerto a causa de este rehusar, otros nos reemplazan ahora.

Y yo, dentro de un año, la dirección acaba de comunicármelo, seré transferido a Draguero y ejerceré allí las funciones de jefe contable.

*20 de agosto.*

Mil obreros acaban de ser repatriados de las fábricas de Draguero. Parecen contentos de volver a la Tierra ya que, según sus afirmaciones, el clima de Draguero tiene algo de rezumante que debe ser muy desagradable de soportar. Afortunadamente, los dragueranos quieren trabajar en nuestro lugar. Actualmente, dos mil dragueranos han sido contratados y con una violencia que les ha debido hacer comprender que no habíamos ido a su mundo para admirar el paisaje o para hacer allí algunas disertaciones. Todos han sido encaminados a un centro de reeducación edificado rápidamente y, desde allá, serán arrojados a un centro de aprendizaje, y después a las máquinas de las fábricas.

Han sido dadas órdenes a nuestras fábricas para que doblen la productividad. El éxito que conoce el jabón «Draguet» es tal que las salas de cine nos suplican que les hagamos publicidad y todo ello sin exigir un céntimo. El museo del Louvre nos ha pedido una pastilla de «Draguet-Lujo» para colocarla en una vitrina en una sala reservada a las colecciones particulares. Una gran firma americana nos compra los derechos de la historia del «Draguet» para hacer con ella un film. Centenares de actores nos escriben para pedirnos que digamos al mundo que ellos no emplean más que nuestro jabón. Los ejércitos llegan a preguntarse si la verdadera arma secreta del futuro no será nuestro jabón. Entramos en la era atómica de la burbuja de jabón. Pensamos por otro lado, a título publicitario, en lanzar una bomba de espuma por encima de la capital.

*1 de setiembre.*

Jabón. Necesitamos jabón. Toneladas, miles de toneladas más de jabón.

Podríamos vender diez veces más de lo que vendemos actualmente pero, ¿cómo hacerlo? Tenemos clientes hasta el infinito, pero nos falta jabón. Cada hora cableamos órdenes y pedidos urgentes a nuestras fábricas en Draguero. En vano. Debemos admitir que nuestras fábricas no consiguen seguir nuestro ritmo de venta. A decir verdad, no conseguimos superar el potencial de productividad alcanzado en los últimos meses.

Enviamos hacia Draguero un batallón de obreros especializados puesto que, por lo que sabemos, muchos especialistas son acaparados por su misión de educar a los dragueranos. Misión que se evidencia delicada, por lo que creemos saber. Los dragueranos aprenden poco, mal y lentamente. No se nos resisten, nos escuchan, nos siguen. Son dóciles, pacíficos y sumisos. Pero no hacen ningún progreso. Son siempre tan lentos, tan torpes. Permanecen en el estado larvario de la eficacia cero.

Pero esto cambiará. Nada puede quebrantar nuestra confianza. Nuestro sol es un jabón. Y, a fuerza de repetirlo, terminaremos incluso por hacer admitir al mundo que es un jabón lo que lo ilumina.

*20 de setiembre.*

Por primera vez desde hace diez años, vamos a tener un vencimiento difícil a fin de mes. Nuestros gastos han sido considerables en estos últimos tiempos y nuestras fábricas, es preciso reconocerlo, no dan el rendimiento deseado. Sin duda aún no se hallan bien encajadas, y el cambio de latitud no las beneficia. Y además, los dragueranos llenan cada día los centros de reeducación sin hacer ningún progreso. Su problema se hace cada vez más inquietante. Actualmente enviamos incluso armas hacia Draguero. Si la suavidad no es suficiente, la violencia hará el resto.

Estamos estudiando igualmente el enviar capataces de choque, grandes primates de puños lo suficientemente sólidos como para imponer su ley. ¿Deberemos acudir realmente a una movilización en el seno del personal, mientras nadie sueña siquiera en una guerra en este momento?

Si es necesario, acudiremos a ello.

*30 de setiembre.*

Ni siquiera la violencia es suficiente.

En Draguero, hemos fusilado en vano a decenas de dragueranos a título de ejemplo. Los supervivientes asisten a la masacre sin reaccionar y sin ningún signo de rebelión. Las amenazas no les incitan a trabajar más aprisa.

Dicho esto, la situación es crítica: en Draguero, nuestras fábricas fabrican tres veces menos jabón del que fabricaban en la Tierra. Hemos movilizado sin embargo a

varios miles de obreros más.

¿Qué es lo que ocurre?, hemos terminado por preguntarnos.

*15 de octubre.*

Acabo de volver de Draguero. Se me ha enviado allá en misión confidencial, con la orden de redactar un informe general de la situación.

La situación es asombrosa, es inútil disimularlo.

No hemos conseguido absolutamente nada de los dragueranos. No son ni menos blandos que antes, ni más hábiles, ni menos lentos, ni más eficaces. Siguen siendo lo que habían sido siempre, esculpidos para la eternidad en su gracia y en su indolencia. Por otro lado, sin embargo, han comprendido lo que nosotros exigíamos de ellos. Se han vuelto puntuales y, desde las ocho de la mañana, se dirigen hacia las fábricas. Se ponen a trabajar. Pero a su manera, como si tuvieran un siglo ante ellos para terminar de esbozar un simple gesto.

Esto es un hecho, pero hay otro aún mucho más grave: no ha ocurrido que nosotros hayamos reeducado a los dragueranos, sino que, por el contrario, han sido ellos quienes nos han reeducado a nosotros. Así es. Los obreros y los capataces, los responsables y los educadores, todos ellos han terminado por doblarse al ritmo de los dragueranos. Lo adoptan poco a poco. Toda la fábrica y su personal, todo el conjunto se diluye inexorablemente en un ambiente que podría ser el del interior de la ventosa de una monstruosa babosa. Todo participa en esta lenta deglución: el clima lleno de náusea y de pesadez, la grasienta humedad de este mundo, la inexorable y calmada presencia de los dragueranos dedicándose a los trabajos más urgentes con la ligereza húmeda de grandes larvas.

¡¡¡Socorro!!! Ésta es la única conclusión que es aún válida. Socorro, resbalamos. Resbalamos al ralentí en un mundo de saliva, de parásitos y de barro abstracto que es sin duda el fondo invisible de las grandes profundidades. Resbalamos en la inercia atávica de un mundo que no es más que recusación, silencio e interminable digestión.

Nuestra Sociedad de jabón amenaza con fundirse irreductiblemente. Adelgaza. Ya no se ve de ella más que una pequeña punta de jabón.

Es preciso actuar. ¿Pero cómo?

*19 de octubre.*

Hemos actuado.

En vano.

Hemos enviado un contingente de obreros de primera clase hacia Draguero. Los hemos enviado para que reemplacen a todos los dragueranos empleados en nuestras fábricas y a todos los obreros recientemente contaminados por los dragueranos.

Una solución tan lógica. Pero este relevo no se ha efectuado, no se efectuará nunca. Los obreros de Draguero han empleado las armas que nosotros mismos les habíamos enviado. Han acogido a los recién llegados con fuego y metralla. No ha habido un solo superviviente.

Este mundo los ha captado. Se han convertido en seres de este mundo. En pocas semanas, se han convertido en dragueranos de adopción. Ya no quieren abandonar su mundo, su fábrica, su trabajo, su jabón que deben fabricar. Se han defendido para permanecer en su lugar. Se defenderán hasta el último de ellos, con todos los recursos de la violencia.

Y continuarán viviendo, trabajando.

Para la Sociedad. Para hacer del jabón un objeto de primera importancia.

Tal vez se han sentido obsesionados por la certitud de una misión que hay que cumplir. Y que cumplen. Pero a su manera. Y esto durará sin duda hasta su muerte.

*30 de octubre.*

Nuestras fábricas de Draguero siguen funcionando.

Antes, recibíamos un informe todos los días. Actualmente, no recibimos más que un solo informe cada mes. Porque es preciso tiempo para hacer este informe. Tiempo para meterlo en el sobre. Después tiempo para pegar un sello. Para llevarlo al correo. Para comunicarse que ha sido hecho, redactado, franqueado y enviado.

Recibimos igualmente jabón.

Acabamos de recibir una caja de pastillas de jabón.

Están siempre muy bien hechas, bien redondeadas, bien perfumadas, bien acabadas. Verdaderas pastillas de jabón que han hecho nuestra gloria, nuestra fortuna y nuestra quiebra.

Había veinte pastillas de jabón en la caja.

Ésta es toda la producción de este mes de octubre.

Recibiremos las facturas y las notas de gastos sin duda dentro de algunos meses. Cuando los contables hayan hecho sus adiciones y sustracciones.

Nuestras fábricas trabajan a pleno rendimiento. Tal vez, allá abajo, hagan incluso horas extraordinarias. No queda excluido el pensar en que trabajen incluso por la noche. Han aprendido a trabajar. Lo saben. Lo afirman.

Y cada día, probablemente, nuevos habitantes del planeta Draguero piden entrar a trabajar en la fábrica. Y también trabajan. Para nosotros. Con nosotros. Lo hemos conseguido. Sabíamos que debíamos conseguirlo. ¿Hemos fallado alguna vez en alguna cosa?

*28 de noviembre.*

Esta mañana hemos recibido el jabón del mes.

Iba embalado en una pequeña cajita hecha a la medida con el mayor cuidado. Cuantas jornadas de intensivo trabajo habrá debido costar la fabricación de esta cajita. Y de qué modo confirma el gusto hacia el trabajo geométrico, bien acabado, lentamente meditado, lentamente terminado hasta en sus menores detalles.

Una pastilla de jabón por todo un mes.

Hemos realizado lo imposible: la industria se ha convertido en una de las bellas artes. Nuestra industria pesada toma altura y alcanza sus más altas cimas. Somos la gratitud, la belleza, el gesto, lo absoluto: diez mil empleados trabajan de ocho a seis para fabricar *una* pastilla de jabón. Y esto a millones de kilómetros de su lugar de residencia.

Ya no hacemos jabón. Hacemos *el* jabón. El jabón, en un solo ejemplo. Como un objeto de arte que exigiera no un solo creador, sino miles de pequeños creadores parasitarios, pesadamente, calmadamente obsesionados por el trabajo de cincelar.

Nuestro próximo jabón nos llegará tal vez en Navidad. Podremos pagarnos un árbol que domine la ciudad y colgar en él, de la rama más alta, nuestro jabón.

A menos que llegue demasiado tarde para Navidad. En este caso, podremos esperarlo para el primero de enero. O para la Navidad del año próximo.

Pero, algún día, llegará.

Tal vez en un siglo futuro. Pero seguramente llegará.

Tenemos nuestras fábricas, nuestro personal, nuestra organización, nuestra sociedad anónima. Y sobre todo ello nuestra conciencia profesional. Nuestra voluntad de fabricar jabón. Aunque no sea más que una sola pastilla de jabón por cada milenio. Pero de todos modos será jabón.

# Los efímeros

Jacques Sternberg

Vamos a morir.

Bueno, eso no es demasiado original: todos debemos morir un día u otro. Un día u otro, es cierto. Pero ahora vamos a morir una hora u otra. Ésa es la diferencia. Y nosotros lo sabemos.

Hace algunos días que hemos perdido el control de nuestra astronave de turismo. Es la primera vez que me sucede. Y la última seguramente. He desafiado millones de kilómetros con este aparato, estaba garantizado por diez años todavía. Ha sido revisado antes de mi partida de Shell 45, plataforma-taller en pleno espacio a millones de kilómetros de la Tierra. Hemos pasado la noche allá abajo, en el Esso Palace, lugar de cita para todos los aficionados al gran turismo. Luego nos hemos encaminado hacia la Galaxia S43, deseosos de pasar nuestro *week-end* en Tregalas Arenas, cuyas gigantescas playas de oro fino son todavía poco frecuentadas, aunque sean ya muy conocidas.

Sin embargo ahí estamos, con un gran número de posibilidades de terminar nuestro *week-end* en el vacío: perdidos, deportados, íbamos a la deriva en el espacio. Éramos dos: Ilge, ella. Y yo. Yo intentaba no pensar en nada. Ella tal vez pensaba que era más peligroso de lo que parecía seguir al primer desconocido que te invita a pasar con él un *week-end*. Sobre todo cuando este desconocido pilota una astronave, como otros, en tiempos ya pasados, pilotaban elegantes descapotables arriesgando la muerte en todas las carreteras y estando, sin embargo, cerca del suelo. Se dice que en esos fines de semana de antaño moría bastante gente.

Riesgo superado: nadie peligra en el espacio, donde hay lugar para todos. Demasiado sitio, ciertamente. Razón por la cual nosotros enfilábamos hacia el infinito, tragados, engullidos...

Estábamos allí, que es lo mismo que decir en ninguna parte, cuando de pronto vislumbré este mundo que llaman Drige-el-Luminoso. El nombre tenía su encanto. Pero este mundo no figuraba en ninguna guía turística, en ningún cartel de colores. Desde su descubrimiento, Drige era un mundo prohibido. Nos estaba prohibido desembarcar en él.

¡Prohibición risible! Entre la muerte segura en el espacio y la probable en este mundo no era muy difícil inclinarse por la segunda solución.

Al primer contacto con este planeta exhalé un suspiro de alivio. El aire era respirable. Aire por fin, aire que no surgiera de un tubo. Aire, y una ligera brisa apenas perceptible. Era agradable. Dulce. Y este mundo era silencioso. Había noche,

también. Una noche oscura, pero de un tono verdoso. Eran las dos de la madrugada en mi reloj.

En cuanto al suelo, ni arena movediza, ni plantas carnívoras como me había temido. Todo lo contrario: un suelo blando, singularmente elástico, casi tan mullido como un colchón.

—¿Estás seguro que este planeta está prohibido? —me preguntó Ilge.

Desgraciadamente, estaba seguro. Conozco muy mal la historia de Francia, pero me sé al dedillo mi Guía Michelin y sabía, sin temor a equivocarme, que el nombre de Drige tenía a la derecha tres signos indicadores de veneno. Signo macabro que avisaba gran peligro. En cuanto a saber por qué... Pero ahora tendríamos ocasión de saberlo perfectamente.

Ilge se tendió. Dormía ya sobre el suelo. Yo me tendí cerca de ella, abandonando todo tipo de desconfianza. De todas formas, tampoco poseía el sistema para detectar, entre mil detalles aparentemente sospechosos, el acontecimiento invisible que podía costarnos la vida. Y, por otra parte, estaba fatigadísimo. En fin, morir por morir, creo que era más conveniente pasar a mejor vida con esa dulzura vaporosa. Y verdaderamente aquel suelo que parecía hecho de plumas recordaba más el lecho que la tumba. Me dormí pensando que, precisamente, el sueño y la muerte se unen a menudo. Pero...

Salí de mi sueño como si ya estuviera en la Tierra. Un poco anonadado y poco dispuesto a las grandes hazañas.

Mi primer motivo de sorpresa lo constituyó el hecho de que mirara la hora. Eran las dos y tres minutos. Pensé que mi reloj se había detenido. Pero vi que la aguja que marcaba los segundos proseguía su vuelta al cuadrado de las horas. Ilge se despertó.

—He dormido bien —me dijo.

—Has dormido dos minutos —le dije.

—Un siglo —me respondió a su vez.

En este mismo instante presentí que tal vez los dos tuviéramos razón. Un minuto, un siglo, eso no significa nada. No estábamos en la Tierra. Estábamos en un mundo desconocido, sobre un suelo flexible que no era, sin duda, un modelo de seguridad.

—Tengo sed —murmuró Ilge.

Yo también tenía sed. Y hambre.

Pero no era tiempo de comer o beber, sino de mirar. Solo mirar.

Como el día se había levantado, había mucho que ver, y el paisaje valía la pena de lanzarle una ojeada. Incluso llegó al extremo de producirme casi una impresión desagradable. Precisamente a mí, que había vagabundado por planetas y planetas de todos los tamaños y especies, a través del universo.

Dejé que todo aquel panorama llenara mi vista y la maravillara.

Todo el Drige era transparencia, explosión de luz, juegos centelleantes y deslumbramiento. Esa era la primera impresión de luz, juegos centelleantes y

deslumbramiento. Esa era la primera impresión que se experimentaba. Luego observé que todo el conjunto se componía de un solo color: un verde pálido, casi gris. En cuanto a los miles de arabescos de este mundo, que hubiera podido tomarse como fabricado de cristal, se entrecruzaban y se anudaban los unos a los otros con una gracia tal y una fluidez que hubiera sido imposible de separar lo vegetal de lo artificial, sobre todo teniendo en cuenta que en un ambiente como aquel, de un solo color, hubiera sido imposible distinguir apenas objetos volúmenes aislados. Una sola red de virajes en la que todo detalle de masa estaba semidesvanecido, un solo laberinto de transparencias cuyas líneas y volutas parecían inscribirse en las leyes líquidas de una nueva geometría de la atracción. En rigor, podía admitirse un inexplicable compromiso. Como si la naturaleza de este mundo hubiese podido hacer el amor con las múltiples variaciones nacidas de una civilización cuyo refinamiento no podía ser puesto en tela de juicio.

Ilge contemplaba todo eso deslumbrada como yo mismo. ¿Qué podía decir ella? Lo que dicen los turistas que desembarcan en Mont-Saint-Michel o en el valle de Chevreuse, o como los que descubren por primera vez el océano subterráneo de Fourme-les-Neiges.

—¡Qué paisaje! —murmuró, pues, Ilge.

Yo asentí. Estaba pensando que si todo aquello no figuraba en buen lugar por las agencias de viajes era porque debía de haber un buen motivo. Unas razones lo suficientemente poderosas en las cuales yo prefería no pensar.

—¿Dónde estamos? —preguntó seguidamente Ilge.

Yo busqué y me lo pregunté en vano. Siempre me habían maravillado los héroes de estas novelas de anticipación del siglo XX en las que los intrépidos astronautas del espacio depositaban su victorioso pie en regiones que definían casi sin pensar: aquí una selva, aquí una ciudad, aquí un arrabal marciano, allí un árbol, más lejos un poste telegráfico, ¡vaya!, incluso un buzón postal. Se veía a simple vista que jamás habían llegado más allá de Nanterre. La realidad siempre era bien distinta. La mayor parte de esos mundos nos eran tan terriblemente extraños que nos faltaban palabras para describirlos, teoremas para comprenderlos e imaginación para admitirlos.

De este modo, en Drige-el-Luminoso, estábamos simple y plenamente perdidos en un sin fin de suposiciones. Ni siquiera sabíamos si estábamos en una ciudad drigeniana o simplemente en plena naturaleza.

¿Qué debían ser esas altas paredes que formaban un muro, contra el horizonte? ¿Edificios lisos, sin ninguna respiración? ¿Montañas? ¿Un gran trozo de cristal? ¿Las paredes de un circo gigante?... No podíamos saberlo. Y esta materia parecida al cristal, este material que nos rodeaba por todas partes, ¿de qué estaba hecho realmente? Tampoco podíamos saberlo. ¿Qué significaban esos tentáculos transparentes que se torcían en un singular y elegante arco para acoplarse a las seductoras convulsiones de curvas y varillas deshilachadas? ¿Plantas o entradas de metro? ¿Motivos decorativos o claridad tropical? Tampoco aquí había respuesta. ¿Ya

esos charcos de plata en los que el sol se reflejaba a intervalos? ¿Qué sentido darles? ¿Pequeños y pintorescos lagos? Pero no, puesto que esta superficie argentada no era agua. ¿Espejos? ¿Bocas? ¿Manchas pintadas allá encima por un artista que había considerado todo el planeta como un solo cuadro abstracto? ¿Qué es absurdo? No más ni menos que otras hipótesis. Por otra parte, en el Universo, se habían visto ya cosas más extraordinarias que un planeta-cuadro-abstracto. Todo hay que decirlo.

Por eso, porque conocía todos los horrores, sabía que los planetas más peligrosos no eran forzosamente los que lanzaban llamas de la boca de un dragón al poner el pie en ellos. A menudo resultaban los peores aquellos que a primera vista parecían bellos y acogedores. Como Drige, por ejemplo. Drige-el-Luminoso. Estábamos intrigadísimos por saber qué incomprendible detalle de aquel mundo se nos aparecería de pronto agresivo, y qué clase de cosas iban a manifestarse. Todo lo teníamos ante nosotros. Podía venir en forma de una oxidación brutal de nuestros órganos al contacto con el suelo, como en Trycnos, verdadero cementerio donde diez divisiones terrestres encontraron la muerte en un campo de horror. Las radiaciones de aquella luminosa transparencia podían ser mortales, como en Grammos 4, donde nuestros químicos intentaron por todos los medios percibir el fatal secreto. Al mediodía, todo el planeta puede emitir un alboroto terrible, cuya agudeza nos hará trizas literalmente, como a los pioneros que visitaron por primera vez Thurge. Incluso la reverberación podría muy bien revelarse, a pleno sol, tan mortífera como en Iglege, planeta que aparecía como una sola bola de mica, erizado de pequeñas láminas como pequeños espejos. A menos que supongamos que en Drige, como en Spondyle, existe un régimen de mareas interiores y que, a partir de una determinada hora, sin preaviso, todo este paisaje de volúmenes sólidos se metamorfoseará en un solo mar aglutinante, suficientemente goloso para engullirnos como a dos simples guijarros.

Estaba escogiendo toda esa retahíla de recuerdos al azar, cuando Ilge me tomó del brazo.

—Escucha —dijo.

De las entrañas de la tierra volaba hasta nosotros una melopea indistinta, informe y purificada de sonidos, en la cual parecían mezcladas multitud de quejas infinitamente melancólicas.

—Un mundo habitado —comentó Ilge—. Mejor, ¿no crees?

—Eso depende de quién lo habite —respondí.

Pero no pensamos en huir o en escondernos. Sabíamos que la huida podía costarnos la vida en un paisaje del que desconocíamos las incidencias del terreno y los invisibles peligros. ¿Escondernos? ¿Dónde en un planeta en el que todo es transparencia?

Al cabo de un rato apareció alguna cosa, alguna cosa viva.

—Mira —dijo Ilge—, un pez.

Una forma alargada, cubierta de escamas que centelleaban al sol, surgía de lo más profundo de aquellos charcos que lucían en el suelo. Aquello salía con una enorme

lentitud, atravesando aquella superficie argentada como si se hubiera tratado, no de una materia, sino de un color. Si se trataba de un pez, era un pez volante, puesto que se mantenía ahora flotando entre el cielo y la tierra, moviéndose como si hubiera tenido que luchar contra una terrible presión, aunque con mucha más gracia y comodidad. Es obvio decir que aquella forma de moverse le era natural, se comprendía en seguida. Atentos a todos aquellos movimientos, por nuestra propia inquietud, vimos al pez cómo desenrollaba sus escamas, le vimos alargarse, y le tomamos en seguida por una serpiente, hasta que comprendimos que aquella criatura de escamas plateadas no era en realidad más que un brazo. Y este brazo pertenecía a un ser cuyo cuerpo entero salía del charco.

Drige era pues un mundo habitado. De todos los charcos plateados que nos rodeaban surgían seres vivientes. Todos sus movimientos eran de una tal lentitud que se nos cansaban los ojos de seguir sus evoluciones parecidas a las de grandes babosas. Todos se parecían entre ellos. Y se parecían algo a nosotros. Tenían cuatro miembros, como nosotros, un torso y una cabeza, pero eran filiformes: sensiblemente más grandes que nosotros, y sus brazos parecían extrañamente largos, evocando bastante las mangas de un hábito religioso. De la cabeza a los pies desaparecían bajo una cota de mallas de trenzado muy fino que les daba la impresión de estar efectivamente compuestos de escamas, como nuestros peces. De su rostro, si es que lo tenían, no se apreciaba más que sus ojos, enormes y globulosos, de un luminoso rojo, como si hubieran tenido una lámpara en su cráneo.

Estábamos allí, ante ellos, y no pasaba nada. No avanzaban hacia nosotros. Se cruzaban entre ellos, extrañamente indolentes, hacia su jornada. La mayoría permanecían inmóviles. Hablaban un lenguaje que parecía una sola melopea hecha de sonidos acordes con sus gestos. Era una lengua dulce y líquida que, a decir verdad, no chirriaba, no tenía durezas.

—O no nos ven, o se trata de unos grandes indiferentes —pensó y dijo en voz alta Ilge.

—Se diría que ni siquiera nos oyen.

—¿Pueden ser rusos, no?

—¿Por qué no intentarían atraparnos? Son más numerosos que nosotros. Y parecen armados. Mira...

Uno de los seres avanzaba apuntando hacia el cielo una larga lanza de vidrio que se ramificaba en varios dardos a su vez ramificados, cincelados con arte. Avanzaba hacia nosotros y, en aquel mismo instante, su lentitud me dio frío en la espalda. Sin embargo, sus ojos no parecían vislumbrarnos. Me coloqué delante de Ilge y saqué mi arma, dispuesto a tirar.

—¡Qué lentitud! ¡Es terrible! —murmuró Ilge.

Era lento, en efecto. El drigeano no avanzaba más de prisa de lo que hubiera podido hacerlo un caracol, se movía apenas. Estaba a punto de hacer fuego cuando me volví y contemplé el objeto que en realidad divisaba el drigeano. A algunos

metros por encima del suelo, tan indolente como los humanoides de aquel mundo, planeaba una especie de medusa de los aires, surcando el espacio con sus transparentes filamentos y con gestos de alga. De la aguja del drigeano surgió de pronto una luminosidad cegadora, y la medusa se encontró proyectada entre los garfios de su arma, inerte, como petrificada. Tal como estaba allí hubiera podido jurarse que formaba parte del arma, que no era mas que un simple arabesco.

—Un cazador —dijo Ilge.

—Eso debe ser el equivalente de nuestra pesca submarina. Todo se encuentra en la naturaleza.

Un hecho parecía flagrante: nosotros no existíamos para ellos.

—No serán ellos los que nos maten —dije.

—¿Pero nos moriremos nosotros mismos? —preguntó Ilge.

Yo creía que sí. Algo me lo decía, y no pude decir exactamente qué. Me parecía sentir la muerte ya en mí. No estaba exactamente a nuestro alrededor, sino que estaba ya en nosotros. Eran quizás esa sed y ese hambre que se hacían por momentos acuciantes y me rondaban en el vientre y en la garganta. O aquella fatiga. ¿Cómo pensar que habíamos dormido hacía unos momentos y la noche anterior habíamos comido copiosamente? Miré la hora otra vez. No era posible. No eran mas que las dos y cinco minutos. Y yo tenía la impresión de caer de fatiga y no tener nada en el estómago desde algunos días por lo menos. Entonces Ilge me preguntó cuándo me había afeitado por última vez.

—¿Cómo?

—¿Cuándo te afeitaste por última vez?

Justamente antes de llegar a este mundo, me acordaba muy bien. Se lo dije.

—Dame tu mano —dijo Ilge.

La tomó y la frotó contra mi mejilla. Aquello me asustó.

—Se diría que hace cuatro o cinco días que no te has afeitado.

En efecto, se hubiera podido jurar que hacía cuatro o cinco días. Y mi hambre. Y nuestra sed. En cambio en este mundo, para este mundo, habían transcurrido apenas cinco minutos.

Comprendí entonces.

Lo comprendí todo. La extrema lentitud en la cual se movían aquellos seres. Su inmovilidad. El hecho de que no nos vieran. Que no oyeran nuestra voz. Que no existiéramos para ellos.

—El tiempo, Ilge, es el tiempo.

—¿El tiempo?

—Sí. Hay un deslizamiento. Nosotros no vivimos en su tiempo. Estamos en su espacio, pero no en su tiempo.

—Pero nosotros podemos verles.

—Nosotros sí, pero ellos no. No somos nada para ellos. Una luz fugitiva, tal vez, un centelleo. Vivimos demasiado de prisa para su percepción. Y sin embargo, a pesar

de todo, sufrimos la ley de este mundo.

—¿La ley?

—Sí. Lo más peligroso de todo. Han pasado cinco minutos para los habitantes de Drige, pero para nosotros han transcurrido varios días de nuestras vidas. Hace muchos días que no hemos comido nada ni bebido ningún líquido. Y estamos cayéndonos de sueño y de fatiga.

—Podemos dormir, ¿no?

Sí, eso era sin duda lo único que podíamos remediar. Desgraciadamente, no podíamos hacer nada más. Y dormir podía significar nuestra muerte estando, como estábamos, sin ningún alimento. A este respecto me asaltó una duda, pero era muy débil. Me había parecido captar que en este mundo no había ningún alimento susceptible de convenirnos. Y no había percibido la menor traza de gota alguna de agua por ninguna parte. Este pensamiento se encadenó con otro. Súbitamente recordé la página de la guía de mi Michelin. Veía en mayúsculas las letras de Drige-el-Luminoso, seguidas de tres signos indicadores de muerte o de veneno y con estas palabras inscritas a continuación: un mundo en el que no llueve jamás. Un mundo sin agua. Aún no estábamos muertos, pero sabíamos qué era lo que provocaría nuestra muerte. Y, ¿cómo encontrar ayuda? ¿A quién pedir socorro? Aquello era un desierto, pensé. Nos habíamos extraviado en un desierto. Estábamos en pleno centro de una civilización, entre un grupo de individuos tal vez dispuestos a ayudarnos, y sin embargo, nuestra situación no era más envidiable que la de un náufrago arrojado sobre cualquier playa desierta. Y cada minuto que transcurría era equivalente a horas de privaciones, horas que nos acercaban a una muerte cierta...

Un espasmo de inconformismo sacudió todas las fibras de mis sentidos. No era cuestión de hurgar con mis dientes en un suelo privado de agua y de plantas, sino que podía intentar llamar la atención de los habitantes de este mundo. El cazador estaba allí, frente a mí. Le era necesario mucho más tiempo que eso para alejarse. Apenas había tenido tiempo de realizar una vuelta completa sobre sí mismo. En un salto, apoyando todo mi peso, me lancé a sus piernas. Como si hubiera querido hacer caer a un jugador de rugby. Pero el drigeano ni siquiera vaciló. Ninguna reacción fue acusada.

Evidentemente, el efecto que producía en él era el equivalente al que una pluma hubiera efectuado en mí. Verdaderamente, yo no era nadie en este mundo. No éramos nada. Solo poseíamos la vida, y pronto ya ni eso.

Ilge se tendió en el suelo. Estaba extenuada. Me aproximé a ella. La toqué, dejando que mi cabeza se apoyara entre sus muslos. Se estaba bien así. La necesidad de hacer el amor me dominó por un momento. Pero no era más que un deseo abstracto: un acto por encima de mis fuerzas.

—¿Qué hacen esos? —murmuró Ilge.

Los observé atentamente. La mayor parte de los drigeanos parecían absorbidos por un trabajo del que buscaba en vano la definición. De todas maneras, se movían

con tal lentitud que cualquier acto de ellos parecía carecer totalmente de sentido. Un hecho, sin embargo, se impuso: por alguna magia invisible a nuestros ojos, aquellos seres provocaban sutiles variaciones en el paisaje fluorescente que nos rodeaba. Se creaban juegos de luz y metamorfosis, para desaparecer volviéndose a crear de nuevo. Algunos volúmenes cambiaban de forma, otros desaparecían como esfumados inexplicablemente en el espacio. En el interior mismo de la materia estallaban en silencio bombas de luz que pasaban de un tubo a otro con la gracia de un chorro de humo. Y de estas variaciones nacían sonidos tan lentos como las formas que los hundían en un clima de indolencia ideal, como si cada detalle de este mundo hubiera sido moldeado por una perfección por mucho tiempo perseguida.

¿Una escultura abstracta? Casi podía creerse. Estos seres parecían formar un solo equipo de artesanos impasibles jugando a crear en el espacio arabescos inútiles y cambiantes de una escultura siempre recomenzada. O tal vez se sumergían en la experiencia de algún hecho científico ignorado por nosotros. A menos que admitiéramos que habíamos caído en una oficina en donde la contabilidad práctica se traducía en símbolos que nosotros tomábamos, equivocadamente, por las manifestaciones de un arte refinado. O una fábrica al aire libre tal vez, una fábrica incrustada literalmente en el paisaje, compuesta de máquinas imposibles de diferenciar del decorado natural. Y dentro de unos instantes contemplaríamos cómo los drigeanos fabricaban agujas para tricotar, ganchos para colgar jamones o semillas de alcachofa.

Yo miraba todo aquello e intentaba comprender. Pero una nube brumosa se cernía ya entre lo que miraba y mi capacidad de razonamiento. El hambre, la sed, la fatiga, componían esa bruma cuya densidad me secaba la garganta.

Entre lo maravilloso y la pesadilla. En esto también, pensé, estaba confuso. Estábamos exactamente en aquella latitud. Lo maravilloso estaba allí, a nuestro alrededor, estallando calmosamente, todo tranquilo en un mundo que no era más que luminosidad, calma y lentitud, lujo y refinada dulzura. La pesadilla estaba en nosotros y era imposible escaparnos de ella, huir hasta llegar a la maravilla que nos servía de decorado. Un decorado tan inútil como un espejo. O mejor no. Nosotros éramos los espejos. Espejos vivientes. En este mundo, para los que habitaban este mundo. No éramos mas que objetos invisibles, abstractos. ¡Un espejo! De pronto enloquecí. Hubiera querido actuar, golpear, aullar, romper en mil pedazos aquella barrera que...

Ni siquiera logré mantenerme derecho, estaba llegando ya al límite de mis fuerzas. Sentía la impresión de haber errado días y días por un corredor sin fin. No podía más.

Logré llegar hasta una de esas largas agujas del decorado, hoja de cactus drigeana o simple cuerno de su máquina sin motor. Hubiera querido destrozarla, arrancarla, destruir alguna cosa de este mundo para hacerme notar o provocar un cortocircuito para forzar a esos seres a registrar nuestra presencia. Agoté mis últimas fuerzas en ello. Pero en vano. Nada cedía. Esta transparencia que recordaba el cristal tenía la

solidez del acero templado. Grité entonces con todas mis fuerzas, igualmente en vano. Caí al suelo, anegado en sudor. Sentí la mano de Ilge acariciándome la mejilla. Una mano áspera, reseca. Una mano de muerta ya. Una mano de muerta que tocaba a un muerto.

—No habiéramos tenido que... —comencé.

—Ya no hay nada que hacer —me interrumpió Ilge.

Creo que oí a Ilge decirme buenas noches. Luego nada más.

Cuando intenté despertar a Ilge comprendí que ya no despertaría nunca más.

Hacía una semana que la había conocido. Sí, tan solo una semana. Su simpatía me había emocionado inmediatamente. Más aún que las líneas de su cuerpo o la belleza de su rostro.

—De acuerdo, iré contigo este fin de semana —me había dicho—: Después, ya veremos...

Bien, ahora estaba todo visto. Y yo también la veía por última vez. La veía ya turbiamente, lejos, fugitiva, borrosa...

Pero comprendí la magnitud del fracaso en ese mismo instante. E incluso consiguió que reviviera un poco.

*Primeramente hubo aquella llama de una sola luminosidad que cubrió todo el decorado. Y, como si hubiera sido gravemente herido, todo este mismo decorado lanzó un singular grito de dolor o de triunfo. Vi entonces a los drigeanos acercarse todos juntos a un punto preciso y hacer un círculo alrededor de una cosa fluida que manaba, manaba transparente, pura, incolora, en ese dédalo débilmente pintado de verde.*

Agua, sin duda.

Lo que los drigeanos componían era el agua. Nada más. Aquella agua en la que yo soñaba con todas mis fuerzas, con todas mis entrañas.

—Agua —murmuré.

Intenté levantarme, moverme, hablar, gritar, arrastrarme, pero nada mas lejos de mí que la composición de esos gestos. Lejos de mí, de mis fuerzas. Caí definitivamente al suelo, mirando con toda la furia de mis ojos, que en adelante serían ya ciegos, aquella agua cristalina que manaba, manaba sin cesar...

Más tarde, los drigeanos se dieron cuenta de la presencia de los dos terrestres.

La muerte les había hecho entrar en su espacio temporal. La inmovilidad de la muerte.

Se aproximaron a los dos cadáveres y los tocaron. Luego, sin comprender demasiado ni saber exactamente qué hacer, fueron a buscar agua.

Y, con infinita dulzura, dieron de beber a los cadáveres.

# Uilovyú

Daniel Walther

Se habían vuelto a ver platillos volantes. Algunos periódicos se burlaban de ello, otros hablaban del asunto a boca llena: nadie los tomaba realmente en serio. Pero los platillos volantes no eran más que un tema de conversación, como la moda o la política. Se continuaban lanzando bombas y propulsando cohetes al espacio. Innumerables satélites giraban alrededor de la Tierra en círculos más y más ceñidos. Como de costumbre, algunos predecían el fin del mundo, otros el nacimiento de la Ciencia, y una densa minoría se callaba, pero no pensaba en ello menos que los demás.

De hecho, no ocurría nada especial. Se luchaba y, sin embargo, no era la guerra. No debía hablarse de la guerra.

*Make love not war!*

Hombres y mujeres jóvenes, llevando pancartas, con flores prendidas en los cabellos, invadían las calles, se estacionaban en las plazas y declaraban que:

*La solución de los problemas reside en la marihuana y que era preciso:  
¡Amarse los unos a los otros!*

Los profetas de dudosa higiene nacían, hablaban, predicaban, se cubrían de flores, de pétalos de rosas, de mugre y de perfumes de Arabia, y morían con el polvo de la droga pegado a sus narices.

MAKE LOVE NOT WAR!

Era un inmenso jardín rodeado de altas verjas. En la entrada había taladradores-centinelas con hopalanda rosa bajo la cual se ocultaban silbatos, granadas y pistolas automáticas. Con grandes sonrisas, hacían entrar a la gente en el parque rodeado de verjas electrificadas.

Encima de la entrada del jardín se había instalado una imponente pancarta luminosa donde se inscribían estas palabras:

JARDÍN DE EDÉN

*Entrada libre*

*¡Ponga una flor en sus cabellos!*

Y la perfumada multitud, sonriente, dócil, entraba en la cola uno tras otro.

Se llamaban entre sí: «hermano mío, hermano mío, amor mío, amiga mía...», y se ofrecían frascos de droga y cigarrillos de Mari-Juanita.

—¡Chupad, fumad, bebed, veréis un mundo de todos los colores!

Algunos músicos tocaban la gaita bretona, la balalaika, el sarrusófono y el címbalo turco. Algunas jóvenes danzaban, giraban, caracoleaban, y grandes perros-rabiosos-domesticados huroneaban entre los setos vivos. Las fuentes refrescaban el aire, lanzaban ondas luminosas, y grandes globos abigarrados salían disparados hacia el cielo, estallaban y hacían llover chaparrones de flores. Las orquestas sincopaban miles de aires, rechinaban rítmicas plegarias, retransmitidas por altoparlantes, y, en los podiums, unos hombres vestidos a la oriental hablaban calmadamente del imperio del sueño y de la dinastía de los Padres Asombrosos:

*¡Dejadnos soñar!*

*¡Ya que nosotros QUEREMOS amar, soñar, cantar, bailar!*

*¡Queremos coger adormideras blancas*

*en el reino del sol naciente,*

*en el reino de los sueños innombrables!*

*¡Queremos respirar con nuestras bocas, nuestras narices, nuestra piel,*

*quedemos coger rosas en el valle del Cedrón,*

*en el valle de las delicias eternas!*

*¡Ya que nosotros nos amamos,*

*ya que nosotros OS amamos!*

*We love yon! ¡Uilovyú!*

*¡Amamos al mundo entero!*

Amaban al mundo entero, pero el mundo entero les dejaba coger flores con una sonrisa entendida. Y, mientras que las bombas de jazmines estallaban por encima del Jardín de Edén, las bombas de napalm explotaban sobre el sombrío jardín terrestre. Era una muy notable diferencia.

Una montaña de flores cortadas se erguía en el centro del inmenso cuadrilátero de verdor. Hombres y mujeres se arrastraban en el interior, se buscaban; y cuando se encontraban, se hacían comprender que se amaban, y se amaban. Era un método simple e inmediatamente comprensible.

A los sonos de un orfeón henchido de aceites aromáticos y tocando múltiples instrumentos exóticos, decenas y decenas de parejas se dedicaban a interpretar expresivas danzas de llamativo erotismo.

*¡Todo está permitido! Mejor, mucho mejor: ¡Ya nada está prohibido!*

*Puesto que, puesto que, puesto que, ¡nos amamos, os amamos, el mundo es una flor, una sola, grande, inmensa flor, una flor de los colores del mundo!*

Magos que se pretendían de Nínive o de Babilonia desenrollaban largos pergaminos horoscópicos y clamaban la verdad a la multitud. Hablaban de la Inevitable Victoria de los Elegidos sobre los Filisteos, pero no llegaban nunca a revelar la identidad de los unos y de los otros. Preconizaban una gran guerra a golpes de rosas y de jacintos, entre las almohadas, la hierba fresca y el heno cortado, en

enormes volutas de jazmín. Después sacaban de su zurrón interminables pipas y modelaban entre sus dedos bolitas de opio.

—¡Fumad, fumad, fumad el buen Chandoo! ¡Fumad el misterio de la vida! ¡Fumad el Amor, fumad el orgasmo! ¡Huid, huid! ¡Fundios en el Amor Universal! ¡Convertios en soles, convertios en girasoles en el espacio, fundios en el Gran Sueño Universal! ¡Convertios en abejas de cristal en la corola gigante del cosmos! ¡Hermanos, hermanas, mis bellos amores rojos!

Los jóvenes hacían las rondas, los ojos maquillados, los labios pintados, y susurraban entre sus blancos dientes de lobos amaestrados: «¡Uilovyú!, ¡Uilovyú!». Tendían sus grupas como hermosos arcos de marfil y hacían saltar alrededor de su flexible nuca collares de pétalos de una resplandeciente blancura. Su orquesta estaba formada por arpistas y flautistas de Pan, y estaba dispersa en un parterre de rosas sin espinas. «¡Uilovyú!, ¡Uilovyú!», cantaban tercamente.

Eran las cinco de la tarde, las cinco de la tarde de un día parecido a no importa qué otro día de la Tierra.

Hacía balancear su cabeza y se dejaba arrastrar por los movimientos del Pequeño Tren del Amor que serpenteaba gentilmente arriba y abajo del Jardín de Edén. Había pasado un brazo alrededor de los hombros de su vecina y miraba al frente, mientras sorbía con aplicación su cigarrillo de cáñamo picado.

Cuando el Pequeño Tren del Amor terminó por detenerse, su vecina declaró: «Te amo y volveré a encontrarte ahora mismo...». Sabía bien que esto era un modo de hablar, ya que ahora mismo no quería decir absolutamente nada. La miró alejarse, la fotografió discretamente con el pequeño aparato tan eficazmente disimulado en un botón de su chaqueta de cuero rojo y, después de un corto momento de vacilación, arrojó su cigarrillo de marihuana antes de cambiar de sitio la flor blanca que ornaba sus cabellos, ya que le estaba pinchando con insistencia el lóbulo de la oreja. Inmediatamente después, se hundió en una muchedumbre de adoradores de ídolos en forma de desnudeces consteladas de botones de rosas. Había allí material para escribir un buen artículo, muy copioso, tomado en sus propias fuentes. Algunos poemas también, pero eso vendría luego, para él mismo y cuando llegara el momento. Las estrofas contrastadas con nuevas consonantes eran algo viejo para él, pero los editores le aseguraban que existían otros cientos de oficios mucho menos peligrosos y mejor remunerados que la literatura...

La cabeza le daba ligeramente vueltas a causa de la droga que acababa de inhalar. Hacía tiempo había tromboneado también el buen jazz de los buenos tiempos en las recogidas *caves* claroscuros y apreciado los maleficios de Oriente a través de la nariz y la barba de la Terrible Brigada de Estupefacientes. ¡Pero hoy, naturalmente, era otra cosa! Todo se había vuelto mucho más tolerante. La tolerancia estaba reglamentada, aparentemente de forma obligatoria. Y decir que... la cabeza le daba vueltas... antes se atrevía la gente a llamar *negro* a un negro. Sin embargo, aquellos eran, *pese a todo*,

buenos tiempos. Con el humo espeso como el puño en las *caves* donde lanzaban sus estridencias las trompetas y los saxos, donde retumbaban los palillos sobre las tendidas tripas de las cajas de resonancia; con los charlestones relucientes como focos.

*Love. Amour. Liebe. Amor. Amore:* En todas las lenguas del viejo y del nuevo mundo. I love you. Tu m'aimes? Wir lieben Euch!

Pero como no había treinta y seis maneras de probarse concretamente el desbordante afecto, uno se abrazaba a cualquier otro a la ventura, prestando atención al mismo tiempo a dónde ponía los pies.

*Amor, amor,* y arroyos de flores a los Pies de Buda y de Apolo, Mississippi y Guadalquivir olorosos alrededor de las estatuas contorsionistas. Y la exhibición de una multitud ávida de desaparecer en sus sueños para olvidar que de un instante a otro el mundo, sin más, podía desvanecerse en simple humo.

Se acercó al borde de la piscina. En el aire flotaba un perfume suave, indefinible. Cuerpos desnudos se agitaban en el agua, y le pareció que las olas eran de una blancura inaudita espolvoreada del bronceado de los cuerpos que se relajaban en ella. ¡Qué fiesta! Una fiesta de ocre entre la blancura de las flores de lis esparcidas en la superficie del agua, miríadas de flores de lis formando una corteza de alabastro, lis que simbolizaban imitándola una virginidad ausente, borrada del programa. Algunos efebos lanzaban gritos de excitación, saltaban, brincaban entre ramos húmedos mezclados con corolas despanzurradas. Recibidos por sus hermanos, chapoteaban en una especie de pánico, dejándose asustar por manos llenas de amor. Las flores de sus cabellos caían como símbolos e iban a mezclarse con las innumerables flores que recubrían el agua de la piscina. Mujeres desnudas se arrojaban al estanque perfumado, brazos y piernas extendidos, volvían a la superficie entre forzadas risas, dedicándose a inmediatas caricias.

Hizo algunas fotografías, discretamente, preguntándose hasta qué punto le gustaba o le disgustaba lo que veía, y se alejó con un pensamiento hacia aquella que le había dicho: «Volveré a encontrarte ahora mismo...».

Comenzaba muy suavemente a sentirse triste, viejo e incluso un poco desplazado. Un cosquilleo repentino le recordó que la flor se mantenía mal que bien entre sus cabellos. La tomó entre dos dedos, la metió en su boca. Tomó un cigarrillo del bolsillo de su chaqueta de cuero, un cigarrillo completamente inocente que metió en lugar de la flor y que encendió mientras esperaba. En el momento de exhalar la primera bocanada, sintió una mano en su hombro y oyó a alguien murmurar:

—Pon una flor en tus cabellos, hermano, pon una flor en tus cabellos...

Al volverse, descubrió un rostro afeminado muy cerca del suyo.

—Sí, sí —dijo, con un aire taciturno.

El otro acentuó su sonrisa y le colocó un botón de rosa en la mano.

—Te quiero —arrulló.

Los hombres de la hopalanda rosa, con la frente ceñida de coronas de dalias estrictamente cortadas con una navaja, circulaban, con el rostro decorado por una suave sonrisa. Tenían a todo el mundo bajo su vista, y consultaban el reloj de tanto en tanto. En el cielo, el sol comenzaba a enrojecer, semejante a una desmesurada amapola. Febo Apolo se complacía en los juegos de una nueva juventud. Era un hecho: el tiempo era extrañamente agradable.

Ahora había llegado la hora de la comida. Aquellos que tenían aún fuerzas para agitar sus mandíbulas se habían reunido en grupos. Se comía a la romana, blandamente tendidos en la hierba, apoyados sobre un codo, se chupeteaban olivas confitadas, fresas sumergidas en alcohol y barquillas de carne sazónada con pimienta bajo el sol más y más escarlata. Los magos habían dejado de predicar, se extendían como grandes crisantemos entre el verdor, y se dejaban acariciar por las mujeres y por la gastronomía. Nubes de perfume ascendían hacia el cielo, y el vuelo tardío de los insectos oscilaba por encima de las cabezas de los comensales. Las manos y las bocas se extraviaban.

Eran las ocho.

Tendido en la hierba, con un cigarrillo de marihuana colgando en el extremo derecho de sus labios, miraba a la luna ascender lentamente por la bóveda celeste. La luna, sin embargo, a despecho de sus esfuerzos de imaginación, no tenía nada en común con una flor. Se mantenía recta y severa en el espacio y, lejos tras ella, llegaba un cortejo de nubes negras. Saltaban como un conejo en la lucerna de sus sueños. Medio alegre, medio triste. Lejos, nació un zumbido, tal vez un murmullo de palabras, no sabía aún nada de él. Sin duda su cabeza se escapaba, abandonaba su cuerpo, huía persiguiendo a las nubes, a la luna. Sin duda su cabeza suspendida a un invisible hilo y proyectada hacia arriba en la noche universal le miraba dormir, un cuerpo decapitado vomitando bocanadas de humos estupefacientes. Era algo sin importancia, casi nada, nada, nada tenía importancia. Nada salvo aquel humo.

Los hombres de la hopalanda rosa constataron que todo el mundo, ahora, se mantenía bien tranquilo, que las cosas iban a su ritmo, que la vida seguía su curso, y que todos y todas se amaban muy tiernamente. Avanzaron a paso de lobo en los senderos silenciosos, verificando su cronómetro. No podía haber ninguna duda al respecto: eran las diez y media de la noche.

La noche se mostraba excepcionalmente suave y la suavidad de las flores ascendía por todos lados, deslizándose en el aire con una insistencia de mujer enamorada. Era casi empalagoso. La luna, por un momento, se había sentado en el cielo y miraba a la Tierra.

Hacía buen tiempo, hacía calor. El mundo se acunaba en la bondad, en el silencio, en el humo de la marihuana. El mundo se acunaba en un sueño de flores y de gracia, se acunaba pese a todo entre las verjas electrificadas.

Su mano se posó en la hierba y fue a encontrar desgraciadamente la punta encendida del cigarrillo que acababa de arrojar a todos los diablos. Lanzó un grito de dolor y fue esto lo que lo despertó.

—¡No estoy aquí para soñar!

No, estaba allá para escribir un artículo periodístico, para decir lo que había visto, y para hacerlo de tal modo que todo aquello fuera impreso en letras de molde. Un vago desagrado lo sobrecogió. Las cosas buenas, ya se sabe, tienen un fin. Se dio cuenta finalmente de que era de noche, de que la luna estaba en primera fila y que ya era tiempo de abandonar el recinto de la fiesta. Se sentía triste, pero tal vez no fuera más que la melancolía que se apodera de uno al terminar una hermosa jornada cuando se ignora de qué estará hecha la mañana siguiente. Cuando volvió a hallarse de pie, fue para comprobar que se encontraba entumecido y que sus piernas ya casi no formaban parte de su persona.

—¡Oh, la, la, la, la... —se puso a canturrear con un soplo de voz, con la persistente impresión de caer hacia atrás—. Demasiado alcohol, demasiada droga...

Sí, sí, se dijo, ya sé: ellos no quieren oír hablar más de guerra. Lo que desean es que se les deje tranquilos. Es necesario que escriba todo esto en mi artículo... Lo que ellos quieren es no oír hablar más de nada: ni de responsabilidad, ni de cuchilladas en el vientre, ni de bombas de napalm, ni de bombas A o H; ¡quieren que cada día de la semana sea domingo! Sí, comprendido, pero ¿qué es lo que esto quiere decir exactamente? ¿No es demasiado simplista el hacer el papel de un avestruz que hunde su cabeza en la arena roja de la L.S.D.? Sí, ya sé, ya sé, todo esto es cierto y el resto también, pero he venido aquí para escribir un artículo y no para dejarme convencer por sus peroratas... y además, por otro lado, ¿acaso no son todos ellos oficialmente *ridículos*? Cuando yo era joven, un chico con futuro, ¿qué es lo que hice? ¿Cuando martilleaba mis sueños sobre una piel de asno, no soplaba mis pesadillas en largas flautas de oro!

Cayó de rodillas en la grava del sendero, vio girar las bajas ramas de los árboles alrededor de su cabeza llena de ruido y de rumores confusas. Nunca hubiera creído que unas cosas tan estúpidas como unas ramas de árbol pudieran girar a tal velocidad, moverse con tal velocidad. Cuando hubo encontrado finalmente de nuevo su equilibrio, se puso otra vez en marcha muy en medio del sendero, orientándose por los oscuros huecos a la derecha y a la izquierda. Aquel jardín ya no era el paraíso terrenal, sino un oscuro dédalo de vegetación. Tal vez el viejo laberinto del rey Minos con un minotauro mecanizado acechando tras un oscuro seto... En lugar del monstruo esperado surgió un gran perro que se detuvo un instante, lo olisqueó un poco y después desapareció entre los arbustos. Visiblemente, el animal no compartía la teoría general sobre el afecto universal. Se cruzó con un hombre de hopalanda rosa y lo saludó: «Buenas noches, hermano», obteniendo a cambio una blanda sonrisa: «Paz y amor, hermano»; y ambos prosiguieron su camino.

Los hombres vestidos con hopalandas rosas habían terminado casi su trabajo. Llegaban al término de una dura jornada, pero ahora podrían volver a su casa, contar un montón de historias a su mujer cuando los niños se hubieran acostado. Y habría tema para alimentar la conversación en las largas noches de invierno.

Una nueva noche en la interminable noche del mundo. Y mañana, mañana, un nuevo día. Nada más que un día como los otros, con los platillos volantes y las deflagraciones nucleares A o H, nuevos satélites, tal vez un cohete en la Luna o un cosmonauta en las arenas de Marte; con predicciones diversas y diagnósticos contradictorios sobre el futuro y sobre el estado de salud de la Tierra.

Los hombres de hopalanda rosa se apresuraban...

Una gran nube olorosa de perfumes de flores y de drogas flotaba sobre todo, y de pronto comprobó que ya no veía más que un rincón del cielo y que lentamente las estrellas se borraban del firmamento, como si espesas nubes o una cortina desmesurada cubrieran poco a poco la cara de la noche con una noche más negra aún.

Entonces le invadió el pánico y echó a correr, buscando la salida. Se equivocó dos o tres veces de camino, hasta el momento en que divisó la verja en la lejanía. Unos personajes de color rosa estaban a punto de cerrar las puertas.

—¡Hey! —gritó—. ¡Hey!

Los hombres vestidos de rosa interrumpieron sus gestos y lo miraron apresurarse hacia ellos.

—¡Quiero salir!

—Nadie puede salir.

—Pero... ¡quiero salir!

—¿Tiene usted un pase?

—Soy periodista y...

—¡Carnet de prensa! —ladró uno de los guardias. Registró sus bolsillos... en vano.

—Perdido, he debido perderlo... oh, Dios mío, Dios mío, escúcheme, le juro...

—¡Ya basta! —dijo uno de los centinelas secamente—. Usted forma parte de esos degenerados. ¡Es inútil que insista!

Cerraron la verja y se alejaron. Quiso arrojarle contra la puerta de hierro, pero se detuvo en el último momento cuando se dio cuenta de que los hombres de la hopalanda rosa llevaban todos ellos guantes y botas de caucho de un significativo grosor.

—¡Ah, cochinos, cochinos!

¡Era preciso hacer algo, despertar a los demás, explicarles que la trampa estaba a punto de cerrarse sobre ellos! Se puso a gritar en la noche:

—¡Despertaos, despertaos! ¡Mirad el cielo! ¿No veis que nos han encerrado bajo una cúpula? ¡Su tolerancia! ¡Qué cuento! Despertaos...

Pero todos estaban dormidos, todos ellos, beatos y confiados, las narices dilatadas, palpitantes en la noche perfumada, los ojos pegados por la midriasis de la droga. Solo los perros-rabiosos-amaestrados aullaban, le aullaban a la muerte, le aullaban a la luna aún visible, pero a la que un velo opaco cubría poco a poco.

—¡Nunca más, nunca más saldréis de aquí! ¡Cretinos! ¡Queríais partir, escapar, evaporaros... Estáis servidos! ¡Respirad, respirad profundamente, respirad a pleno pulmón, a plena boca, con todos los poros de vuestra epidermis! ¡Inspirad! ¡Respirad! ... ¡Pero despertaos, por Dios!

Sin embargo, todos dormían demasiado bien, y galopaban tras los bisontes policromos en los territorios de caza limitados de sus sueños.

Cuando la luna desapareció completamente y la noche tomó un tinte lechoso, los perros dejaron de aullar y un silencio aterrador se apoderó de todo.

Después...

Una fuente glogloteó, los chorros de agua cayeron, desaparecieron, y en su lugar empezó a escaparse una humareda lila. Una densa bocanada de humo lila, como una última flor largamente expandida, del color de las hermosas y peligrosas digitales. Digital... ¡digital!

Y después ya no hubo nada, nada salvo el silencio y el domo que brillaba vagamente en la noche.

# Rehacer la Tierra

Daniel Walther

Me acuerdo de aquella mañana sobre esa devastada ruta de la Tierra. A derecha e izquierda de esta ruta, sobrealzada por una especie de dique, profundas barrancas atestaban la sequedad del planeta. Muerta la Tierra, la vieja, la pobre Tierra, muerta a fuego lento, encogiéndose en ella misma como una naranja cuya piel se agrieta poco a poco. Muerto y reseco el viejo planeta de los muertos, de los amores y de las rabiosas batallas, muerto y enterrado en su propio polvo.

Me acuerdo...

Yo estaba instalado en el *command-car*, con mi fusil ametrallador entre las rodillas y un cigarrillo en la comisura de mis labios. Una tristeza comunicativa reinaba sobre el miserable decorado de dunas grises y árboles petrificados. Los antiguos bosques de la Tierra se parecían a oscuras extensiones de cirios, apagados por siempre jamás.

Apenas hacía algunas semanas que me hallaba en el planeta madre, y ya una pesada melancolía penetraba en mí.

Nada en ninguna parte. Ni el más pequeño indicio de vida, ni la más pequeña sombra de animal alguno que hubiera podido sobrevivir a la catástrofe.

El sol quemaba como una bola de azufre ardiente, y el suelo agrietado contenía millares de trampas que obligaba a nuestras columnas a permanecer en las carreteras y en los diques.

Miríadas de planetas morían cada día en el Universo, y nadie hacía demasiado caso. Pero cuando le llegó el turno a la Tierra, los hombres fueron a los cuatro puntos del espacio y pidieron ayuda: ayuda para la Tierra, el viejo símbolo de la cultura, la patria de los héroes y de las artes, el gran museo de la Galaxia...

Las astronaves habían surcado los cielos; delegaciones humanas habían llamado a la puerta de todos los soberanos del vasto mundo, los zarposos, los cornudos, los blandos y los esponjosos, los humanoides y los «esencialmente diferentes». Pero nadie había comprendido sus emociones.

—A cada uno su turno —había dicho un Monarca Cabelludo desde lo alto de su dignidad, de su trono y de su indiferencia—; no podemos hacer nada por vosotros.

Y la Tierra acabó por salir de su trayectoria, aproximarse al sol y dejarse asar como una patata en la chimenea.

El viejo fruto de tantos siglos de pacientes luchas por la vida se cocía alrededor del sol de fuego.

La Tierra estaba muerta.

Pero nosotros, armados de fuerzas renovadas y de sustanciales créditos, habíamos vuelto para rehacer el mundo, en el verdadero sentido del término, íbamos a reconstruir la tierra desde el fondo a la superficie, repondríamos las flores en el desierto y llenaríamos de agua los cauces de los arroyos resecos. Construiríamos un mundo nuevo, y nos instalaríamos en él inmediatamente.

Se nos había movilizado en todas las partes del Universo; se había desafiado el recuerdo de todos los Terrestres, y el viejo y péfido sentimiento nacional había tomado la delantera. Nuestra Canaan estaba por rehacer, y teníamos con qué resucitar el Mundo de los Elegidos.

Personalmente, me divertía, bastante saber dónde pasaría yo el resto de mis días, pues mis aspiraciones íntimas me llevaban hacia la pereza, la meditación y el alcohol. Tierra, Marte, Urantia o las lejanas estaciones del vacío interestelar, poco me importaban, puesto que yo jamás había poseído este sentido patriótico que impelía ahora a todos los exiliados de las estrellas, en millares de astronaves, a converger hacia la Tierra, como en un vuelo intermitente de pájaros de prueba. Los hombres dispersos sobre los mundos recientemente colonizados salieron de su melancolía, reencontraron su nuevo sueño y, bajo las miradas desaprobadoras de diversos monarcas de otros planetas, se entregaron a febriles preparativos sin tener mas que una idea en la cabeza: rehacer la Tierra, el viejo, viejo planeta madre, para encerrarse allí con todo un arsenal de armas eficaces y perfeccionadas.

Durante toda la primera parte de mi existencia yo había vivido en Urantia, donde mis padres, refugiados del naufragio de la Tierra, me habían dado la vida. Era un mundo de dimensiones muy medianas que los humanos habían erizado de reductos y fortificaciones, pues creían que se trataba de un importante punto estratégico.

En Urantia hicimos rápidamente el vacío a nuestro alrededor. Cavando zanjas, minando el suelo, evolucionando en cascos de cimera con las botas bien pulimentadas.

El pequeño planeta, a pesar de todo eso, conservaba un clima de sorprendente dulzura, y la vida se desenvolvía muy agradablemente. Cuando se comenzó a hablar de la Tierra comprendí en seguida que mi bella tranquilidad tocaba a su fin. Se me encerró a regañadientes en un uniforme de oficial subalterno —porque yo no era ni más bruto ni más débil que cualquier otro— y se me hizo embarcar una hermosa mañana con numerosos compañeros en una astronave de gran tonelaje.

Sí, me acuerdo. Me encontraba en el *command-car*, con mi fusil ametrallador en las rodillas y un cigarrillo en los labios. Se me había nombrado subteniente, y no se habían olvidado de decirme que yo era responsable. No me preguntéis de qué era el responsable. Ni ellos ni yo lo sabíamos.

Mientras chupaba mi cigarrillo pensaba en Urantia... Urantia, con sus fortalezas graníticas, sus aldeas perdidas entre las rocas. Estaba pensando en los ríos con el alma repleta de melancolía cuando las primeras detonaciones estallaron en nuestros oídos.

Ordené al chofer que detuviera el vehículo y, detrás de nosotros, la larga fila de camiones se inmovilizó. No podía creer lo que estaba viendo: allá abajo, en el fin del dique, grandes llamaradas rojas saltaban tornándose flechas de fuego que silbaban alrededor de nuestras cabezas.

¿Qué pasaba?

El cielo pareció caernos encima, el dique se partió en dos, y yo caí brutalmente desde varios pies de altura. Perdí el conocimiento, pero guardé vagamente la impresión de multitud de imágenes en el interior de mi cabeza: el dique en llamas, el cielo rojo y allá abajo, entre una especie de bruma calurosa, un grupo de personajes silueteados en una forma imprecisa: nuestros agresores.

Uno de ellos se acercó a nosotros, y pude ver que no era humano. Manejaba un arma corta que chasqueaba sin interrupción emanando unas llamaradas purpúreas. Y sobre el dique, en una gran confusión, nuestros camiones estallaban uno detrás de otro. Mientras que aullidos y gritos surgían por todas partes, mitad de miedo, mitad de cólera... Yo me encontraba en un estado de semiinconsciencia, sin saber dónde estaba ni qué pasaba. Finalmente me hundí en una noche profunda, absolutamente falto de visiones.

Cuando recobré el conocimiento pude ver que el cielo se había tornado completamente negro y que numerosas estrellas brillaban en él. Me fue difícil admitir que hubiera estado privado de conciencia durante tanto tiempo puesto que, si mis recuerdos eran exactos, habíamos sido atacados alrededor de las once treinta de la mañana.

Lentamente, pude mover el brazo, y pude comprobar que tenía aún junto a mí el fusil ametrallador. Intenté mover como puede cada uno de mis miembros hasta comprobar que ninguno estaba roto. Tan solo mi cabeza parecía tener algún que otro desvanecimiento pasajero.

Luego fui recordando lo que había vislumbrado entre mis primeras tinieblas: a lo lejos los desconocidos, y el personaje que manejaba su arma chasqueante de purpúreas llamaradas.

¿Alguien más podía tener interés en reconquistar la Tierra? ¿Esa patria de las artes y los cánones, el museo de la Galaxia? No podía creerlo. En tiempo normal, nadie podía sobrevivir en la faz de la Tierra. Ni hombre ni bestia, ni ningún ente que tuviera necesidad de agua o sustancias orgánicas o vegetales para alimentarse. La Tierra era un barreño repleto de polvo caliente, surcado de profundas simas. No podía tener más que un interés sentimental.

¿Qué había dicho aquel Monarca Cabelludo cuando nuestros mensajeros le habían anunciado, con sollozos y voz temblorosa, la muerte de la Tierra?

—¡A cada uno su turno! ¡No podemos hacer nada por vosotros!

Sobreentendido: «No *queremos* hacer nada por vosotros».

Pues el Universo tenía sus leyes, a las cuales la nación de los hombres siempre había negado su sumisión.

Intenté recordar con exactitud el aspecto exterior del personaje, en pie sobre el dique, disparando sin cesar contra los camiones inmovilizados en la carretera, muy a la vista y ofreciendo un blanco fantástico. Lo que podía decir se resumía en tres palabras: no era humanoide. Incluso sin haberlo visto realmente no me importaba afirmar que estaba a mil kilómetros de parecerse a un ser humano.

Recogí mi fusil ametrallador e intenté levantarme. Escuchaba en mi cabeza docenas de campanas sonando en todo su infernal ruido. Pero finalmente logré recobrar el equilibrio. Me di plena cuenta, entonces, de que me hallaba en el fondo de una grieta, afortunadamente poco profunda. Debía mi vida al hecho de hallarme allí dentro cuando los asediantes nos atacaron. El silencio que me rodeaba relataba, tristemente, el augurio del destino que había sufrido la columna.

Ayudándome de pies y manos, sudando trabajosamente, empecé a izarme fuera del agujero. Mi arma me batía continuamente en el pecho. Cuando por fin vi la carretera constaté que mis temores habían sido fundados: doce esqueletos negruzcos yacían en medio del camino. Aquellas masas inertes me hicieron comprender muy pronto que yo había sido el único superviviente.

Una triste y rápida inspección de los restos calcinados de los vehículos me condujo pronto a la angustiada conclusión de que estaba solo, sin alimento ni bebida, en una zona abiertamente hostil.

Entonces un vértigo se apoderó de mí, y me dejé caer al suelo con mi corazón empequeñecido. Miré en la dirección de la cual había partido el ataque, pero no vi nada, nada más que el camino oscuro que se adentraba en una espesa selva mineral. Me encontraba en una situación desesperada, sin víveres ni agua, condenado a muerte en muy poco tiempo. Sin saber dónde hallar a mis semejantes antes de que fuera demasiado tarde. No tenía ninguna noción de la hora, ninguna indicación precisa del lugar en que podían encontrarse con probabilidad otras columnas. Resolví, pues, seguir el camino, y esperar a ver hasta qué lugar conducía.

Cargué mi fusil ametrallador en la espalda y me puse en marcha sin hacerme demasiadas ilusiones. Tenía plena conciencia de lo ridículo de mi situación, de lo ridículo y de lo trágico. Una ola de autopiedad me mostró las colinas de Urantia, las fortalezas blancas y negras, los ríos, los torrentes, las cascadas, las fuentes y los riachuelos; las mujeres transportando el agua; los niños jugando a perseguirse y las jovencitas duchándose bajo las minúsculas cascadas cristalinas. Dos lágrimas resbalaron por mis mejillas, y juré en voz alta contra el abominable sentimiento nacionalista y patriótico de la especie humana. Sabía que las noches eran cortas en la Tierra, y que las mañanas cálidas que se levantaban en un gran derroche de fuerza, de luz y de fuego, tenían una cierta prisa por deshidratarnos. Era necesario, pues, encontrar otra columna antes de que terminara el día. Pero la Tierra era inmensa y mis esperanzas eran muy débiles.

El dolor en mi cabeza se terminó.

La noche era clara y podía avanzar sin demasiadas dificultades. Mientras me

acercaba a la selva petrificada me preguntaba quienes habían podido ser nuestros atacantes y qué meta perseguían. ¡Era absurdo! Nadie hubiera tenido que preocuparse de ese pequeño trozo de Tierra. Nadie, y sin embargo...

Me imaginé una nueva raza surgida de las profundidades de la Tierra, una raza adaptada a las terribles condiciones del planeta; una raza que podía resistir sin agua, que se alimentaba de arena, de tierra seca... Una nueva raza que pretendía guardar el planeta para ella sola. Esta suposición me pareció tan ridícula que me eché a reír.

Todo el mundo en el Universo nos había temido y respetado siempre por nuestra fuerza y nuestra combatividad, y nadie jamás nos había atacado de frente. Ciertamente que no éramos demasiado amados, pero eso no importaba, se nos dejaba hacer todo a nuestro antojo. Y habíamos hecho lo que deseábamos hacer. En el Universo teníamos un mote: «Los Indestructibles», y ese sobrenombre no tenía nada de afectuoso. Jamás estuve orgulloso de mi calidad de hombre de la Tierra y, aquella tarde, sobre aquel planeta difunto, me di cuenta de que yo era un anacronismo en el seno del Universo, algo parecido a una falta de gusto... un habitante de un astro muerto.

Y me preguntaba qué es lo que habría dicho aquel monarca cabelludo de palabras definitivas, viéndome apurado en un camino, entre zonas desiertas profundamente agrietadas, devastadas por la eterna sequedad de este mundo.

Fue al entrar en la selva de piedra cuando caí sobre ellos. Y esto se produjo de manera totalmente imprevisible. Una bola de fuego surgió de entre los árboles, enfiló directo hacia mí, y me pasó rozando tan solo a unos centímetros de distancia. Sentí muy cerca de mí el calor, y comprendí de pronto que mi vida pendía tan solo de un hilo. Los *otros* no bromeaban. Como no bromeamos nosotros cuando luchamos en serio. Encogí mi cuerpo y me lancé de lado contra el suelo justo en el mismo momento que una segunda bola de fuego purpúrea nacía en el fondo del bosque mineral. Apreté el arma contra mí y comencé a correr con toda la fuerza que pude imprimir a mis piernas, confundiéndome apenas en las sombras que proyectaba la muralla. Quería alcanzar el bosque petrificado antes de que me descubrieran otra vez. Pero el cielo se iluminó en rojo, en verde y en amarillo, y me di cuenta de que *ellos* sabían lo que me proponía y no tardarían demasiado en encontrarme. No me preocupé más por esconderme. Tan sólo tenía una meta: alcanzar lo más rápido posible el refugio de los árboles de piedra.

«... es necesario que me salve, que me salve, que me salve...» me repetía a mí mismo, como para intentar convencerme.

Con un abigarrado gemido me hundí en la profundidad de la espesura muerta y, en aquel preciso instante, vi a alguien que avanzaba hacia mí con pasos rápidos y con su pistola corta (¿se trataba de una pistola?) apuntando hacia mí.

Una nube de odio me oscureció la mirada y, arrancando mi arma de mi espalda, ametrallé ferozmente en la dirección de mi agresor.

Dios me libre de oír nunca más el aullido que escuché entonces. Sin duda le había dado, puesto que un grito estridente me hirió los tímpanos. Un grito que no cesé de

percibir hasta el momento en que mi adversario se derrumbó en todo su peso, lanzando lejos su fulgurante arma. Y me di cuenta con horror que aquello me alegraba, que estaba satisfecho de mi acción; y con paso seguro me aproximé al ser que yo mismo había ejecutado.

No soy mas que un hombre y, como tal, aquejado del mal del antropomorfismo: la criatura que yacía muerta a mis pies me inspiró un violento desagrado, una náusea inaguantable. No sabría describirla, pues me faltan palabras para ello incluso hoy, pasada ya mi primera repulsión.

Mi víctima se descompuso tan rápidamente que pronto no quedó en el suelo más que una masa gelatinosa de imprecisos contornos.

Me puse a temblar de tal manera que dejé caer mi fusil ametrallador; y, en ese mismo momento, me cayeron encima por la espalda y sentí sobre mí el repugnante contacto de uno de mis enemigos. Me debatí, mordí, golpeé, me separé de ellos por un momento con un grito y, al propio tiempo que emitía otro, lancé contra ellos toda una serie de proyectiles explosivos. Nuevamente el terrible aullido de agonía resonó entre los petrificados árboles y me di cuenta de que acababa de matar por segunda vez.

Comencé a correr desesperadamente, y sólo Dios sabe cómo me las arreglé para escapar de allí, para atravesar el bosque de piedra sin que me mataran...

Caminé delirante toda la noche y, por la mañana, caí derregado ante una patrulla de hombres de la Tierra. Medio muerto, casi privado de razón, me precipité en los brazos del más próximo de ellos, riendo y llorando a la vez.

Sí, me acuerdo de aquella horrible jornada, de aquella espantosa noche, de la grieta, de la batalla en el bosque, me acuerdo de todo... pero después... después... ¡todo es oscuro! Creo simplemente que no tengo nada de héroe y que perdí el control de mis nervios. Me curaron y me repatriaron. Ahora, cuando vuelvo a pensar en ello, tengo la impresión de que hicieron eso conmigo porque era el único terrestre que había visto a los atacantes de cerca sin dejar mi piel en ello. Sobre todo, querían evitar que rebajara la moral de mis compañeros. Se me introdujo en un camión, luego en una astronave, después en una ambulancia cerrada con doble llave. Me mantuvieron en estado de sueño hipnótico durante casi la totalidad de las hostilidades.

A decir verdad, la guerra contra X fue corta, y ni una sola vez pudieron los hombres ver a sus adversarios a cara descubierta. Cada emboscada era una pérdida para nuestras tropas, y el enemigo diezmaba nuestras columnas continuamente, sin dar cuartel. Pronto nos rendimos a la evidencia de que la continuación de los combates sería muy perjudicial para nosotros. El viejo sueño se esfumó, y uno a uno los destacamentos humanos abandonaron el planeta. Los hombres volvieron a sus casas dispersas en los cuatro puntos del Universo.

He reflexionado muchas veces sobre nuestros adversarios, y me he preguntado qué propósito o qué meta deberían buscar. La conquista de la Tierra... ¿u otra cosa?

*¡La conquista de la Tierra!* Esta raza no-humanoide se guardaría bien de añadir esa pobre ruina a las posesiones que podía tener. Pensemos entonces: un guijarro polvoriento, donde cualquier forma de vida era imposible. A menos que se invirtiera en el asunto capitales y fuerzas enormes.

*¿Otra cosa entonces...?* Sí. Llegué a la conclusión de que nuestros enemigos odiaban por encima de todo la mísera suficiencia de los hombres. ¡Los hombres! Aquellos a los que se denominaba «Los indestructibles», la plaga del Universo.

Me acuerdo de aquella noche, mientras corría en el bosque petrificado.

Con el corazón latiéndome desafortadamente en el pecho, perseguido por el odio de aquellos que habían surgido del fondo de la noche cósmica para impedir que nos apoderáramos de aquello que habíamos considerado nuestro bien.

Me acuerdo de los otros, y me doy cuenta de que debían tener tanto miedo de mí como yo tenía de ellos. Me parece ver aún a mi primer asaltante cayendo ante mí hecho un ovillo, lanzando lejos su arma y, sobre todo, aullando horriblemente. Si se escondían no era más que para disimular su apariencia, no para estar al abrigo de posibles represalias por nuestra parte. Aunque podía ser que se escondieran *porque ellos no podían soportar nuestro aspecto*.

Para ellos, éramos una nación de rapiña, quizá la peor de todo el universo conocido. Y la Tierra estaba en nuestro espíritu como un símbolo de fuerza y unidad. Era necesario, pues, evitar que la Tierra recobrara sus maravillosos días, su atmósfera, sus mares, sus ríos... Les pareció obligatorio hacernos la guerra a ultranza a fin de que permaneciésemos distanciados, es decir, menos susceptibles de adquirir otros poderes por nuestro incalificable antropomorfismo y nuestro racismo divinizado.

Creo que lo que acabo de escribir es el reflejo de la verdad, un reflejo imperfecto, sin duda (pues, ¿cómo puedo instalarme yo en el cerebro de estas criaturas extrañas y comprender toda la elegancia de su comportamiento?), pero un reflejo lo bastante preciso como para obligarme día a día a la reflexión.

Uno a uno, nuestros cargueros interestelares transportaron en el espacio el costoso material que habría permitido tal vez a los hombres cambiar la faz de su muerto mundo. Hasta el último momento, hasta el preciso instante en que el último de los hombres puso el pie en la escalerilla para subir a su astronave, no cesaron de danzar en torno a nuestros campamentos aquellas temibles bolas de fuego.

La Tierra era una carnicería.

Me acuerdo... Fue después de mi «despertar»: les vi desembarcar aquí... todos ellos (o casi), los que habían partido prometiendo rehacer de nuevo a la Tierra. Depositaron sobre el suelo de Urantia un tembloroso pie, y comprendí que yo había escogido la mejor parte o que había tenido una suerte enorme al matar a dos extranjeros. Sé que esta afirmación tiene algo de chocante, pero comprenderán en seguida mi punto de vista cuando sepan que, durante aquella noche, aprendí a convertir los hechos en preguntas y a redescubrir el verdadero valor de las cosas.

Desde el lugar en que estoy sentado, en el punto más alto de la torre de una de las fortalezas, contemplo a mis semejantes fabricando febrilmente armas nuevas, y me pregunto cuánto tiempo tardarán en comprender alguna cosa sobre lo que sea.

Como soy el único hombre que vio al enemigo de cerca, ellos quieren hacerme alguna pregunta. Eso es obvio. Pero prefieren la duda a la verdad, y me permiten gozar de toda la tranquilidad que yo deseo.

De todas formas, yo me siento muy bien en Urantia puesto que, ya lo he dicho antes, todas las inclinaciones normales de esta vida me conducen al alcohol, a la pereza y a la meditación.

Con el espíritu un poco nublado, contemplo el rojizo sol que declina en el cielo, escucho las fuentes elaborar su sinfonía y, lanzando una ojeada a mis conciudadanos que vuelven a la fábrica de armas de una manera cotidiana, me pregunto si habrán olvidado la Tierra o si, por el contrario, acarician en su interior algunos ambiciosos pensamientos y proyectos de reconquista.

# Incandescencia

Serge Nigon

—¡Vais a reventar! ¡Fingís ignorancia, pero esto no impedirá nada: reventaréis! ¡Todos, ricos y pobres! Más tarde, algunos se harán congelar como carne de buey; esperarán, en un sueño helado, los días en los que la muerte ya no existirá. Pero, durante muchos largos años aún, sufriréis esta injusta igualdad: ¡reventaréis todos! Sobre todo los pobres. Revientan los primeros; es, parece, su único orgullo. Yo soy pobre, y esto explica mi presencia aquí. ¿Me oís? Imaginad un agujero, simple, sumario, cavado en una tierra color rojizo, embarrada y pegajosa. ¡Escuchad! Dicen algunos apresurados *abracadabra* y ¡hop!, unas manos entumecidas por la inercia envían furiosamente paletadas de tierra. ¡Y nada más! Reventaréis. Tenéis tiempo, decís, ¡por supuesto! Pero algún día partiréis hacia un lejano y muy incierto Walhalla. ¡Reventaréis! ¡La vida os mata! ¡Destruye sus formas taradas, y está bien así! ¡Muy bien! El sol continuará brillando, la lluvia seguirá cayendo, el viento silbará, ¿y vosotros? Vosotros ya no existiréis... Y esta perspectiva alegra mi corazón.

—Cierra la boca, Triol —dice una voz de hombre tras la puerta.

—¡Sí, ciérrala! —dice otra voz—. Esta noche cantarás en la Vía Láctea.

Los dos hombres ríen.

En el piso dieciocho de un bloque de habitaciones, el mismo día, la puerta se entrada se abre. El señor Sirit está agachado delante de un receptor de televisión, con un destornillador en la mano; unos ronquidos surgen del aparato. El sol de media tarde entra por la amplia ventana abierta. El tiempo es cálido; septiembre se desliza suavemente hacia octubre.

—Buenos días, Marie-Claude —dice.

—Buenos días —responde distraídamente una mujer joven. Dos adolescentes y un niño la siguen. Las muchachas tienen diecisiete y doce años; el niño, cinco. Se llaman Paula y Christiane; el hijo lleva un nombre de enfermedad: Néphrose Lipoidique.

La mujer se sienta.

—¡Uf! —dice—. Este viaje ha sido agotador... Veinticuatro horas de tren en un compartimento cerrado, sobrecalentado, sin agua ni alimentos... ¡Estamos extenuados! ¿Pero qué haces? ¿Las emisiones de televisión no funcionan hoy?

—¿Por qué no marcha la tele? —dicen los niños.

—¿Has pasado buenas vacaciones? —pregunta el señor Sirit.

—Siempre lo mismo. Tengo los nervios a punto de estallar. —Se quita los zapatos—. ¿Pero qué haces?

—Sí, ¿qué haces? —dicen los niños. Están de pie.

—Es que no... no funciona —dice tímidamente el señor Sirit.

—¡Entonces llama al servicio, vamos!

—Sí, ¿por qué no llamas al servicio? —dicen los niños. El señor Sirit les mira temerosamente. —Es que... ya no tengo dinero.

—¡Ya no tienes dinero! —La mujer se levanta de un salto. Grita—: ¡No hay más dinero! ¡No hay más dinero! ¿Te atreves? —Se acerca a él y lo abofetea.

—¿Podemos nosotros abofetear también a papá? —piden los niños.

—No, más tarde —va y viene.

—Ha sido... ha sido necesario comprar un nuevo frigorífico.

—¡El nuestro funcionaba, estaba nuevo!

—Un complejo de alta fidelidad... Renovar nuestra biblioteca, los mismos libros, pero nuevos...

—¿Qué estás diciendo?

—Ya sabes... Estamos obligados a absorber una parte de la producción industrial... y... y...

—No sirves para nada —dice la mujer.

—Pero yo no podía...

—Basta —dicen los niños—. Nos irritas.

—Yo... yo...

—¡Un fracasado! ¡Un andrajo! ¡Una larva! ¡Un retrasado!

—Papá es un retrasado —dicen los niños.

—Lo denunciaré —dice Néphrose.

El señor Sirit palidece, su mandíbula se sacude en un tic.

—Pero... pero... ¿es culpa mía si estamos obligados a comprar estas mercancías?

—¡Para ti siempre es culpa de los demás! Pensar que estoy obligada a soportar a este vejstorio... ¡Tengo veintiocho años! ¡Tú eres un viejo, un desecho! Te odio. ¡Privarnos de la televisión! ¡Qué audacia! ¡Te odio!

—Papá es un monstruo —dicen los niños—. ¡No merece vivir!

—Va a pasarlo mal —dice Néphrose. Se acerca al señor Sirit y escupe en su cara.

—Tienes razón, Néphrose —dice la señora Sirit—. Vosotras dos, hijas, ¡vamos! Escupidle encima.

Las dos adolescentes atraviesan la habitación y escupen sobre el señor Sirit.

—Vas a pasarlo mal —dice la señora Sirit.

—Marie-Claude —suplica el señor Sirit.

—Te odiamos —dicen los niños.

—Ya no podré responder en clase —dice Néphrose.

—Sí, no podrá responder más en clase —dice la señora Sirit.

—Nos preguntan a menudo sobre las emisiones de la tele —dicen las dos adolescentes—. Seremos ridiculizadas, seremos expulsadas.

—Te odio —dice Paula.

—Te odio —dice Christiane.

—Te odio —dice Néphrose. Añade—: Venid a escupir sobre papá.

Los tres escupen sobre el señor Sirit. Este último está paralizado. Llora.

—Ve a hacernos la comida —dice la señora Sirit.

—Pero... ¡no hay nada qué comer!

—¿Qué? ¡Nada! ¿Te estás burlando?

—¡No, nada! Yo... ¡no tengo más dinero!

—Paula —dice la señora Sirit—. Ve a acostarte con el soltero del vigésimo. A cambio le pedirás conservas y botellas de soda. Tengo sed, mi boca está seca.

—¿Y si no está?

—Entonces ve a otro sitio. Encontrarás a alguien. ¡Tengo hambre!

La habitación está llena de un crepúsculo rojo.

—Enciende la luz —dice la señora Sirit—. ¡Nada para comer! He criado a tus dos hijas, me has hecho ese engendro... ¿Y qué recompensa he tenido? ¡Tú nos dejas morir de hambre!

—He visto los carteles en las calles —dice Christiane—. Esta noche habrá aerolitos. ¿Iremos?

—¡Por supuesto! ¡Después del encantador recibimiento que nos ha hecho tu padre! ¿Verdad, Sirit?

—Yo... no tengo más dinero.

—Seremos el hazmerreír de todo el conjunto, ¿te imaginas? Destruyes todos nuestros futuros. Desde ahora seremos los «Sirit», aquellos que no ven la televisión... ¿Y los niños? ¿Piensa en los niños? ¿En su futuro? ¡No, eres demasiado egoísta para eso! ¡Eres un feto!

—Papá es un degenerado —dice Néphrose—. ¡Mamá! ¿Puedo abofetearle?

—Sí, puedes.

Néphrose arrastra una silla, la coloca cerca de su padre, se sube encima y abofetea al señor Sirit.

—Otra vez, Néphrose. ¡Bien! ¡Estás de un ridículo, mi pobre Sirit! Mira allá al frente, todos están en la ventana, esperando tu reacción.

Alguien llama, alguien entra. Cuatro mujeres con gafas se hallan en la habitación.

—¿Señora Sirit?

—Sí —responde secamente Marie-Claude.

—Somos el comité de defensa de las diversiones. El artículo seis mil trescientos cuarenta y seis estipula que todo individuo que por sus actos manifieste una voluntad de no aceptación de las diversiones es culpable. Les acusamos, a usted y a su cónyuge, de singularizarse no siguiendo los programas de televisión, y de conducir al desorden a todo el conjunto. Les amenazamos con expulsarlos del conjunto si no se reintegran a un funcionamiento normal. ¡Los servicios se iniciarán mañana! Insultos, lanzamiento de botellas de soda, descenso obligado de las escaleras, finalmente expulsión. Hace aproximadamente tres meses, sorprendimos a un tal Triol, que se

había singularizado practicando posturas depravadas de yoga. Rehusó seguirnos; se convertirá en una estrella fugaz. ¡Buenas tardes!

—¿Estás satisfecho de ti mismo? —dice la señora Sirit—. ¿Sabes lo que es, las escaleras forzadas? Ya no puedes descender en el ascensor... Te empujan hasta las escaleras... Caes, vuelves a levantarte, cuando llegas abajo estás bañado en sangre. ¿Esto tal vez te divierte?

Paula vuelve a entrar, con los brazos cargados de conservas y de botellas de soda.

—¡Ya está! Estaba en el ascensor. Le he estimulado mientras descendíamos.

—¿Sabes lo que acaban de comunicarnos? —dice la señora Sirit.

—No.

—Mira, míralos en las ventanas. Están esperando... Ha venido el comité. Somos responsables de sus actitudes... Seremos expulsados...

—¡Pero esto es imposible!

—¡Pregúntaselo al idiota de tu padre! ¡Míralo! ¡Como un sapo en su charca!

—¡Es culpa suya! —dice Paula—. Esta noche no comerá.

—No comerá nunca más —dice la señora Sirit—. Privarnos de televisión, matarnos de hambre, hacernos expulsar... Néphrose, abofetea a tu padre.

—¿A qué hora las estrellas fugaces?

—Hacia las cero —responde Christiane.

A las veintitrés horas del mismo día. El señor Sirit está solo. Está arrodillado ante el receptor de televisión; sus manos están juntas: llora.

—¡Mi pequeña tele, mi amor! ¡Mi niñita! ¡Te lo suplico, funciona un poco! ¡Sólo un instante! ¿Qué haré yo sin ti? ¿Qué van a hacerme? ¡Ya has visto cómo me tratan! ¡Ya no tendré paz, ya no podré comer, me moriré! Recuérdalo: siempre te he sido fiel... Durante días enteros he permanecido junto a ti... Te lo suplico, pequeña tele, haz un esfuerzo, sólo una vez. ¡Sólo una vez! ¡Por favor! Cuando vuelvan, funcionarás; ellas quedarán satisfechas; me alimentarán. ¡Por favor, funciona! Sin ti estoy condenado... Mi hijo Néphrose me vigila: al menor gesto activo me denunciará... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mí? Tengo miedo a la muerte... allá al frente me están mirando... Tengo miedo. Tengo frío...

El señor Triol ha salido de su habitación.

—Triol, ponte esta escafandra.

El señor Triol se ha revestido la pesada escafandra.

—La presurización es automática —dice el guardia—. ¡Vamos, aprisa!

Son doscientos; se mueven con gestos lentos. Después, una a una, las escafandras color aluminio suben a los camiones. A lo lejos, en la superficie llana de las pistas de despegue, la masa del jet se destaca sobre el cielo azul-negro de una noche sin estrellas. Los camiones se detienen. Las escafandras descienden pesadamente de ellos. Ahora suben por la escalerilla de acceso. A cada movimiento, destellos de luna

nacen sobre el tejido rígido.

—¡Vamos, aprisa! —dice el guardia.

La compuerta es cerrada. Los turborreactores aúllan, su canto crece, estalla y se convierte en un maullido estridente que sacude la pesada masa. Después, es el salto hacia adelante en el estrépito desencadenado de los reactores. El aparato rueda más y más aprisa, se estremece, se encabrita y se sumerge en el vacío de la noche. El lamento agudo de los motores decrece y se convierte en un silencio oscuro.

La señora Sirit y los tres niños están tendidos boca arriba. Los grillos cantan, las parejas copulan, los niños juegan.

—¿Qué hora es? —pregunta la señora Sirit.

—Ya casi. Escucha... es el *jet* —responde Paula.

—Néphrose, ven aquí —dice Christiane—. ¡Vamos, tengo una tensión erótica!

—Seréis expulsados uno a uno —dice el guardia—. Quiero disciplina. El *jet* volará a cincuenta mil metros. Vuestros cohetes os permitirán obtener la velocidad necesaria para el calentamiento. vuestra escafandra está compuesta de cobre, sodio, níquel, cromo, fósforo, hierro, la fricción del aire os abrazará... este espectáculo, visto desde el suelo, es muy atractivo. Ya os lo he dicho, seréis alimentados con oxígeno. ¿Todos poseéis una cuchilla? ¡Bien! Si sabéis calcular el tiempo de la caída, si sabéis resistir al miedo, cortáis vuestra escafandra, os desembarzáis de ella y abríis vuestro paracaídas ventral. Es muy simple... Triol, ven aquí. Nos has martilleado las orejas allá abajo con tus historias, ¿no? Entra en la carlinga.

Parpadea una lámpara roja, después se enciende una verde y suena un timbre. Es la señal. El guardia aprieta un botón, la carlinga se abre a la noche glacial. El señor Triol es aspirado por el vacío y cae hacia las luces de la Tierra.

—¡Sucia! —dice el señor Sirit—. ¡Sucia! ¡Hace más de una hora que te estoy suplicando y rehúsas escucharme! ¡Sucia! ¿Deseas mi muerte? ¡Dilo! ¡Ten el valor! Te he otorgado mi confianza... Mira, allá al frente se burlan de mí —sus ojos están llenos de odio. Patea el receptor de televisión. Después lo coloca sobre la mesa y lo golpea con los puños—. ¡Te molereé las costillas! ¡Toma! ¡Coge ésta! ¡Sucia! ¡Te odio! ¡Ya no quieres funcionar! ¡Toma! ¡Agarra ésta!

—¡Mamá, mira! ¡Qué divertido!

Unos trazos de luz malva, amarilla, roja, azul, verde, atraviesan la noche: es la escafandra del señor Triol.

—¿Saldrá? —dice Néphrose.

—Tal vez —responde su madre—. Es muy difícil... Por otro lado... ¡Mira allá! ¡Ahí va otro! ¡Qué divertido! Por otro lado, aunque consigan salir de la escafandra, perecen carbonizados... ¡Qué divertido!

El señor Triol, petrificado de terror, ha salido de su escafandra. Ha abierto su paracaídas ventral y, aterrorizado, ha visto una luz rojiza por encima de él: la seda de su paracaídas ardiendo e iluminando su caída.

—¡Sucia! ¡Toma, basura! ¡Ramera!

El señor Sirit golpea; tiene los puños ensangrentados y el aliento entrecortado; después, de pronto, hay un ¡piad seco; allá al frente, en las ventanas, la multitud aúlla de alegría.

A la mañana siguiente, a las doce treinta.

—Come, Paula —dice la señora Sirit.

La televisión funciona. Todos miran. El señor Sirit está ausente.

—Come, Paula —repite la señora Sirit—. ¡Néphrose, come!

Los tenedores se hallan inmóviles, a medio camino entre el plato y la boca.

—¿Cómo ocurrió? —pregunta Néphrose.

—Se electrocutó —responde la señora Sirit—. Ya te lo he dicho.

—¡Pero si lo sabe! —dice Christiane—. Siempre estás preguntando lo mismo.

—Ha hecho bien en reventar —dijo Néphrose.

—Sí, ha hecho bien —repiten las dos adolescentes.

—La prima del seguro nos ha permitido comprar este receptor, y podremos comer durante dos meses... Ha hecho bien. Muy pronto tendré un esposo completamente nuevo. ¡Qué alegría!

**FIN**